

Amaya Ortiz de Zárate Aguirrebeña

LA METAFORA Y LA INCERTIDUMBRE INFORMACIONAL

Director: Dr. Javier González Marques

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE PSICOLOGIA
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGIA BASICA
(PROCESOS COGNITIVOS)
Octubre 1991**



La Tesis Doctoral de D. AMAYA ORTIZ DE ZARATE ..
.....AGUILREBEÑA.....
Titulada LA METAFORA.Y.LA.INCERTIDUMBRE.INFORMA-
CIONAL.
.....
Director Dr. D. ..JAVIER.GONZALEZ.MARQUES.....
fue leida en la Facultad dePSICOLOGÍA.....
de la UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, el día
dediciembre..... de 19 91., ante el tribunal
constituido por los siguientes Profesores:
PRESIDENTEDR. D. JUAN MAYOR SANCHEZ.....
VOCALDR. D. VICTOR SANTIUSTE BERMEJO.....
VOCALDR. D. JOSE LUIS PRIETO ARROYO.....
VOCALDR. D. AGUSTÍN ROMERO MEDINA.....
SECRETARIODR. D. CARLOS GALLEGO LOPEZ.....

.....
habiendo recibido la calificación de *Apto cum*
laude per unanimidad
.....

Madrid, a 18 de Diciembre de 19 91.

EL SECRETARIO DEL TRIBUNAL.

A mis maestros

INTRODUCCION.....	1
I. PERSPECTIVAS TEORICAS.....	5
1.1. ENFOQUES MULTIDISCIPLINARES.....	6
1.1.1. LA SEMIOTICA.....	6
1.1.2. LINGUISTICA.....	11
1.1.2.1. SEMANTICA.....	17
1.1.2.2. PRAGMATICA.....	37
1.1.3. LA RETORICA.....	49
1.1.4. PSICOLINGUISTICA.....	61
1.1.5. EL PSICOANALISIS.....	63
1.2. TEORIAS Y MODELOS.....	71
1.2.1. TEORIAS CLASICAS.....	72
1.2.1.1. La Teoría de la Sustitución.....	72
1.2.1.2. La Teoría de la Comparación.....	74
1.2.1.3. La Teoría de la Interacción.....	80
1.2.2. NUEVAS TEORIAS.....	83
1.2.2.1. La teoría de la Transformación.....	84
1.2.2.2. La Teoría Cognitiva.....	93
1.2.2.3. La hipótesis de la Oscilación Indefinida.....	120

II. REVISION CRITICA DE LA INVESTIGACION EXPERIMENTAL	136
2.1. DISTINCION ENTRE SIGNIFICADO LITERAL Y SIGNIFICADO METAFORICO.....	137
2.2. DIMENSIONES A TRAVES DE LAS CUALES SE ESTUDIA EL FENOMENO DE LA METAFORA.....	183
2.3. RELACIONES ENTRE TOPICO Y VEHICULO.....	215
2.3.1. Semejanza y Analogia.....	221
2.3.2. Asimetria y Direccionalidad.....	249
2.3.3. Interacción.....	288
III. INVESTIGACION EXPERIMENTAL	326
3.1. PLANTEAMIENTO GENERAL.....	327
3.2. HIPOTESIS.....	343
3.3. SUJETOS.....	344
3.4. MATERIAL Y PROCEDIMIENTO.....	344
3.5. RESULTADOS.....	347
3.6. DISCUSION.....	376
IV CONCLUSIONES	392
4. CONCLUSIONES.....	393
V. REFERENCIAS	404
5. REFERENCIAS.....	405
APENDICES	408
Apéndice 1.....	409
Apéndice 2.....	416
Apéndice 4.....	424

INTRODUCCION

El tema de nuestra investigación, la metáfora, es un tema cuyo interés puede parecer reciente para la psicolingüística, e incluso para la lingüística. En realidad ha sido un objeto de estudio repetidamente abordado, y buena prueba de ello la constituye el índice de las perspectivas teóricas desde las que se ha acometido su estudio: emiética, lingüística, semántica, pragmática, retórica, psicolingüística e incluso psicoanálisis. Y no están representados todos los campos para los cuales su estudio es inevitable: la filosofía, la crítica literaria, la pedagogía, el arte.

Nuestro abordaje, por tanto, aunque centrado en la psicolingüística, será necesariamente interdisciplinar.

El enfoque semiótico del fenómeno de la metáfora no difiere demasiado del tradicional papel que la retórica, como uso de un significado no apropiado, concedía a la metáfora. La metáfora estaría originada, desde la perspectiva semiótica, por el traslado de un lexema de uno a otro contexto, con el consiguiente traslado de alguno de los semas concercientes al contexto de origen. Esta disciplina ha mantenido también la distinción entre discursos figurativos y discursos abstractos, mostrando su preferencia por el estudio de estos últimos.

La Lingüística aportará su noción de similaridad, en base a la cual se realizan las selecciones y las sustituciones metafóricas, similaridad que, ya como semejanza u oposición, conforma los grupos de sustitución que constituyen el eje paradigmático.

La semántica propone considerar la metáfora como un caso especial de cancelación de rasgos semánticos; precisamente se trata, en la metáfora, de la cancelación de los rasgos, o semas, más importantes,- es decir los de uso más común-, del lexema metaforizado.

La pragmática introduce la distinción entre significado del enunciado -coincidente con el valor de sus condiciones de verdad- y significado pragmático o de uso. Para acceder a este último el oyente introduce, en el significado, su conocimiento real de las cosas. La aportación más novedosa de la pragmática, se sitúa entonces en la aportación de la experiencia del sujeto que comprende (produciendo o interpretando metáforas), y en la inscripción en el significado, por tanto, de un valor afectivo o evaluativo.

La retórica, que inició la descripción de la metáfora como un uso impropio del significado de una palabra, puso de manifiesto las limitaciones impuestas por un modelo de la significación para el cual los significados están de tal manera asociados a las palabras que son propiedades inherentes a las mismas.

La psicolingüística introducirá una metodología específica para abordar el estudio de la comprensión metafórica, incluyéndola dentro del estudio de los procesos superiores, relativos al pensamiento y al lenguaje humanos. Con esta metodología abordaremos nosotros su estudio.

El psicoanálisis, por último, se ha ocupado también de la metáfora. A partir de la identificación freudiana de los dos mecanismos básicos de elaboración onírica, condensación y desplazamiento, se ha considerado la operación metafórica como el equivalente a la condensación de varios significados, y a la metonimia como el equivalente a su desplazamiento. La diferencia esencial con respecto al punto de vista lingüístico reside en que, para el psicoanálisis, el significado es concebido como un proceso productivo, y como uno en el que el propio sujeto se ve comprometido.

Se efectúa a continuación un estudio de los modelos y teorías psicolingüísticas, desde las teorías clásicas hasta las propuestas cognitivas más recientes.

El apartado II recoge la revisión de la investigación experimental concerniente a tres grandes temas: en primer lugar la distinción, crucial, entre significado literal y significado metafórico. En

segundo, las dimensiones que, a lo largo de las investigaciones empíricas sobre la metáfora, han sido identificadas como determinantes. El último apartado recoge distintas interpretaciones de la relación existente entre topico y vehículo: Similitud, Asimetría y direccionalidad e Interacción.

La investigación experimental, por último, pretende aportar alguna claridad en el amplio campo que, como hemos visto, es el de la comprensión de la metáfora, especialmente orientado a la comprensión de su estructura y funcionamiento.

El interés que la metáfora puede suscitar nos, estriba, finalmente, en la atención que la capacidad regeneradora y creativa del lenguaje merece a los psicólogos interesados en el lenguaje.

I. PERSPECTIVAS TEORICAS

1.1.1. LA SEMIOTICA

Greimás (1.979, p. 365), aún admitiendo que existen otras posibles, adopta la siguiente definición de semiótica:

"(...) se puede proponer definir a la semiótica -en un primer momento- como un conjunto signifiante al que se le supone -a manera de hipótesis- poseer una organización, una articulación interna autónoma".

La definición, como se ve, es sumamente cauta respecto a la presuposición del sentido, suposición implícita ya en el término "signo". Si existe un signo es porque deliberadamente ocupa el lugar

de algo. Para eludir el problema, Greimás ha preferido excluir de la definición el concepto de signo generalmente asociado a la semiótica.

Greimás (1966, p.157) distingue dos clases de semas: los semas nucleares y los clasemas:

(...) hemos definido, en efecto, los semas nucleares y los clasemas por el modo de su manifestación en el discurso. Los primeros sirven para construir en él las figuras sémicas, y se encuentran en el interior de las unidades sintácticas llamadas lexemas; los segundos, por el contrario, se manifiestan en unidades sintácticas más amplias, que comportan la unión de por lo menos dos lexemas".

Así, según Greimás, si se parte de la unidad mínima de significación, el sema, se puede llegar, en teoría, a describir y organizar conjuntos de significación más y más complejos. Por otra parte el sema se define por disyunción de otros posibles semas dentro de la categoría sémica, mientras que gracias a la conjunción con otros semas contribuye a la organización de agrupamientos sémicos llamados figuras y bases sémicas. A estas dos formas de existencia del significado las denomina universo de la inmanencia - rasgos posibles del mundo- y universo de la manifestación.

El semema, por otra parte, es definido como una unidad resultante de la articulación sólo del plano del contenido. Se libera así el análisis de la unión indisoluble de lexema y sema, o de forma y contenido, y esto permite una explicación para la existencia de contenidos comparables bajo coberturas lexemáticas diversas, y viceversa. Pues bien, la densidad sémica de los sememas estaría situada entre dos polos, de los que el primero estaría compuesto por un mínimo de dos semas, y el segundo por el número de semas correspondiente a la suma de las categorías sémicas binarias utilizadas para la descripción del universo.

Al destinatario del discurso correspondería un trabajo de selección de los datos, o de abstracción, para retener de ellos lo estrictamente necesario. Esto supone un evidente empobrecimiento del discurso pero es también, según Greimás, el precio que impone la comunicación para garantizar su funcionamiento. En este contexto propone Greimás (1966, p. 255, p. 175) su definición semiótica de la metáfora:

"El resultado de sustituir un lexema por otro, sustitución operada sobre un fondo de equivalencia semántica y en un contexto dado" (...)
"La metáfora aparece como un elemento extraño (como una "anomalía" en la perspectiva generativista) cuya legibilidad resulta siempre equivoca aun cuando ella este garantizada por el

recorrido discursivo en el que se inscribe (los semas contextuales, al integrarla, la constituyen en semema)."

"Desde esta óptica se tratará de interpretar algunas figuras de retórica -tal como la metáfora- como un relación estructural particular que cubre la distancia entre el nivel abstracto y el nivel figurativo del discurso".

Y acerca de la metáfora en concreto afirma también (1966 p. 255):

"Desde el punto de vista de sus orígenes, la metáfora no es, evidentemente, una metáfora, sino un lexema cualquiera; separada de su contexto, puede ser considerada como una figura (nuclear) que aporta, quizás, en el momento de su transferencia, algunos semas concernientes a su contexto de origen. (...)

"Este traslado de las figuras lexemáticas explica el que el discurso de recepción posea la tendencia a

*desenvolverse en un discurso
figurativo".*

Como puede verse estas definiciones no se alejan mucho de la teoría de la sustitución propia de la retórica. Un lexema cualquiera sería transvasado de uno a otro contexto con el traslado de alguno de los semas concernientes al contexto de origen. El efecto figurativo del discurso estaría motivado, entonces, por la ruptura de la isotopía del texto y, por tanto, el proceso de abstracción llevado a cabo hasta ese momento tendría que ser abandonado para optar por el recurso a "imágenes del mundo" ya hechas. Este tipo de distinción entre discurso abstracto (o no figurativo) y discurso figurativo no oculta su preferencia por los discursos abstractos, ya que su baja densidad sémica permite una comunicación más certera y, al no poseer categorías sémicas exteroceptivas, remite siempre a categorías sémicas bien definidas dentro del sistema. En ese sentido todo recurso al mundo sería una "debilidad" o una pérdida de competencia del lenguaje.

En definitiva lo que pretende Greimás es la descripción de un sistema lingüístico que funcione independientemente del sujeto que habla, y por tanto, de toda subjetividad, aunque en el extremo reconoce la imposibilidad de tal proyecto cuando dice: (Greimás, 1.966. p. 212 y 213)

*"(...) toda exposición científica,
oral o escrita, por depurada que sea,
comporta siempre ya una cierta
cantidad de ruido, necesaria siempre*

para hacer pasar la información, ya, por el contrario, elementos elípticos, sobreentendidos cuya amplitud no es jamás ni precisada ni uniforme. (...) Vemos que una escritura blanca no puede realizarse más que a precio de la abolición del discurso."

1.1.2. LINGUISTICA

Saussure (1916) dividió la lingüística en dos grandes campos: el de la lingüística sincrónica y el de la lingüística diacrónica. El primero, sincrónico, encargado de estudiar la "sincronía" de una lengua, es decir, su estado actual, en el que la variable temporal es excluida para mejor captar la dimensión estructural de aquella. El segundo, diacrónico, se ocupa del mismo objeto de estudio, la lengua, pero lo hace atendiendo a su secuencia temporal, a la sucesión de sus transformaciones históricas. En todo caso, corresponderá al estudio sincrónico -sistémico, estructural- el papel decisivo en la construcción del nuevo modelo teórico del pensamiento lingüístico.

Este cambio de perspectiva metodológica hubo de suponer una revolución en la historia del pensamiento lingüístico, de orientación

tradicionalmente filológica y, por ello, centrada en el estudio histórico de las lenguas.

La innovación de Saussure supuso la posibilidad de construir un sistema coherente para el estudio del lenguaje, es decir la posibilidad de considerar la lengua como una estructura donde todos sus elementos se hallan interrelacionados y de la que depende el funcionamiento global del sistema.

El énfasis en la lengua como sistema estructurado preparó el terreno para la introducción de otros conceptos que han desempeñado un papel de suma importancia en el desarrollo de la lingüística y de la semiótica modernas, como es el caso del enfoque "generativo" de la gramática, que postula la posibilidad de predecir todos los usos posibles de la lengua que describe mediante leyes lo suficientemente explícitas.

Si bien el interés por la explicitación de este tipo de normas gramaticales no es hoy tan acuciante, ha generado un volumen de investigaciones y estudios acerca de los usos lingüísticos concretos sin precedentes.

1.1.2.1. La metáfora como paradigma del proceso de producción discursiva

en *Dos estudios del lenguaje y dos tipos de afasias* (1.963), Roman Jakobson sugirió que los procesos metafóricos y metonímicos constituyen mecanismos de producción del discurso que pueden explicarse apelando a los dos ejes fundamentales del lenguaje: el eje sintagmático (eje de los encadenamientos discursivos en presencia) y el eje paradigmático (eje de las asociaciones -por oposición o semejanza- en ausencia).

De acuerdo con ello, Jakobson establece la distinción entre dos tipos de afasia, según que la principal deficiencia del enfermo resida en la selección y la sustitución -mientras que mantiene la capacidad de combinar y contextualizar- o por el contrario presente una alteración en la combinación y la contextura -con conservación de la selección y sustitución.

Si se trata del primer caso, en el que falla la facultad de selección y sustitución, el enfermo carece de la relación de semejanza. Si lo que falla es la combinación y contextura, se suprime la contigüidad. Para los afásicos del primer tipo el lenguaje figurado resulta incomprensible. Pueden utilizar relaciones de contigüidad -de hecho utilizan sustituciones metonímicas con frecuencia- pero no producen, siquiera desde una perspectiva externa, sustituciones metafóricas.

Dado que lo que conservan es el contexto, el armazón del discurso, mientras que se muestran incapaces de nombrar los objetos que tienen ante sí, utilizan sustituciones metonímicas debido a que pueden establecer una proyección del contexto habitual sobre el eje de la selección y sustitución, es decir sustituir un signo por aquel que suele aparecer junto a él.

Los afásicos que no mantienen la función del contexto y la combinación, sólo conservan la palabra, pero como una unidad total en la que no cuentan sus componentes. Además disminuye la extensión y variedad de las frases, se pierden las reglas sintácticas y el orden de las palabras se vuelve caótico. Como han perdido el contexto sólo pueden intercambiar los elementos de los que disponen. Cuando identifican algo dicen a qué se parece, es decir, lo identifican mediante una sustitución metafórica.

En realidad ni las sustituciones metonímicas ni las metafóricas constituyen auténticas metáforas y metonimias, ya que resulta imposible su generación en ausencia de una de las dos dimensiones del lenguaje. Es decir, el afásico utiliza en cualquier caso sólo uno de los términos, en el lugar del otro, pero es necesario que el término sustituido permanezca accesible para que podamos decir que existe un uso figurado.

De lo hasta aquí expuesto puede deducirse, en el trabajo de Jakobson, una teoría del proceso metafórico consistente en la sustitución, en una cadena sintagmática, de una unidad semiótica por

otra de acuerdo con las posibilidades asociativas de carácter paradigmático.

La sustitución resulta posible en la medida en que muchos sememas, en una lengua, comparten al menos uno de los semas que les son propios, constituyendo así, en potencia, un paradigma de términos sustituibles. Por otro lado, como afirmaba Saussure, en la lengua todo son diferencias, esto quiere decir que el sentido es una creación a partir de las exclusiones que se operan en virtud de cada elección, pero a su vez el efecto de sentido no aparecería sin la articulación a nivel sintagmático, es decir, sin la capacidad asociativa de los elementos del lenguaje para producir unidades mayores, y por tanto discursos.

1.1.2.2. El eje sintagmático: La función poética

La función poética jakobsoniana es operada por una proyección del eje paradigmático sobre el eje sintagmático, es un efecto generado mediante la articulación de estos dos planos del lenguaje, porque en el plano paradigmático se opera una sustitución que suspende el sentido del discurso, mientras que en el nivel sintagmático es restaurado dicho sentido gracias a su acción combinatoria.

En la metáfora se produce este efecto estético y/o paradójico que combina al mismo tiempo la suspensión del sentido por un lado y

la creación de un efecto de "grosor" o "espesor" semántico que produce el acceso a varios sentidos superpuestos por otro; y también: la posibilidad de relaciones extremadamente abstractas, por un lado, y la formación de discursos en gran medida figurativos, por otro. (Podríamos decir que en buena lógica estructuralista la oposición abstracto/concreto no tiene un sentido necesariamente excluyente porque la estructura no está organizada bidimensionalmente).

Jakobson (1.963) afirma que

"los elementos de un contexto se encuentran en relación de contigüidad, mientras que en un grupo de sustitución los signos están ligados entre sí por diversos grados de similitud, que fluctúan entre la equivalencia de los sinónimos y el núcleo común de los antónimos".

Así pues las selecciones (y por tanto las sustituciones) se operan en función de relaciones de similitud -sinónimos- o de oposición -antónimos-.

1.1.2.1. SEMANTICA

La semántica es uno de los componentes de la lingüística cuyo estudio ha sido más tardío. El término semántica fue empleado por primera vez por Michel Bréal, en 1883, quien lo definió como:

"el conjunto de las leyes que preside la transformación de los sentidos, la elección de expresiones nuevas, el nacimiento y muerte de las locuciones."

A principios de siglo se desarrolló una semántica que bajo el nombre de lexicología abordaba el problema del significado desde el punto de vista de los campos semánticos, o conceptuales, entendidos como:

" (...) un conjunto de unidades léxicas consideradas, a título de hipótesis de trabajo, como dotadas de una organización estructural subyacente." (Greimás, 1.979, p. 49)

Para esta semántica, -que comparte la tesis de Sapir-Whorf acerca del léxico de las lenguas naturales como instrumento de categorización del mundo- la unidad de análisis es la palabra.

A partir de los años 60, y basada en el modelo fonológico, se desarrolla la semántica estructural, cuyos principios parten de la consideración del plano de la expresión como constituido por separaciones diferenciales que deben corresponder, hipotéticamente, a las separaciones del plano del contenido. Se descomponen así las unidades léxicas en unidades subyacentes, denominadas rasgos semánticos, o semas, según los distintos autores.

Por su parte Benveniste (1.966) distingue entre semántica y semiótica. La semántica se ocuparía del discurso lingüístico, mientras que la semiótica tendría por objeto las entidades lexicales, los signos.

La semántica de Benveniste concibe el discurso como integrado por diferentes niveles. Cada nivel está relacionado con el superior por una relación de sentido. De hecho el "sentido" de una unidad lingüística se define como su capacidad de integrarse en otra unidad de nivel superior.

Benveniste define asimismo la proposición, la frase, como unidad discursiva, ya que constituye el nivel de organización superior. Las frases podrán encadenarse entre sí, pero no se integrarán en unidades mayores.

Mounin (1972) retoma la misma distinción entre semiótica y semántica. La semántica, dice, es la ciencia de los significados lingüísticos, mientras que la semiótica constituirá la ciencia o teoría

de los significados. Esta última tiene como objeto el estudio de los hechos significativos, mientras que corresponde a la primera el estudio de los hechos lingüísticos.

Por su parte, Ricoeur (1977. p 117) propone una distinción entre sentido y referencia de la que se deduciría una de las diferencias fundamentales entre semiótica y semántica. La semiótica estudiaría el problema de la referencia dentro del sistema lingüístico, donde un signo siempre remite a otro signo. La semántica, por el contrario, debería dar cuenta del problema del sentido, es decir, de la relación existente entre el signo -o el significante-, y la cosa significada, es decir, el referente. Compete, así, a la semántica estudiar la relación del lenguaje con el mundo, por ello incluye entre sus tópicos de análisis la intención del hablante, sus deseos y toda una serie de elementos psicológicos -como, por ejemplo, sucede en la teoría de los actos del habla de Austin-.

1.1.2.1.1. La Metáfora y el Contexto

Entre los primeros autores que han mostrado interés en el estudio de la metáfora, Richards (1936) parte de una concepción lingüística en la que el contexto es el elemento determinante en la organización del sentido. De acuerdo con su "teorema contextual de la

significación", la palabra se define como una combinación de aspectos pertenecientes a diversos contextos.

Es ya clásica en retórica su definición de la metáfora como aquella que mantiene dos pensamientos de cosas diferentes simultáneamente activas en el seno de una palabra o de una expresión simple, cuya significación es la resultante de su interacción.

Nos ocuparemos, a continuación, de distintas propuestas de análisis del funcionamiento de este proceso interactivo.

1.1.2.1.2. El Enunciado Metafórico

Para Richards esta interacción producto de la actividad simultánea de dos pensamientos es producida por la transacción entre sus contextos. Sin embargo, para describir lo que de específico tiene la metáfora, Richards tiene que aludir al "desnivel" entre los pensamientos implicados y lo hace denominando "tenor" a la idea principal y "vehículo" a la idea bajo cuyo signo es aprehendida aquella. Como es evidente, utiliza una metáfora espacial para describir el proceso según el cual el "tenor", o idea subyacente, es presentada primero y está por tanto colocada debajo de la segunda idea o "vehículo". Este segundo pensamiento sería superpuesto al primero de modo que un observador que mirara desde arriba vería

el primer objeto "a través" del segundo. De este modo tiene lugar una transacción entre contextos, por lo demás extraños entre sí, que generará un nuevo contexto.

El problema que plantea esta formulación es que resulta imposible distinguir este nuevo contexto generado por la metáfora de los nuevos contextos generados constantemente por la utilización del lenguaje. De hecho, para Richards no existe diferencia alguna entre lenguaje literal y lenguaje figurado, excepto, acaso, entre el lenguaje en general y algunos usos de lenguajes técnicos.

Max Black (1.962), además de establecer un ordenamiento de las teorías de la metáfora que ha sido adoptado con total unanimidad, propuso otra terminología -que no ha conseguido sin embargo desplazar la propuesta por Richards- para explicar como el contexto actúa en la metáfora. Black llama "foco" al término correspondiente a lo que su antecesor, I. A. Richards, llamó "vehículo", y "marco" a la proposición. El "foco", además de estar sujeto a una serie de reglas semánticas y sintácticas, tendría un "sistema de lugares comunes asociados" formado por las implicaciones, opiniones, juicios anteriores, etc. del hablante y de su comunidad. Este sistema, dotado de una determinada organización interna, configuraría el contexto total de la frase mediante la interrelación de todas sus partes. En la metáfora, por un efecto de filtro o de pantalla, el "foco" suprime ciertos aspectos acentuando otros, de modo que organiza el tema principal de una forma peculiar. De alguna forma, Black desarrolla las metáforas subyacentes empleadas por Richards -sobre todo la que corresponde a

"comprender es ver"- a la vez que mantiene la metáfora topográfica aunque, en lugar de ver el tópic a través del vehículo, lo que Black propone es ver la frase a través de (o gracias a) la especial iluminación aportada por el foco.

En todo caso, aun trasladando el fenómeno de la metafóricidad a toda la frase, la teoría propuesta sigue sin permitir distinguir entre enunciados metafóricos y enunciados no metafóricos.

1.1.2.1.3. La palabra metafórica

Ricoeur en *La Metáfora Viva* (1970, P. 198) propone una solución diferente a las arriba expuestas en cuanto a la relación entre palabra y contexto y su función en la metáfora. Para este autor el discurso es un juego recíproco entre la palabra y la frase:

*"la palabra preserva el capital
semántico constituido por estos valores
contextuales sedimentados en su área
semántica; lo que aporta a la frase es
un potencial de sentido"*

Para Ricoeur (1970, p. 187) el papel de la palabra es esencial, pero no en el sentido de que la unidad fonética constituida por la palabra esté indisolublemente ligada un significado, como parece ser

la concepción semántica más ingenua, sino porque el papel de la palabra es situarse en el punto de encuentro de las dimensiones diacrónica y sincrónica; en sus propias palabras:

"por su aptitud para adquirir nuevas significaciones y para retenerlas sin perder las antiguas; este proceso acumulativo, por su doble carácter, parece requerir un punto de vista panocrónico."

Del carácter acumulativo de la palabra, de esa capacidad para retener o para consolidar contextos depende también, paradójicamente, la capacidad innovadora del lenguaje, su vivacidad.

La función del contexto, por otra parte sería la de "cernir" la polisemia por "conspiración" o "co-captación" de las palabras unas por las otras. Esta selección mutua de las acepciones de sentido semánticamente compatibles se opera la mayor parte de las veces de una manera tan silenciosa que, en un contexto dado, las otras acepciones inapropiadas no vienen a la mente; como ya lo observara Bréal (1.897),

"ni siquiera es necesario suprimir los otros sentidos de la palabra; estos sentidos no existen para nosotros, no franquean el umbral de nuestra conciencia".

La función del contexto pues, claramente especificada, es la de reducir la polisemia aportada por la palabra.

Lo que sucede con la metáfora, según Ricoeur, es que parece haber cierta resistencia de las acepciones ya codificadas de la palabra metafórica a interactuar en el contexto de las demás palabras de la frase, por lo que en lugar de consolidarse la acepción pertinente por efecto del contexto habrá de buscarse una acepción nueva sin que ello signifique necesariamente la ausencia de la anterior. El contexto que provee la totalidad de la frase guiará igualmente la búsqueda de esa nueva acepción. Queda así en cierto modo explicada la "riqueza" o el "grosor" de la metáfora, o en otros términos, la posibilidad de las diferentes interpretaciones o alternativas que interactúan unas sobre otras. La única transgresión operada en el caso de la metáfora es esa cierta resistencia de las acepciones comunes de la palabra que tiene como resultado la actualización de todas ellas, mientras que en otro tipo de discurso no metafórico las acepciones alternativas quedan por debajo del nivel de conciencia, o bien no son activadas por el contexto, aún cuando podrían ser activadas en cualquier momento. Esta posición permite a Ricoeur distinguir entre lenguaje metafórico y lenguaje no metafórico aunque manteniendo la identidad de los mecanismos que funcionan en uno y otro supuesto.

El lenguaje no metafórico supone algo así como la activación de una acepción de la palabra por el contexto, semánticamente una reducción del sentido potencial. En el caso de la metáfora sería una

ampliación del contenido semántico resultante de todas las acepciones más una.

En resumen, según Ricoeur (1970, p. 132):

"el sentido metafórico es un efecto del enunciado entero, pero focalizado en una palabra que se puede llamar la palabra metafórica".

1.1.2.1.4. La metáfora y la semejanza

Según una concepción ampliamente compartida por la mayoría de los estudiosos de la semántica, la metáfora es un fenómeno particular del cambio semántico por semejanza. Concretamente para Ullmann (1.962, p.239) en Semántica:

"Los cambios semánticos se incluirán naturalmente en dos categorías: los basados en una asociación entre los sentidos y los que implican una asociación entre los nombres. Cada una de estas dos categorías puede subdividirse a su vez, si admitimos la acostumbrada

distinción entre dos especies de asociación: la semejanza y la contigüidad. Estas dos parejas de criterios dan lugar a cuatro tipos cardinales de cambio semántico, algunos de los cuales pueden escindirse en ulteriores subdivisiones."

A continuación considera la metáfora como un caso de "Semejanza de sentidos". Utilizando la terminología introducida por Richards, afirma poco después que el tenor se identifica con el vehículo -basándose en el elemento común que subyace a la transferencia- mediante "una especie de taquigrafía verbal".

Aunque habla aquí Ullmann de "transferencia" se trata de un término tomado en préstamo de Richards, porque según sus propias palabras lo que se produciría más bien sería una sustitución de un término por otro merced a la semejanza entre dos imágenes -aunque sean en este caso imágenes de naturaleza verbal, taquigráfica-formadas a partir de tenor y vehículo.

Greimás y Courtés (1.979, p. 254) en su diccionario de semiótica apuntan una definición semejante:

"Actualmente, este término se emplea en semántica léxica o frásica para denominar el resultado de sustituir un lexema por otro, sustitución operada sobreun fondo de

*equivalencia semántica en un contexto
dado."*

Por otro lado definen la equivalencia semántica como (1.979, p. 251):

*"Una identidad sémica parcial
entre dos o más unidades reconocidas.
Posibilita el análisis semántico al
permitir la reducción de los
parasinónimos, y al evidenciar las
diferencias, nos ayuda a comprender el
funcionamiento metalinguístico del
discurso."*

Como por otra parte no puede postularse la sinonimia total, es decir, que los llamados sinónimos sólo pueden considerarse equivalentes en determinados contextos, pero no en otros, la identidad sémica debe comportar, y lo hace de hecho, diferencias, pues, según puso de manifiesto Saussure "en una lengua sólo hay diferencias", y desde un punto de vista comunicativo sólo las diferencias informan. De este modo la metáfora es desde un punto de vista semántico que podríamos denominar clásico, un caso de sustitución de lexemas basado en la equivalencia semántica, es decir en la discriminación de los sememas idénticos y de los sememas diferentes. Por tanto, con la sustitución del lexema siempre se opera una ruptura de la isotopía de la cadena sintagmática, o de su homogeneidad, ruptura que tiene asegurada la sutura, y por tanto la consiguiente producción de significado precisamente por su inserción

en dicha cadena sintagmática. Lo que podría parecer una explicación enmarcable dentro del paradigma de la sustitución demuestra que ni siquiera en este caso lo es.

No existe equivalencia total, y ni siquiera la equivalencia parcial es lo más importante (aunque sí requisito *sine qua nom*, haciéndose ineludible la alusión a la parcial diferencia.

Volvamos al punto de partida, la semejanza, para considerar la congruencia del paradigma de la sustitución, según el cual la metáfora es una comparación implícita entre dos términos, es decir, una explicación que está basada en una relación lógica -desde Aristóteles- de similitud entre los dos elementos.

La diferencia con el punto de vista de la sustitución reside únicamente en que para la teoría de la sustitución no existe diferencia alguna entre la expresión literal que podría construirse con el significante "original" supuestamente sustituido por el metafórico, y este último.

Es decir, semánticamente se trataría de un caso de equivalencia total entre lexemas, o de sinonimia clásica. El punto de vista de la comparación es más complejo, o menos ingenuo en su formulación. Aristóteles utilizó dos términos: "comparación" por un lado, lo cual alude a una relación lógica determinada entre los componentes, y "transferencia" por otro, aludiendo a la movilidad de los significados, que no permanecen estáticamente ligados al significante correspondiente.

Puè Richards quien dijo que la "superstición" de que las palabras poseían un significado propio era un vestigio de la "teoría mágica de los nombres" (Ricoeur, 1.977 p 123).

Frazer en *La rama dorada* (1.890, p. 35) divide la magia simpática en dos ramas que sin embargo raramente se presentan de forma aislada: la magia homeopática y la magia contaminante:

"La magia homeopática está fundada en la asociación de ideas por semejanza; la magia contaminante o contagiosa está fundada en la asociación de ideas por contigüidad. La magia homeopática cae en el error de suponer que las cosas que se parecen son la misma cosa; la magia contagiosa comete la equivocación de presumir que las cosas que estuvieron una vez en contacto siguen estándolo."

Tenemos pues en la magia primitiva los dos fenómenos asociativos básicos del pensamiento, la contigüidad y la semejanza. La teoría mágica de los nombres no consistiría tanto, entonces, en que un nombre estuviera en una relación permanente de participación con el objeto nombrado, cuanto en la posibilidad de que la asociación entre dos nombres, entre dos significantes, pueda operar ciertos cambios o ciertas transformaciones en ellos que se materializarán también en las transformaciones concomitantes de los objetos a los que los nombres están ligados.

La "movilidad" del significado, aunque restringida al ámbito del lenguaje, de significante a significante, fué también postulada por Freud para caracterizar dos operaciones básicas del sistema inconsciente que él denominó "condensación" y "desplazamiento".

Según se definen estos términos en el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis (1.971, P. 74):

(Condensación) "Uno de los principales modos de funcionamiento de los procesos inconscientes: una representación única representa por sí sola varias cadenas asociativas, en la intersección de las cuales se encuentra".

(Desplazamiento) "Consiste en que el acento, el interés, la intensidad de una representación puede desprenderse de ésta para pasar a otras representaciones originalmente poco intensas, aunque ligadas a la primera por una cadena asociativa".

Posteriormente J. Lacan ha asimilado la condensación a la metáfora y el desplazamiento a la metonimia, la condensación como una forma de "agregado" de significados y la metonimia como una transferencia propiamente. Esta posibilidad que brinda el lenguaje, es, a su juicio, debida a la oposición existente entre significante y significado.

En *La Metáfora viva* (1.975) Ricoeur distingue tres fenómenos, como previamente había hecho *Le Guern* (1.973), en los que interviene la semejanza (para *Le Guern*, analogía; para Ricoeur, similitud): el símbolo, la metáfora y la sinestesia. En este análisis se hace imprescindible la utilización del concepto de imagen. Afirma Ricoeur (1.975, p. 280):

Tenemos así tres modalidades de analogía. La analogía semántica de la metáfora debe ser colocada entre la analogía extralingüística y lógica del símbolo y la analogía intralingüística y perceptiva de la sinestesia."

La analogía que subyace a la sinestesia, según el autor, es una analogía intralingüística que atañe a los calificativos de las percepciones. La analogía del símbolo es extralingüística porque está basada supuestamente en una imagen racionalizada, en una percepción mental necesaria para sostener la analogía: es la imagen del árbol lo que sustenta la analogía con la fé o la vida.

La diferencia con la metáfora, según Ricoeur, es que en la metáfora la imagen evocada no interviene en la operación, no es necesaria puesto que no existe conciencia alguna de tal imagen en muchos de los casos.

Establece aquí Ricoeur una distinción que merece la pena ser examinada. Habla de analogía semántica (la de la metáfora), y de

"analogía tomada intelectualmente", es decir, de analogía racional o intelectual. También dice de esta última que es "extralingüística".

Sin embargo pensamos que afirmar que aquello que es consciente, aquello que es racional o lógico, como la comparación entre la imagen significativa del árbol y el significante "vida" es extralingüístico conduce a callejones sin salida. Definir lo lingüístico por oposición a racional o lógico vendría a actualizar la clásica distinción entre el pensamiento y el lenguaje que si bien constituyen fenómenos distintos no pueden en ningún caso definirse como opuestos.

La imagen del árbol representa (como un signo) el tronco y las ramas, que pueden tomar y de hecho toman toda una serie de significados: caminos que se bifurcan, crecimiento biológico, la barra misma del significante que es origen del lenguaje, direcciones de crecimiento opuestas en un eje vertical, simetría, transformación de la energía, circularidad, generación, etc. La imagen puede leerse. Tiene asociados estos significados y muchos otros y un símbolo, si actúa como tal, pone en juego gran parte de ellos; no puede decirse por tanto que la imagen del árbol no sea lenguaje. El proceso lógico de analogía que supuestamente tiene por objeto la imagen del árbol, si es de alguna manera distinguible, y tiene que serlo, de la metáfora, no será por su carácter extralingüístico.

..... Lo que a nosotros nos parece que puede definir el símbolo es su carácter precisamente de fundador del lenguaje. El símbolo podría caracterizarse como una representación vinculada a un relato mítico, de ahí que pueda percibirse como una síntesis que conserva cierto

movimiento. Lo que se mueve en el símbolo es su vinculación con un relato, el relato de un trayecto.

Podemos tomar un ejemplo tan común como la cruz; el símbolo de la cruz está vinculado al trayecto mítico, en el sentido de fundador, de originario, del héroe, del hombre-dios. El símbolo en su imagen o en su pura expresión verbal -habría que preguntarse si el símbolo siempre evoca una imagen consciente- sintetiza el desarrollo de un relato en el que existe un tiempo y unos hechos precisos ordenados según una secuencia que, partiendo de una situación, lleva irremisiblemente a otra bien distinta.

Pues bien el símbolo podría caracterizarse como la síntesis de un proceso psíquico. Por esta razón no puede situarse al símbolo fuera del lenguaje, sino más bien en su origen, como generador de discurso. La cruz en el templo sintetiza un tipo de experiencia humana posible, que por ser extensible en potencia a cualquier sujeto puede servir de fundamento, de base común, para tramar un sistema simbólico que posibilite a los hombres hablar con sentido.

El símbolo, entonces, habla, y más que hablar narra, cuenta una historia, un entramado de relaciones que ordenan el mundo en partes separadas y que dibuja además las posibles relaciones entre esas partes. El lenguaje, efectivamente, comienza con la diferenciación, con la barra significante. En el símbolo se trazan diferencias y también se esbozan las líneas de contacto; en ese sentido puede percibirse el símbolo como menos lingüístico que un significante menos simbólico.

En cuanto a lo que se ha denominado función simbólica del lenguaje tendría que ver, nos parece, con la capacidad del significante, de cualquier significante, para resonar fuera de la cadena sintagmática y establecer conexiones con los distintos relatos míticos de su cultura que, como verdaderos sistemas simbólicos, contribuyen a tejer la trama de relaciones con los hombres y con el mundo, y hacen posible, además de que puedan ser nombradas o pensadas, que tengan un sentido.

1.1.2.1.5. La Metáfora y la cancelación de los rasgos semánticos.

El concepto de rasgo semántico (por paralelismo con los rasgos distintivos o rasgos pertinentes que se utilizan en fonética) coincide en semántica con la definición de sema. El sema se define como la unidad mínima de significación. Greimás (1.979) distingue varias clases de semas:

" a) los semas figurativos son las magnitudes del plano del contenido de las lenguas naturales; corresponden (...) a las articulaciones de los órdenes sensoriales, a las cualidades sensibles del mundo; b) los semas abstractos son

las magnitudes del contenido que no se refieren a ninguna exterioridad, sino que, por el contrario, sirven para categorizar el mundo e instaurarlo en significación: tales son, por ejemplo, las categorías de relación/término, objeto/proceso; c) los semas tímicos o propioceptivos connotan los sistemas semicos según la categoría euforia/disforia y, por este hecho, los erigen en sistemas axiológicos" -de valores.

Esta división, se nos ocurre, podría hacerse corresponder con tres funciones psicológicas distintas: los semas figurativos con la facultad perceptiva sensorial; los semas abstractos con la facultad racional y sus correspondientes esquemas, modelos o constructos y los semas tímicos, por último, con la facultad de percepción afectiva, y su escala de valores correspondiente.

Jonathan Cohen (Ortony, 1.979) propone una teoría basada en rasgos semánticos. Concretamente en la cancelación de ciertos rasgos semánticos en la metáfora. Según Cohen los rasgos semánticos no deberían clasificarse de forma dicotómica en rasgos empíricos o inferenciales (que podrían corresponder a los semas figurativos y semas abstractos de Greimás) ni como pertenecientes a tal o cual categoría dentro de un sistema de ordenación jerárquica de tales categorías, sino más bien como un continuo creciente-decreciente de

importancia semántica en relación al cual podrían situarse los rasgos semánticos.

La cancelación de rasgos semánticos ocurriría en el lenguaje normalmente dependiendo de la utilización del lexema en un contexto determinado. Para que la cancelación fuera metafórica o tuviera como resultado un efecto metafórico tendría que excluir, según Cohen, el o los rasgos semánticos más importantes.

Por ejemplo en la expresión metafórica "es un lince" el efecto metafórico estaría producido por la cancelación del rasgo semántico "animal" del lexema lince, que puede ser considerado, si no el más importante, si de marcada importancia para la definición semántica de dicho lexema.

Esta necesidad de ordenar los rasgos semánticos según su importancia podría obtener cierto apoyo y justificación en las condiciones pragmáticas de utilización del lenguaje. Si el aprendizaje del lenguaje viene marcado por los contextos y las utilidades de los lexemas en ellos, la noción de "importancia" del semema podría tener que ver con la repetición e importancia de dichos contextos de uso.

Para Cohen, sin embargo, la importancia semántica de los rasgos viene dada por su especificidad. De modo que los rasgos semánticos más importantes serían aquellos situados más bajos en la escala de probabilidad de aparición. Así la relevancia semántica sería precisamente la opuesta a la relevancia práctica. A menor probabilidad de uso de un sema, más informativo será por ser más

específico. Por tanto un rasgo será tanto más importante *semánticamente* cuanto más informativo.

No obstante, reconoce Cohen, la mera cancelación de rasgos semánticos, incluso de los rasgos semánticos principales, no consigue explicar la diferencia entre los enunciados considerados como metáforas y los que no lo son.

Para acercarse un poco más al entendimiento del fenómeno metafórico Cohen introduce la diferencia entre tópico y vehículo o, en su terminología, entre tópico y comentario. La cancelación metafórica estaría normalmente impuesta desde el tópico, es decir, el tópico impondría la cancelación al comentario o a parte de él, mientras que en los enunciados no metafóricos sucedería exactamente lo contrario, es el modificador o el comentario el que impone la cancelación al tópico o sujeto.

De este modo se sitúa este modelo entre aquellas teorías de la metáfora que no reconocen un cambio semántico, ni siquiera en el vehículo. O más exactamente el tipo de cambio semántico que posibilita es un cambio por reducción. Si algo nuevo se produce en el vehículo es por la cancelación (o negación) de alguno de sus semas más específicos.

No hay espacio en este modelo para la explicitación de otra forma de novedad que no sea un reordenamiento de lo anterior; nada nuevo, en suma, por tanto, excepto el nuevo orden que resulta de la exclusión.

1.1.2.2. PRAGMATICA

La pragmática, tercera de las partes que, junto a semántica y semiótica, forma el estudio de la lengua, dista de ser un enfoque homogéneo. Su objeto de estudio sería la función comunicativa del lenguaje, o el estudio de las condiciones de funcionamiento de dicha comunicación. Charles Morris (1938), distingue tres dimensiones necesarias para la caracterización plena del lenguaje: sintaxis, semántica y pragmática, definiendo la sintaxis como la relación de los signos entre sí, la semántica como la relación de los signos con los objetos a los que se refieren y la pragmática como la relación entre los signos y sus intérpretes. Bates (1976) define la pragmática del lenguaje como "las reglas que dirigen el uso del lenguaje dentro de un contexto".

John R. Searle (1979), ha puesto el énfasis en lo que puede hacerse utilizando el lenguaje, es decir, tomando como punto de partida y profundizando en la clasificación de los actos del habla establecida por Austin (1972), desde un punto de vista de la teoría de la comunicación, considera el significado de una palabra como equivalente a la definición consensuada del diccionario, mientras que el significado de un enunciado, en tanto supone un compromiso comunicativo del destinador respecto al destinatario, en la práctica, equivale a las condiciones de verdad del mismo.

La pragmática para Searle tiene que ver por tanto con las condiciones de uso del lenguaje y entre ellas concede especial relevancia al concepto comunicativo de "credibilidad" o "verosimilitud". Por otra parte distingue entre significado del enunciado -que nunca es metafórico, nos dice- y el significado metafórico propiamente, que es el significado de uso, o el significado del hablante.

La teoría que propone Searle acerca de la comprensión metafórica está basada en la similaridad de los rasgos semánticos de los componentes de la metáfora. Ahora bien, el oyente debe introducir su conocimiento "real" de las cosas si quiere saber cuál de los valores posibles son candidatos plausibles de la predicación metafórica.

Afirma Searle que existen valores del predicado metafórico que sólo se activan cuando un determinado sujeto y predicado aparecen juntos, cosa que no ocurriría en la utilización del sujeto o predicado por separado, o en su combinación con otros sujetos o predicados diferentes.

Esto vendría a confirmar alguno de los supuestos de la teoría de la interacción, aunque no esté claro, para Searle, cómo tiene lugar y en qué puede consistir exactamente esa interacción. Lo que sí parece claro para Searle es que la metáfora no crea relaciones nuevas, previamente inexistentes, entre sujeto y predicado. Como teoría semántica, entonces, puede definirse como un enfoque que no introduce ningún tipo de cambio semántico para explicar el funcionamiento de la metáfora.

Lo que ocurriría sería un tipo de "restricción" de las propiedades del predicado, o de los rasgos del mismo que produce un "desvío" del significado desde *S es P* hasta convertirse en *S es R*. Sin embargo este desvío que en cierta perspectiva podría denominarse cambio semántico, no lo es, según Searle, por cuanto es el sujeto el que voluntariamente introduce tal desvío con una, digámoslo así, "intención metafórica".

La introducción del emisor y su intencionalidad, viene así a liberar al enfoque semántico tradicional de la explicación del fenómeno del cambio.

Cabría preguntarse, sin embargo, si desde un punto de vista estrictamente pragmático, no existen metáforas allí donde no hay intención metafórica por parte del destinador. Searle parece situarse, en el análisis, en el punto de vista del destinatario, situado ante la doble perspectiva de considerar la posibilidad de la ruptura del contrato comunicativo por parte del destinador que evidentemente -si dice, pongamos por caso, *estaba ciego* o bien considerar que su intención es en este caso significar que acaba de darse cuenta de algo y lo comunica metafóricamente.

Haremos alguna objeción a la parte de la teoría que en nuestra opinión posee menor poder explicativo, poniendo como ejemplo la comunicación escrita, ya que nos parece que en este caso la argumentación puede ser más clara, aunque no constituya en principio un caso diferente al de la comunicación hablada.

Cuando alguien lee un texto escrito, ausente la prosodia comunicativa del mensaje verbal, el destinatario queda enfrentado al texto ignorándolo todo respecto a la intención del destinatario respecto a tal o cual enunciado. El discurso mismo, en función de su propia estructura, tiene determinados efectos de sentido que pueden ser fortuitos o intencionados, poco importa. Si el autor escribió *camisón de dormir azul* (en un ejemplo tomado de Mannoni) y el lector lee *camisón -de dormir azul-* ahí hay una metáfora, lo quisiera o no su autor. Si por el contrario lee *-camisón de dormir- azul* el caso es el contrario, independientemente de su autor. Por tanto, podría decirse, lo que importa es la intención metafórica de aquel que entiende una metáfora, sea como productor-destinador, sea como productor-destinatario.

Y sin embargo, creemos que la experiencia más elemental nos avala, las metáforas nos sorprenden demasiado a menudo como para constituir una excepción a la regla, dependiendo, quizá sí, de nuestro nivel de atención, pero sin que expresamente nos propongamos "leer metafóricamente", "escuchar metafóricamente", o, incluso, "hablar metafóricamente". El lenguaje infantil, en efecto, está poblado a menudo de metáforas para la comprensión del adulto. Quizá pueda suponerse en el niño cierta intención, si no metaforizante en el sentido en que puede serlo la intencionalidad de un hablante adulto, si al menos poco estricta en cuanto a la pretensión de exactitud referencial en su mensaje. Pero en cualquier caso, es posible interpretar determinado fragmento de una manera claramente metafórica, mientras el propio destinatario, y/o los destinatarios

pueden no hacerlo. -Todas las combinaciones son teóricamente posibles-.

En resumen, la aportación de Searle sobre la intención metafórica, o el significado del emisor, si bien es importante o incluso decisiva en muchos casos, no es suficiente para entender en qué consiste una metáfora, y para distinguir metáforas de no metáforas. La distinción, por ejemplo, entre metáfora e ironía se hace difícil.

La metáfora así descrita, será el fenómeno producido entre un hablante y un oyente cuando el hablante formula un enunciado "S es P" (*Sally es un bloque de hielo* según el ejemplo de Searle) con la intención de comunicar "S es R", es decir, "*Sally es emocionalmente no responsiva*", o, dependiendo de la información que poseamos acerca de quien se habla y de la relación que mantiene con el hablante, muchos otros, como "*Sally es muy cortante*" o "*sexualmente no responsiva*" etc. Dado que la intención del destinador no puede determinar de ninguna manera qué versión escogerá el destinatario, ni si entenderá una entidad nueva que comprenda todas ellas, no puede distinguirse de las condiciones pragmáticas de la ironía, donde un hablante que emite un enunciado "S es P" ("*lo has arreglado*") quiere decir en realidad "S es P'" ("*ahora sí que lo has estropeado*").

Aunque muy bien podría definirse la ironía desde un punto de vista pragmático, nos parece, como la expresión de lo contrario a lo que el destinador supone que el destinatario espera oír, y utilizando precisamente, una expresión "convencional", mientras que la metáfora, desde un punto de vista idéntico podría definirse como

"dar dos ideas por una", según la feliz expresión del Dr. Johnson, quedan sin explicar los aspectos formales, según los cuales, como la retórica clásica puso siempre de manifiesto, pueden ser catalogadas y descritas las distintas figuras.

En el caso de la metáfora, además, la intención de decir otra cosa no parece ser lo suficientemente explícita como para que un supuesto hablante pueda, sin más que aplicar la fórmula correspondiente, construir metáforas.

Morgan, (Ortony, 1.979) aporta una característica más, desde un punto de vista pragmático, para la descripción del fenómeno. Morgan pone el dedo en la llaga cuando se pregunta por el nexo o la conexión existente entre lo que Searle llama el significado de la frase y el significado que el hablante intenta transmitir.

Según Morgan en esta relación, aun pudiendo estar sobredeterminada, puede aislarse un factor que define como de actuación más común: este factor es el valor afectivo de la relación, un aspecto emocional o evaluativo que uniría ambos significados. Si yo digo "S es P" entonces, queriendo decir "S es R", es porque establezco un vínculo afectivo, una evaluación, entre mi "Sally es un bloque de hielo" y el significado que se supone intento transmitir, esto es, "Sally es emocionalmente no responsiva", por el que afectivamente comparo a Sally con un bloque de hielo, es decir que quizá la parafrase más adecuada no sería "Sally es emocionalmente no responsiva" lo cual puede parecer una aseveración objetivamente bien fundada, sino algo más parecido a "mi experiencia de Sally me recuerda a mi experiencia de un bloque de hielo" lo cual introduce la

relación entre el sujeto y el objeto, y un tipo de relación determinada -sensorial- que viene determinada de alguna manera por la aseveración *"Sally es un bloque de hielo"*, porque sólo desde un punto de vista subjetivo, es decir, para mi, en mi relación con Sally, en comparación a mi relación con el hielo, existe algún parecido entre Sally y el hielo.

De modo que, a nuestro entender, esta introducción de un factor evaluativo introduce propiamente un punto de vista, el punto de vista del sujeto que habla y que de alguna manera hay que recuperar si queremos interpretar sus metáforas, entendiendo dichas metáforas como parte de sus relaciones con el mundo.

Levin, (1.979) aporta dos grupos de ideas muy interesantes. El primero de ellos se refiere a la direccionalidad de las metáforas. Se supone desde el enfoque de la comparación que el sujeto o tenor es comparado con el predicado o vehiculo, y esto es muy evidente, según Levin, en las metáforas de la forma A es B.

Sin embargo en otro tipo de metáforas donde la construcción no es tan clara, no se sabe quién es el sujeto con seguridad, por ejemplo en *"el oro solar"*. Parece claro que para un tipo de sujetos el significado será imprimir en el oro características solares mientras que para otros consistirá en imprimir en el sol características áureas, según afirma Levin.

La direccionalidad sigue por tanto presente, si bien se contempla la posibilidad de cualquiera de ellas. Desde la teoría de la interacción sin embargo, teoría que Levin no toma en consideración,

la cuestión sería distinta: podría decirse que los esquemas de "oro" y de "sol" interactúan, o que el resultado de la metáfora es una nueva esquematización en la que han intervenido ambos significantes, y que dicho esquema nuevo, o dicho nuevo significado sirve tanto para un sujeto oro como para un sujeto sol, cuestión que decidirá el contexto, pero en cualquier caso, siempre implícitamente, existirán las dos posibilidades y de hecho muchos sujetos considerarán ambas.

Levin sostiene sin embargo que el proceso en sí no es un proceso de comparación, aun cuando reconoce que la base del proceso es la posibilidad de la comparación, sino que denomina el proceso como un "amalgamiento" que puede resultar en fusión o desplazamiento. Fusión en el caso de que uno de los elementos, digámoslo así, sume alguna de las características del otro elemento a las suyas propias, y desplazamiento si por el contrario el resultado es la pérdida de alguna de sus características. Digamos entonces que dicho amalgamiento podría resultar en una suma de rasgos (fusión) o en una resta (restricción).

Consideremos esta cuestión con algún detenimiento. El ejemplo puesto por Levin es especialmente adecuado para esta diferenciación porque se trata de dos elementos pertenecientes a niveles muy distintos biológicamente, como por ejemplo en "beso de espuma". Si el sujeto es beso, según Levin, sería un caso de desplazamiento porque una actividad netamente humana, "besar", se deshumaniza para convertirse en el movimiento y el contacto suave de la espuma, mientras que si el sujeto fuera "espuma" sería un caso de "fusión" porque un subgrupo de los elementos asociados a "beso" vendrían a

sumarse a los elementos asociados a "espuma", con lo que el suave movimiento de la espuma se vería humanizado.

En resumen, cuando hay personificación, según Levin, se trata de fusión; cuando hay despersonificación, desplazamiento. En nuestra opinión, si bien esta distinción o/o se hace innecesaria en un marco teórico más interactivo, Levin está haciendo referencia a un fenómeno señalado por varios autores dedicados al estudio de la metáfora, con distintos nombres: se trata en efecto de saldar el significado de la metáfora con ciertas pérdidas y ciertas ganancias. Si bien dentro de una teoría que pone el énfasis en los rasgos semánticos y no en las relaciones entre estos, como es el caso de las teorías de la comparación, estas pérdidas serán meras restas de rasgos, y las ganancias las sumas correspondientes.

Existe además en esta explicación cierto antropomorfismo, es decir, la introducción del punto de vista humano a la hora de evaluar dichas pérdidas y ganancias. Para un humano, en efecto, la pérdida consistirá en convertir un beso en un contacto entre arena y espuma, mientras que desde un punto de vista de espuma, si ello fuera posible, quizá la pérdida fuera la contraria, convertir el contacto de arena y espuma en el de la piel de los labios con alguna otra superficie.

Sin embargo, para Levin, dado que privilegia un punto de vista humano, sólo puede considerarse como pérdida la situación en un punto de vista distinto. En efecto, ya sea apoyado en la concepción religiosa de la creación, o en los estudios de Darwin, el hombre se ha considerado a sí mismo siempre como la culminación

del proyecto biológico en cuanto a complejidad, inteligencia, y conciencia se refiere. Es decir, en cuanto a dominio.

A nuestro juicio, el antropomorfismo se vería asimismo apoyado por la inscripción del propio punto de referencia que en el lenguaje encarna el sujeto.

Hay en la comunicación de Levin, además, una propuesta para la comprensión de metáforas literarias que muy bien podría hacerse extensiva a metáforas científicas y de otro tipo.

La propuesta parece surgir de un encuadre teórico diferente al adoptado en la anterior discusión acerca de la direccionalidad. De hecho así lo sugiere cuando afirma que los modelos explicativos de la metáfora están encuadrados siempre dentro de una teoría lingüística, para pasar a proponer una aproximación "fenomenalista".

Según la aproximación lingüística, dice Levin, cuando un sujeto encuentra un enunciado aparentemente desviado, L_1 , construye un segundo enunciado, L_2 , que sea consecuente con la concepción corriente del mundo; su propuesta consiste en que la construcción no es lingüística, no es una parafrase lo que se construye, sino un paramundo. L_1 es tomada literalmente, y en consecuencia se construye un mundo posible, W_2 , donde esa descripción sea coherente.

Esta construcción se lleva a cabo por medio de la importación, dice Levin, de los hechos del mundo conocido tal y como son concebidos normalmente, lo cual denomina como W_1 . Lo que no explica Levin es cómo se lleva a cabo dicha transferencia de

fenómenos si no es por medio del contraste de los esquemas o modelos ya conocidos, aunque decididamente sitúa dicha transferencia fuera del lenguaje.

El concepto de lenguaje que utiliza, nos parece, es sumamente angosto. Lenguaje no es tan sólo la expresión lingüística de enunciados. Lo que Levin llama W_1 , el mundo conocido, no son los hechos en sí, los fenómenos, sino las correspondientes construcciones -en las que indudablemente interviene el lenguaje y toda la lógica a él inherente- a partir de ciertas percepciones de lo real.

Lo real, en un concepto tomado de Lacan, es en sí impensable, es inaprehensible e inutilizable si no es simbolizado, si no es puesto en relación con otros fenómenos, si no es inscrito en un lugar y un tiempo. Y Todo lo que ha sido simbolizado entra a formar parte del lenguaje. No podemos hablar por tanto de fenómenos puros porque para el hombre no existe un fenómeno en estado puro, aunque este exceda a toda clasificación, como por ejemplo un terremoto o una inundación. El fenómeno en sí es incomprensible a menos que sea inscrito en parámetros humanos y narrativizado, es decir puesto en relación con otros acontecimientos, ya sea como la descripción de sus características (toda medida es una puesta en relación de varios elementos), de sus efectos, la de su posible inscripción en una cadena causal, etc.

Dice Levin que no es el lenguaje lo que es extraordinario en la metáfora, sino la concepción del mundo. El lenguaje metafórico no haría sino describir fielmente dicha nueva concepción. De ahí que los poetas, explica Levin, sean calificados de vates, de profetas, de seres

inspirados, etc. El poeta para Levin es el ser capaz de concebir un mundo diferente y de describirlo lingüísticamente, a través de metáforas.

Pero otro tanto sucede en la ciencia, y en las metáforas que empleamos en la vida cotidiana también. A nuestro entender es un fenómeno siempre abierto al hombre que utiliza el lenguaje. El lenguaje distingue, separa, nombra, y eso es tanto como decir que dota de realidad, de existencia, aquello que describe.

De alguna manera no es suficiente la posibilidad de percibir un fenómeno para que éste exista desde un punto de vista humano, y viceversa: es necesario poder nombrarlo, y sobre todo inscribir su existencia dentro de una red simbólica de relaciones con otros significantes.

Así las ciencias comienzan por poner nombres, clasificar, distinguir sus objetos. Así también el que un hombre ciego no pueda percibir el color rojo no impide que este color tenga para él cierto grado de existencia, en la medida en que los demás lo perciben y forma parte del discurso de todos, incluso de él mismo. Ya que si bien no puede verlo, puede, y de hecho lo hace, hablar de él.

Dice Feyerabend (1.970) que la existencia no es una función monótona, es decir que no todo existe o no existe, ni todo lo que existe existe de la misma manera, lo cual no es tan extraordinario si, después de todo, como cita Ricoeur de N. Goodman (1.968) todo lenguaje, todo simbolismo, consiste en "rehacer la realidad".

1.1.3. LA RETORICA

La retórica tradicional considera la metáfora como un tropo o figura. En sus investigaciones Michel Le Guern (1.976, P. 13) parte de la definición que Du Marsais hace de la misma:

"La metáfora es una figura por medio de la cual se transporta, por así decir, el significado propio de una palabra a otro significado que solamente le conviene en virtud de una comparación que reside en la mente".

Según Le Guern cualquier semema (considerando semema como la manifestación del lexema en un contexto dado) presenta dos tipos de relaciones: una relación externa con el objeto al que designa, que muy bien podría coincidir con la función referencial a la que aludía Jakobson (1.963), y una relación interna entre los elementos de significación, o semas, que lo constituyen. El proceso metafórico, dice Le Guern, concierne a la organización sémica mientras que el proceso metonímico modificaría sólo la relación referencial.

Así en la metonimia si, por ejemplo, recomendamos *la lectura de Jakobson*, se opera un deslizamiento de la referencia, desde la obra de Jakobson a su autor, pero la organización sémica del término Jakobson permanece idéntica, según Le Guern. Esta afirmación

presupone que el término Jakobson posee una organización sémica previa que por así decir, sale intacta de su utilización metonímica.

En la metáfora, continúa Le Guern, pasa todo lo contrario: La relación entre el término metafórico y el objeto que designa habitualmente queda destruida. Más exactamente lo que sucede es que una parte de los semas que constituyen el lexema son *suspendidos, o puestos entre paréntesis*.

Ahora bien, parece dudoso que la puesta en suspenso de una parte de los semas de un lexema pueda producir la apertura metafórica, el efecto de grosor, la posibilidad de interpretaciones diferentes.

Según esta concepción, el significante desaparecido solamente serviría para recortar algunas de las posibilidades semánticas de un término, sin intervenir en la producción del significado con ninguna otra aportación. *Le Guern*, consciente de la necesidad de dar explicación de la riqueza semántica de la metáfora, apela a los conceptos de connotación y denotación. Denotación sería, según este autor y sin contradecir la versión general, el conjunto de los elementos del lenguaje susceptibles de ser traducidos o vertidos de una a otra lengua, es decir, aquello de lo que da cuenta el diccionario. Por su parte Connotación sería el conjunto de los sistemas significantes producidos por un texto que no están incluidos o apresados por la denotación. Pues bien, para *Le Guern* (P. 2) el carácter específico de la metáfora,

"Al obligar a abstraer a nivel de la comunicación lógica cierto número de elementos de significación, permite poner de relieve los elementos mantenidos; a un nivel distinto del de la pura información, y por medio de la introducción de un término extraño a la isotopía del contexto, provoca la evocación de una imagen asociada que percibe la imaginación y que ejerce su impacto sobre la sensibilidad sin el control de la inteligencia lógica, pues la naturaleza de la imagen producida por la metáfora le permite escapar a él".

De modo que el carácter específico de la metáfora consiste, nos dice Le Guern, en el surgimiento de una imagen provocada por un término extraño a la isotopía del texto. Y que permite escapar del plano del razonamiento lógico. Nos encontramos, pues, ante la definición que la retórica clásica daba de la metáfora:

"Tropo que consiste en usar palabras con un sentido distinto del propio, si bien guardando con éste cierta relación analógica" (Enciclopedia Larousse; p. 6.459).

Le Guern, por otra parte, no ignora la conexión existente entre símbolo o función simbólica, y función metafórica. En efecto, cita la definición de símbolo de André Lalande (1.967, p.44)

Simbolo: A. Lo que representa otra cosa en virtud de una correspondencia analógica. B. Sistema continuado de términos, cada uno de los cuales representa un elemento de otro sistema: "Un símbolo es una comparación de la que solamente se nos da el segundo término, un sistema de metáforas continuadas".

En principio, estas definiciones no permiten una clara distinción entre el símbolo y la metáfora. La definición de Le Guern (P. 45) para símbolo, que nos parece muy acertada, es la siguiente:

"Podemos decir, pues, que hay símbolo cuando el significado normal de la palabra empleada funciona como significante de un segundo significado que será el objeto simbolizado. En rigor, no es la palabra "árbol" la que es el símbolo, sino su significado, la representación del árbol."

Sin embargo, para Le Guern el símbolo no constituye una dimensión interna al lenguaje y, por ello, no queda establecida conexión alguna con el fenómeno de la connotación.

Tomada la función simbólica en cambio como una de las posibilidades inherentes al lenguaje, a todo lenguaje, esto es, considerando la posibilidad de que todo significado pueda convertirse, a su vez, en significante, podría ser explicada no solamente la dimensión horizontal de la cadena significante, sino también la dimensión vertical, es decir, el plano de la connotación, así como podría darse cuenta también de los fenómenos de "espesor" o "grosor" atribuibles a la metáfora.

Para Le Guern, la distinción entre metáfora y símbolo se encuentra en la imagen asociada. En la metáfora, además de una selección semica que supone cierto nivel de jerarquización de los elementos de significación, o sememas, ocurriría una representación mental del significado seleccionado o "imagen asociada" que es una producción subjetiva, difícilmente transmisible o compartible.

Lo que mantiene la continuidad del discurso es la cadena sintagmática que impone su lógica frente a la arbitrariedad o analogismo de la "imagen asociada". Así, la dimensión analógica de la metáfora podría estar emparentada con la dimensión simbólica que todo significado posee en mayor o menor grado. Pues es necesario poner en cuestión la concepción de la retórica tradicional según la cual el carácter simbólico es un atributo exclusivo de determinados elementos mientras permanece completamente ausente en otros. Se trata, en suma, de una concepción de las figuras como elementos

aislados y excepcionales -metáforas, símbolos y metonimias- en un lenguaje uniforme y esencialmente denotativo.

En nuestra opinión el símbolo, por su verticalidad, rompe la cadena sintagmática debido a que su lógica misma (su analógica) excluye la segmentación temporal que rige el orden sintáctico, produciendo aglutinaciones donde coexisten puntos de llegada que serán a su vez puntos de partida para nuevas significaciones.

El símbolo, decimos, precisa o impone cierto aislamiento del eje horizontal. Así ocurre con el símbolo del árbol, por ejemplo, cuando participa en un enunciado formando parte de una cadena sintagmática; resonarán sus significados asociados en el eje vertical, pero su significado será precisado y aplanado por medio del contexto, como ocurre, por ejemplo, si decimos "he plantado un árbol".

La distinción entre la imagen asociada a la metáfora, que no sería necesaria en todos los casos, y la imagen asociada a los símbolos, en este caso inexcusablemente asociada, consiste, según Le Guern, precisamente en que en la metáfora esa imagen no es necesaria para la transmisión de la información o, dicho de otra forma, para generar el efecto metafórico.

Esa imagen asociada a la metáfora no es entonces un fenómeno que pertenezca propiamente a la función metafórica, puesto que no es imprescindible su aparición. La imagen asociada al símbolo o imagen simbólica, por el contrario, es necesaria, forma parte de la información que contiene. Es esta, según Le Guern, la primera diferencia con la metáfora. La segunda estriba en que la imagen

asociada al símbolo es una imagen intelectualizada, que debe ser captada por el intelecto para que sirva de base a un razonamiento por analogía.

En definitiva, la distinción de Le Guern entre símbolo y metáfora permanece siempre interior al ámbito de la retórica, consistiendo en una distinción entre dos tipos de figuras diferentes. Pues Le Guern considera el lenguaje como un recipiente que transmite información o como un instrumento que vehicula la información de uno a otro extremo de un sistema comunicativo.

La existencia de un significado previo, de un acuerdo intersubjetivo en lo que respecta al significado de las palabras y que hace posible su circulación e intercambio, no agota, sin embargo, la totalidad del sentido es producido en un discurso determinado en su contexto concreto.

La función simbólica sería, pensamos, una función constante, inherente al sistema lingüístico. Y la metáfora sería una de sus principales manifestaciones. En este sentido, la metáfora puede ser definida como la sustitución de un significante por otro, con la permanencia del significado correspondiente al significante ausente que se desliza, gracias a la fuerza del campo semántico creado por la cadena sintagmática, bajo el significante sustituto.

Este significado, unido a un significante extraño, se convierte a su vez en significante o soporte de nuevas significaciones, por lo que tendríamos algo así como un par de significantes como punto de partida para una nueva significación.

Quizá podría describirse este momento de coexistencia o de choque de dos signos en el mismo espacio-tiempo lingüístico como una suspensión del sentido, como un momento de indeterminación significativa. Y en virtud de la existencia de ese momento de indeterminación, se accedería a un nuevo ordenamiento que surgiría del encuentro de los dos significados.

La función simbólica constituiría, pues, la condición y el marco de la existencia de la metáfora.

1.1.3.1. La metáfora y la comparación

La retórica ha definido reiteradamente la metáfora como una comparación o bien abreviada, en los casos *in praesentia* o bien elíptica, en los casos *in absentia*.

Según Du Marsais (1.730)

"La metáfora es una figura en la que, por así decirlo, se traslada la significación propia de una palabra a otra distinta que no le conviene sino en virtud de una comparación que se da en la mente." (1.973 Citado en *ibidem*. p. 63)

Como afirma Le Guern, el término de "comparación", tal y como es usado por Du Marsais, recubre indistintamente las nociones de similitud, (comparación no cuantitativa), y de comparación propiamente dicha (esta sí cuantitativa).

La similitud consistiría en una comparación que utiliza "*parecido a*", "*como*", "*del mismo modo que*" mientras la comparación utilizaría términos como "*más que*", "*menos que*", "*tan como*". Es decir, la comparación establece claramente una jerarquía de los términos que, como tales, deben ser clasificables dentro de los parámetros de dicha jerarquía, por lo que los homogeneiza a la vez que los compara.

Si digo "*eres más tonto que un mosquito*" lo hago presuponiendo que hombres y mosquitos comparten la posesión de algo llamado inteligencia en mayor o menor grado. Puede decirse por tanto que la comparación es más precisa en cuanto al elemento que se compara que la similitud. Si digo en cambio *pareces un mosquito* no queda de ningún modo explícito cuál es el término de la comparación, porque entre hombres y mosquitos los términos comparables pueden multiplicarse.

Entonces, según Le Guern, sólo la similitud pone en juego una imagen, una representación mental que define como un lexema extraño a la isotopía del contexto inmediato. En este sentido la metáfora tendría más que ver con la similitud que con la comparación, porque metáfora y similitud, ambas, introducen un lexema extraño al contexto. Si, por ejemplo, digo "tu mirada es como fuego" la relación lógica que propongo, no resulta inmediatamente

evidente. Para que funcionara a modo de algoritmo, es decir, para que generara un significado inmediato, faltaría un dato esencial como es la dimensión en la que se sitúa la igualdad. En el ejemplo la dimensión ardiente.

Así, cuando se dice "*tu mirada es tan ardiente como fuego*" el enunciado se comprende de forma inmediata, exactamente como sucede en "*tu mirada es ardiente como fuego*", que según un criterio puramente formal pertenecería ya a la similitud. Sin embargo no existe diferencia porque en ambos casos se propone una comparación entre dos sujetos y se establece un tercer término que contribuye a formar el plano de la comparación.

Este triángulo así presentado genera de forma inmediata un recorrido, y tiene un significado precisado explícitamente. Mientras que en la comparación (o similitud) de forma "*tu mirada es como fuego*" falta el tercer elemento para definir el plano, por lo que el sentido se juega en el eje lingüístico de la elección o plano paradigmático, mediante la expansión que a partir de "*Fuego*" se hace a otros significados;

El significado "*ardiente*," puede quizá ser activado a partir del significado de fuego, y convertirse a su vez en significante, pero de ser así sucederá como en el eco, en repercusiones sucesivas, en tiempos distintos.

Y si esto ocurre en la metáfora *in praesentia*, con mayor claridad ocurre en el caso de la metáfora *in absentia* es decir cuando sólo aparece el vehículo metafórico

Como muy bien apunta Le Guern la lingüística que pretende dar cuenta de análisis puramente gramaticales o formales no puede distinguir entre metáfora y metonimia, ni entre metonimia y función simbólica.

1.1.3.2. Las figuras como desvío

La retórica clásica fué un intento fundamentalmente taxonómico de clasificación de las diferentes figuras. La teoría subyacente es la de que todas las palabras tienen un significado que les es propio y que puede definirse por medio del diccionario sin tener en cuenta el contexto o la modalidad de su utilización.

Este significado, que en el caso ideal será único para cada palabra, se supone discreto y bien definido. De esta relación de propiedad que la retórica clásica postula entre palabra y significado se sigue el que una palabra pueda tener un uso "impropio", cuando es utilizada con un significado que no le pertenece.

Las figuras, en esta perspectiva, son utilizaciones impropias o desviadas de las palabras. Para una concepción tan claramente atomista, texto y contexto no tienen una entidad propia.

1.1.3.3. Las figuras como interacción

I A. Richards (1.936) objetó la distinción de la retórica clásica, entre sentido propio y sentido figurado y calificó de superstición la idea de la propiedad de los significados.

En contrapartida opone Richards el discurso como portador del sentido que no es algo divisible ni la suma de los significados correspondientes a las palabras que lo forman. Las palabras, por su parte, únicamente remiten a las partes del contexto que faltan, y así la constancia del sentido no es nunca otra cosa que la constancia de los contextos.

Si desde Aristóteles la metáfora era pensada como un don del genio que no podía ser enseñado, a partir de Richards, en cambio, será la forma constitutiva de ser del lenguaje, estando presente, por tanto, en todas las manifestaciones lingüísticas.

1.1.4. PSICOLINGÜÍSTICA

Honeck (1.980) afirma que la investigación acerca del lenguaje *no ha hecho sino comenzar. La psicolingüística se encuentra, con la metáfora, abocada al estudio y la comprensión de fenómenos tan*

cognitivamente complejos como la naturaleza de las experiencias y la comprensión humanas.

Los procesos metafóricos pueden encontrarse en todas las áreas de la experiencia y la creación humanas: la literatura, el arte, la religión y la ciencia. Y ellos mismos parecen sintetizar aportaciones diversas dentro del sistema cognitivo: ideación, imaginación, afecto. En términos de Verbrugge (1.980) la metáfora es un catalizador del conocimiento.

Existen dos líneas de investigación especialmente afortunadas para el estudio de la metáfora. La primera está constituida por el conjunto de estudios acerca de la semejanza, o más ampliamente, de los procesos de abstracción. La segunda, por toda una serie de estudios orientados a los procesos perceptivos e imaginarios en la comprensión metafórica, interesados por tanto hacia los aspectos más holísticos y concretos, en términos experienciales o perceptivos.

Verbrugge (1.980) afirma que el problema acerca de si el procesamiento literal es distinguible del procesamiento metafórico es una cuestión que continuará abierta, a pesar de los datos aportados por Ortony, Schallert, Reynolds y Antos (1.978) en favor de una continuidad en el procesamiento de ambos tipos de lenguaje.

Otro problema vigente surge en torno a la modalidad del procesamiento, dividido generalmente en dos sistemas: verbal e icónico. Algunas propuestas de las más brillantes, nos parece, abogan por fórmulas de representación que incluyen ambos tipos de códigos,

elementos sumamente abstractos coexistiendo con representaciones esquemáticas, datos perceptivos, y también afectivos.

En lo que, afortunadamente, pueden ponerse de acuerdo todos los psicolinguistas es en que el estudio de la metáfora puede clarificar enormemente la comprensión de los procesos humanos más complejos, y muy especialmente, del lenguaje y del conocimiento.

En opinión de Mayor (1985) la metáfora constituye básicamente una propuesta para incrementar nuestro conocimiento, especialmente el simbólico y relacional. Su inscripción, por otra parte, en una epistemología de las posibilidades, permitiría caracterizarla, nos parece, como un fenómeno cuántico, es decir como la experiencia, en el lenguaje, del momento previo a una nueva ordenación en el que es posible la existencia simultánea de todas las posibilidades.

En el apartado 2, "Teorías y Modelos", se desarrolla la compleja problemática psicolinguística sobre este tema.

1.1.5. EL PSICOANÁLISIS

Saussure definió el significante como una de las magnitudes constitutivas del signo mínimo (o morfema) correspondiente a la "imagen acústica". (Greimás y Courtés. 1982).

Ahora bien, de acuerdo con la mayor parte de los autores posteriores, la concatenación de significantes no se produce sólo sintagmáticamente, es decir, en una sucesión o encadenamiento temporal, sino también sistemáticamente.

Según expresión de Lacan, el discurso es polifónico y hay que tener en cuenta no sólo la linealidad significativa, sino también la dimensión vertical que reintroduce la noción de sistema lingüístico. Si consideramos el sentido producido por un anagrama, ejemplo que utiliza el mismo autor, la variación de las letras, y por tanto su emisión en distintos lugares de la cadena, produce sentidos diferentes.

En realidad de lo que se trata es de la definición de una unidad de significado operativa, que no tiene por qué ser necesariamente el fonema, definido como unidad mínima indescomponible en el plano de la expresión, si no en el de la significación, aquella unidad que funciona como tal unidad en tanto que es capaz de producir sentido.

De este modo un significante no remitirá sin más a un significado sino que, por el contrario se verá inmerso en una determinada constelación de significantes que producirá determinados efectos de sentido.

Américo Vallejo (1.985) pone el ejemplo del árbol. En la palabra *árbol* su referente figurativo, el tronco y las ramas que de él parten como caminos divergentes, se convierte en signo de la dicotomía, y como tal signo sirve para referirse al árbol genealógico.

Lo que quiere decir que todo significado puede actuar a su vez como significante; de este modo se construirían las constelaciones simbólicas (árbol circulatorio, árbol de la vida del cerebelo, árbol de Saturno o de Diana, símbolo de la premonición), donde cada nuevo asociado se combina según principios de consonancia y de contraste a la vez, produciendo un efecto de reverberación de unos sobre otros que va tramando el sentido

Para Lacan el funcionamiento del lenguaje pone en juego dos procesos: uno sintagmático, como encadenamiento metonímico, y otro sistemático y asociativo, como proceso metafórico. Así mismo, para este autor el significado no es un elemento previo a la enunciación, un punto de partida o un contenido que cualquier hablante, en cualquier contexto, podría expresar, o comunicar, sino el resultado de un proceso productivo y, además, de uno en el que el sujeto mismo queda comprometido.

La metáfora, desde este punto de vista, sería un efecto producido por dos significantes de los cuales uno sustituiría a otro tomando su lugar en la cadena. Pero, y esto es lo esencial, el significante sustituido permanece aún presente por su conexión metonímica con el resto de la cadena. La cadena significante hace posible la metáfora porque posibilita que el significado del significante ausente se deposite o se deslice bajo el significante sustituto.

Lacan formaliza la metáfora del siguiente modo:

$$f(S/s) = S(+s)$$

El significante S es el término patente, el que aparece en la metáfora, y el significante s, bajo la barra, es el significante sustituido. Al otro lado del signo más o menos igual, y en virtud de la relación metafórica que une los dos significantes, aparece el significado producto del significante presente y, como algo añadido, el significado producido por el significante ausente.

Lo que ha sucedido en realidad, dice Lacan, es que el significante ausente ha ocupado el lugar del significado, es decir ha traspasado la barra del significante.

Para que esto suceda es necesario que ningún significado se halle estricta o necesariamente ligado a un significante, ya que un significado, según esta lógica, puede y de hecho lo hace, deslizarse (metonímicamente) a través del contexto de los elementos significantes.

Otros enfoques semióticos de orientación psicoanalítica, herederos del enfoque iniciado por Jacques Lacan, enfrentan el estudio del lenguaje tratando de buscar el lugar del sujeto tal y como éste es construido por el lenguaje en el espacio del discurso.

O. Mannoni, en *El Trabajo de la Metáfora* (1.984, p.29) se refiere al trabajo individual de la construcción del sentido en los siguientes términos:

Toda oración plantea un problema de interpretación que puede pasar inadvertido. Nos enfrentamos con ese problema durante la infancia.

La poesía lo renueva de diversas maneras. (...) Pienso que Mallarmé al anunciarnos que el misterio está en las letras (del alfabeto) se adelantó a su tiempo porque sus poesías nos conducen a la edad en que teníamos que adivinar lo que no entendíamos."

Mannoni habla por tanto de un tiempo lingüístico, evolutivamente hablando, en el que las palabras son más ritmo que significado, más sonido, más puro significante que entidad semántica. Los niños no sólo pueden soportarlo, sino que constituye para ellos un periodo previo y necesario a la adquisición de la lengua que, según Mannoni, no está exento de cierto placer al permitir un tipo de juegos de libre combinación de sonidos que no estarán justificados en el uso lingüístico posterior, más específicamente funcional o comunicativo.

Pero, además de este placer que supuestamente acompañaría los primeros contactos con el lenguaje en una fase anterior a su completo dominio, existe en los primeros contactos con el lenguaje todo un juego de identificaciones que permitirán al sujeto que se incorpora a la cultura una identificación no ya con los emisores de palabras, sino con aquellos modelos que las palabras proveen, propiciando por tanto la diferenciación psicológica de aquel que habla.

El lenguaje, en tanto sistema organizado sobre el principio de diferencialidad de los significantes, media en el juego de los intercambios permitiendo al individuo una identidad no meramente

identificatoria, es decir, no meramente fusional, que le hace posible situarse, encontrar un lugar, constituirse como alguien distinto en un espacio configurado por el lenguaje.

Laplanche y Pontalis (*Diccionario de Psicoanálisis*, 1971) definen la identificación como

"Proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones."

La primera parte de la definición explicita el proceso por el cual el sujeto se transforma, total o parcialmente, según el modelo del otro. El sujeto se transforma en el otro, a su imagen y semejanza. La personalidad se construye así en un proceso de diferenciación a través de una serie de identificaciones sucesivas. Ahora bien, pensamos que solo la mediación del lenguaje puede posibilitar esa función diferenciadora que se supone constitutiva de la personalidad y que ha de ir consolidando las sucesivas identificaciones parciales. Se hace necesario, pues, introducir el lenguaje para poder entender o explicar la emergencia del sujeto psicológico.

Kristeva (1.984. p. 56-57) afirma:

"...toda metáfora es, precisamente, fusión (tal vez, identificación?) de lo

figurado y de la figura como, al mismo tiempo, es "elevación" del sentido a través de las significaciones confundidas hacia lo Infinito de la connotación y el Vacío del no sentido. (...) Es fusión ya que, contrariamente a la comparación donde los términos se mantienen intactos, la metáfora reduce la dualidad sin excluir por ello ninguna de las partes"

Creemos que la metáfora, entonces, podría estar reproduciendo cierto grado cero de la subjetividad: dos significantes que ocupan el mismo lugar pugnan durante un tiempo generando un momentáneo vacío de sentido (y por tanto, también, un vacío del sentimiento de continuidad que sustenta al sujeto, en la medida en que éste es soportado por el discurso). Tras un juego de identificación entre los significantes -quizá equiparable al de la identificación psicológica-, en el que en ningún momento estos son reducidos a la igualdad, a la equivalencia, o la anulación, y en el que actuarían uno sobre el otro acentuando precisamente sus diferencias, habrá de resultar un sentido nuevo, deudor, sin duda, de los significantes primitivos, pero cuyo trabajo de generación no puede reducirse a un mero agregado de aspectos o partes de los significantes de origen.

Esta dimensión generativa de la metáfora, puede ser percibida, desde el punto de vista del sujeto, como trascendente, ya que va más allá de lo conocido por el sujeto, provocando, en el caso de la

metáfora. expresiones como *elevación del sentido* que aluden seguramente a cierta cualidad de la experiencia cognitiva que el lenguaje, y más en concreto la metáfora, permiten.

1.2. TEORIAS Y MODELOS

Dentro de las teorías psicológicas acerca de la metáfora pueden establecerse dos grupos: aquellas teorías que podemos denominar clásicas debido no solo a que su poder explicativo se muestra resistente al paso del tiempo, sino porque representan asimismo *determinadas opciones, en el punto de partida, paradigmáticas*, y aquellas teorías más modernas con las que queremos dar cuenta de los últimos desarrollos teóricos que ha permitido la investigación en el campo.

1.2.1. TEORIAS CLASICAS

Al abordar el tópico de la comprensión metafórica son referencia obligada tres grandes teorías, la teoría de la comparación, la teoría de la sustitución y la teoría de la interacción, tal y como fueron clasificadas por Max Black (1.962). Estas tres teorías básicas, algunas de las cuales son con mucho anteriores al nacimiento de la ciencia psicológica, pueden servir, sin embargo, muy bien, como punto de partida para una revisión del problema, ya que todas ellas, en alguna de sus variantes, siguen siendo consideradas y discutidas desde alguno de los campos desde los que se estudia la metáfora.

1.2.1.1. La Teoría de la Sustitución

Para la teoría de la sustitución todo enunciado metafórico tiene un enunciado literal equivalente. La característica distintiva de la metáfora, y por tanto la razón de su uso, sería la concisión, puesto que la metáfora permitiría un empleo de los recursos lingüísticos más económico, a la vez que -y quizá relacionado con la concisión- un efecto estético placentero en distinto grado.

Numerosos autores han puesto de manifiesto la imposibilidad en algunas ocasiones de encontrar la parafrase adecuada para expresar con exactitud lo que expresa una metáfora. No solo parece

ser una cuestión de economía, de "síntesis" lingüística lo que se pone en juego para comprender la metáfora.

Para una teoría del lenguaje en la que el significado está conceptualmente ligado a las palabras de tal forma que puede ser transportado por ellas a través de frases y textos, una frase larguísima podría *"transportar"*, paradójicamente, la misma información que una breve metáfora. La información transmitida sería entonces, para esta teoría, el aspecto comunicativamente aprovechable del mensaje.

Se descarta por tanto, como se descarta todo lo que supuestamente no comunica, el plano paradigmático del lenguaje. Se entiende que si existen varias palabras que podrían ser utilizadas para referirse a un hecho o a un objeto, por ejemplo *terremoto*, *movimiento sísmico* o *corrimiento de tierras* la elección de uno u otro término es comunicativamente irrelevante en lo que respecta a la transmisión de un mensaje como *"movimiento sísmico en Tierra de Fuego"*. O lo que es lo mismo se considera el aspecto connotativo, el plano asociativo vertical, como superfluo.

Para una teoría del lenguaje para la que el significado se concibe más como un producto en el que intervienen además de las relaciones conjuntivas, también y sobre todo, como puso de manifiesto Saussure, las relaciones disyuntivas de los significantes puestos en juego, el significado de una metáfora y de una paráfrase no puede ser considerado equivalente o idéntico, como se desprende, por otro lado, de una observación cuidadosa del lenguaje.

Lo que la teoría de la sustitución puede aportar, a nuestro juicio, es el énfasis puesto en dos ideas que pueden ser importantes para la comprensión de la metáfora: por un lado la idea de que existe una operación de síntesis en la metáfora; por otro la idea, a menudo obviada, o inexplicada, del placer estético que proporciona.

1.2.1.2. La Teoría de la Comparación

La más sencilla, y la más antigua de las teorías hoy vigentes acerca de la metáfora proviene de Aristóteles y ha sido mantenida por la retórica clásica de forma casi idéntica. Considerada a menudo como una variante de la anterior, para la teoría de la comparación la metáfora encierra una comparación elíptica, una comparación cuya formulación completa incluiría cuatro términos: un término que ocupa el lugar de sujeto (1), puesto en relación con otro término (2), mediante una comparación -concretamente una comparación analógica: tan como- (3) que compromete determinada característica de este último (4), como por ejemplo:

La vida es tan irreal como un sueño

1 3 4 3 2

Que sería la comparación explícita, la cual, omitiendo la característica determinante -lo que dicho sea de paso, permite una

mayor complejización de la comparación porque no se excluyen explícitamente otras opciones, ni se limitan el número de las características sobre las que se establece la comparación- quedaria en la formulación típica de una comparación que no cumple las exigencias de una proposición lógica, esto es:

La vida es como un sueño

1 3 2

De esta comparación se pasa a una metáfora in praesentia por la omisión del tercer término, el término de la relación lógica que une los dos primeros, con lo que quedaria así:

La vida es (un) sueño

1 2

Por tanto la comprensión de una metáfora, en esta perspectiva, consistiria en restituir al enunciado tanto el nexos lógico entre los elementos -la comparación-, lo cual no parece encerrar una especial dificultad, como además encontrar el cuarto término, aquella característica dominante, o determinante en el establecimiento del nexos comparativo; elemento este que puede variar según el criterio del sujeto que descifra la comparación, ya que en muchos casos mas de una característica, al menos potencialmente, puede ser determinante.

En nuestro ejemplo la metáfora seria comprendida tanto si un sujeto entiende *"la vida es tan irreal como un sueño"*, como si lo que entiende es *"la vida es tan ilusoria como un sueño"*, o también *"la*

vida es tan engañosa, efímera, etc. como un sueño”, cuyos significados, si bien en parte equivalentes, poseen connotaciones que determinarán, en el texto, cadenas asociativas diferentes.

Para Aristóteles el efecto metafórico no surge, sin embargo, del mero descubrimiento del cuarto término, sino, en su terminología, de la transferencia operada entre los términos 1 y 2, una transferencia que según Aristóteles, puede ser de género a especie, de especie a género, de género a género, o bien una analogía de cuatro términos abreviada.

Lo esencial es por tanto la posibilidad de la transferencia, de la movilidad de la significación que procura la estructura lógica. Un nexo lógico, una relación lógica entre dos términos promueve, en el caso de la metáfora, una transferencia de significado de uno a otro término.

Pero, podríamos preguntarnos, ¿no ocurre lo mismo cuando se trata de una comparación explícita, no se da también entonces una transferencia de significado? La respuesta, nos parece, es en este caso afirmativa. La teoría de la comparación provee por tanto de una explicación sencilla y coherente que no permite, sino a un nivel puramente formal, distinguir metáforas de comparaciones o analogías.

Autores recientes han desarrollado teorías propiamente psicológicas recogiendo la idea fundamental de que la metáfora encierra básicamente una comparación. Ortony (1.979).

especialmente, ha puesto énfasis en esta idea, si bien introduciendo la distinción entre *comparación literal* y *comparación metafórica*.

Para poder explicar entonces en qué consiste una comparación metafórica, es preciso atender al papel que los dos términos de la comparación juegan en ella. Para Ortony la clave del efecto metafórico radica en la comparación entre dos términos cuyos atributos ostentan prominencias desiguales. La comparación sigue siendo pues la estructura subyacente y explicativa en la metáfora, y sin embargo la formulación de Ortony permite distinguir entre metáforas y comparaciones en función de que en las metáforas los atributos compartidos tienen prominencias desiguales, o dispares, provocando lo que Ortony denomina "tensión" metafórica.

Por ejemplo:

1. - El mar es (liso, fiable, cómodo como) una balsa

2. - El mar es (interminable, vacío, extenso, silencioso, carente de agua potable como) un desierto

3. - El mar es (azul, morada de los dioses, dulce destino, como) el cielo.

En el ejemplo 1 los atributos compartidos -liso, fiable, cómodo- serían de baja prominencia en mar, mientras que pueden considerarse atributos prominentes en balsa. Constituiría, por tanto, claramente, un caso de comparación metafórica -aunque una metáfora ya lexicalizada-.

En el segundo caso, los atributos (interminable, vacío, extenso, silencioso, o carente de agua potable), considerables sin duda como atributos dominantes en desierto deberían ser, dentro de la lógica de la teoría de la prominencia dispar, de baja prominencia para mar, ya que, en efecto, la comparación implícita "el mar es un desierto" parece poder producir un efecto no menos metafórico que la anterior.

Tanto si consideramos la prominencia como la posibilidad de que un atributo determinado aparezca asociado a un nombre cualquiera, es decir un criterio estadístico, como si adoptamos el criterio más conceptual de los rasgos como definitorios o descriptivos del mar en sus diferentes estados, lo cual viene a ser lo mismo, entonces no está claro que interminable, vacío, extenso, silencioso, o carente de agua potable, sean atributos de baja prominencia.

Lo que sí sucede es que entre los rasgos de desierto y los rasgos de mar, existe una clara oposición entre un rasgo dominante - quizá el más dominante- para desierto, caracterizado por sequedad o ausencia de agua, y el rasgo descriptivo dominante, masa de agua - aunque salada- para mar.

Por último, en lo que respecta a la tercera comparación "*el mar es como el cielo*", si, por medio del contexto, podemos ceñir el atributo compartido al rasgo azul, de alta prominencia en ambos, tendríamos una comparación en nada metafórica. Si por el contrario entraran en juego el resto de los posibles rasgos compartidos con cielo -destino dulce, morada de los dioses, recompensa, etc- resultaría un enunciado claramente metafórico.

No obstante en muchos casos este enunciado *"el mar es el cielo"* y con mayor razón una utilización más sintética del mismo, producirá un efecto en el que será difícil aislar un rasgo de los demás.

Según predice la teoría de Ortony la frase 1 sería una comparación metafórica, o símil con prominencia desigual de los atributos compartidos, la frase número 2, en cambio, respondería mejor a la definición de comparación no metafórica, y lo mismo sería aplicable a la 3.

Como podemos ver, lo que sí parece claro es que en algunas metáforas el atributo compartido es de prominencia desigual, y que en algunas comparaciones ocurre lo contrario. Lo que parece contradecir la experiencia es que esto ocurra siempre, porque, en la práctica, parece imposible diseñar una comparación implícita simple, mediante esta u otras fórmulas, de la que pudiera afirmarse con rotundidad que en todos los contextos, siempre, va a producir un efecto, comparativo o no, no-metafórico.

Este parece ser también el resultado al que llega Ortony en un artículo posterior (1980) cuando afirma que no hay expresiones lingüísticas que en sí mismas constituyan metáforas, sino usos particulares de las mismas.

Otro autor que ha construido una teoría psicológica sobre la metáfora, incluyendo una teoría de procesamiento de textos, es George A. Miller (1989). En lo que respecta a la comprensión de la metáfora la concibe como un proceso en tres etapas: reconocimiento de la metáfora, reconstrucción e interpretación. Durante la primera

fase, el reconocimiento, lo decisivo, para Miller, son las condiciones de verdad del texto propuesto, o al menos el conocimiento del mundo, y su ajuste con los modelos semánticos del lector.

Durante la segunda fase el lector -o en su caso el oyente- intentará reducir el conflicto -detectado, o mejor producido, en la fase anterior- entre la información metafórica y la concepción actual del mundo del receptor. En este momento es donde este último debe generar un concepto nuevo o un enunciado comparativo de estructura estrictamente analógica, es decir, una estructura comparativa de cuatro términos donde lo que se compara es la relación entre ellos dos a dos. Esta es la fase de reconstrucción.

Una vez que el sujeto posee esta herramienta, pasa a la fase tercera donde surge la comprensión debido a que la analogía permite que se produzca, lo cual quiere decir que el significado de la analogía no es equivalente o sinónimo del significado de la metáfora.

En suma, algunos autores, coincidiendo con la propuesta Aristotélica, han elaborado teorías psicológicas sobre la metáfora en las que la comparación implícita - correspondiendo a la estructura subyacente para Ortony o a alguna de las fases previas a su entendimiento para Miller -constituye lo radicalmente metafórico, lo esencial en su discernimiento.

Sin embargo, y en esto difieren de la teoría de la sustitución y se acercan más a la teoría de la interacción, el significado metafórico, el resultante del proceso de la comprensión no es en ningún caso equivalente a la analogía literal.

1.2.1.3. La Teoría de la Interacción

I. A. Richards, en 1.936 propuso la primera versión de la teoría de la interacción. Para Richards cuando usamos una metáfora tenemos dos ideas diferentes que actúan juntas en una sola palabra o frase, cuyo significado es el resultado de su interacción. La intuición de que dos ideas interactúan para generar un significado no estaba todavía, sin embargo, suficientemente explicitada.

Black en 1.962 y también en 1.979 ha contribuido a la elaboración del concepto de interacción, sin recoger, empero, este aspecto, sumamente interesante, de la teoría de Richards.

Black resume en su trabajo de 1.979 su visión de la teoría de la interacción del modo siguiente:

1. Un enunciado metafórico tiene dos sujetos distintos, que son identificados como sujeto primario y sujeto secundario.
2. El sujeto secundario debe ser considerado como un sistema más que como una idea o una cosa en particular.
3. El trabajo metafórico consiste en la proyección sobre el sujeto primario de un conjunto de implicaciones asociadas comprendidas en el complejo asociativo que es predicable a su vez del objeto secundario

4. El autor de un enunciado metafórico selecciona, enfatiza, suprime y organiza rasgos del sujeto primario por medio de la aplicación a éste de enunciados isomórficos a los miembros del complejo implicativo del sujeto secundario.

5. En el contexto de un enunciado metafórico particular, los dos sujetos interactúan de los siguientes modos: (a) la presencia del sujeto primario incita al oyente a seleccionar alguna de las propiedades del sujeto secundario; (b) le invita a construir un complejo implicativo paralelo que pueda corresponder al sujeto primario y (c) recíprocamente induce cambios paralelos en el sujeto secundario.

Lo que esencialmente aporta Black al proceso interactivo es, de una parte, el complejo implicativo del sistema constituido por el objeto secundario, de lo cual podría deducirse, tal y como afirmaba en su trabajo de 1.962, que el sujeto primario también es un sistema, puesto que la interacción consiste en la transformación en paralelo de ambos términos.

Los dos términos deben constituir por tanto sistemas de complejos asociativos que puedan ser "*proyectados*" sobre el sujeto correspondiente. El término "*proyección*," del mismo modo que ocurría con el término "transferencia" alude a cierto transvase o movimiento, o al menos influencia, de un término sobre otro.

La proyección -término metafórico, según Black- alude a la iluminación de un objeto mediante una fuente de luz externa; si consideramos la iluminación como una metáfora corriente de la

comprensión podría ser entendido en términos de que una estructura o sistema de relaciones es aplicada a otro sistema para contribuir a su entendimiento.

Sin embargo, y paralelamente -y aquí se revela insuficiente la metáfora de la proyección- el término fuente, el término originario sufre transformaciones paralelas sin que pueda hallarse el nexo entre uno y otro proceso.

En definitiva, para Black el proceso interactivo en la metáfora sigue configurado como un proceso de ver un objeto a través de otro. Queda esbozada la idea de que el resultado de tal proceso sea la construcción de un "modelo" en el que participan ambos sujetos, y cuyo punto de partida es la analogía o equivalencia entre ambos sistemas.

La idea de que los sistemas mismos sobreviven al proceso, del mismo modo que permanecen inalterados los cristales a través de los que se mira una escena, como permanece inalterada la propia escena, constituye sin duda un obstáculo epistemológico de primera magnitud a la hora de organizar coherentemente esta teoría.

El significado ligado al significante es aquí transformado en sistema con sus correspondientes complejos asociativos que, sin embargo, nos parece, permanecen concebidos como unidades de significado definidas en sí mismas, sin tener en cuenta su inscripción en el sistema conceptual de cuya posición relativa dependen; como significados, por tanto, por decirlo de alguna manera, listos para ser utilizados.

1.2.2. NUEVAS TEORIAS

De las teorías que presentaremos a continuación, la primera de ellas, la teoría de la transformación de Verbrugge (1.980), reconoce su afinidad, o mejor dicho, su punto de partida, en la teoría de la interacción, para ir, en cierta medida, un poco más allá en la comprensión del fenómeno.

De las dos teorías siguientes, la hipótesis cognitiva, de McCormac (1.985), así como la hipótesis de la Oscilación indefinida de Mayor (1.985), si bien no se adscriben concretamente a ella, si puede decirse que no son incompatibles con ella, e incluso que su trabajo está centrado en la definición de lo que pudiera llamarse la relación - interactiva- entre los términos metafóricos.

1.2.2.1. La teoría de la Transformación

La teoría de la transformación ha sido elaborada por Verbrugge (1.980) y se inscribe dentro de toda una teoría del conocimiento a través del lenguaje. Verbrugge describe como

fenomenalismo la teoría del conocimiento predominante en Occidente, y opone como alternativa el realismo en la medida en que el fenomenalismo requeriría de mediadores mentales y por tanto es una propuesta de conocimiento "indirecto" mientras que el realismo propone un proceso "directo" del mismo.

Según la crítica que Verbrugge propone a la visión tradicional, el fenomenalismo reposa sobre un concepto de conocimiento que equivale a la relación de correspondencia entre las representaciones internas y el mundo externo. Por lo tanto, según esta visión, solo accedemos al conocimiento tras laboriosas operaciones sobre los datos sensoriales que se conciben a su vez como limitados o poco fidedignos y de los que, en cualquier caso, habría que desconfiar.

El realismo por su parte, deriva de una teoría perceptual de Gibson que data de 1.966, 1.967 y 1.979 y que ha sido desarrollada posteriormente por otros autores. El realismo propone una relación sinérgica entre el animal y su entorno. La unidad de análisis es *la relación del animal con su entorno* y cada componente de esta relación debe ser definido en relación al resto de los componentes.

El conocimiento se pone de manifiesto cuando se mantiene alguna invarianza entre estos elementos. A diferencia del enfoque fenomenalista, para el realismo la información aportada por los sistemas sensoriales de los organismos es específica de los sucesos de su entorno, y no arbitraria o equivocada.

El realismo postula, por tanto, que el conocimiento es una armonización del organismo con las estructuras del entorno, es la

capacidad del organismo para reconocer determinadas estructuras y guiar sus propias acciones en relación con ellas.

El fenomenalismo empleado como marco teórico para abordar la comprensión del lenguaje es también criticado por Verbrugge. Según esta concepción el significado de una frase o de un enunciado lingüístico debe ser construido por el receptor debido a que los signos lingüísticos están unidos al significado de forma solo parcial, arbitraria y equívoca.

Desde una perspectiva realista, sin embargo, el conocimiento no constituye una entidad contenida en las palabras, o en las mentes de los sujetos; el conocimiento es una relación psicológica siendo algunas de sus funciones imaginación y recuerdo.

Las experiencias imaginarias, es decir, llevadas a cabo mediante esta función imaginativa, serán consideradas en esta perspectiva como percepciones virtuales. Así, la imaginación puede ser definida como la manipulación de objetos imaginarios ante un ojo mental en un espacio interior.

Se compara por tanto la imaginación con una acción perceptiva. Si se considera que el lenguaje es un sistema que a su vez puede influir en un sistema imaginativo tanto en cuanto a sus contenidos como en cuanto a su flujo, tendremos como resultado que las palabras y las frases se experimentan como covariaciones recurrentes de distintos tipos de sucesos. Esto quiere decir que en el entorno social en el que el niño adquiere el lenguaje, palabras y frases ocurren

consistentemente como constitutivos de dichos sucesos (por ejemplo la palabra *mama* y el fenómeno físico de la madre)

Los intercambios lingüísticos se vuelven por tanto tan específicos y tan informativos de esos hechos (del hecho madre, por ejemplo,) como la información física que necesariamente especifica dichos hechos.

Si consideramos las palabras como constitutivos covariantes de los hechos, continúa Verbrugge, podemos también considerar que la función simbólica del lenguaje opera a través de la evocación, un proceso a través del cual re-experimentar una parte de la misma conduce al recuerdo de la totalidad previamente experimentada.

Desde esta perspectiva, la comprensión del lenguaje puede ser clasificada como una especie de imaginación; es un proceso, en último término, de aprehensión virtual de los hechos. Dado que este proceso operaría a través de la evocación de la experiencia directa, la semántica de la comprensión lingüística está basada en la semántica de la percepción y la acción.

La conclusión que se sigue de esta exposición aparece ya claramente: si la comprensión es un tipo de imaginación y la imaginación un tipo de percepción, y consideramos la imaginación y la percepción como procesos no mediados por representaciones internas, entonces la comprensión del lenguaje no está mediada por representación interna alguna. Verbrugge llama a este proceso comprensión sin representación.

Dentro de esta teoría general de la comprensión del lenguaje, la metáfora ocupa un lugar importante. La metáfora será considerada igualmente un tipo de experiencia, y un tipo de experiencia del que se resaltan sus aspectos afectivos, en cuanto la metáfora, como toda relación de un individuo con su entorno y con el lenguaje, está ligada a alguna motivación, y a un tipo de experiencia que potencia el desarrollo del conocimiento; desarrollo que, afirma Verbrugge, tiene que ver con cierto placer.

Más específicamente, el proceso metafórico es una fase transicional en la que se opera una transformación parcial de la identidad de un tópico por una segunda identidad.

Verbrugge parte de una posición interactiva, en la que comparte con la propuesta de Black el reconocimiento de la participación de la imaginación en la comprensión de la metáfora, la constatación de la asimetría o direccionalidad del proceso de interacción entre tópico y vehículo, así como la consideración de que la interacción es el interjuego entre dos entidades separadas, sin que llegue a operarse una identificación total entre ambos términos.

Verbrugge describe el proceso metafórico precisamente como ese momento de transición en el que pueden darse diversos grados de fusión, incongruencia y permanencia de las estructuras de partida. Tópico y vehículo en la metáfora, para Verbrugge, son tanto elementos separados como continuos. Este momento de tensión, de pugna o de contradicción entre dos estructuras ha sido descrito por

otros autores (Ortony, 1979, Mayor, 1985), como una de las particularidades esenciales en el proceso.

La teoría propuesta por Verbrugge, que denomina teoría de la transformación, se diferencia de la teoría de la interacción de Black en que para esta última el proceso consistiría en el cambio operado en uno de los términos, en el tópico, que aparecería influenciado por el segundo término -el vehículo-, resultando el mismo vehículo transformado, mientras que para la teoría de la transformación, se trataría de una parcial fusión de ambos términos con la particularidad de ser una fusión direccional -en la que el vehículo impone restricciones en la transformación del tópico-, e imaginaria, y por tanto sujeta al particular estilo cognitivo de aquel que realiza el proceso.

El enfoque transformacional que Verbrugge propone lleva al extremo, en nuestra opinión, la concepción iniciada por Richards y que Black retoma de "comprender es ver". Para Verbrugge la comprensión del lenguaje y la metáfora constituiría la demostración fehaciente de dicha alternativa, sería llevada a cabo del mismo modo que un proceso perceptivo; comprender es experimentar.

El Lenguaje actuaría como "catalizador" del tipo de experiencia metafórica, a la vez que impone un cauce, unas restricciones a las transformaciones posibles del tópico que conducirán a la nueva estructura. Verbrugge está haciendo hincapié en el extremo experiencial, realista, situado en la base de cualquier concepto, por abstracto que este sea.

Y hace énfasis, también, en el aspecto productivo del proceso de comprender una metáfora, la producción de un significado nuevo, si admitimos que no tiene equivalentes en su lengua. Desde este punto de vista es de esperar que en determinado tipo de metáforas, y también y especialmente, determinado tipo de sujetos, construyan esquematizaciones o estructuras significativas reproduciendo otros procesos de construcción de significados y por tanto en franca proximidad con la realidad sensorial.

Lo que no nos parecería tan justificado sería la reducción de la realidad a aquellos aspectos más puramente sensoriales de la misma.

En los ejemplos que Verbrugge plantea, en efecto, cuando un sujeto se enfrenta a la comprensión de un enunciado como *"las hojas son dedos"*, *"los rascacielos son jirafas"* o *"las carreteras son serpientes"*, si tiene que construir un significado con sus propios recursos no es de extrañar que realice metamorfosis a partir de elementos con los que la experiencia real le ha familiarizado.

Este argumento sería sin embargo discutible en la medida en que las experiencias reales de los individuos con, por ejemplo, las serpientes, probablemente carezca, en un gran número de casos, de ciertas características sensoriales como dureza, tacto, olor, etc. En efecto, no es el medio físico el único entorno en el que está situado el individuo hablante, y Verbrugge así lo reconoce cuando considera la relación del individuo con el lenguaje como otro posible encuadre de estudio.

Pero volviendo al aspecto perceptivo del proceso de comprensión de una metáfora, sería mucho menos factible dicho tipo de ayuda en una metáfora más abstracta del tipo de *"la vida es sueño"*, o incluso en metáforas religiosas o filosóficas, en las que al menos alguno de los términos tiene entidad concreta como en: *"yo soy el camino"* o *"yo soy el agua de la vida eterna"*, etc.

A pesar de esta dificultad psicólogos y pedagogos afirman que resulta mucho más sencilla la formación de un concepto nuevo a partir de conceptos bien construidos, con frecuencia muy concretos. Evidentemente, cuanto más experienciable -es decir, contextualizable- sea un concepto tanto más fácil será establecer las relaciones y conexiones que permitirán las abstracciones sucesivas y sus aplicaciones a nuevos contextos concretos.

La construcción de los conceptos más abstractos tiene, necesariamente, un polo por así decir "inferior" que establece conexiones con la experiencia perceptiva habitual y un polo "superior", cuyo grado de abstracción puede variar en gran medida, y que es difícil precisar, cuyas conexiones son mucho más conceptuales, discursivas, lógicas, aunque no pueda decirse nunca que sean "puramente" abstractas, porque todo concepto abstracto, por muy científico que sea, conserva cierto grado de concreción.

Un concepto tan extremadamente abstracto, por ejemplo, como el de *"agujero negro"*, concepto que la ciencia ha deducido de la coherencia teórica de su discurso, tiene sin embargo, además de la definición matemática correspondiente, una conexión por su denominación, con un fenómeno externo mejor conocido y

experimentado por todos, es decir un agujero, e incluso un color, el negro, con toda una gama de afectos asociados.

Ello quiere decir que la metáfora *"un punto de densidad máxima de la materia es un agujero negro"* posibilita, además de una determinada y probablemente espesa red de conexiones entre distintos conceptos, determinada resonancia debido a los encadenamientos simbólicos de sus términos, pero sobre todo del término *"agujero"*, ya que la experiencia de la ruptura en la continuidad de algo, material o inmaterial, resulta una experiencia afectivamente impactante, negativamente impactante si el agujero es negro.

Poner el acento, entonces, en el proceso de comprensión de la metáfora, en la actividad de la imaginación en cuanto posibilitadora o facilitadora de ciertas metamorfosis nos parece por tanto francamente interesante. Ello no implicando, empero, que la imaginación sólo pueda organizar transacciones entre entidades de las que tenemos determinadas experiencias perceptivas ; porque incluso el hecho perceptivo de ver una carretera -interpretar sus líneas quebradas o continuas, por ejemplo- incluye también aspectos que podríamos denominar abstractos, aunque no tengan que mediar necesariamente entre un fenómeno y su comprensión, ya que podrían considerarse como parte misma del fenómeno del que se habla, al menos para el sujeto que habla.

1.2.2.2. La Teoría Cognitiva

McCormac (1.985) propone una teoría que interpreta la metáfora no ya como un fenómeno lingüístico sino como un proceso cognitivo.

Para situar las relaciones entre el cerebro -el hardware- y los procesos mentales -el software- adopta la metáfora *el hombre es una computadora*. Básicamente dicha metáfora asume que los procesos cognitivos pueden entenderse en términos de operaciones formales llevadas a cabo sobre estructuras simbólicas.

Para McCormac la metáfora computacional encaja perfectamente dentro de una visión de la metáfora desde una perspectiva de la interacción, esto quiere decir que cuando se enuncia la metáfora: *el hombre es una computadora* el *hombre* resultante de esta interacción, al igual que la *computadora* no son ya los mismos.

Dos elementos, dice McCormac, son fundamentales en el establecimiento de las relaciones entre los elementos de una metáfora: las analogías, de una parte, sin las cuales no sería posible el proceso metafórico, y por tanto condición necesaria pero no suficiente, para que haya una metáfora, y las diferencias por otra.

McCormac retoma la distinción de Wheelwright (1.962) entre epífora y dífora. Según esta distinción las epíforas expresan la concienciación, promovida por la metáfora, de una semejanza de la

que anteriormente había una parcial conciencia, o de la que no había conciencia en absoluto. La epifora depende, por tanto, del éxito en el reconocimiento de las semejanzas entre sus elementos.

Las diáforas sugieren nuevos posibles significados por medio de la enfatización de las diferencias entre sus elementos, más que de las semejanzas. La diáfora no existe, pues, en estado puro, puesto que una metáfora en la que no hubiera semejanza alguna entre tópico y vehículo sería ininteligible, o interpretada como un sinsentido; más bien la epifora y la diáfora representan dos polos, dos tendencias en relación a las cuales se sitúa toda metáfora en función de sus semejanzas por un lado (polo epifórico) y de sus diferencias (polo diafórico).

McCormac parte del postulado de un mecanismo o estructura profunda generadora del lenguaje, lo cual le permite dividir los procesos implicados en la comprensión y producción del lenguaje en un nivel superficial y dos profundos.

Concibe por tanto la metáfora como un proceso existente a tres niveles:

1. La metáfora como un proceso lingüístico (nivel superficial)
2. La metáfora como un proceso semántico y sintáctico
3. La metáfora como un proceso cognitivo

El nivel 1 parece ser concebido por el autor como el estudio diacrónico de la lengua, aquello que describe el movimiento desde el

lenguaje ordinario a la diáfora, de la diáfora a la epifora, y de la epifora al lenguaje ordinario de nuevo.

También pertenece a este nivel la influencia del contexto. Todo parece indicar que se trata de la descripción de un nivel de análisis lingüístico que se propone dar cuenta de los movimientos o adaptaciones de la lengua, considerada esta como una estructura dotada de sus propios mecanismos adaptativos.

El contexto formaría parte también de este nivel superficial en la medida en que existe como algo exterior, ya terminado, que condiciona el proceso subsiguiente de producción desde fuera de ese mismo proceso, desde la superficie.

El segundo nivel es un nivel lingüístico de procesamiento semántico y sintáctico, o lo que es lo mismo, la descripción del fenómeno metafórico en términos de teoría lingüística; La diferencia entre el nivel 1 y el nivel 2, establecida por McCormac, tiene sentido, a nuestro juicio, si consideramos la distinción entre procesos que tienen lugar en la lengua, y procesos que tienen lugar en el lenguaje, es decir en su uso concreto y particular.

La distinción entre nivel superficial y nivel profundo en este sentido no nos parece del todo justificada puesto que se trata de dos sujetos de conocimiento distintos más bien que de dos niveles de profundización en el conocimiento del mismo sujeto.

El tercer nivel, el nivel cognitivo, sería el más profundo; se propone dar cuenta de los cambios en el conocimiento del sujeto producidos por el lenguaje en general y por la metáfora en

particular. A este nivel de descripción si parece corresponder el calificativo de profundo en la medida en que dichos cambios son, si es que se dan, el resultado en último termino de la actividad metafórica, y en último extremo, lingüística, a nivel del sujeto, del sujeto psicológico; y dichos cambios, si constituyen la estructura de conocimiento del sujeto, se convierten en la estructura básica -en el sentido subyacente- a la producción posterior.

Respecto al tópico de la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico, McCormac adopta una posición objetivista, entendiendo que lo objetivo es aquello que puede ser experimentado intersubjetivamente. Un objetivismo pues, conceptual, en el que el axioma de partida, la metáfora básica es: *el mundo es conceptual*

Rechaza por tanto la concepción filosófica objetivista de las propiedades inherentes a los objetos. Para McCormac el conocimiento es mediado, mediado por el sistema conceptual humano, y por lo tanto las propiedades de los objetos pueden ser consideradas propiedades interactivas, como proponen Lakoff y Johnson (1.980b), y no propiedades inherentes.

En cuanto a la posición relativista respecto al lenguaje, McCormac sostiene que la diferencia entre lenguaje literal y lenguaje metafórico es imprescindible para poder establecer al menos un grado suficiente de acuerdo respecto a los significados, esto es, un acuerdo respecto a los conceptos y sus denominaciones sin el cual la posibilidad de la comunicación humana sería impensable.

En apoyo de esta generalidad de determinados conceptos apela a los hallazgos de Berlin y Kay (1.969), según los cuales habría un patrón universal en cuanto al uso de los conceptos relativos a los colores, y de sus denominaciones, según el cual:

- Todas las lenguas contienen términos para el blanco y el negro
- Si una lengua contiene un tercer término, entonces incluye un término para el color rojo.
- Si la lengua contiene cuatro términos, entonces es o bien el verde, o bien el amarillo, pero no ambos.
- Si contiene cinco términos serán los dos anteriores, verde y amarillo
- Si la lengua contiene seis términos incluye un término para el azul.
- Si contiene siete, posee un término para el marrón
- Si contiene ocho o más términos, entonces incluye un término para púrpura, rosa, naranja, o gris, o alguna combinación de estos colores.

Además, estos autores hacen notar que los léxicos con pocos términos para el color tienden a darse asociados con culturas y tecnologías relativamente simples, mientras que los léxicos con muchos términos para el color tienden a ocurrir asociados con culturas complejas de tecnologías complejas.

Según McCormac investigaciones como ésta apoyarían la idea de que existe un acuerdo transcultural respecto a determinados conceptos que justificaría la suposición de que existe un grado de

objetivismo lingüístico suficiente como para no reproducir la confusión de Babel en los intercambios con otras comunidades lingüísticas.

La definición de lenguaje literal, no obstante las críticas hechas a las teorías de Lakoff y Johnson respecto a unos conceptos naturales surgidos de forma inmediata de la experiencia concreta, consiste para McCormac, en el uso del lenguaje para expresar objetos y hechos concretos, públicamente perceptibles.

Es decir, que la base común para una cierta conceptualización común sería el sistema perceptivo humano, que de alguna forma conforma nuestras experiencias o las condiciona.

Existe así una línea de unión establecida por este autor que va de lo literal a lo concreto, y de esto a lo perceptivo.

Quedarían así excluidos de este área de consenso humano conceptual, aquellos conceptos que por su grado de abstracción no fueran directamente perceptibles. Dado que la experiencia no parece confirmar una exclusión tan drástica, habría determinadas constantes respecto al desarrollo conceptual abstracto humano que permanecerían inexplicadas.

En cuanto a la naturaleza de estos conceptos, examina McCormac la noción de los prototipos de Rosch (1.975) e intenta compatibilizarla con la posición alternativa de los rasgos o marcadores semánticos. Esto supondría la existencia de categorías naturales o prototípicas que surgen de la actividad cognitiva humana. Esta abstraería los elementos sobresalientes de la

experiencia con los objetos utilizándolos después como paradigma representativo de la categoría o el concepto en su totalidad.

La totalidad de esa categoría estaría compuesta, de otra parte, por una serie de miembros, aunque los límites de las categorías no estarían nitidamente definidos, presentando, en cambio, unos límites borrosos. La composición de estos conjuntos borrosos que forman la categoría sería por un lado, y como miembro central, el prototipo de la categoría, y por otro el resto de los miembros, de cuya proximidad con el prototipo darían cuenta el número de marcadores semánticos, o rasgos de familia, compartidos con el prototipo.

El concepto mismo tendría por tanto, según esta versión, una estructura de red con nodulos fuertes formados por la intersección de varios marcadores en determinados elementos, y con un gran centro de confluencia en el prototipo.

Desde una perspectiva como esta, puede McCormac abordar la explicación de las diferencias entre lenguaje literal y lenguaje metafórico. Cuando utilizamos el lenguaje literal, sostiene McCormac, utilizamos las categorías naturales como *gestalten*, sin tener en cuenta los marcadores semánticos asociados con la palabra.

Cuando utilizamos el lenguaje metafóricamente, en cambio, procedemos de diferente manera. Nos vemos forzados a comparar, considerar afinidades y diferencias, y a tomar decisiones acerca de la propuesta metafórica, para lo cual sería imprescindible utilizar los elementos más abstractos de las categorías, y hacerlo no de una forma *gestáltica*, sino por el contrario, de forma analítica.

Este último proceso constituiría un hecho cognitivo diferente al de la mera identificación o percepción -a la manera de Lakoff y Johnson- de categorías; para McCormac se trata más bien de un proceso de creación de nuevas categorías.

Este proceso puede dar cuenta también, según este autor, del cambio semántico. Para McCormac la semántica es la puesta en relación del nivel más superficial del lenguaje con el nivel cognitivo más profundo.

En nuestra opinión la semántica, o la producción de significado, sería el proceso por el cual se relaciona el lenguaje, como entidad objetivada y colectiva, con los procesos cognitivos individuales, procesamiento con dos salidas, por un lado la consolidación y actualización de ciertas posibilidades lingüísticas como resultado de dicho procesamiento y, por otro, a nivel cognitivo, tanto la asimilación de determinados conceptos y sus relaciones posibles tal y como lo permite todo lenguaje concreto, como la acomodación del sistema conceptual propio -previo- en este proceso. El resultado de la actividad lingüística es siempre tanto la consolidación de ciertos aspectos como el cambio de otros, producido por la interacción del hablante con el lenguaje. El lenguaje vendría a ser por tanto algo así como un organismo vivo, el organismo humano colectivo.

Para una teoría semántica de la metáfora lo esencial, dice McCormac, es llegar a conocer cómo se asocian entre sí las palabras, los términos que la metáfora pone en relación. Es una cuestión además esencial para el estudio del significado, ya que para

aprender el significado de una palabra, para su formación, existen dos alternativas, la del proceso que denomina ostensión, consistente en la designación directa del referente de modo que el sujeto accede a un concepto mediante su experiencia directa con el referente en cuestión, pero siempre y de forma más determinante, el significado se establece por la puesta en relación de unos significantes con otros, es decir, que una palabra se define, en último término, utilizando otras palabras.

La estrategia que según McCormac se lleva a cabo para comprender el significado de una metáfora, es la de explorar los marcadores semánticos de los términos metafóricos, e interpretarlos en términos de los valores de verdad semántica, de acuerdo con la noción de conjuntos borrosos de Zadeh (1965). Los valores de verdad de estos atributos expresan el grado en el que cada atributo del término metafórico en cuestión puede ser miembro del conjunto de los atributos definidos por una lectura literal del término

Para compatibilizar esta teoría de los marcadores semánticos en términos de conjuntos borrosos con una teoría de la metáfora que incluya la posibilidad del cambio semántico, apela McCormac al concepto de categorías prototípicas de Eleanor Rosch.

Esta autora desarrolló una teoría de la categorización explorando la formación de categorías en diferentes culturas, y encontró ciertos prototipos que describe como categorías básicas, definidos por un parecido de familia más que por medio de una serie de atributos. La pertenencia a una categoría se determina por la distancia del parecido de una entidad con el prototipo.

Las categorías básicas formadas por los prototipos tienen un grado de abstracción tal que suponen la máxima información con el mínimo esfuerzo cognitivo. Rosch también cree que el mundo provee de información estructurada en forma de objetos básicos que poseen ciertos rasgos sobresalientes, proveyendo al que los percibe de las categorías naturales. (Es decir, en la naturaleza, podría afirmarse que ciertos elementos son prototípicos, en la medida en que representan los mayores logros adaptativos, a nivel biológico, respecto a su entorno).

Según Rosch una determinada categoría tiene supraordenada otra categoría más abstracta y más general. Por debajo de una categoría determinada existen asimismo otras categorías subordinadas menos abstractas y menos generales. Esto supone que el lenguaje está organizado según una estructura jerárquica. Las categorías naturales son de una importancia especial dentro de esa jerarquía, y corresponden a objetos básicos.

Para contestar a la cuestión de si estas categorías naturales son más bien proyecciones en el mundo exterior de ciertas elaboraciones racionales, Rosch esgrime el argumento de que existen patrones universales en el uso de determinadas categorías, como en el caso de los colores.

Las dos aproximaciones divergentes, si no opuestas, de marcadores o rasgos semánticos, de una parte, y categorías naturales por otro, en torno a las que se han aglutinado las distintas aproximaciones al problema del significado, son conciliadas por McCormac para proponer una teoría semántica que pueda dar cuenta

del fenómeno de la metáfora, más exactamente, una semántica jerárquica.

Como punto de partida es postulado un espacio semántico n -dimensional, dentro del cual las distintas palabras pueden establecer conexiones por medio de vectores, sin que exista en principio límite alguno al número de estas posibles conexiones.

La longitud del vector que une dos palabras cualesquiera determina la proximidad de su relación. Las palabras relacionadas por vectores de corta longitud forman subespacios o clusters dentro de ese espacio semántico total. Dentro de estos subespacios pueden representarse las relaciones vectoriales entre las distintas palabras y entre sus marcadores semánticos entre sí.

La metáfora representaría la posibilidad de construir vectores relativamente largos entre términos normalmente no asociados. Este sería también el procedimiento de creación de nuevos significados. Para que el significado sea alcanzado debe ser posible el establecimiento de cierto grado de analogía entre las palabras asociadas, y cierto grado de diferencia también, que permita la sugerencia de nuevas hipótesis.

Que el significado sea alcanzado, nos parece sin embargo que trasciende de la pura teoría semántica en la medida en que es necesario hacer intervenir un sujeto que realice un acto interpretativo, un trabajo cognitivo particular.

El cambio semántico explicado por medio de rasgos semánticos, había sido explicado anteriormente merced a una de las

siguientes alternativas: (1) la suma de un rasgo semántico; (2) la supresión de un rasgo semántico; (3) la inversión de un rasgo semántico, y (4) la transformación de un rasgo semántico. McCormac añade una quinta opción: (5) la suma o supresión parcial de algún rasgo.

Además, según este autor, la creación de nuevos rasgos semánticos implica la intervención de procesos cognitivos tales como la sinestesia, la formación de imágenes, y la abstracción.

Esto quiere decir que la metáfora sería uno de los procedimientos cognitivos mediante los cuales se generan nuevas hipótesis acerca de los objetos y sus relaciones, un proceso cognitivo que utiliza palabras como instrumentos, sin que ello suponga que no existen otros.

La representación de un espacio semántico jerárquico de n dimensiones en el que las palabras o categorías están representadas por nudos en una red de relaciones tendencialmente ilimitada, es en nuestra opinión un modelo suficientemente flexible para la representación de un fenómeno tan complejo como el lenguaje.

Supone además la ventaja de ser equiparable a otros modelos explicativos pertenecientes al campo de la fisiología o de la física, como el neuronal o el de campos magnéticos. Sin embargo, presenta todavía, a nuestro juicio, el inconveniente de ser un modelo estático, sin movimiento.

Cuando se establece un vector de aproximación entre dos términos o entre dos rasgos semánticos determinados, nos parece

que se produce una verdadera aproximación entre dichos términos. lo que implicaría admitir cierta movilidad de los elementos al igual que ocurre en un campo magnético: al disminuir la distancia entre dos rasgos, o dos conceptos, al mismo tiempo, aumenta la distancia entre los mismos y otros posibles rasgos.

Semejante campo semántico estaría por tanto en un movimiento limitado, pero constante, lo que permitiría entender con más precisión no sólo la naturaleza del cambio semántico, sino también cuál puede ser la función del contexto a la hora de limitar dichos movimientos.

Considerando McCormac que en el estudio de la comprensión de una metáfora pueden distinguirse tres niveles, siendo el nivel cognitivo el más profundo, es esencial en su teoría la descripción de los procesos cognitivos subyacentes al proceso de comprensión metafórica.

Ello implica la revisión de los modelos de memoria, adhiriéndose a aquellos modelos que contemplan la posibilidad de que en la memoria a largo plazo no existan únicamente palabras, o conceptos lingüísticos, sino también conceptos plásticos, es decir representaciones conceptuales de imágenes, y también representaciones conceptuales de sentimientos, es decir, conceptos afectivos.

Estos últimos son considerados por McCormac como conceptos no-verbales y serían los responsables de la dimensión estética de las

metáforas, o de las metáforas llamadas artísticas (en poesía, pintura, escultura, etc).

Rechaza también una división estricta entre la memoria episódica y la memoria semántica, componentes ambos de la memoria a largo plazo, ya que en su opinión la metáfora demuestra las interrelaciones entre los recuerdos individuales y personales que componen la memoria episódica, y la información general y conceptual que incluye el significado de las palabras, componentes de la memoria semántica.

La motivación para utilizar determinada metáfora, de hecho, parte según McCormac de la memoria episódica, que lleva al poeta o al hablante que utiliza metáforas, a incluir en su actividad lingüística sus propias experiencias personales, y por tanto a usar los conceptos lingüísticos y sus posibles asociaciones según dicha experiencia, y no solo según los conceptos usuales compartidos por los hablantes. Es en este sentido en el que afirma McCormac que la metáfora es un intermediario entre la mente individual y la cultura, y ello en ambas direcciones.

No es necesario postular, sin embargo, la existencia de conceptos extra-lingüísticos, nos parece, para que la experiencia individual y concreta encuentre una vía de conexión con los conceptos lingüísticos. Que todo concepto posea, en mayor o menor medida, una dimensión no-verbal: afectiva, imaginaria, plástica, sensorial, etc., no supone necesariamente que dichos aspectos sean extra-lingüísticos, -puesto que el lenguaje es precisamente un medio de informar aspectos varios de la realidad-, ni que dichos conceptos

no-verbales puedan existir como tales si no existen relacionados - aunque sea de forma débil y poco estructurada- con conceptos que pertenecen al ámbito del lenguaje, aunque tengan un contenido predominantemente imaginario, plástico o espacial.

Según el modelo de Smith (1.974) para la toma de decisiones semánticas el sujeto realiza un proceso de comparación en dos etapas. Durante la primera compara las analogías entre los rasgos definitorios y característicos de una categoría y el aspirante a pertenecer a ella, y si esos rasgos en común son insuficientes, pasa a considerar en una segunda etapa los rasgos definitorios en común.

McCormac añade un proceso cognitivo adicional: durante estas dos etapas el sujeto buscará no solo los rasgos semejantes, o rasgos análogos, sino que también comparará los rasgos diferentes, y quizá habría que añadir, entendemos nosotros, que dentro de la comparación de los rasgos diferentes, son de especial interés los rasgos opuestos, los rasgos unidos por una relación de contigüidad espacial y temporal, y por supuesto causal; ya que, al menos estos, son los tipos de posibles relaciones que concebimos entre dos objetos, o dos sucesos, y es por tanto razonable pensar que el pensamiento establece entre los conceptos los mismos tipos de relaciones que atribuye a los hechos o a los objetos del mundo exterior.

Para McCormac la consideración de otro tipo de relaciones que las de semejanza queda relegada a una segunda etapa, y no entraría a formar parte, por tanto, del lenguaje literal, constituyendo así la

justificación teórica de la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico a nivel cognitivo.

Dado que McCormac contempla una actividad cognitiva dual en el establecimiento de la comparación -entre semejanzas y diferencias- y no otras posibles relaciones, establece también un continuum de evaluación lógica de un enunciado cuyos extremos son también duales: los valores son V (verdadero), E (epifórico), D (diafórico) y F (falso), es decir todo un recorrido entre aquello establecido por un común criterio como verdadero y aquello de lo que se establece, por común criterio también, que es falso, cuando se formula un enunciado de la forma A es B, y dos valores intermedios, metafóricos, basados uno en las semejanzas y otro en las diferencias.

Una cuestión que permanece sin explicar, en nuestro criterio, es la justificación de la diferencia entre lo que se establece como falso, porque no existe información alguna que permita establecer una relación entre dos términos desde ningún parámetro o dimensión posible, y el valor de diafora, o el poder sugestivo de la diferencia entre los rasgos de ambas entidades. Tanto más cuanto que su concepción de los conjuntos de rasgos como conjuntos borrosos no permite diferenciar entre rasgos definitorios y rasgos característicos, o establecer cualquier otra diferencia entre ellos, como rasgos más o menos sobresalientes, etc., que pudiera justificar dicha diferencia, -la diferencia entre la no-relación y la relación desde la diferencia-.

Faltaría, nos parece a nosotros, dar un paso más en la definición o en la descripción de este tipo de relaciones desde la diferencia -diferencia patente y conocida- entre dos elementos-.

McCormac se propone también elucidar la naturaleza de los procesos creativos implicados en la formación de metáforas.

Aunque no pretende agotar la cuestión apunta al menos que la motivación para crear una metáfora es por lo general de carácter emocional, las reglas cognitivas de asociación de conceptos son contempladas de modo flexible y variable por el sujeto que crea metáforas, quien debe ser además capaz de, consciente o inconscientemente, identificar los aspectos semejantes tanto como los diferentes.

La cuestión sigue siendo, sin embargo, qué tipo de reglas son las que permiten establecer conexiones entre los términos de la metáfora, y que diferencias existen, si es que existen, en el tratamiento de información de tipo figurado. La cuestión del almacenamiento de la información en imágenes ha generado polémica entre los psicólogos, entre cuyas posturas examina McCormac tres posiciones prototípicas: (1) la concepción de Pylyshyn (1973), de que el almacenamiento de las imágenes se efectúa mediante proposiciones, (2) el sistema de doble almacenamiento de Paivio (1971, 1974), y (3) el desarrollo de Kosslyn (1977) de la metáfora del tubo de rayos catódicos como una explicación de la producción de imágenes.

La primera posición, la de Pylyshin, encuentra justificación en el hecho de que cualquier imagen es convertible en información proposicional, mientras que lo contrario es falso, especialmente falso cuando las proposiciones aumentan su grado de abstracción.

Presenta la ventaja de optar por la alternativa de almacenamiento más abstracta, sintética y económica cuando se trata de un material complejo.

Paivio propone un sistema dual de codificación, uno para la información verbal y otro para la información no-verbal. Los dos sistemas serían capaces de interactuar almacenando informaciones complementarias, o diferentes aspectos de la misma información utilizando ambos procedimientos.

Piensa McCormac que este modelo satisface la explicación del hecho de que se recuerden mejor los datos organizados mediante su asociación con una serie de elementos previamente aprendidos. Las asociaciones pueden ser en base al ritmo, al número o a la localización. Respecto a este último método es posible "colocar" una serie de datos en principio inconexos en una determinada disposición espacial y mejorar así su recuperación. Un modelo de almacenamiento que permita dar cuenta del almacenamiento de cierto tipo de información visual, recuperable después "de un vistazo", resulta más consistente con este tipo de fenómenos.

Además, según Paivio, se asume que las cadenas de transformaciones simbólicas pueden ocurrir implicando palabras o

imágenes o ambas, constituyendo una función mediacional en la percepción, el aprendizaje verbal y la memoria.

En apoyo de esta alternativa de almacenamiento podría argumentarse además, nos parece a nosotros, que en la utilización de las estrategias de recuperación existen preferencias personales, o capacidades o estilos diferentes que pueden afectar a la hora de una descripción general del proceso.

No es de extrañar por otro lado, que las cadenas simbólicas incluyan representaciones abstractas y concretas: visuales, espaciales, táctiles, rítmicas e incluso olfativas o auditivas, pues como ya dijimos antes todos estos aspectos -todos los posibles- que constituyen distintos parámetros de relación con los objetos son sometidos al lenguaje desde el momento en que son organizados, agrupados y limitados en unidades que se reconocen como diferentes a otras unidades. Unidades significantes que serán todo lo abstractas que se quiera, al nivel del establecimiento de su identidad diferencial respecto a otros significantes, sin que ello obligue a perder los aspectos más concretos que constituyen significados asociados, y que pueden ser activados mediante el significado -conceptual- de un término dado..

McCormac objeta al sistema de codificación dual precisamente su dualidad, la desventaja que supone la doble explicación que sería precisa a la hora de dar cuenta de fenómenos que considera unitarios -como el proceso de cambio semántico-.

Kosslyn, del mismo modo que Paivio, considera que una de las características principales de la imagen es su "espacialidad". En contraste con las proposiciones, encuentra en las imágenes una serie de ventajas como son las de ocurrir en un medio espacial, con todas sus posibilidades de manipulación, y las que conlleva el que aportan información acerca de la apariencia de la superficie, y determinadas propiedades de los objetos como textura, color, etc. Kosslyn admite en las imágenes un componente proposicional, pero ello no quiere decir que las imágenes, o *componentes memorísticos literales* sean reducibles, en ningún caso, a proposiciones.

Vemos por tanto tres posturas que representan tres posiciones posibles respecto a la doble alternativa de la naturaleza verbal o *imaginaria del material que es codificado y almacenado en la memoria*: la posición que sostiene que todo es convertible y convertido en proposiciones, la posición que sostiene una doble codificación, y una tercera que aboga por la "literalidad" en el registro y codificación de las imágenes de los objetos tridimensionales en el espacio.

Una alternativa no contemplada estaría en la línea de los estudios sobre memoria que conciben el recuerdo, más que como reconocimiento, como reexperiencia de una situación (Flavell & Wellman, 1.977). Habría así un proceso conceptualizador implícito en toda experiencia humana, en la que inevitablemente interviene el lenguaje, que determina la forma en que puede ser recuperada esta experiencia. .

Lo que importa, en opinión de McCormac, es la necesidad de una explicación semántica del fenómeno de la metáfora, sin que ello nos obligue al recurso de la introducción de relaciones cognitivas especiales. Es decir, que sin entrar en la elucidación de esta cuestión, una teoría semántica debe proponerse la explicación de la metáfora desde sus propios mecanismos de generación y cambio de significado.

Más en concreto, McCormac centra el problema de la metáfora en el reconocimiento de similitudes -y diferencias- entre los rasgos semánticos de los términos metafóricos.

Para estudiar el tema de la similitud es referencia obligada la aportación de Amos Tversky (1.977), respecto a la direccionalidad de los juicios de semejanza. En efecto, el enunciado "*a es como b*" no es equivalente al enunciado inverso "*b es como a*". Una afirmación de tan fácil comprobación no es sin embargo tan sencilla de explicar.

Para Tversky la explicación podría ser que tendemos a escoger el estímulo más sobresaliente o prototípico, como predicado y el menos sobresaliente como sujeto. Esto explicaría por qué decimos "*este niño se parece a su padre*" y no a la inversa. Por otro lado, la importancia del estímulo viene determinada, según Tversky, por el contexto. Así, en determinado contexto, el estímulo más relevante, podría ser el hijo en vez del padre, y constituirse por tanto en el punto de referencia para la comprensión del sujeto padre.

Estas afirmaciones de Tversky constituyen una crítica para los modelos semánticos geométricos, ya que desde un modelo

geométrico la distancia entre dos puntos siempre es la misma (para un observador ideal que se sitúa desde arriba), ya sea en la forma "a es como b" o a la inversa.

McCormac defiende su modelo semántico geométrico, en el que ha definido los rasgos semánticos como conjuntos borrosos situados en una red jerárquica, de la que constituyen los nudos. Para explicar la asimetría de las afirmaciones de semejanza, Mac Cormac argumenta que "a es como b" solo en cierta medida, y no en la misma medida, necesariamente, en la que b es como a. El grado en que un término es parecido a otro viene determinado, según la teoría cognitiva de McCormac, por la parcial pertenencia del tópico al conjunto borroso de uno de los rasgos semánticos del vehículo.

Así en la metáfora "Anne es una locomotora" se establece una parcial pertenencia de Anne al conjunto borroso de "objetos inanimados", que constituye uno de los rasgos semánticos de "locomotora". Ello no quiere decir que locomotora pertenezca igualmente al conjunto borroso de "objetos animados". En nuestra opinión este modelo supera el obstáculo de la rigidez del modelo semántico de red, mediante la multiplicación de los elementos como constitutivos de diferentes conjuntos borrosos, y precisamente para explicar la asimetría, el argumento que utiliza es que la multiplicación de la inserción de los rasgos semánticos en distintos conjuntos borrosos no es simétrica, es decir, que si humano puede pertenecer al conjunto borroso de "objetos inanimados" como rasgo semántico de locomotora, ello no quiere decir que locomotora tenga

que pertenecer al conjunto borroso de "*objetos animados*" por el mismo motivo.

Pero este razonamiento puede llevar a una incongruencia conceptual de desastrosas consecuencias para el razonamiento. Los principios de constancia y reversibilidad son indispensables para cualquier desarrollo o argumentación lógica. Decir que un elemento - ser humano- forma parte de una categoría - *objetos inanimados* en un lugar del espacio semántico, pero no en otro, - "*objeto inanimado*" no es un elemento perteneciente a la categoría de "*persona*" - no deja de ser una incongruencia o una falta de homogeneidad en dicho sistema conceptual, que en aras de permitir una explicación al fenómeno metafórico, se vería conducido a un estado de tensión - provocado por la contradicción- permanente.

Por otro lado, aunque McCormac admite con Tversky que todas las categorías son relativas a contexto, está en desacuerdo con las conclusiones de Tversky en cuanto a la relatividad absoluta del grado de prototipicidad o saliencia de los rasgos semánticos.

Para McCormac admitir la relatividad absoluta de las categorías supone tanto como anular la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico.

Una forma de solventar esta dificultad, a nuestro juicio, consistiría en la introducción, dentro de la red o el campo semántico, de un punto de vista subjetivo. Ello quiere decir que la distancia entre dos conceptos no es la misma siempre, dependiendo del punto en el que se sitúe el sujeto que realiza la comparación. El contexto, en

este sentido, ayudaría a establecer los parámetros del *punto de vista* construido por el discurso.

Ello no significa, no obstante, la renuncia a la intersubjetividad conceptual que construye, y es construida por el lenguaje, y sin la cual sería impensable la colectivización de la experiencia que supone la cultura humana. Lo que variaría, de un discurso a otro, sería la posición subjetiva, la experiencia particular y concreta que quiere transmitirse respecto a unas categorías construidas intersubjetivamente.

Borrar las huellas del sujeto que habla, en aras de una hipotética objetividad del discurso no sería sino una transposición de la objetividad -en el sentido de que trasciende lo subjetivo- del lenguaje, de las categorías, conceptos, o significados a los usos del mismo por el sujeto concreto.

Si bien en la utilización del lenguaje que llamamos "literal" hay un predominio del "punto de vista" general transmitido y aceptado culturalmente, mientras que en el lenguaje metafórico hay una mayor proporción de subjetividad comprometida en el discurso.

Para McCormac (1985, p. 147) el aspecto diferencial es la creatividad:

"la metáfora es un proceso cognitivo de creación por el que se activan áreas de la memoria a largo plazo ampliamente separadas y se combinan conceptos normalmente no relacionados. Estos conceptos se yuxtaponen de forma

comprensible porque al menos alguno de los rasgos semánticos de cada concepto es similar al del otro. El proceso conceptual metafórico produce nuevas hipótesis y nuevas expresiones de la experiencia y sugiere formas nuevas de percibir el mundo".

La comprensión de la metáfora, no queda explicada, sin embargo, con nuestra propuesta de la introducción del punto de vista subjetivo con cada discurso particular. Lo que si se sigue de lo anterior es que el campo semántico no podría ser un diseño de las relaciones estables entre conceptos, solamente, sino que por el contrario, aun permaneciendo las huellas de los discursos por el atravesados, el significado se produce constantemente en el acto mismo de hablar, con cada discurso particular, y su plasticidad -la plasticidad de un campo semántico determinado- dependerá de la plasticidad conceptual que va a permitir la adopción de diferentes posiciones de relación con el mundo.

La metáfora, nos parece, es un fenómeno particularmente significativo, pero diferente, y susceptible por tanto de un análisis que permita comprender su particularidad, sus diferencias con el resto del lenguaje, con el proceso general de producción de significado.

Para justificar teóricamente un fenómeno como la metáfora habría que apelar a algo más que a la sorpresa de contemplar desde un punto de vista particularmente inusual dos conceptos determinados, habría que apelar, en el caso de la metáfora *in*

absentia a la supresión de un significante en la cadena sintagmática, supresión que pone en marcha una serie de choques y reajustes semánticos, debido a la coexistencia, en el lugar de un sólo significante, de dos significados distintos.

Dicho proceso tiene como consecuencia un proceso de cambio semántico producido por la pugna de los dos significados por ajustarse al lugar para ellos asignado en la cadena sintagmática, el lugar del significante metafórico o vehículo. En el caso de la metáfora *in praesentia* el fenómeno es básicamente equivalente; aunque no se produzca de hecho la sustitución de uno por otro significante, es apuntada su posibilidad al señalarse explícitamente su equivalencia; la sustitución no se da de hecho en la cadena sintagmática, pero se produce a nivel conceptual, con la consiguiente pugna entre dos significados de los que se predica la igualdad, no figurando en el sistema conceptual como sinónimos o intercambiables.

No se trata ya de la inserción de dos significados en el lugar de un significante, como en la metáfora *in absentia* sino de la inserción, en la cadena, de dos significantes para un mismo significado. Se produce por tanto un intercambio conceptual al que inevitablemente corresponde un cambio semántico.

Según afirma McCormac, la metáfora no es la mera juxtaposición de dos términos; implica el proceso cognitivo de combinarlos para iluminar el problema de una forma nueva -pero cual es el problema, nos preguntamos, si no es precisamente esa dificultad para unir dos significados en el lugar de un significante, o viceversa, para la unión dos significantes en un mismo significado-

Una reflexión acerca de la importancia del lenguaje en relación con el conocimiento, y de ambos como instrumentos adaptativos para el hombre, en el sentido de que son instrumentos para su supervivencia, tal y como apunta McCormac, no está quizá de más entre los psicólogos que se proponen estudiar la conducta lingüística en todas sus dimensiones, teniendo en cuenta las implicaciones de dicha conducta en la totalidad del sistema de conocimiento humano.

Para McCormac el lenguaje científico transforma nuestro conocimiento del mundo, y de este conocimiento resulta la transformación del mundo, siendo las metáforas en general las principales responsables del cambio del lenguaje ordinario. Ello implica la distinción entre un mundo exterior y un mundo interno, o mental, del que la metáfora computacional es un modo de reconocimiento y aproximación. De ahí a afirmar que el mundo *mentales*, sobre todo, un mundo lingüístico, *fabricado* a través del lenguaje y manejado por él, es en nuestra opinión, un paso obligado.

Y aún más. Está claro para McCormac que si la adaptación de las especies al medio se realiza a través de la selección de sus genes por el medio, los cambios en la cultura tienen que afectar su evolución biológica, aunque no puede explicar cómo estos cambios culturales -cambios operados a través del lenguaje, en gran medida- están relacionados con la evolución humana.

Está claro que las metáforas cambian el lenguaje y pueden influir en el cambio del medio; el medio a su vez influirá en el organismo biológico; lo que McCormac parece querer apuntar, o al

menos no descarta, es que el lenguaje pueda tener algún medio de influir directamente en el organismo biológico, quizá en sus estructuras neuronales y genéticas. Lo cual podría constituirse en un excelente tema a investigar en el futuro.

1.2.2.3. La hipótesis de la Oscilación Indefinida

Juan Mayor (1985) expone una hipótesis sobre el procesamiento cognitivo de la metáfora y la cognición metafórica: la hipótesis de la oscilación indefinida.

Se plantea en primer lugar la existencia de una relación entre metáfora y conocimiento, en tanto que la metáfora se utiliza profusamente en toda nueva construcción de modelos sobre el mundo, y aún más, en tanto que todo modelo puede ser considerado en su totalidad como una gran metáfora, como una construcción *semejante* (cuya función sea semejarse) a la realidad.

Si entendemos la cognición, como parece proponer Mayor, como un conjunto de procesos tendentes al conocimiento, podríamos incluir informaciones procedentes de multitud de áreas de la actividad humana -incluyendo toda la información cristalizada en el sistema conceptual aprendido, la información sensorial, determinante a su vez del anterior sistema, todo lo que alguna vez ha servido para explicar aspectos determinantes del mundo -tradiciones y creencias-,

procesos de razonamiento analógico, lógico, y procesos de integración de estos procesos. Podría muy bien admitirse a la actividad metafórica como uno de los procesos, y uno de la mayor relevancia, para incrementar el conocimiento.

Sin embargo, habrá previamente que dilucidar cuál es el funcionamiento de la metáfora para poder establecer la importancia que pueda tener este recurso, tradicionalmente atribuido al lenguaje, para el pensamiento.

La cuestión de si la metáfora puede o no servir como instrumento al conocimiento conduce irremisiblemente al problema epistemológico de la concepción del conocimiento como un fenómeno inmediato, de aprehensión del objeto, o bien como una "construcción" que utiliza siempre algún material -lingüístico, conceptual- como intermediario.

Tradicionalmente se admiten pocos estados intermedios a esta cuestión. La tradición occidental ha sido durante mucho tiempo partidaria de un tipo de conocimiento mediado, indirecto, con connotaciones de trabajoso e inexacto. Se rechaza generalmente en absoluto cualquier posibilidad, así sea parcial, de "conexión" con el fenómeno, de "sintonización", identificación o mimetismo, admitiéndose, eso sí, de un modo general, que puede existir cierta capacidad intuitiva que puede intervenir como útil ayuda en algún momento del proceso de conocimiento.

Para esta concepción mediatizada del conocimiento la metáfora ha constituido un epifenómeno del lenguaje que o bien sirve a la

ambigüedad, o bien tiene una utilidad puramente afectiva y no está sujeta, por tanto, a los valores de verdad, por lo que su poder de información objetiva es escaso. La metáfora, en suma, ha sido considerada como un factor subjetivo que acompaña, enriqueciéndolo o adornándolo, al lenguaje literal, un lenguaje lógico y que aspira a semejarse a la realidad exterior.

Creemos que el tipo de lenguaje llamado *lenguaje figurado* (un lenguaje más simbólico o relacional), es un instrumento sumamente útil para la descripción de cierto tipo de relaciones que, si bien pueden ser marginales, no son por ello inexactas.

El uso del término "*paternidad*" en sentido figurado, para hacer referencia al hecho de engendrar una idea no es más inexacto que el uso del mismo término para denominar la función procreadora a nivel biológico. Ambas acepciones denotan la misma relación simbólica, en ambos casos, aunque en sentido figurado puede ser menos evidente.

La última tendencia dentro de la concepción mediatizada del conocimiento, es, según Mayor, la de considerar la metáfora como un camino o un instrumento para lograr el conocimiento, y ello representa la novedad, a nuestro juicio, del reconocimiento de la importancia de la capacidad de nuestro sistema conceptual para transformarse o reestructurarse.

Mayor sitúa la metáfora respecto a tres pares de ejes de coordenadas, o lo que es lo mismo, en los tres grandes campos en los que la metáfora suscita polémica: en el campo de la norma *versus*

desviación, el campo de la objetividad *versus* subjetividad, y el campo de la semejanza *versus* diferencia.

La primera de estas representaciones sitúa la metáfora en el espacio definido por un eje de abscisas en el que se sitúa la polaridad norma/desviación lingüística, es decir, del lenguaje literal al lenguaje figurado. En las ordenadas tenemos un continuum que va de la determinación a la indeterminación, de la sinonimia a la arbitrariedad.

Pues bien, la metáfora tendría lugar en el campo de intersección de estos polos, pero no como producto de la síntesis de los mismos sino como producto más bien de la oscilación entre uno y otro, de una oscilación que va generando sentido determinada por la estructura abierta que, siempre según el autor, caracteriza a la metáfora y su producción de significados polares.

Esto implicaría, a nuestro juicio, que la posibilidad de que el sentido fuera generado en un punto intermedio del eje de abscisas -o de ordenadas- se ve imposibilitado porque se trata de un continuum muy especial: el continuum que lleva de un plano de relación sensible, un plano de lo concreto, a un plano, en el otro extremo, de relaciones simbólicas definidas en relación a otros parámetros.

Un continuum por tanto en el que se da un salto cualitativo, el salto de un tipo conocido de relaciones físicas a otro tipo de relación no directa, de relación simbólica, que necesita por ello, para ser definida, de la referencia a las anteriores.

Un segundo par de coordenadas están constituidas por los polos conducta comunicativa/conductas del pensar, con la conducta lingüística como punto medio de esa trayectoria, determinada por ambos tipos de conducta y vía de conexión entre ellas. El eje de ordenadas lo constituiría el par objetivismo/subjetivismo, con el constructivismo o experiencialismo (Lakoff y Johnson 1980) como posible conciliación entre ambos.

Dentro de este espacio la metáfora se define como conducta primordialmente lingüística, posibilitando y ampliando tanto las capacidades comunicativas -en extensión y en precisión- como las capacidades racionales, en opinión de aquellos que han estudiado la interrelación entre lenguaje y pensamiento (Vygotsky, 1934; Sokolov, 1973; Luria, 1975; Mayor, 1985).

No nos dice Mayor en qué zona de este espacio se produce la metáfora, pero siguiendo la indicación del esquema anterior la metáfora se produciría no tanto como una síntesis del pensamiento y la conducta comunicativa, sino en ese área nueva, producto de la interrelación, del ir y venir de la conducta del pensar a la conducta del comunicar; del mundo de las representaciones subjetivas, al mundo exterior, teniendo en cuenta que puede postularse la equivalencia parcial de las experiencias del mundo por parte de *organismos similares*.

Pero no sería la conducta lingüística una síntesis de estos otros tipos de conducta -conducta del pensar y conducta comunicativa- debido precisamente a la posibilidad de distinguir entre conducta

comunicativa y conducta lingüística, que incluiría a la anterior pero a la que se le añadiría, además, una dimensión experiencial y simbólica.

Sin duda la experiencia comunicativa obligará a "objetivar" las representaciones subjetivas, por lo que estas conductas son una fuente permanente de transformación y contraste de los esquemas producidos por el pensamiento.

Del mismo modo las conductas comunicativas se verían afectadas por la reflexión en la medida en que una de las funciones más importantes de la comunicación es la de la puesta en común o la objetivación de los constructos del pensamiento, sin cuyo concurso no tendría lugar un tipo de comunicación tan compleja como la humana.

Entre estos dos tipos bien diferentes de conducta se extiende un campo distinto aunque dependiente de ambos: el campo simbólico del lenguaje, del que ambos participan y del que la metáfora, nos parece, supone uno de los principales paradigmas.

Este campo simbólico tendría cierto paralelismo con lo que Winnicott (1971) ha definido como "espacio intermedio", el espacio donde, según el autor, se desarrolla toda la actividad creativa y cultural humana, espacio simbólico y lingüístico (entendiendo el lenguaje en un sentido amplio, como un sistema simbólico) por excelencia donde se hace posible la transacción - que caracteriza, por otro lado, al individuo humano- entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo individual y lo social.

La justificación de la metáfora como un fenómeno propiamente lingüístico nos llevaría a la discusión de la importancia de las

imágenes en la producción metafórica. La polémica acerca del formato representacional se planteó en los setenta y parte de los ochenta en términos de procesamiento proposicional versus procesamiento en imágenes.

Que el fenómeno metafórico fuera una conducta lingüística nadie lo puso en duda, pero en la medida en que empezaron a proliferar modelos de codificación dual (Paivio, 1971, 1981; Kosslyn y Schwartz, 1978), incluyendo la participación de imágenes, razonamiento analógico, movimiento, etc. se estableció el paralelismo entre conducta metafórica y fenómenos perceptivos (Johnson y Malgady 1980).

Si en la comprensión, en general, intervienen además de informaciones conceptuales abstractas, imágenes semejantes a los objetos, es decir, si existe o bien un doble código o bien diferentes grados de abstracción en la representación de un objeto, o de un concepto, ello incluiría informaciones procedentes de los sentidos, especialmente información visual para las imágenes, y otro tipo de informaciones -olor, tacto, peso, temperatura, dureza, significado afectivo etc.- que podrían ser transformados, a través del lenguaje, en elementos racionales, es decir, sobre los que se puede operar.

Esto quiere decir que las representaciones de las informaciones perceptivas o icónicas han atravesado necesariamente el lenguaje. Una imagen en la retina es una sensación pura. En la percepción de un objeto interviene ya el lenguaje en la medida en que intervienen conceptos y relaciones que pertenecen a una estructura conceptual organizada.

Para entender un fenómeno tan complejo como la metáfora es tentador, incluso dentro de la retórica, apelar a un mayor protagonismo de la imagen en su comprensión (Ricoeur, 1975) o partir de la evidente potencialidad metafórica que entranan las sinestesias para generalizar una teoría *perceptual* de la metáfora.

En nuestra opinión, el conocimiento humano podría definirse como la capacidad del sistema cognitivo humano para beneficiarse de la experiencia.

Según definición del diccionario enciclopédico Larousse conocer es

"Averiguar, tener noción, por el ejercicio de las facultades intelectuales, de la naturaleza, cualidades y relaciones de las cosas".

Es decir, pone en relación la naturaleza -concreta- de las cosas con las facultades intelectuales -que manejan constructos, conceptos, objetos abstractos, es decir, inexistentes-.

Comprender un objeto, según otra definición, es *"distinguirlo de todo lo que no es él"*: definición que se ajusta perfectamente a la de significante, es decir, el nombre que diferencia. Desde el momento en que una cosa tiene un nombre y puede ser nombrada se convierte en distinta.

Diremos por tanto que la sola posibilidad de hablar de un objeto es ya un primer grado de conocimiento. Por otro tenemos la *incipción de los hechos, de los objetos -ya distintos, nombrables-* en

sistemas relacionales de generalidad creciente que los dota de sentido. Esta noción de conocimiento no es incompatible con la actual investigación en psicología acerca de modelos del mundo, esquemas y mapas cognitivos.

Los esquemas son unidades cognitivas de alto nivel compuestas a su vez por otros esquemas más simples (De Vega, 1.984). Los esquemas se forman a partir de la experiencia y se integran unos en otros construyendo nuevos esquemas más complejos. Estos esquemas podrían incluir información de los datos sensoriales perfectamente integrada.

Un primer nivel cognitivo, dentro de la lógica del esquema, sería el nivel de la percepción, que equivale, a nivel lingüístico, a la distinción, al nombre. Toda percepción, por tanto, está inscrita en un esquema que organiza sensaciones de otra forma inconexas, y las dota de un significado "distinto". A ello corresponde, en el lenguaje, el acceso al significante.

El significado nuevo, en la metáfora, aparece como consecuencia de la pugna entre dos significantes en el mismo lugar dentro de la cadena sintagmática. Uno de los significantes, el metafórico, está presente. El otro significante, que no aparece, está apuntado por los elementos contiguos -metonímicamente- en la cadena de significantes.

Como consecuencia de la "saturación" en ese lugar de la cadena aparece un significado metafórico nuevo, que no corresponde con exactitud ni al significante metafórico ni al significante ausente. Al

nuevo significado corresponde, un significante que no existe fuera del encadenamiento sintagmático porque precisa del soporte de dos significantes para ser productivo, a menos que la metáfora cristalice.

Veamos un ejemplo. Si decimos *“El león de invierno”* en el lugar, marcado por el discurso, de *“la soledad de un rey”*, eso tiene un efecto de sentido distinto al que producen aisladamente león y rey. León en el lugar del rey adquiere un sentido diferente. Siendo el concepto de rey un concepto más abstracto que el de león, con una base experiencial mucho menor (la condición de la realeza es difícilmente perceptible) el significante león en el lugar del de rey posibilita un transvase de conocimiento experiencial, concreto, que amplía nuestra experiencia acerca del rey con una experiencia de la que posiblemente carecíamos.

Asimismo el significado de león se va a ver transformado por su asociación con el esquema del rey que va a dotar de nuevas significaciones a ciertos elementos por el lugar que van a ocupar, por ejemplo la melena del león en el lugar de la corona del rey establece una serie de conexiones nuevas tanto para una como para otra. Este sería un punto de vista no muy distinto a la teoría de la interacción (Tourangeau & Sternberg 1982; Verbrugge 1980) si no fuera porque, como dice Mayor en su artículo, el significado generado en la metáfora es un significado abierto, no totalmente clausurado.

Y no solamente porque se produzca el sentido a través de la oscilación entre la desviación y la norma, entre el eje paradigmático y el sintagmático, entre las conductas comunicativas y las conductas del pensar, entre lo objetivo y lo subjetivo, sino porque uno de los polos

entre los que el significado oscila, el polo paradigmático y las significaciones a él asociadas, no aparece unívocamente determinado, ni aparece sin vencer cierta resistencia.

Dado que el significante ausente está sólo "apuntado" pero no aparece de manera explícita en la forma metafórica extrema, la metáfora *in absentia*, no podemos establecer, en ocasiones, con precisión un único significado de entre varios posibles. Pero aunque la metáfora sea *in praesentia* persiste el efecto de imprecisión, y en ocasiones incluso la imposibilidad de adscribir el significado emergente a un solo significante.

En nuestro ejemplo anterior (*el león en invierno*) no habría duda respecto al primer significante ausente, marcado sobradamente por el texto, pero no ocurre así en el segundo, el que ha sido sustituido por *"invierno"*, que tanto podría ser *"soledad"* como *"dureza"* o incluso *"crueldad"*.

Y mientras que el texto no nos ayude a concretar la elección en uno de ellos, el significado surgirá como resultado de la oscilación entre cada uno de ellos y el significante metafórico *"invierno"*, y de ellos entre sí, dando como resultado un efecto de ambigüedad o de *"reverberación"* por el que unos significados *"chocan"* con otros produciendo nuevos efectos que vuelven a chocar, y así sucesivamente.

El último de los espacios, por tanto, en el que situar la metáfora está definido en el eje de abscisas por el continuum entre equiparación y cambio semántico (de alguna manera león es

equiparado o al menos comparado con rey- también podríamos decir que sus significantes han coexistido como si fueran uno solo-; por otra parte, como acabamos de ver, los significados de ambos resultan transformados como parte del fenómeno de la metáfora, aunque no siempre en el mismo grado ni de forma permanente.

En el eje de ordenadas tendríamos el continuum similitud, disimilitud. Esto nos lleva a la cuestión de cuál pueda ser la relación entre los dos significantes en lid: es decir entre tópicos y vehículos. Para una gran cantidad de los autores que han estudiado la metáfora es evidente una forma u otra de asimetría en la equiparación -lo cual vendría a cuestionar la conveniencia de utilizar un término como equiparación-.

Lo que está en juego, y a lo que los datos empíricos apuntan (Verbrugge & MacCarrel 1.977; Verbrugge 1.980; Malgady y Johnson 1.980; Connor y Kogan 1.980) es a la definición de distintas funciones para tópicos y vehículos. Los datos coinciden en que el vehículo es el que dirige las transformaciones del tópico, y su presentación favorece el recuerdo. Se han conjeturado distintos tipos de relaciones posibles entre ambos: distancia intracategorial, distancia intercategorial, grado de diferencia (absoluta, de rasgos, de funciones) entre ambos, superioridad del tópico en el nivel de una jerarquía que comparte con el vehículo, mayor complejidad y ambigüedad del tópico respecto al vehículo, etc.

Cabría quizá ampliar esta lista con un nuevo concepto: el de oposición paradigmática, es decir, el grado de disonancia introducida por la sustitución de un significante en relación con el texto, la

capacidad de ruptura de la coherencia discursiva introducida por el vehículo, lo cual quedaría reflejado en el polo de la disimilitud. Otra relación de exploración fructífera posiblemente sería la relación de tópico y vehículo en cuanto al nivel de abstracción, o la accesibilidad y cuantía de la experiencia perceptiva a ellos asociada.

Como síntesis, Mayor cree poder reducir a dos las dicotomías enumeradas más arriba, los polos de alternancia que caracterizan la metáfora. Esos dos polos son de un lado el orden (hipótesis de la metáfora como un proceso de reencuentro de la homeostasis) y de otro la incertidumbre (hipótesis de la metáfora como un proceso de entropía negativa, es decir, de incremento de la incertidumbre).

La metáfora podría muy bien ser entonces concebida como un movimiento en dos tiempos, en el primero de los cuales hay una desorganización en la coherencia textual provocada por la oposición generada en el encuentro de dos significantes, mientras en un segundo tiempo se consolidaría un significado debido a la tendencia del sistema lingüístico a eliminar la contradicción.

El orden, a nuestro juicio, estaría representado por el lenguaje. El lenguaje es un universo ordenado, de signos constantes, que permiten una continuidad referencial que la experiencia pone en cuestión de manera permanente. Nuestra propuesta sería traducir la incertidumbre en experiencia bruta no informada por el lenguaje, es decir, no inserta en un universo simbólico que ordene los datos y los haga comprensibles.

El lenguaje, en cambio, es un sistema simbólico donde una serie de valores fijos dan sentido a una gran cantidad de sucesos. (El significante perro funciona como un valor fijo que da sentido a toda una serie de fenómenos muy diversos -experiencialmente diferentes- dotando de cierta unidad al significado perro: en cada caso resultado del encuentro del elemento fijo -conceptual, significante, sin existencia real- con la experiencia siempre cambiante -objetiva y subjetivamente-).

La metáfora, dice Mayor, puede ser tanto un fenómeno lingüístico como un proceso cognitivo complejo. Que la metáfora es un fenómeno lingüístico no hay que argumentarlo. La cuestión, metapsicológica por otra parte, sería aquí si existe cognición fuera del lenguaje.

El lenguaje permite, gracias a su nivel de sistematización, una serie de construcciones: asociaciones, deducciones, inducciones, y todo tipo de operaciones matemáticas -también los números son lenguaje, y uno muy preciso- que conducen sin duda al conocimiento.

Se trataría de un conocimiento proveniente del desarrollo del propio sistema. Podría sin embargo especularse acerca de la existencia de ciertos obstáculos insalvables desde dentro del sistema, ya que todo significante, toda representación del mundo reduce tanto como ordena, o como dijeran Lakoff y Johnson (1980) respecto al sistema conceptual humano, mientras ilumina unos aspectos, oscurece otros.

Es por esto que todas las ciencias realizan "recogidas de datos" de la realidad con el propósito de incluir aspectos cada vez mayores de la misma en los sistemas de conocimiento humanos. Las ciencias positivas lo hacen siguiendo determinados sistemas.

Existen, sin embargo, actividades humanas que utilizan otros métodos para recoger datos de la experiencia y ampliar así el campo simbólico. Finalmente tanto unos como otros revierten en el lenguaje.

Esos otros métodos -no científicos- de recogida de datos son los que utilizan como aparato registrador de la realidad el propio sistema perceptivo, resultando como verdaderamente aprovechables de esta experiencia los aspectos de la realidad no inscritos en el cuerpo simbólico correspondiente.

Este es el método que se ha utilizado en pintura, en poesía, en teatro, en escultura, y en general en las actividades que denominamos artísticas.

La metáfora podría muy bien representar, dentro del lenguaje, una útil herramienta para, borrando los límites de la certidumbre, acceder a significados nuevos. La certidumbre sería en este sentido el obstáculo para encontrarse con los aspectos desconocidos de la realidad. En la medida en que es soportada una cierta dosis de incertidumbre, de vacío de significado (producido en este caso mediante la colisión de dos significantes) puede surgir un significado "renovado", que incluya aspectos de la realidad antes no contemplados. (Cada arte utiliza sus propios medios para "borrar certidumbres": la pintura la representación plástica, el teatro la

confrontación entre personajes y la puesta en escena, la música el ritmo y las variaciones melódicas, la poesía ha privilegiado, especialmente, la metáfora).

La metáfora podría ser entonces conceptualizada, y esto es lo que propone Juan Mayor (1985p. 257), como perteneciente al campo del lenguaje y de la cognición, es decir una herramienta del lenguaje para conocer "fuera del lenguaje", incorporando aspectos cognitivos no-lingüísticos.

En palabras del autor:

"Constituye básicamente una propuesta para incrementar nuestro conocimiento, especialmente el simbólico y relacional a través de diversas operaciones de equiparación y transformación, a partir de lo dado en los estímulos o en la experiencia de los sujetos hablantes y orientada hacia el descubrimiento de algo nuevo.(...) El nivel en el que se mueve (...) es más bien, el orden simbólico -que exige una actividad interpretativa- y el orden de la posibilidad (...) que conlleva el ir más allá de lo dado (...)"

II. REVISION CRITICA DE LA INVESTIGACION
EXPERIMENTAL

2.1. DISTINCION ENTRE SIGNIFICADO LITERAL Y SIGNIFICADO METAFORICO.

La retórica ha considerado durante mucho tiempo a la metáfora, así como a cualquier uso no literal, como una desviación del uso "normal" del lenguaje. En esa medida ha distinguido siempre entre usos literales y usos figurados del lenguaje.

El modelo de comprensión en tres estadios comparte, a nuestro juicio, con la clásica concepción del lenguaje la hipótesis general de que la comprensión del lenguaje literal es un proceso automático por el que se accede al significado directamente a través del acceso léxico (fonológico y semántico).

Es decir, que la comprensión de un enunciado es equiparable, según este punto de vista, a la descodificación o la identificación de las palabras que lo forman.

Ello equivale a una concepción del significado de las palabras como su atributo inseparable, más o menos inmutable, (el significado está ahí, listo para su uso) y a la concepción del significado de unidades lingüísticas más complejas como la sucesión de significados equivalente a la sucesión de las palabras.

Más recientemente, la pragmática basada en los trabajos de Searle (1.969) y Grice (1.975) entre otros, introdujo la noción del pacto comunicativo: la comunicación verbal, afirman, está gobernada por un acuerdo tácito de cooperación. Cuando un oyente o un lector descubre lo que parece ser una violación de las normas que rigen dicho acuerdo (ya sea una metáfora, una metonimia, una ironía, o un acto indirecto del habla) su actitud será la de intentar imaginar lo que el hablante intenta decir.

Esto implica introducir la distinción entre el significado de la frase y el significado de lo enunciado. O, lo que es lo mismo, el significado de la frase sigue siendo equivalente al anterior uso literal, mientras el significado del enunciado, atravesado por la intención del hablante, aparece como la dimensión figurada del lenguaje.

Searle (1.978) además, elaboró un modelo de procesamiento de lenguaje figurado que ha sido profusamente estudiado. Según dicho modelo el proceso de comprensión de las metáforas se realiza en tres

etapas. En la primera etapa se determina el significado literal del enunciado metafórico. En la segunda etapa se coteja dicho significado con el del contexto: en la tercera, si existe conflicto entre el significado literal del enunciado metafórico y el contexto se reinterpreta el enunciado y se obtiene un nuevo significado más de acuerdo con este último.

A.- Distinción entre significado literal y significado metafórico: El procesamiento metafórico en tres etapas.

Clark & Lucy (1975) diseñaron un experimento para demostrar que las personas entienden los actos indirectos del habla en tres estadios, según el modelo de Searle

Las hipótesis eran tres: la primera que encontrarían evidencia de que las personas procesan las frases de una forma literal. La segunda que los actos indirectos del habla se comprenden más lentamente que las peticiones directas. La tercera y última que los sujetos acceden a una interpretación indirecta.

La cuestión central, es que la interpretación indirecta fuera posterior a la interpretación literal encontraría apoyo si se demostraba la segunda hipótesis, es decir, que las interpretaciones directas son más rápidas que las indirectas.

Los resultados indicaron que se veían firmemente apoyadas la hipótesis primera y tercera, esto es, que los sujetos accedían al significado directo y al indirecto, mientras que la segunda hipótesis obtenía una credibilidad menos clara.

B.- Diferencia Literal/Metafórico: Niveles de profundidad diferentes

En la investigación en torno a la memorización de material metafórico llevada a cabo por Reynolds y Schwartz (1983), el material usado fueron metáforas pedagógicas. Las metáforas educativas se definen por la naturaleza básicamente didáctica del contexto en el que aparecen. Los autores las distinguen de las metáforas poéticas porque parten de la idea de que ambas pueden tener formas diferentes de interactuar con el contexto.

Las dos cuestiones teóricas de importancia que convenía despejar eran las siguientes: 1) si la introducción de metáforas ayuda al aprendizaje y recuerdo de los textos escolares; y 2) en qué medida comprenden los niños las metáforas en comparación con su habilidad para comprender lenguaje literal.

Trabajos anteriores como el de Mayer (1980), Mayer y Bromage (1980), Hayes & Tierney (1980) sugieren que las analogías, usadas como organizadoras previas pueden aumentar la

cantidad y la calidad de lo aprendido y recordado del material subsiguiente.

Por otro lado existen trabajos que muestran que las metáforas mismas pueden ser mejor recordadas que sus equivalentes literales, sin que ello suponga una mejor comprensión del material accesorio, es decir, del resto del texto (Arter, 1976; Pearson, Raphael, TePatie, & Hyser, 1981).

Reynolds y Schwartz proporcionaron los mismos textos a diferentes grupos de sujetos; en unos casos los textos terminaban con una metáfora y en otros con una frase no metafórica cuyo significado era equiparable en versión literal. Administraban después una prueba de recuerdo para unos sujetos transcurridos escasos minutos y para otros transcurrida una semana.

Los resultados muestran una tendencia sistemática y clara en los sujetos a recordar mejor las historias terminadas con una metáfora que las mismas historias terminadas con una frase literal. Y no solo las metáforas se recordaban mejor sino también el contexto precedente, es decir, la totalidad de la historia.

Los autores del experimento relacionan los resultados con dos teorías, una teoría de procesamiento de textos y otra teoría de procesos de reconstrucción inferencial. Según la primera de Kintch & Van Dijk (1978), la memoria está determinada por dos niveles de procesamiento del texto: la microestructura y la macroestructura.

La microestructura consiste en las proposiciones tal y como han sido presentadas en el texto, cercanas por tanto a la estructura

superficial, mientras que la macroestructura sería un resumen sumamente extractado de las ideas principales o esenciales del texto.

La probabilidad de que una idea determinada del texto se recuerde dependerá del número de veces que haya sido activada para la necesaria coherencia del texto. De acuerdo con este modelo, los sujetos que reciben una conclusión literal son capaces de establecer la coherencia semántica del texto más rápidamente con menos operaciones de procesamiento. Los sujetos que reciben una conclusión metafórica del texto, en cambio, deberán proceder a hacer un número de inferencias mayor y utilizar proposiciones almacenadas para establecer la coherencia, lo que explicaría el mayor recuerdo.

Esta hipótesis parece contradecir los resultados de Ortony y col. (1978), según los cuales los sujetos pueden interpretar los enunciados metafóricos tan rápidamente como los literales.

Para Reynolds y Schwartz, el incremento en la memorización que se sigue de la conclusión metafórica puede ser también explicado en términos de un procesamiento mayor o más profundo de acuerdo con la teoría de Craik y Tulving (1975).

En un estudio de Epstein, Phillips y Johnson (1975) se obtenía confirmación de este modelo. Se pedía a los sujetos que encontrarán semejanzas o diferencias entre pares de palabras relacionadas y no relacionadas entre sí. El recuerdo fue mayor cuando los sujetos intentaban encontrar diferencias entre las palabras relacionadas y semejanzas entre las no relacionadas.

A medida que la tarea se vuelve menos automática, el procesamiento se complejiza y por tanto el recuerdo aumenta.

Un enfoque diferente, aunque también plausible, según Reynolds y Schwartz es el propuesto por Spiro (1.980) según el cual la información se almacena en términos de "fragmentos del pasado (memorias específicas) y conocimientos del mundo". En la recuperación el sujeto usa la combinación de fragmentos del pasado y de conocimientos del mundo para construir el recuerdo de lo que debe ser recuperado.

A nuestro juicio este enfoque no se diferencia esencialmente del propuesto por Kintch y Van Dijk, ya que postula diferentes grados de abstracción en el procesamiento, o diferentes grados de generalización, siendo los fragmentos del mundo equiparables en cierta medida a la microestructura, o recuerdo de fragmentos del texto, y los conocimientos del mundo, más generales y abstractos, equiparables a la macroestructura en la medida en que las ideas esenciales del texto son ideas abstractas y coherentes entre sí: si bien un modelo propugna más la coherencia interna de un texto sin referencias exteriores excepto en todo caso las de otras macroestructuras y otros textos, mientras el otro apela a la coherencia de los conocimientos sobre el mundo y a la coherencia de las experiencias concretas respecto de estos últimos.

Para Reynolds y Schwartz los datos, analizados a posteriori, proveen algún soporte para la hipótesis de la recuperación de Spiro, ya que si las metáforas actúan como "memorias específicas" podría

predecirse que cuando un sujeto recuerda la metáfora mejorara su recuerdo del resto de la historia.

C.- Equiparación del significado literal y el significado metafórico: Identidad del procesamiento.

1) Tiempos de procesamiento equivalentes:

Ortony y cols. mantienen, en su artículo de 1.978, una postura matizada. No piensan que el modelo de estadios sea incorrecto a condición de que se considere de carácter restringido. Proponen que el oyente o el lector utiliza una representación construida a partir del contexto como marco de referencia para interpretar una determinada frase o cualquier otra unidad lingüística.

Así, en la mayoría de los casos, el sujeto que comprende podrá predecir lo que será transmitido y la frase objetivo confirmará la hipótesis acerca de su significado. Sin embargo en otros casos esta estrategia automática, predominantemente de arriba-abajo, no es posible. Si, como señala Ortony, en los experimentos de Clark y Lucy (1.975) o Verbrugge y McCarrel (1.977), el sujeto se encuentra ante frases aisladas y descontextualizadas, el proceso de inferencia del

significado debiera hacerse no ya automáticamente, sino deliberadamente.

En opinión de Ortony, si una frase determinada necesita o no un tiempo de procesamiento relativamente largo está en función de cuan fácilmente puede ser interpretada a la luz de expectativas determinadas contextualmente y no tanto en función de su no-literalidad. En consecuencia Ortony predice que dado un soporte contextual insuficiente las frases que requieran una interpretación metafórica tardarán más tiempo en ser procesadas que las frases que requieran una interpretación literal, mientras que si el contexto dado es suficiente no se encontrarán diferencias.

Teóricamente la posición de Ortony difiere de los presupuestos en los que se basaba la hipótesis de la interpretación metafórica en tres estadios. La introducción del contexto como elemento esencial en la deducción del significado conduce a Ortony a concebir el significado en términos más de construcción que de rescate, construcción en la que intervienen conceptualizaciones de objetos del mundo y conceptualizaciones textuales acerca de sus posibles relaciones.

Las conceptualizaciones mismas, además, según muestran Lakoff y Johnson (1980), pueden tener asimismo bases metafóricas debido a la extrapolación que de la experiencia perceptiva, es decir, de la experiencia concreta, se realiza de unas a otras áreas, con lo que los sólidos significados con los que se venía asegurando el funcionamiento del lenguaje según la visión tradicional, quedan también sujetos a la subjetividad inherente a toda experiencia.

Además del contexto "restringido", pueden ponerse en juego conceptos de categorización de las condiciones externas al texto que a su vez lo limitan o restringen, es decir, algo así como conceptualizaciones metadiscursivas que ponen en relación la situación, el enunciador y el enunciado. Con ello la construcción del significado se convierte en un proceso si cabe más complejo, y en el que se van incluyendo habilidades comunicativas más amplias.

La interpretación literal, sin embargo, es normalmente reforzada por las determinaciones contextuales, resultando el significado, por tanto, sobredeterminado, y pudiéndose inferir con altos niveles de automatismo, rapidez y eficacia.

Los usos metafóricos, y en general todos los usos figurados, serían en cambio más dependientes del contexto para su comprensión, constituyendo la metáfora el caso extremo, pues con ella se realiza un trabajo mayor para resolver la contradicción.

La contradicción no se da sin embargo, nos parece, en el nivel del contexto y la metáfora (en el caso de las metáforas A es B), sino a nivel de un significante dentro de un contexto de frase. El contexto más amplio serviría, en todo caso, para aportar las claves de la interpretación, instaurando un discurso coherente que permita deducir el tipo de nexos o relaciones que se establecen. En este sentido la metáfora se vería más favorecida aún por el contexto que un enunciado de otro tipo, pudiendo llegar el contexto a facilitar de tal modo la comprensión, como propone Ortony, que no fuera necesario un período de reflexión adicional.

En la modalidad experimental más frecuentemente utilizada, en la que se presentan frases aisladas, la contradicción, en el caso de la metáfora, se presenta con toda su crudeza (tratándose de una metáfora realmente nueva, y por tanto realmente desprovista de conceptualizaciones previas adecuadas, debiéndose crear un vínculo de unión entre tópico y vehículo si ambos se hayan presentes, o deducir el término metaforizado si éste está ausente).

En un primer experimento para poner a prueba la importancia del contexto, Ortony utiliza frases enteras con una función literal en unos casos y metafórica en otros. Los contextos, por tanto, son los que determinan que la frase objetivo se utilice de una u otra forma. La frase en sí, según Ortony, no es ni literal ni metafórica.

A su vez la inserción en el contexto se realiza en dos modalidades: contexto largo en unos casos y contexto corto en otros, pudiéndose tratar además, en ambos casos, de un contexto o bien literal en relación a la frase objetivo, o bien metafórico.

El contexto literal introduce conceptos asociados directamente con los conceptos de la frase objetivo, por ejemplo conceptos como enemigo, bombas, infantería, ansiedad y miedo formando parte del contexto para la frase *"a pesar del peligro, las tropas avanzaron"*. El contexto metafórico, en cambio, introduce conceptos no directamente relacionados, esto es, cuya probabilidad de aparecer asociados es menor aunque, no obstante, es bastante alta, como por ejemplo niños, fastidiar, baby-sitter, escalar, amenazar, pegar, para la frase *"a pesar del peligro, las tropas avanzaron"*.

En el caso de contexto corto se trataba de una sola frase como *“Aproximabase la infantería enemiga”* o bien *“Los niños continuaron irritando a su baby-sitter”* para cada una de las condiciones, seguida de la frase *“A pesar del peligro, las tropas avanzaron”*.

Las predicciones eran:

1.- en los casos de contexto largo las dos interpretaciones se procesarían con idéntica rapidez, o al menos no habría diferencias perceptibles, con lo que el modelo de tres estadios quedaría en cierta forma desautorizado.

2.- en los casos de contexto corto las interpretaciones metafóricas de las frases requerirían mayor tiempo para su comprensión que las mismas frases cuya interpretación fuera literal, con lo que el modelo de tres estadios quedaría parcialmente confirmado.

Los resultados indican que así como los sujetos tardaron más tiempo en interpretar las frases en los contextos metafóricos que en los contextos literales en la condición de contexto corto, no hubo diferencias significativas entre interpretaciones metafóricas y literales en la condición de contexto largo.

Ortony y col. concluyen, por tanto, que el proceso implícito en el modelo de tres estadios de procesar primero la interpretación literal de las frases, determinar después si esa interpretación se ajusta al contexto, y finalmente intentar una interpretación no-literal

no es exacta, al menos en todos los casos en los que se interpreta figuradamente.

Estos resultados conducen entonces a descartar la teoría según la cual se accede directamente al significado literal mediante la lectura de la frase, comparándose después este significado con el significado del texto precedente. Parece obligado, pues, inclinarse por una concepción del significado como una deducción o una construcción a partir de todos los datos concordantes disponibles. Y, en la misma medida, a concebir cada concepto que aparece en el texto como un elemento cuyo significado está determinado por sus relaciones con otros conceptos dentro del sistema conceptual previo, así como dentro del propio sistema que constituye el texto.

En un segundo experimento se daba a los sujetos una frase que debía ser interpretada idiomáticamente, precedida del contexto apropiado para ello. La misma frase se presentaba a distintos sujetos sucediendo a un contexto que determinaba una interpretación literal. Por último había una versión de control que repetía el contexto de la versión idiomática sustituyendo la frase objetivo por una para-frase literal de la misma.

La variable dependiente fue el tiempo empleado por los sujetos en indicar que habían entendido la frase objetivo bajo las diferentes condiciones contextuales.

La hipótesis era que no habría diferencia en los tiempos de las versiones idiomática y literal. Además se intentaba probar que en

algunos casos el procesamiento era más rápido en el procesamiento no-literaI que en el procesamiento literaI.

Los resultados mostraron que la comparación de los tiempos de lectura en ambas condiciones experimentales no arrojaban diferencias entre los grupos.

El análisis de varianza muestra que los sujetos, en las diferentes condiciones experimentales, se comportaban de forma diferente. Los usos idiomáticos de la frase objetivo y los objetivos del grupo de control se entendieron más rápidamente que los usos literales de los modismos.

La conclusión, según los autores, es que los modismos, un tipo de lenguaje figurado, no tardan más en comprenderse que los usos literales de esas mismas expresiones, y existen indicaciones de que pueden procesarse más rápidamente que el lenguaje literaI.

Para Ortony y cols. la justificación teórica de estos hallazgos está basada en lo que han llamado "espectativas generadas contextualmente", lo cual debe entenderse dentro de la teoría de los esquemas. Según dicha teoría se prevé que cuando un sujeto lee cualesquiera de los contextos suficientemente informativos o largos, se activa el esquema apropiado que permite la interpretación de la frase objetivo cuando se presenta. En la condición de contexto corto no puede activarse un esquema lo bastante apropiado y por tanto la comprensión de la frase objetivo es apoyada por inferencias demasiado vagas.

De lo anterior deduce Ortony la notable conclusión de que el procedimiento para procesar lenguaje figurado es el mismo que el empleado para procesar lenguaje literal. La dificultad, según Ortony, depende del contexto.

Podría formularse también del siguiente modo: el lenguaje no-literario es más dependiente del contexto. En el caso de determinados modismos su interpretación puede ser aún más automática o rápida que otras interpretaciones literales si el contexto es suficientemente claro y el modismo suficientemente conocido (no en vano suelen llamarse "frases hechas"). En el caso de la metáfora la dependencia es aún mayor. En los ejemplos presentados en el experimento de Ortony y cols. no habría metáfora de no existir un contexto aparentemente discordante.

En el caso de metáforas en una sola frase la contradicción contextual, que se concentra en dicha frase, sigue siendo decisiva para su misma existencia. Su resolución está determinada también en mayor medida por las aportaciones del contexto ya sea mediante el esquema activado por el mismo, en el caso de la frase metafórica (esquema de la relación entre los niños y su niñera como una auténtica confrontación de fuerzas entre dos bandos que terminará con el saldo de vencedor o vencido, en el ejemplo), ya sea mediante la "presión" del contexto amplio y el contexto restringido en la metáfora en una frase, ya que no existe otra manera de entender una metáfora que resolviéndola.

En la teoría de los esquemas de Ortony, es la presión contextual la que hace encajar cada nueva frase en los esquemas activados por

el texto precedente, en la medida en que dichos esquemas han conducido eficazmente la comprensión.

En el caso de la comprensión de una metáfora lo que sucedería, siempre siguiendo a Ortony, es que a partir de la nueva esquematización necesaria para comprender la metáfora, se vería reestructurada la esquematización previa.

La principal dificultad para la comprensión emana, según Ortony, de la falta de relación entre un enunciado y el contexto precedente. Cuando esto sucede será necesario un procedimiento adicional por parte del que comprende, que tendrá que hacer suposiciones y llevar a cabo procesos inferenciales que reduzcan la distancia entre ambos, o incluso construir un campo común de experiencia totalmente nuevo entre dicho enunciado y su contexto.

Elo repercute en un tiempo de procesamiento mayor para la comprensión de estos enunciados "poco relacionados" tal y como predice el modelo de comprensión en tres estadios.

Para Ortony la determinación de la base relacional de la metáfora, el fundamento en terminología de Verbrugge y McCarrel, puede representar una de estas estrategias de establecer nexos. Ello no significa que el fundamento no pueda ser inequívocamente determinado por el contexto: en estos casos la comprensión de la metáfora no ofrecerá ninguna dificultad.

Cuando esto no sucede así el lector u oyente basará sus inferencias en los esquemas disponibles y en las expectativas y el conocimiento acerca del hablante o escritor, y de sus intenciones; lo

que llega incluso a realizarse conscientemente en numerosas ocasiones en las que no se comprende fácilmente.

En este trabajo Ortony aporta datos y argumentos convincentes en contra de la posición clásica respecto al lenguaje figurado, posición que desde la retórica considera el lenguaje figurado un recurso "extraordinario" del lenguaje, y que ha llevado a las primeras teorías psicológicas a explicar la comprensión del lenguaje figurado como un proceso psicológico adicional, es decir que sigue y modifica al procedimiento de comprensión habitual, por lo que la comprensión de este tipo de lenguaje es más "difícil", es decir más lenta.

Del mismo modo se ha sostenido la distinción entre lenguaje literal y lenguaje figurado, o más en concreto, metafórico, como dos tipos de lenguaje claramente diferentes ya que para su producción o comprensión intervendrían procesos cognitivos diferentes.

La afirmación de Ortony de que los procesos intervinientes en la comprensión de metáforas son los mismos que intervienen en la comprensión de cualquier enunciado, es en este sentido revolucionaria. El tipo de procesos a los que se alude, los procesos top-down, pueden intervenir en mayor o menor grado en la comprensión de determinado tipo de textos, pero son procesos que intervienen siempre, en ninguna medida exclusivos de un tipo de comprensión "figurada". El otro aspecto remarcable de la aportación teórica de Ortony es situar el significado como producto de un texto, y por tanto señalar el contexto como la variable quizá fundamental en la determinación del significado.

2) Automatismo de los procesos:

Glucksberg, Gildea y Bookin (1982), retoman la teoría de la comprensión en tres estadios de Clark & Lucy, 1975, Lyons, 1977, y Searle, 1979: primero derivar el significado literal, segundo probar éste en el contexto; tercero, si el significado literal no tiene sentido en el contexto y solo en último término, intentar un significado alternativo, o metafórico. En oposición a esta teoría intentan probar que no es posible ignorar el significado metafórico siempre que el significado literal tiene sentido en el contexto en que aparece.

Se recurre para ello a la teoría de Miller y Johnson-Laird (1976) según la cual comprender es algo análogo a compilar un programa en ordenador, lo que sucede automáticamente para un hablante-oyente que conoce el lenguaje en cuestión con fluidez.

Para Glucksberg y cols. el modelo serial de la comprensión metafórica entraña en primer lugar una clara distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico. El significado literal se derivaría entonces automáticamente, lo cual no quiere decir sin esfuerzo, pero sí sin la decisión explícita por parte del oyente.

La comprensión metafórica, en cambio, no se llevaría a cabo sin una decisión consciente del oyente. Ello requiere que este admita el fracaso de la interpretación "corriente".

Para Glucksberg y cols. parece poco probable que pueda inhibirse el significado no literal de metáforas como *"Algunos vendedores son tanques"* o *"Algunos corazones son armarios"* por mucho que sean literalmente falsos. Para probarlo diseñaron un dispositivo análogo a la técnica Stroop (1935) de interferencia color-palabra que pudiera mostrar si las personas ignoran los significados de las metáforas incluso cuando sus significados literales son pertinentes en el contexto.

Los sujetos debían decidir, lo más rápidamente posible, si las frases que iban apareciendo en el taquistoscopio eran verdaderas o falsas. Si los sujetos podían ignorar los significados metafóricos, las frases literalmente falsas de inclusión de clases como *"Algunos trabajos son cárceles"* no deberían presentar particulares dificultades. Los sujetos entonces podrían decidir sin problema si son o no falsas.

Si, por el contrario, los significados metafóricos se solapan o sea, no pueden ser inhibidos o ignorados- entonces será más costoso juzgar la falsedad de este tipo de frases. La interpretación de la frase como "verdadera", es decir la interpretación metafórica, competiría con la interpretación de la frase como "falsa", es decir con la interpretación literal, y ello resultaría en un aumento de la latencia de respuesta.

Desde el punto de vista de Searle (1979), cuando falla el significado literal de la frase se busca, para que ésta cobre sentido, un significado no literal. Si las frases literalmente falsas, desde un punto de vista pragmático, nunca tienen sentido, siempre inducirán la búsqueda de un significado no literal. Esto sin embargo solo sucederá,

según Grice (1.975), después de descartar la posibilidad del engaño deliberado, la ignorancia o la equivocación.

Además, ni siquiera la falsedad literal es una condición necesaria para que una frase tenga un significado metafórico. Así, una frase como por ejemplo *"Ningun hombre es una isla"* es, a la vez, cierta y metafórica. Como, por otro lado, la presuposición general de las intenciones del experimentador respecto al material verbal no pueden variar de una frase a otra, esto supondría que todas las frases literalmente falsas llevarían al sujeto a una búsqueda del significado no literal.

... En el experimento I, Glucksberg y cols. ponen a prueba si la disponibilidad de los significados metafóricos interfiere con la tarea de decisión acerca de la verdad o falsedad del enunciado. Lo hacen empleando cinco tipos de frases: a) frases verdaderas típicas; b) frases verdaderas atípicas; c) frases falsas típicas; d) metáforas; y e) metáforas mezcladas. Las frases metafóricas que enunciaban la pertenencia a una categoría, eran literalmente falsas, pero susceptibles de interpretación metafórica (ej: *"Algunos trabajos son cárceles"*).

Se predijo que si los sujetos ignoraban los significados no literales de las metáforas, las frases metafóricas no tardarían más en ser clasificadas como falsas que las metáforas mezcladas. Si, en cambio, registraban el significado metafórico las metáforas tardarían más en ser juzgadas como falsas que sus equivalentes, las metáforas mezcladas.

Los resultados mostraron un efecto de interferencia sustancial entre el significado metaforico y el significado literal en los tiempos de reaccion para las frases metaforicas.

En primer lugar los tiempos de respuesta mas rapidos fueron los consumidos por las frases verdaderas tipicas, seguidos de las frases verdaderas atipicas. En segundo lugar no hubo diferencias sustanciales entre las metáforas entremezcladas y las frases falsas standard. Por último, las metáforas fueron considerablemente mas lentas que los dos grupos anteriores.

El primero de los hallazgos, que las frases verdaderas sean las mas rapidamente clasificadas es ya un resultado tipico que no sorprendió a los autores (McCloskey & Glucksberg, 1.979; Smith y col. 1.974).

El segundo resultado, el comportamiento equivalente de los grupos falso standard y metáforas mezcladas obedece, a juicio de los autores, a la equivalencia del material utilizado en la construcción de ambos tipos de frases. El tercero y mas importante, que las metáforas tardan significativamente más en ser juzgadas como falsas que las *correspondientes metáforas revueltas significa, en opinión de Glucksberg, Gildea y Bookin* que los sujetos estaban aprehendiendo los significados no literales de las frases a algún nivel; dichos significados tenían un valor de verdad posible que competía o entraba en conflicto con el valor de falsedad del significado literal; la solución del conflicto retrasaba la respuesta.

Una prueba de recuerdo posterior parece consistente con esta interpretación: las frases mejor recordadas fueron las verdaderas; el recuerdo de las frases falsas standard y las metáforas mezcladas fue muy pobre, mientras que el recuerdo de las frases metafóricas fue considerablemente mayor, incluso cuando estas frases habían sido catalogadas como falsas durante la fase de verificación del experimento. Este resultado es coherente con la idea de que los sujetos procesaron las metáforas más profundamente, según los autores, así como con la noción de que el material con sentido es mejor recordado: las metáforas serían más significativas que las frases falsas standard y que las metáforas mezcladas.

En un segundo experimento los autores examinan una cuestión relacionada: en trabajos anteriores (McCloskey & Glucksberg, 1979) se pone de manifiesto que los sujetos tardan más en juzgar como falsas las frases cuyo sujeto y predicado están relacionados que lo que tardan en juzgar frases en las que esto no sucede, por ejemplo *"las hortalizas son manzanas"* sería más difícil que *"las hortalizas son martillos"*. Para probar si lo decisivo en la lentificación de la tarea es la relación existente entre sujeto y predicado -su pertenencia o no a determinadas categorías- o bien la calidad de la metáfora, ponen a prueba los mismos sujetos y predicados relacionados por el adverbio Algunos en unos casos y por Todos en otros; por ejemplo *"Algunos cirujanos son carniceros"* sería en opinión de los autores más plausible - una metáfora mejor - que *"Todos los cirujanos son carniceros"*.

Lo que a nosotros nos parece cuestionable es que la relacion entre sujeto y predicado permanezca invariable variando el adverbio, produciendose en cambio una variación en la "bondad" de la metáfora. Predicar una relacion de equivalencia o de inclusión de clases no equivale a una predicacion de interseccion. De este modo se conseguira sin duda variar la calidad de la metáfora, aunque no es tan evidente que la predicacion continúe siendo idéntica.

Los resultados mostraron que habia un efecto de interferencia -mayor latencia en las respuestas- en las metáforas con el cuantificador "*Algunos*", es decir con las mejores metáforas, pero no en las metáforas peores -aquellas cuyo cuantificador era "*Todos*". Además el efecto era exactamente el opuesto para las frases falsas standard: para este grupo las frases con "*Algunos*" eran más rápidamente juzgadas como falsas que las frases que utilizaban "*Todos*". Este efecto no apareció ni en el grupo de frases verdaderas ni en el grupo de metáforas mezcladas.

El hallazgo más sorprendente, en buena lógica, es el de que las frases falsas como "*Todas las hortalizas son patatas*" sea más lentamente juzgada como falsa que "*Algunas hortalizas son patatas*". Ya que si la patata no es ningún tipo de hortaliza, con mucha menos probabilidad será la patata la totalidad de los tipos de hortalizas existentes. Para los autores este resultado es bastante inexplicable y refleja, en todo caso, la dificultad para juzgar la falsedad de material muy relacionado (las patatas son hortalizas que pueden cultivarse en la huerta junto a judías y tomates.)

La explicación que a nosotros se nos ocurre tiene que ver con esto precisamente. Ya que es demasiado evidente la falsedad de un enunciado como *"Todas las hortalizas son patatas"* puede incitar a la búsqueda de un significado de segundo nivel, esto es, un significado metafórico o no literal, de modo que pasen de ser frases falsas standard a ser frases demasiado improbables incluso para ser falsas. Quizá una falsedad patentemente subrayada, que no pretende el objetivo de la "eficacia" comunicativa, sea una de las señales de que nos encontramos frente a un objetivo discursivo diferente, de indagación o cuestionamiento de significados, es decir, frente a un lenguaje de segundo orden que cuestiona el mismo lenguaje.

Para Glucksberg, Gildea y Bookin la interpretación de los datos del segundo experimento indica que a igual familiaridad de los elementos de la metáfora entre sí, y desigual "bondad", la bondad de la metáfora es determinante para que existan indicios de que se ha llevado a cabo una interpretación metafórica. A menos que, argumentan, los sujetos puedan ignorar el significado no literal de las metáforas que empiezan por *"Todos"* y no puedan hacerlo con las metáforas que empiezan por *"Algunos"*

Para probarlo diseñan un tercer experimento empleando metáforas en las que el uso de *"Todos"* o *"Algunos"* no modificaba su bondad. Esto es que teniendo los mismos niveles de familiaridad que las metáforas con *"Todos"* del experimento segundo tenían niveles de bondad más altos -semejantes a los niveles de bondad de las metáforas que empleaban *"Algunos"* en el experimento anterior-

Quieren asegurarse así de que la variable en juego es la "bondad" de las metáforas y no el tipo de relación lógica que se predica.

Los resultados de este tercer experimento muestran una diferencia significativa entre los tiempos de latencia de las metáforas mezcladas y las metáforas. El cuantificador sin embargo no tuvo efectos en los tiempos de reacción durante la tarea de verificación. Los autores concluyen que la familiaridad, siendo una condición necesaria para una interpretación metafórica, no es una condición suficiente. Las personas no parecen tener opción para interpretar o no el significado no literal lo cual lleva a pensar que las estrategias de comprensión del lenguaje literal y metafórico son las mismas.

En la misma línea se sitúa Raymond W. Gibbs en su comunicación de 1984 aparecida en *Cognitive Science*

Gibbs analiza en primer lugar el papel del significado literal en la comprensión del lenguaje no literal en general, lo cual incluye actos del habla, frases hechas, modismos e ironías.

Para Gibbs la visión tradicional acerca del significado literal parte de Frege (1892/1966) quien estableció el principio de composicionalidad.

Según Frege el significado de gran parte de los enunciados del lenguaje natural pueden ser entendidos por un oyente-hablante competente sin saber quien pronuncia la frase, donde ha sido dicha, cuando o por que. La comprensión del significado de la frase estara

enteramente determinada, por tanto, por los significados de las palabras que lo componen y por las reglas sintácticas de acuerdo con las cuales se combinan. El significado literal de una frase determina también un conjunto de condiciones que de satisfacerse la convierten en verdadera. Es decir que el significado literal establece determinadas condiciones "verdaderas" de relación con el mundo, siendo dichas condiciones supuestamente comprobables.

Algunos autores posteriores, como Searle (1.975, 1.979b) han ratificado esta postura al establecer un proceso de comprensión del lenguaje figurado en tres etapas, siendo la primera de ellas el procesamiento del significado literal. Desde esta perspectiva el significado literal es parte del uso que del significado hace el hablante, aunque éste maneja también gran cantidad de información de fondo así como información contextual.

En concreto, que la comprensión del significado literal sea el primer paso implica que el hablante oyente debe ignorar la información proveniente del contexto actual en un primer tiempo, admitiendo que el desentrañar el significado literal no esta exento gran número de conocimientos de fondo, de background o de contexto amplio, lo que incluye el común conocimiento del mundo.

En efecto evaluar la verdad o no de un enunciado incluye la situación del mismo en las coordenadas físicas de determinado mundo, siendo indudable que variarían de mundo a mundo o de un sistema a otro sistema de relación con el mundo.

Gibbs presenta los resultados de una serie de estudios que ponen en evidencia que el análisis del significado literal de frases como peticiones indirectas, frases hechas, modismos e ironías no es un proceso insoslayable para su comprensión, ya que hay datos que indican que se procesan en tiempos iguales o menores que las parafrases correspondientes, y datos que parecen apoyar la ausencia del procesamiento literal de las mismas.

Estos últimos experimentos están basados en el hecho de que las personas que han comprendido frases no literales como modismos o peticiones indirectas, no son más rápidos en hacer juicios acerca de las parafrases de los significados literales de lo que lo son en hacer los mismos juicios sobre parafrases no relacionadas con ellas.

Ello significa, según Gibbs, que las personas son capaces de comprender el significado intencional de muchos usos no literales directamente, siempre que se presenten en el contexto adecuado.

Por otra parte, estas investigaciones obligarían a poner en cuestión la definición convencional del enunciado metafórico como aquel cuyo significado literal es falso.

Gibbs argumenta, oportunamente, que no es una condición necesaria la falsedad literal del enunciado para que se trate de una metáfora, como lo demuestra cualquier negación metafórica del tipo *"ningun hombre es una isla"* cuyo significado literal es verdadero, funcionando empero como metáfora.

Gibbs aporta también evidencia experimental que documenta la idea de que los sujetos se orientan automáticamente hacia los

significados no literales de muchas peticiones indirectas y modismos, incluso cuando estas expresiones se usan en contextos literales. En este sentido, cita el trabajo de Glucksberg y col. (1982) donde se pedía a los sujetos que tomaran decisiones rápidamente acerca de la verdad literal de frases del tipo *"algunos trabajos son cárceles"*.

Los resultados mostraron que los sujetos juzgaban correctamente frases de este tipo como literalmente falsas, sin embargo estos juicios requerían tiempos de deliberación mayores cuando se trataba de frases que admitían interpretaciones metafóricas que cuando esto no era posible.

De ser cierto que el significado metafórico se computa en función del fracaso de la interpretación literal, no puede explicarse por que el significado metafórico interfiere con el procesamiento de la interpretación literal cuando es sólo esto lo que se requiere.

Para Gibbs la solución se encuentra en la abolición de la distinción entre significado literal/significado metafórico, aunque esta solución no puede explicar por qué la gente tiene criterios a menudo muy claros para juzgar si una frase es literal o metafórica.

En definitiva, aunque no puede pronunciarse respecto a la necesidad o no de la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico, Gibbs sí está claramente a favor de una interpretación de los datos que apoye la comunidad de procesos entre comprensión literal y metafórica.

Por otra parte la hipótesis de la interpretación libre de contexto es difícil de mantener puesto que no hay lenguaje que

pueda declararse libre de él. Para Gibbs la clave estaría en el estudio de la pragmática, y más en concreto en el reconocimiento de las intenciones del hablante en una serie de niveles meta-meta discursivos: el que habla debe suponer lo que el oyente sabe así como lo que supone acerca de él (su conocimiento del lenguaje, de la situación, etc.).

El oyente por su parte debe suponer lo que el hablante sabe, lo que supone de sus propios conocimientos lingüísticos, contextuales, etc. y lo que intenta que él (el oyente) deduzca mediante el reconocimiento de sus intenciones. Lo que apunta a la constitución de una compleja competencia lingüística que incluye mucho más que el conocimiento sintáctico, fonológico o semántico de la propia lengua, y que sería objeto de estudio claramente psicológico.

Un trabajo de Janus y Bever (1985) aporta evidencia de que los sujetos emplearon más tiempo en la lectura de enunciados metafóricos del que emplearon en la lectura de enunciados literales. No obstante, la diferencia sólo aparecía si se consideraba el tiempo de lectura de los enunciados aislados, y no aparecía si se incluía el tiempo de las frases que servían de contexto a unos y otros enunciados. Los autores, no obstante, están de acuerdo con Ortony (1978) y con Glucksberg y col. (1982) en que los procesos son del mismo tipo, cognitivo e inferencial, aun cuando pudieran existir diferencias cualitativas.

En un artículo de 1989 Boaz Keysar aporta evidencia, por su parte, de que las interpretaciones metafóricas se construyen de forma involuntaria o automática. De acuerdo con Keysar cuando un

texto admite varios niveles de interpretación -literal y metafórico- los sujetos evalúan ambos simultáneamente. La comprensión se verá facilitada cuando los diferentes niveles son complementarios o no contradictorios, asumiendo que ambos contribuyen independientemente a la comprensión. Cuando las interpretaciones literal y metafórica entran en conflicto, en cambio, las latencias en la comprensión serán mayores, debido a la dificultad para establecer la congruencia del texto en sus distintos niveles. Esto último, según Keysar, es cierto tanto en tareas de verificación de frases como en tareas de comprensión.

De ello se deduce un concepto de verdad pragmático, en el que la verdad literal no tendría un status diferente a la verdad metafórica, siendo en cambio esencial a la comprensión la posibilidad de establecer una mínima coherencia textual.

3.- Idénticos índices de complejidad cognitiva.

Pollio, Fabrizi y Weddle (1.982) se proponen estudiar la comprensión de la metáfora desde el punto de vista de su producción. Pretenden con ello paliar la situación imperante en este tipo de estudios en los que se pone en cuestión si se trata de procesos indirectos y más largos que los procesos llamados directos de comprensión del lenguaje.

Lo que sería deseable, a juicio de los autores, sería dilucidar la cuestión de si la comprensión metafórica y la literal requieren diferentes procesos de producción o no. Un método para acometer el estudio desde esta perspectiva sería, según los autores, evaluar la relación existente entre la vacilación y el lenguaje figurado, ya que ambos fenómenos tienen lugar, de forma natural, en el habla espontánea.

La razón de estudiar la relación entre estas variables, comprensión metafórica y dudas o vacilaciones, consiste en que las pausas han mostrado ser un índice operacional relativamente claro de la complejidad cognitiva de los procesos implicados en el habla (Goldman-Eisler 1968)

Las vacilaciones también han parecido incrementarse con mayores demandas de la tarea cognitiva (Goldman-Eisler, 1968; Reynolds y Paivio, 1960) recomendándose su uso como índice operacional de la complejidad relativa de la actividad cognitiva en funcionamiento.

Dentro de este enfoque para evaluar la teoría del procesamiento en varias etapas en el habla espontánea, este estudio examina dos situaciones claramente distintas: el discurso relativamente preparado de un catedrático universitario y el discurso, relativamente más espontáneo, de un paciente con su terapeuta. Si la producción figurativa no implica ningún proceso especial la distribución y longitud de las pausas que preceden las emisiones figurativas y literales deberían ser las mismas.

Por el contrario, para la teoria de la produccion en varios estadios seria de esperar un numero desproporcionadamente mayor o mayor longitud de las pausas que preceden el lenguaje figurativo en comparacion con el lenguaje literal.

Los resultados mostraron que no habia diferencias significativas en la frecuencia de ocurrencia ni en la longitud de las pausas y vacilaciones que precedieron el lenguaje literal, figurativo congelado o figurativo novedoso.

Ademas no hubo diferencias significativas en la localizacion de las pausas que, dentro de las frases, tenian lugar en el habla literal, figurativa congelada o novedosa. Este ultimo hecho viene a contradecir la teoria de produccion en varios estadios, que describe la produccion metafórica o figurativa novedosa como resultado de un mayor número de operaciones o de operaciones cualitativamente mas complejas. De acuerdo con esto las pausas deberian haberse distribuido antes del lenguaje figurado y no despues.

Los únicos datos consecuentes con esta última teoria fueron los relativos al catedratico, que proporcionó el mayor número de pausas tanto llenas como vacias previas al uso de frases figurativas novedosas.

El dato más contrario a la hipótesis de los estadios múltiples, mas allá de la no diferencia en la longitud o número de las pausas, fué que el mayor número de pausas se produjeron despues y no antes de la palabra clave metafórica.

En cuanto a las medidas realizadas en relación con la fluidez verbal los datos revelan que las frases nuevas eran considerablemente menos fluidas que las frases literales, pero ambas lo eran menos que las frases congeladas.

Los autores interpretan los datos, en conclusión, como evidencia claramente negativa respecto a una teoría de la producción y la comprensión del lenguaje figurado en varios estadios y por tanto más lenta que la del lenguaje literal o figurado congelado.

En todo caso, estos autores no intentan explicar la diferente localización de las pausas en los diferentes discursos: el del catedrático y el de paciente y terapeuta. Lo que varía fundamentalmente, a nuestro juicio, entre ellos, es la tarea, el contexto de uso del discurso.

Para el catedrático el objetivo de su discurso es provocar, con el lenguaje, determinados efectos que se preveen de antemano. La búsqueda de *formulas de relación apropiadas* no es por ello de extrañar y dicha búsqueda puede materializarse muy bien en pausas antes de la utilización de las figuras.

Para el paciente y el terapeuta el contexto es diferente, como es diferente la tarea. Aunque el paciente habla buscando, como el catedrático, provocar determinados efectos en el terapeuta, la tarea analítica se explicita precisamente en dirección contraria: *procure usted hablar sin imponer dirección ni censura a su discurso*. Es decir: no inhiba las posibles asociaciones que surjan sin duda al hilo de su discurso, y hágalas explícitas.

En el contexto de esta tarea, la presencia de pausas después de producida una asociación no es de extrañar, ya que este tipo de producciones interesan especialmente tanto al terapeuta como al paciente que las ha producido, precisamente por lo que tienen de inesperadas.

4.- Tiempos iguales en tareas de categorización.

Un experimento de Pollio, Fabrizi, Sills and Smith (1.984) pone a prueba un modelo de procesamiento literal/metafórico sostenido por Grice (1.957), Chafe (1.970) y Clark y Haviland (1.977). Según el modelo un oyente intenta en primer lugar interpretar una frase como conteniendo información literal (esto es, como una frase sintética). Si la frase no satisface el criterio de novedad según el cual la información nueva puede deducirse directamente de lo anterior, lo siguiente que el lector/oyente intentará será una interpretación según la cual el significado se produce analíticamente, siendo por tanto redundante.

Si este intento también fracasa, lo siguiente que se pone a prueba es la posible naturaleza contradictoria de la frase, ya sea por contener una negación de otros enunciados literales o bien por presentar la oposición, deliberadamente, entre información nueva e información ya dada, en cuyo caso se trataría de metáforas.

Dado que estos procesos suponen un reconocimiento del significado del enunciado, solo se llevará a cabo una prueba del posible sinsentido de la frase cuando todas las posibilidades para encontrar sentidos literales hayan fracasado. Por último, si incluso las pruebas para el sinsentido se revelan inadecuadas, el oyente no tendrá otra elección que concluir que el enunciado va más allá de una oposición entre sentido y sinsentido, y entonces -sólo entonces- intentará una interpretación metafórica.

Pollio, Fabrizi, Sills y Smith diseñaron un experimento para evaluar la velocidad y corrección relativas con que la gente puede codificar frases simples que ejemplifican una serie de relaciones lógicas diferentes. Los tipos de relaciones lógicas eran cinco: frases analíticas, sintéticas, contradictorias, anómalas y metafóricas.

Desde una perspectiva teórica diferente, contemplada también por los autores, la comprensión figurativa se entiende como un proceso perceptual. Según este modelo que defiende Verbrugge (1977-1980) entender la relación entre dos o más palabras relacionadas entre sí figuradamente puede muy bien describirse como un proceso perceptual en el que los puntos de acuerdo y contraste relevantes pueden experimentarse como directa e inmediatamente aparentes. Según este análisis se "ve" más que se "interpreta" una figura (una metáfora o metonimia) y por tanto la comprensión tendría lugar sin que se requiriese ningún proceso inferencial extraordinario.

En cualquier caso, tampoco en la interpretación literal sería necesario ningún tipo de mediador entre el sujeto y aquello que este comprende o percibe.

Si la interpretación de una metáfora, argumentan Pollio, Fabrizi, Sills y Smith, requiere el reconocimiento por parte del que comprende de que se trata de una metáfora, y este reconocimiento depende a su vez de un proceso de varias etapas -el que va de la frase analítica a la sintética, y de esta a la contradictoria, de aquí a la sinsentido y por último considera una opción metafórica- entonces las frases metafóricas y anómalas tardarán más en ser categorizadas que las contradictorias, las que a su vez llevarán más tiempo que las sintéticas y/o las analíticas.

Si, en cambio, la comprensión metafórica requiere el mismo nivel de procesamiento que la comprensión literal -es decir, una representación en términos perceptuales según Verbrugge- las diferencias en los tiempos de respuesta entre los distintos tipos lógicos de frases podrían esperarse sólo en la medida en que pudieran ser perceptualmente confundidas unas con otras, más que en términos de operaciones de procesamiento adicionales.

Este razonamiento nos parece, sin embargo, contestable, ya que el que pudiéramos ver la relación entre dos términos cualesquiera no significa que toda relación sea igualmente fácil de ver, y se perciba por tanto con igual celeridad, como demuestran los problemas, en términos de configuraciones visuales, diseñados por los teóricos de la Gestalt.

En este sentido la tarea propuesta requeriría del oyente que primero *viera* la relación (comprendiera la frase) y después que categorizara, distinguiera, entre cinco distintos tipos de posibles relaciones lógicas entre dos términos.

Un sujeto podría pues, hipotéticamente, comprender primero una metáfora y calificarla a continuación como una frase contradictoria, sintética o incluso sinsentido si estas categorías lógicas no estuvieran claras para él. Del mismo modo una relación metafórica podría muy bien ser una relación que costara más trabajo mantener, a nivel perceptivo, que una relación de tipo literal, ya que se trata de una percepción "mental" por decirlo así.

Pollio, Fabrizi, Sills y Smith (1984) utilizaron una variación de la tarea de categorización de frases de Steinberg (1970a, 1970b, 1975), que ya habían desarrollado Pollio y Smith en 1979. La tarea consistía en pedir a los sujetos codificar (pero no interpretar) frases en una de las cinco categorías siguientes: analítica, sintética, contradictoria, anómala y metafórica.

Dado que estas categorías demostraron ser fácilmente confundidas unas con otras, realizaron experimentos de control adicional en los que omitían una de las cinco, de modo que fuera posible evaluar los tiempos de reacción relativos a dicha categoría minimizando las confusiones entre ellas.

Los resultados muestran que los sujetos tienden a usar las categorías con desiguales frecuencias: la categoría de "anómala" es la

más frecuentemente usada, mientras que la categoría de "metafórica" es la categoría con la frecuencia de uso más baja.

Aparecen también el mayor número de confusiones en las categorías de sintética y analítica entre sí pero no con otras categorías, así como, en menor grado, entre las categorías "anómala" y "metafórica".

La categoría con un grado mayor de evaluación correcta fue la de "contradictoria" aunque este porcentaje es superado por la categoría de sintética cuando en un experimento posterior se elimina la categoría analítica. Esta categoría por su parte supera a las demás en corrección cuando se elimina la categoría de "metafórica". El patrón de evaluación correcta más bajo obtenido por la categoría "metafórica" se mantiene sin embargo a lo largo de los experimentos posteriores, incluso cuando se elimina la categoría de "anómala", confundiendo entonces con las categorías de sintética y contradictoria sobre todo, y en menor grado con la analítica.

Un análisis de varianza intra-sujetos produce un resultado no significativo respecto a los tiempos de reacción, esto es, no existe diferencia en la velocidad de codificación entre los distintos tipos de frases.

Como fase final, los experimentadores pedían a los sujetos, que eran examinados individualmente, que resolvieran en voz alta una frase como "El hombre es un perro," clasificando sus respuestas a continuación en una de las tres categorías siguientes, en función de la estrategia empleada por el sujeto: Ordenada, Directa y Mixta.

segun que el sujeto informara haber pasado de una a otra categoria exhaustivamente segun el orden impreso en sus instrucciones, haberle acudido la categoria adecuada directamente a la mente sin dudar, o bien haber escogido la categoria correcta entre dos o tres tipos diferentes de categorias con los que ponía a prueba la frase en cuestion

Los resultados mostraban una diferencia significativa entre las distintas estrategias en cuanto al numero de personas que las utilizaron: siendo la estrategia Directa la más utilizada y la Ordenada la menos utilizada, así como en los tiempos de reacción que producian las distintas estrategias, siendo los sujetos que usaban la estrategia directa los que respondian mas rapidamente, despues los que utilizaron la estrategia Mixta y los mas lentos los que utilizaban la estrategia Ordenada

En cuando a la velocidad asociada a cada categoria la "contradictoria" era la mas rapidamente clasificada y la sintetica la mas lenta.

Los resultados negativos en cuanto a la diferencia de tiempos de reacción en el primer experimento parecen excluir para Pollio, Fabrizi, Sills y Smith, un analisis de la comprensión metafórica en varias etapas como correcto para todas las situaciones linguisticas y para todas las tareas. En esto, los resultados concuerdan con los resultados obtenidos en otras investigaciones (Glucksberg, Hartman, y Stack, 1.977; Glucksberg, Gildea & Bookin, 1.982; Kemper, 1.981; Tannhauser, 1.978) demostrando que los oyentes no esperan, para

procesar el significado metafórico, a que el significado literal haya sido descartado.

También son acordes con los experimentos sobre interpretación de metáforas (Harris 1.976; Ortony, Schallert, Reynolds, y Antos, 1.978) y proverbios (Kemper, 1.981). Del mismo modo lo son, según los autores, con la observación de que las personas utilizan el lenguaje figurado con cierta frecuencia durante la conversación, con lo que parecería improbable que se requiriera cada vez que esto sucede, de un proceso inferencial complejo y lento.

Además el diseño experimental permite poner a prueba y comprobar que ninguna de las categorías empleadas, en ausencia de una tarea específica y en determinados contextos, podría ser considerada como más fundamental que las otras y ninguna podría verse como una derivación lógica necesaria de otra.

Del análisis de los resultados se desprenden las siguientes conclusiones:

- 1) la categoría "metafórica" fue la menos usada, y menos correctamente;
- 2) la categoría "anómala" fue la usada más frecuentemente;
- 3) la categoría "contradictoria" fue la más rápidamente clasificada y la menos confundida;
- 4) la categoría "sintética" fue la de más lenta clasificación.

Lo que sugiere a los autores que la mayoría de los sujetos operaron en base a una estrategia especialmente sensible a las frases contradictorias o anómalas. Si una frase no podía ser adjudicada a ninguna de estas categorías, el sujeto intentaba determinar con más precisión que tipo de predicación implicaba.

En esta decisión primaron las confusiones entre sintéticas y analíticas y entre metafóricas y anómalas o sintéticas.

En nuestra opinión, el hecho de que las frases anómalas se confundan mayoritariamente con las metafóricas descarta un tipo de estrategia que primero determina si una oración es de tipo contradictorio o anómalo (en el sentido de "sinsentido") para después buscar que relación significativa se predica.

No es de extrañar, sin embargo, que la tarea más sencilla sea el reconocimiento de las frases contradictorias dado que su fórmula lógica *A es no A* requiere del reconocimiento de una relación antinómica, relación cuyo origen se encuentra en la constitución misma del significante lingüístico: si según Saussure el significante es más que nada el establecimiento de una diferencia, se sostiene sobre una distinción antinómica; el nombre necesita para su definición del anti-nombre. Por otro lado, el recurso a la categoría de "anómala" cuyo tiempo de reacción sigue en celeridad al de las frases contradictorias- podría reunir tanto a los que solucionaron el problema de encontrar la categoría adecuada -en negativo, por eliminación- como a los que adjudicaron la categoría positivamente -atribuyendo a los dos términos una relación desconocida-.

Si esto es así podría pensarse que el tiempo de reacción a las frases pertenecientes a esta categoría tendría que ser necesariamente más largo, lo que no sucede; también habría que estimar la posibilidad de solapamiento de las categorías sintética y analítica por un lado, y sintética y metafórica por otro. El establecimiento de separaciones netas entre ellas puede ser problemático: la diferencia entre "*a es A*" (sintética), y "*A es a*" (analítica) y entre esta última y "*A es B*" (metafórica); una representación para el sinsentido podría ser "*A es ?*".

Especialmente difícil fué discriminar entre "*a es A*" y "*A es a*" (sintéticas y analíticas). Establecer si determinada relación amplia o disminuye la extensión categorial en frases como "*El sastre es un experto*" o "*El automóvil es un vehículo*"; si experto puede ser un aspecto posible de sastre y es ignorado por el oyente será algo nuevo; pero ¿cómo determinar si es un aspecto posible? De ahí parte pues, una gran dificultad: distinguir entre lo nuevo y lo dado, ya que lo nuevo nunca puede serlo tanto que conduzca a evaluarlo como diferentes, y por tanto como no perteneciente a la categoría.

La otra gran dificultad está representada por la distinción entre metafórica y anómala. Entre "*A es B*" y "*A es ?*"; "*A es B*" representa la metáfora, es decir A no es ni más ni menos A, sino otra cosa. En la frase anómala esa otra cosa no pasa de ser una incógnita, es decir, no se conoce eso que la otra cosa es. La metáfora, en cambio, dice algo más, señala en la dirección de alguna correspondencia, que necesariamente reconoce el oyente.

Esto se explicita en conceptos como *fundamento* de la metáfora (encontrar el campo común), *atribución de rasgos* (rasgos que se conoce que los dos poseen), "*ver A como si fuera B*". La direccionalidad de la metáfora tendría entonces aquí, al menos, una explicación: el sujeto es aquello de lo que se habla, y hay que tenerlo en el punto de mira.

Si algo se transforma, en la metáfora, es el sujeto: A como B.

Podría muy bien tratarse, entonces, de una superposición donde fueran patentes los puntos de choque, las contradicciones del significado. La metáfora entonces, supondría la presencia, en el lenguaje, de un nexo de suspensión de la categoría de ser (no ser mas ni menos A, no ser siquiera no A ya que en el lenguaje decir no A sigue señalando, por negación, a A).

Paradójicamente la suspensión del significado sólo puede llevarse a cabo, en el lenguaje, a través de la metáfora, por la atribución de "semejanza" con otro elemento que continúe siendo distinto, es decir que deshaga la operación inicial del establecimiento de diferencias, que suspenda el sentido.

Pollio, Fabrizi, Sills y Smith continúan la discusión de los resultados argumentando que la categoría de metáfora fue usada por los sujetos como puente, es decir como categoría bisagra entre el sentido y el sinsentido (ya que conceptúan las frases contradictorias como sin sentido) y por lo tanto la metafórica sería la categoría más próxima a ambas, que a veces se confundiría con las anómalas, a veces con las sintéticas. Esta estrategia indicaría, de acuerdo con los

autores, que solo se reconoceria una metáfora una vez que la predicación literal hubiera fallado.

Ahora bien, en nuestra opinión, las características de la tarea experimental, (clasificar frases en distintas categorías, una de ellas la sinsentido) convierte el sinsentido en una característica especialmente importante; esto explicaría que las metáforas tendieran a ser solucionadas antes, incluso, (ya que la estrategia para solucionar metáforas es encontrarles sentido metafórico) que las frases más literales, cuyo sentido está asegurado.

El hecho de que las frases metafóricas sean clasificadas con igual rapidez que las pertenecientes a otras categorías, diferencia estos hallazgos de lo predicho por los modelos inferenciales de comprensión metafórica, los cuales predicen que las frases contradictorias tardarán más en ser clasificadas que las analíticas o las sintéticas, no más que las anómalas, y solo un poco menos que las metafóricas. En conclusión, terminan diciendo, las metáforas no han tardado más tiempo en ser reconocidas debido al contexto determinado por el contexto general y por la tarea, argumentando que las metáforas siempre están mucho más afectadas por el contexto que otros tipos de frases. Limitan por tanto el alcance de los datos obtenidos en cuanto a velocidad de categorización a determinados contextos.

Consideran por otra parte que la metáfora aparece siempre en un determinado encuadre que ayuda a reconocerla. Así la poesía sería la situación por excelencia que definiría una situación de referencia para la comprensión figurativa, mientras que la prosa

seria la mejor situación referencial para definir la comprensión literal.

Por otro lado la consideración de la comprensión figurativa, terminan diciendo, como un procesamiento de alto nivel y la comprensión literal como más superficial, tal y como venían haciendo los modelos de procesamiento en etapas no podría aplicarse, al menos en este caso.

D.- Equivalencia de los procesos: en contra de la hipótesis pragmática de la intención.

Un experimento de Dolinsky y Zabrocky (1.983) pone a prueba la idea de que el procesamiento metafórico depende del reconocimiento de la metáfora, lo cual a su vez descansa en el mutuo acuerdo de hablante y oyente para usar lenguaje de modo no-literal; es decir la hipótesis de que para que un enunciado sea una metáfora y no una frase sin sentido es necesario que exista la intención del hablante -y/o del oyente- de que así sea.

El experimento investiga cómo se aprenden metáforas en las que se han introducido nombres escogidos al azar. Los experimentadores también tratan de influir en el recuerdo manipulando las instrucciones: un tipo de instrucciones subraya el hecho de que las frases tienen sentido, ya que provienen de fuentes

literarias. Se predijo que el recuerdo sería superior en estas condiciones que en la situación en la que nada se dijo acerca de la procedencia o el grado de significancia de los enunciados.

Los resultados muestran que las diferentes condiciones respecto a las instrucciones no tuvieron efectos significativos. En general las frases no metafóricas con sentido no se recordaron significativamente mejor que las metáforas sin sentido. Y estas sí se recordaban significativamente mejor que las frases no metafóricas sin sentido. En resumen, las metáforas sin sentido funcionaron (respecto al recuerdo) como las frases literales con sentido.

Los resultados admiten la deducción de dos conclusiones: 1) la insensibilidad al tipo de instrucciones viene a desautorizar la hipótesis de la intención, es decir la idea de que una metáfora es aceptada como tal gracias a un acuerdo entre hablante y oyente para hacer un uso no literal del lenguaje.

La segunda conclusión apoya los hallazgos de Gibbs (1.984) en el sentido de que existe una fácil orientación del oyente hacia el uso no literal del lenguaje. Dolinsky y Zabrocky concluyen que hay algo en la metáfora que la convierte en más sencilla de aprender que los enunciados no-metafóricos, y algo que tiene que ver con la estructura misma del enunciado metafórico más bien que con la información que pueda tenerse acerca de él.

2.2. DIMENSIONES A TRAVES DE LAS CUALES SE ESTUDIA EL FENOMENO DE LA METAFORA

2.2.1. Dimensiones Cualitativas: Poético-sintética *versus* Literal-analítica

Un estudio de Boswell del año 1979 se proponía estudiar las diferencias en el procesamiento de las metáforas a lo largo del desarrollo.

Hasta el momento las investigaciones al respecto (Gardner, 1974; Gardner y col., 1975; Winner, 1975; Winner y col., 1976; Winner y Gardner, 1977; Asch y Nerlove, 1964; Billow, 1975) parecían coincidir en afirmar que los sujetos más jóvenes solo establecían relaciones "literales" entre tópico y vehículo, mientras

que la capacidad para establecer relaciones metafóricas adecuadas solo se desarrollaría con la edad.

Esta posición fue desarrollada teóricamente por Arlin (1975) quien propuso un estadio del desarrollo cognitivo adicional y posterior al estadio de las operaciones formales, al cual se accede en la adolescencia según Piaget. Arlin (1975; 1977), Winner y Gardner (1977) y Billow (1975) han centrado la comprensión de la metáfora en la utilización de relaciones analógicas, y han intentado demostrar que estas habilidades se desarrollan solo tardíamente.

Boswell por su parte pretende demostrar que el desarrollo de la capacidad de comprensión metafórica continúa su desarrollo a lo largo de los años, variando la interpretación de un sujeto maduro de la de un sujeto más joven si se atiende a algún aspecto cualitativo de la interpretación, y no solamente a la mera corrección o no de la misma.

Las dimensiones "cualitativas" que Boswell propone en su investigación son fundamentalmente una dimensión poético-sintética *versus* una dimensión literal-analítica. En su trabajo utiliza dos grupos de edad: estudiantes de escuela superior con 18 años de edad media y adultos jubilados en torno a los 70 años. Los juicios en torno a la dimensión sintética-analítica fueron llevados a cabo por jueces que desconocían la edad de los sujetos y la existencia misma de dos grupos de edad.

Los dos grupos fueron sometidos a pruebas de vocabulario para determinar su habilidad verbal así como a un cuestionario

donde se pedía al sujeto que determinara, mediante una escala, el grado de dificultad que había supuesto para él la interpretación de las metáforas en las que consistía la prueba experimental. Los grupos demostraron pertenecer a la misma población respecto a su habilidad verbal, y esta estaba asociada al grado de dificultad que declaraban haber registrado los sujetos: a mayor habilidad verbal menor dificultad y viceversa.

Los jueces aplicaban a las interpretaciones dadas por los sujetos el siguiente criterio: las interpretaciones sintéticas fueron definidas por los jueces como aquellas que proporcionaban un fundamento sintético para ambos elementos de la metáfora: tópico y vehículo. Las interpretaciones analíticas en cambio fueron definidas como aquellas que establecían relaciones más literales o bien aquellas que se circunscribían a uno de los dos términos de la metáfora. Los jueces puntuaban en una escala de 1 a 5 el total de las interpretaciones, de forma que cada sujeto era evaluado por todos los jueces. Estos juicios, en un porcentaje que oscilaba entre 93 y 96% variaban dos puntos o menos.

Los resultados muestran una diferencia significativa entre las puntuaciones de los estudiantes y las de los adultos. Los estudiantes fueron juzgados en general como más analíticos o literales, mientras que los adultos lo fueron como más sintéticos o poéticos.

Las interpretaciones analíticas resaltaban algún aspecto particular, un juicio o una característica común de los términos de la metáfora. Resalta Boswell que sin embargo todas ellas eran

interpretaciones "correctas" de las metáforas en cuestión pudiendo ser aceptadas como tales en un discurso normal.

Un efecto adicional, inesperado, fue la diferencia entre varones y mujeres en el grupo de más edad, siendo el grupo de las mujeres más tendente a las respuestas sintéticas. Esta diferencia no aparecía en el grupo de los sujetos más jóvenes ni en otros estudios previos y el autor remite a investigaciones posteriores sobre el tema.

Para Boswell la interpretación metafórica sintética debe estar basada en procesos de pensamiento también sintéticos, así como los juicios analíticos más frecuentes en los jóvenes corresponderían a un tipo de pensamiento analítico, lo cual coincide con el tipo de pensamiento categorizador, *científica* que es característico del pensamiento durante la adolescencia, según Piaget, con el acceso a las operaciones formales.

En definitiva para Boswell la dimensión sintético-analítica debería ser explorada para comprender mejor el desarrollo de la comprensión metafórica.

2.2.2. Dimensiones Estructurales

A) Clase sintáctica *versus* Colocación Lingüística y Concreción *versus* Abstracción

Marian Matic y Roger Wales (1982), por su parte, plantean el problema de determinar si la habilidad para usar metáforas puede ser considerada como parte de la habilidad lingüística en general o

debe mas bien ser estudiada como una habilidad extralinguística, como una estrategia cognitiva.

Parten de la noción de colocación lingüística: una colocación se define como la asociación habitual de una palabra con otras palabras en las frases. El problema de determinar el sentido de una palabra o expresión será entonces determinar las colocaciones en las que ocurre. Es decir el acceso a un significado cualquiera depende del establecimiento de una serie de relaciones de unos elementos con otros. lo que se entiende por un contexto.

McIntosh (1961) es citado como el autor que ha desarrollado la noción de la colocación lingüística aplicándolo al lenguaje metafórico. McIntosh parte de la noción de Katz y Fodor de las restricciones de la selección: la tendencia del usuario del lenguaje a tolerar sólo un cierto rango de todos los items sintácticamente adecuados posibles para que pueda ser colocado junto a otro.

Esto sería una forma de delimitar que relaciones pueden establecerse y cuales no para empezar a dotar de significado al conjunto de los elementos de un texto. Pero el problema sigue planteado en el mismo punto: como se delimitan esos rangos? Para McIntosh no es la experiencia concreta previa del usuario, al menos no solo es eso lo que lo explica, ya que este puede siempre aceptar colocaciones nuevas. Este autor propone un "sentido del rango análogo al sentido innato del hablante para las frases bien formadas sintácticamente -lo cual, nos parece, no deja de necesitar justificación-.

Más en concreto McIntosh postuló procesos de "extensión del rango" por los que los rangos de las palabras se verían sometidos a constantes expansiones: cuando un oyente se enfrenta a una colocación cuyos componentes se encuentran cada uno por debajo del rango aceptado por el otro se verá obligado a extender los rangos de dichos componentes hasta hacerlos comprensibles. La infracción compromete, por tanto, siempre a más de un elemento, no hay elemento extraño si no lo es en función de un medio -un contexto- en el que aparece como extraño.

Pero incluso llegando hasta aquí se nos plantea un problema: ¿qué es lo determinante para establecer en qué dirección se efectuará el cambio, o en otra terminología (Levin, 1977) qué rasgos se transfieren y por qué?

Matic y Wales se proponen averiguar si la localización de una *infracción* en una expresión puede ser sistemáticamente relacionada con aspectos lingüísticos de los ítems constituyentes, o si más bien depende de la información contextual, previa o *ad hoc*.

Estudian como primer factor la estructura gramatical de la frase a través de dos aspectos: a) las propiedades gramaticales de los términos a través de la clase sintáctica (nombres o verbos) y b) las relaciones con otros términos determinadas por la posición en la colocación (primero y segundo).

El segundo factor que consideran relevante es la relativa concreción de las imágenes elicidadas por cada uno de los términos.

En nuestra opinion la pregunta formulada por los autores no es consecuente con el marco teorico que han utilizado. Si convienen en hacer intervenir las relaciones entre los elementos, es decir el contexto, en la definicion del significado, eso no es contradictorio con la noción de que los terminos concretos posean determinadas *características sintacticas que den cuenta de las mismas*. No tiene que ser necesariamente contradictorio el uso particular de los elementos en cuestion -en combinacion con otros terminos- con la cristalización de unas determinadas leyes sintacticas.

En cuanto al segundo factor, la relativa concrecion o abstraccion de los terminos, es considerado como sujeto a determinadas leyes sintacticas.

Los resultados sugieren que la frecuencia y localización de las extensiones de significados de las palabras, en la interpretacion de colocaciones anómalas -es decir, de metáforas de dos palabras- esta fuertemente influenciada por ambos factores: el tipo gramatical y la concrecion de las palabras que las componen.

Los significados de los verbos fueron más frecuentemente extendidos que los de los nombres, y los significados de las palabras concretas lo fueron más que los de las abstractas. Además los significados de los nombres en primera posición en el caso de la presentacion nombre-nombre se extendieron más frecuentemente que los de la segunda posición.

Los autores lo interpretan como un resultado de la interaccion entre dos factores: la concurrencia de solo dos terminos donde uno de

los dos (los verbos y las palabras concretas) tiene una mayor probabilidad de extensión. De ello deducen que cuando se violan las reglas semánticas habituales, es decir cuando se interpreta una metáfora, se utilizan características lingüísticas y cognitivas inherentes al input, y no información contextual (exterior al texto) o enteramente *ad hoc*.

Respecto al factor del tipo gramatical el hallazgo de que los verbos sean más frecuentemente ampliados en su significado que los nombres (incluso cuando se encuentran en posición de predicados, o sea en segunda posición) parece contradecir los datos aportados por Weinreich (1972) según los cuales la contradicción semántica en metáforas que implican nombres y verbos se resuelve mediante la transferencia de determinados rasgos del verbo, que el nombre incorpora, con la consiguiente alteración/extensión del significado del nombre.

En nuestra opinión esta diferencia de resultados podría ser explicada quizá en función de la diferente presentación del material, o en último término, por razones de contexto: si se presentan metáforas de la forma A es B o bien de la forma A es el B de C, con una composición nombre-verbo, nombre-verbo-nombre, o nombre-nombre-verbo, el primer término se constituye en sujeto del verbo ser que establece el nexo lógico entre dos componentes de la frase: antecedente y consecuente del verbo.

La presentación de Matic y Wales, en cambio, es una secuencia de dos items con ausencia de nexo explícito. Dado que en inglés el adjetivo precede al nombre, el item que ocupa la primera posición (el

nombre en la pareja nombre-verbo) puede muy bien "adjetivizarse" con lo que el papel de sujeto sería asumido por el segundo ítem.

Esto no podría ocurrir si los dos términos fueran conectados por el nexa "es". Esto tampoco ocurre cuando la pareja es verbo-nombre, lo que apuntaría a la idea de que, al menos en inglés, se adjetiva mejor un nombre que un verbo.

Estos autores también se preguntan por que en los emparejamientos nombre-nombre el que ocupa la primera posición es más frecuentemente extendido. No lo interpretan como una generalización de la estructura sintáctica básica sujeto-predicado cuya comprensión se enfrenta mediante la estrategia de identificar al sujeto

Para Matic y Wales los adjetivos son más normalmente extendidos en su utilización y la extensión de los primeros nombres se debe más bien a su función como adjetivos. Podríamos preguntarnos que es lo que hace a los adjetivos más proclives a la extensión: quizá una forma de decirlo fuera que para un nombre, por definición, existe un número limitado de adjetivos aplicables, mientras que para un adjetivo esa limitación no es necesaria ya que incluso si un hipotético adjetivo fuera aplicable a la clase entera de los nombres estos podrían seguir siendo "distintos" siempre que no compartieran algún otro adjetivo

En cualquier caso los datos obtenidos también indican que tanto nombres como verbos tienen tendencia a ser más frecuentemente extendidos cuando aparecen en primera posición.

Ademas aparece un efecto mucho mas acusado de direccionalidad en el caso de nombre-verbo o verbo-nombre, que en los casos de nombre-nombre. Quizá tenga que ver con la dificultad, en este ultimo caso, para identificar un sujeto inequivoco.

El segundo factor estudiado era la Concreción. El hallazgo de que las palabras concretas eran más frecuentemente extendidas no sorprendió a los investigadores. Lo definen como un aspecto extralinguístico, del pensamiento y del significado en general.

Las palabras abstractas, según Matic y Wales, están estructuradas diferentemente, siendo más resistentes a interpretaciones que violen las convenciones de colocación. Es posible además que las palabras concretas, por ser más fácilmente imaginables, provean de las restricciones o las direcciones en las que realizar la extensión adecuada. Un dato a favor de esta interpretación (consonante también con la posición de Verbrugge y McCarrell 1.977) es la unanimidad con que, en los significados modificados o extendidos, se conservaron aspectos perceptivos y sensoriales de los significados usuales de las palabras concretas transformadas.

Ademas están los datos que muestran un mayor nivel de extensiones simultáneas de ambas palabras para los pares concreto-concreto.

Esto podría interpretarse como la tendencia de todas las palabras concretas a extender sus significados cuando son anormalmente colocadas, independientemente del contexto, pero este no les parece a Matic y Wales un argumento de peso. Por otra parte

podria reflejar una incapacidad para obtener interpretaciones por medio de la extension de uno solo de los significados del par.

En cualquier caso, terminan diciendo, refleja una preferencia a priori por estrategias de procesamiento para los estímulos concreto-concreto diferentes de las usadas en los pares concreto-abstracto, donde la estrategia seria extender el significado de un solo termino, el del mas concreto, para hacerlo compatible con el más abstracto.

A nosotros nos parece que tampoco seria inutil apelar a la estructura misma de las palabras concretas por oposicion a la de las palabras abstractas. Desde diversos estudios sobre formacion de conceptos, así como de desarrollo de esquemas (Vygotsky, 1957; Rosch, 1973, 1975; Piaget, Verbrugge y McCarell, 1977) se parte de la experiencia concreta (sensorial) para poder acceder a formalizaciones mas abstractas.

En este sentido las palabras abstractas han sido más frecuentemente "extendidas" previamente durante la formacion de sus significados que las palabras concretas, que son, por esa misma razón, mas facilmente extensibles. En esta dirección apuntan los datos de que el 80% aproximadamente, de las extensiones de palabras concretas en los emparejamientos concreto-abstracto, fueron dirigidas a dominios más abstractos, y en los pares concreto-concreto sucedia en un 60%, es decir, se transformaban más los dos terminos a la vez y con parecidas tendencias a intercambiar rasgos concretos o acceder a significados más abstractos.

Por su parte las palabras abstractas se transformaron de dos formas: en los casos infrecuentes en que se extendía su significado emparejadas con términos concretos se transformaban en significados más concretos. Cuando el par era abstracto-abstracto, sin embargo, la extensión era igualmente abstracta.

Matic y Wales realizaron también una categorización de los fundamentos utilizados en las interpretaciones metafóricas, esto es, los rasgos que se conservaban acompañando la extensión; su taxonomía no difiere de la propuesta por Waldron (1.967) para distinguir entre distintos tipos de metáforas: metáforas de forma, de función y de respuesta evaluativa.

En este caso los fundamentos fueron denominados estructurales, funcionales y evocativos. Los fundamentos estructurales eran típicos de las extensiones de palabras concretas en otros campos concretos. Contenían material procedente de las propiedades perceptuales inherentes a las entidades físicas denotadas por la palabra en cuestión.

Los fundamentos funcionales fueron los menos utilizados. Las transferencias de este tipo implican focalizar los efectos potenciales, las acciones o usos de las entidades denotadas por los nombres.

Los fundamentos evocativos fueron tan usados como los estructurales. Acompañaban más las extensiones hacia campos más abstractos. Se caracterizan por su utilización de propiedades no intrínsecamente relacionadas, siendo más bien evaluativos e

implicando con frecuencia referencias a otras metáforas o proverbios más o menos estereotipados

Un efecto muy interesante, a nuestro juicio, es la constatación de que cuando las palabras aparecían en la primera posición del par, el fundamento era más frecuentemente evocativo, es decir, ocurría acompañando extensiones hacia campos más abstractos, mientras que cuando las palabras transformadas estaban en segunda posición los fundamentos más frecuentes fueron estructurales, poniendo énfasis en los atributos perceptuales, objetivos, y concretos.

Dado que los análisis de los fundamentos fueron hechos a posteriori Matic y Wales diseñaron un segundo experimento para obtener datos fiables al respecto. Utilizando los mismos materiales que en el experimento anterior, dieron a los sujetos interpretaciones de los pares de palabras -obtenidas en el experimento anterior- que se incluían en cada una de las tres categorías de fundamentos -estructurales, funcionales y evaluativos- y las sometieron a su evaluación mediante una escala de puntuación de uno a seis.

Además se introdujo una variable nueva: la notoriedad de los atributos con los que se construía el fundamento: en unos casos, denominados de alta notoriedad, los atributos habían sido utilizados por tres o más sujetos en el experimento primero. El valor de baja notoriedad de la variable la asumían atributos utilizados por solo un sujeto como fundamento de la extensión en el mismo experimento.

Los datos obtenidos apuntan a la confirmación de lo anterior: para las presentaciones en las que la primera palabra era utilizada

metafóricamente los fundamentos más idóneos eran evocativos, es decir, los que acompañan extensiones hacia campos más abstractos. Esto sólo ocurría cuando el par era concreto-abstracto y no cuando el par era concreto-concreto. Para los usos metafóricos de la segunda palabra, en cambio, los fundamentos más adecuados eran los estructurales, pero sólo en los pares concreto-concreto y no en los pares abstracto-concreto.

Podríamos entonces deducir como hipótesis que los pares concreto-abstracto tienden a facilitar el empleo metafórico del primer término, con el resultado de ampliar el grado de abstracción del mismo. Los pares concreto-concreto por su parte tienden a facilitar el uso metafórico del segundo término, con el resultado de una ampliación de su campo concreto.

Este efecto es mucho más claro en el experimento segundo de Matic y Wales que lo fue en el primero. Quizá pueda deberse a que en este segundo experimento sólo se utilizaron pares de nombre-nombre, eliminándose así los efectos añadidos de la diferencia de función entre nombres y adjetivos.

Según interpretan Matic y Wales, las palabras en segunda posición funcionan normalmente de forma denotativa, de modo que cuando se interpretan metafóricamente el fundamento tiende a ser visto de forma material, objetivamente real. Quizá en esta óptica el sujeto podría definirse como más "connotativo" y el predicado, en cambio, más "denotativo".

Los autores concluyen que la interpretación de pares anómalos -la interpretación metafórica- no puede ser concebida como el proceso cognitivo de relacionar dos representaciones autónomas, que operan independientemente del procesamiento lingüístico, sino que se ve afectado por las relaciones gramaticales implícitas (y ello incluye el tipo gramatical, y la posición, al menos).

En cuanto a los fundamentos funcionales, cuya escasa aparición en el experimento primero se achacó a su mayor dificultad cognitiva en relación a los evocativos y estructurales, aumentan su puntuación en este segundo experimento, donde el escollo de la producción se ha evitado.

Aparecen como más plausibles que los evocativos en los pares concreto-abstracto, y tan plausibles como la media entre evocativos y estructurales en los pares concreto-concreto.

Este resultado no era esperado a la luz de los datos del primer experimento. Allí se argumentó que los fundamentos funcionales son más complejos que los evocativos o estructurales.

Si los evocativos acompañan ampliaciones abstractas y los estructurales concretas, los funcionales, nos parece, entrañan la creación de un vínculo de relación entre dos elementos, lo que equivaldría, a nivel cognitivo, a una interrelación de dos esquemas más o menos concretos. El nivel de complejidad no provendría por tanto solo del nivel de abstracción requerido sino de la necesidad de trabajar con dos esquemas a la vez.

El que esta opción, más sofisticada a nivel cognitivo -podría implicar tanto procesos de abstracción como de concreción- aparezca, compitiendo con los fundamentos evocativos, en primera posición en los pares concreto-abstracto, podría orientar nuestra atención hacia esta presentación, ya que solo ella promueve dos tipos de fundamentos que, en el resto de los casos, parecen minoritarios.

La notoriedad de los atributos utilizados en los fundamentos se reveló también como variable significativa. Fueron juzgados más plausibles los fundamentos más sobresalientes.

En opinión de los autores esto aporta datos en favor de la propuesta de Ortony (1.979) de que la diferencia entre metáfora y anomalía puede definirse en términos de la notoriedad de los fundamentos como atributos del vehículo en un contexto dado; es decir que la metáfora se caracteriza por atributos altamente notorios como fundamentos, mientras que la anomalía se caracterizaría por fundamentos poco notables. Sin embargo no lo consideran el factor determinante en comparación con el tipo de atributo, que les parece sobreordenado al de notoriedad del atributo.

.B) Relevancia de las propiedades: Condición Baja/Alta

Albert N. Katz (1.982) se sitúa en el modelo de rasgos asociativos diseñado por Johnson y Malgady (1.979, 1.980). En este modelo el significado de una palabra es concebido como un conjunto de rasgos potenciales subyacentes. (En realidad no está tan alejado del anterior punto de vista de las *colocaciones* el significado parece

siempre remitir al contexto o a los encadenamientos que dan sentido a los términos concretos).

Cuando, como en la metáfora, se combinan los significados de dos palabras, el significado estará determinado por la suma de los conjuntos de rasgos de las palabras que forman el compuesto.

Johnson y Malgady han mostrado que el grado en que la gente puntúa la similitud de tópicos y vehículo, y el grado en que la combinación tópico-vehículo es puntuada a lo largo de una dimensión de bondad metafórica se predicen por el solapamiento de las propiedades asociativas

Reconocen también que la frecuencia normativa con que las propiedades específicas son compartidas por tópicos y vehículo puede jugar un papel especial en el procesamiento de la metáfora. Es decir que en lugar de basarse en el número total de las propiedades compartidas por tópicos y vehículo, la interpretación metafórica puede ser disparada por una o dos propiedades sobresalientes.

Otro autor citado por Katz como central para un modelo de rasgos es la adaptación de Ortony (1979a) de la aproximación iniciada por Tversky (1977). Tversky basaba su modelo en la similitud entre los ítems A y B, la cual era a su vez función de la relevancia de los rasgos comunes menos la relevancia de los rasgos distintivos. Se dice que se produce desequilibrio cuando un rasgo común es de *alta* relevancia en B y de *baja* en A. Ortony, sin embargo, considera el desequilibrio como la fuente de la metaforicidad en enunciados metafóricos del tipo "A es B".

Ortony (1.979b) utiliza la probabilidad normativa con la que cualquier propiedad dada es expresada como una aproximación de primer orden al grado de relevancia.

Katz (1.978) por su parte, había utilizado cuatro índices estadísticamente distintos de relevancia: 1) dominancia (definido como la frecuencia normativa con la que un rasgo dado es producido, es decir, una medida análoga a la relevancia en Ortony); 2) tipicidad (el grado en el que una propiedad asociada a la palabra es calificada como el mejor ejemplo o como el ejemplo prototípico de dicha propiedad -por ejemplo el color rojo asociado a una manzana como un caso prototípico de *rojez*); 3) fluidez (el número de otras propiedades asociadas a la palabra); y 4) distintividad imaginal -la frecuencia normativa con que una propiedad podría ser descrita como la característica más saliente de una imagen propia del mundo-.

Estos índices probaron funcionar independientemente en tareas de identificación de conceptos (Katz, 1.978) y de verificación semántica (Katz, 1.981). Katz se propone averiguar si pueden también tener influencia en el procesamiento metafórico. Para ello diseña un experimento con el que comprobar si las escalas de relevancia que probaron ser importantes en la percepción de las relaciones entre tópico-vehículo, pueden también predecir el grado en el que la frase es considerada metafórica.

Si la predicción de Ortony de que los niveles de metafóricidad están basados en rasgos compartidos específicos es correcta, según Katz, entonces habrá que esperar que las frases de tópico de baja relevancia-vehículo de alta relevancia sean mejor calificadas como

metáforas que aquellas en las que el tópicos evoque una propiedad de alta relevancia y el vehículo uno de baja relevancia.

Los resultados muestran que las cuatro medidas de relevancia correlacionan positivamente con las puntuaciones de bondad. Las mejores metáforas nominales son aquellas en las que los vehículos consisten en un rasgo que es altamente dominante, altamente típico y también altamente distinto imaginariamente.

Naturalmente, para ser efectivos como vehículos, argumenta Katz, este rasgo debe también poder ser encontrado en el tópicos, aunque no necesariamente de una forma relevante. Únicamente la tipicidad del tópicos estaba negativamente relacionada con la bondad de la metáfora. Sin embargo, Katz encuentra que estas medidas de relevancia correlacionan unas con otras de manera que resulta muy difícil delimitarlas con nitidez; correlaciona negativamente, por ejemplo, la dominancia del vehículo con su tipicidad en $-.49$, mientras que la misma variable correlaciona positivamente $.82$ con la distintividad imaginaria.

En conclusión, según Katz, el factor de tipicidad parece medir la relevancia mejor incluso que la dominancia aunque no muestran actuar de forma enteramente independiente.

Por otra parte aunque el procesamiento metafórico parece incluir, según Katz, la abstracción de un rasgo altamente típico o relevante, esto no explica más que un 16% de la variabilidad en torno a los juicios de bondad, lo que indica que existen otros factores implicados que hay que investigar.

2.2.3. Dimensiones Funcionales: Semejanza Perceptual

En una publicación del mismo año, Allysa McCabe (1.983) examina algunas cuestiones en torno a la relación entre bondad metafórica y el factor llamado semejanza.

Por semejanza se han entendido cosas diferentes según los distintos autores que han estudiado la metáfora desde una perspectiva psicológica: la división podría establecerse, a nuestro juicio, entre aquellos modelos que se inscriban en una teoría de la metáfora basada en el procesamiento de imágenes por un lado y aquellos otros más partidarios del procesamiento lingüístico de los rasgos semánticos. En esta misma discusión estaban comprometidos los modelos de formación de conceptos. Sin embargo ambas posiciones se han entremezclado de tal modo que no resultaría fácil mantener esta división.

Malgady y Johnson en un artículo de 1.976 sostienen que la cualidad metafórica es una función de la constancia en la semejanza perceptual de los dos nombres implicados en una metáfora.

Más recientemente los mismos autores (1.980) demostraron que los sujetos prefieren las metáforas fácilmente resolubles debido a una serie de conexiones perceptuales relevantes (lo que supondría una cierta equivalencia entre bondad y facilidad de resolución).

La semejanza se define en Richards (1.936) como la similar actitud hacia dos objetos. Asch (1.958) por su parte llama la atención sobre la semejanza de las propiedades funcionales como el

(fundamento de metáforas familiares que aparecen transculturalmente.

Verbrugge (1.975a,b; 1.977a,b) también presta atención a la semejanza, estableciendo una relación relativa a las relaciones abstractas que comparten dos eventos complejos. Ortony (1.979) prefiere hablar de isomorfismo estructural o en otros casos de compartir *atributos de atributos* al anterior emparejamiento de atributos en los enunciados de semejanza.

Por su parte Tourangeau y Sternberg (1.978a) son de la opinión de que la metáfora no está basada en las características compartidas sino en las características análogas.

McCabe critica también la abundante evidencia experimental a favor de que la calidad metafórica depende de la semejanza conceptual (Koen, 1.965; Kozlowsky, 1.975; Malgady & Johnson, 1.976; Johnson & Malgady 1.980; Ortony, Reynolds, & Arter, 1.978; Tourangeau & Sternberg, 1.978b; Verbrugge, 1.975a,b, 1.977b; 1.980). En opinión de la autora esto puede deberse a la utilización de metáforas aisladas en contextos no superiores en longitud a una frase.

Por otro lado Fillenbaum & Rapoport, 1.971; y Harwood & Verbrugge, 1.977, informan haber encontrado en sus experimentos que las puntuaciones de semejanza de dos elementos dependían de las puntuaciones de otros pares de elementos que, debido a la presentación del material, se convertían en contextos. (Tversky informa, en 1.977, haber encontrado lo mismo).

McCabe diseña una serie de experimentos para probar si los juicios de semejanza correlacionan con los juicios de bondad cuando las metáforas son presentadas en contextos más amplios. Predice que bondad y semejanza resultarán más estrechamente asociadas cuando se presenten las metáforas aisladamente de lo que ocurrirá, si es que ocurre, cuando se presenten en contextos extensos.

En un primer experimento y su replicación los resultados se conforman a lo predicho: la semejanza de los nombres aislados correlacionó de forma altamente positiva con la calidad de las metáforas. Sin embargo, la semejanza de esos nombres aislados no correlacionó positivamente con la calidad de las metáforas compuestas por dichos nombres si se presentaban las metáforas en extensos contextos de prosa, que previamente habían producido otros estudiantes.

Además no apareció correlación entre las puntuaciones de calidad de las metáforas que se presentaron aisladas y las que se presentaron en contextos extensos. Este efecto puede ser debido, a nuestro juicio, a que en las instrucciones de interpretación de las metáforas aisladas se decía expresamente que se interpretara el primer nombre del par como una posible metáfora del segundo, es decir se dirigía la dirección de la interpretación de la metáfora. Esto puede ser una prueba indirecta de que la dirección *espontánea* de las interpretaciones libres en contexto amplio fué la opuesta, es decir, que el vehículo fué interpretado como metáfora del tópicus por lo que, cambiando la dirección de las metáforas, cambia la metáfora misma - es decir no son correlaciones de las mismas metáforas-. En todo caso,

para interpretar la comparación entre estos datos habría que controlar la variable de la asimetría introducida por la experimentadora al determinar la dirección en un grupo experimental y no en el otro.

En otro experimento McCabe examina la relación existente entre la semejanza conceptual y la calidad de metáforas más "naturales", recogidas de textos de ficción publicados en prosa. De nuevo los resultados muestran una alta correlación positiva entre la calidad de las metáforas y los juicios de semejanza de los conceptos aislados, en la presentación de metáforas aisladas. La relación entre semejanza y calidad en las metáforas presentadas en contextos extensos fue mucho menor, pero esta vez resultó positiva: frente al 46% en el primer caso, este último lo era en un 8%.

Por último pone a prueba lo mismo utilizando un material más natural: transcripciones de habla espontánea como proveedoras de las metáforas. Como novedad las metáforas fueron presentadas verbalmente además de mediante la fórmula "*un X es un Y*".

Los resultados de nuevo muestran una alta correlación positiva entre calidad de las metáforas y semejanza conceptual en el caso de las frases aisladas presentadas en versión de fórmula. Como ocurrió en los dos primeros experimentos, la semejanza conceptual no estaba significativamente correlacionada con el juicio sobre la calidad de las metáforas cuando éstas se presentaban o bien en los mismos términos en que fueron emitidas, aunque desprovistas de contexto, o bien en el contexto de su emisión. Y de nuevo, la calidad de las

metáforas juzgada en contexto amplio no correlacionaba con la calidad de las metáforas juzgada en las presentaciones aisladas.

Allyssa McCabe concluye que cuando los juicios acerca de la calidad metafórica no están soportados por el contexto parecen recaer en la semejanza conceptual entre tenor y vehículo, como es habitual en las investigaciones sobre el tema. Sin embargo esto no sucede en situaciones más "naturales".

En conclusión, según McCabe, lo que hace que una metáfora sea buena no es la semejanza conceptual previa entre los términos, sino el contexto apropiado para crearla. Por otro lado de su planteamiento parece desprenderse la idea de que la semejanza no tendría por qué ser un concepto único; en cambio podría haber distintos tipos de semejanzas posibles, -emocional, intelectual, perceptiva, funcional- y lo importante para que una metáfora fuera juzgada como de buena calidad sería la sobredeterminación de todas ellas, es decir, algo así como llegar al mismo lugar por el mayor número posible de caminos distintos

2.2.4. Correlaciones entre distintas variables

A). Relaciones entre bondad, imaginabilidad, relación semántica, metaforicidad, familiaridad, comprensibilidad y número de interpretaciones alternativas.

Marschark, Katz y Paivio en una publicación también de 1.983, ponen a prueba el punto de vista de la teoría de la semejanza o de la comparación que han adoptado los teóricos que explican la metáfora como una anomalía (Campbell, 1.975) o una violación de las leyes de

restricción (Katz, 1.972) podría resumirse en la formulación de que cuanto mayores son los reajustes necesarios de las reglas de restricción usuales, más difícil será realizarlos.

Esto llevaría a las predicciones experimentales de que cuanto menor fuera la relación semántica entre tópico y vehículo menores deberían ser también las puntuaciones en facilidad de interpretación, comprensibilidad, y número de posibles interpretaciones alternativas, mientras que incrementaría su grado de metafóricidad.

Las teorías interaccionistas, continúan los autores, han predicho sin embargo relaciones curvilíneas entre relación de tópico y vehículo -medida de diferentes formas- y bondad metafórica, grado de metafóricidad y facilidad de interpretación. Esto equivale a decir que a un grado muy pequeño de relación entre tópico y vehículo corresponderá una metafóricidad también pequeña, creciendo ambas hasta un cierto límite de relación traspasado el cual a medida que este crece, decrece la metafóricidad. Además desde esta perspectiva se ha podido demostrar (Pollio & Burns, 1.977) que los sujetos pueden producir respuestas metafóricas válidas a analogías fabricadas con términos emparejados al azar.

Esto significa, nos parece, que no existe un nivel cero de relación entre dos términos (Mayor, 1.985), o lo que es lo mismo, que los sujetos pueden relacionar metafóricamente cualquier par de elementos, independientemente de la experiencia previa con dichos emparejamientos.

El tercer punto de vista contemplado por Marschark, Katz y Paivio es el de aquellos que han primado la importancia de procesos perceptivos o imaginables (Johnson & Malgady, 1.980; Verbrugge, 1.977; Paivio, 1.979). En concreto citan la propuesta de Johnson y Malgady (1.976; 1.981) de considerar la comprensión metafórica en términos de mecanismos perceptuales análogos a los principios de la percepción propuestos por la Gestalt. Según Marschark, Katz y Paivio una conclusión que se deriva de ella es la de que la bondad de la metáfora está inversamente relacionada con el número de interpretaciones alternativas. A nuestro juicio no está sin embargo justificada si no se define adecuadamente el término de *interpretaciones alternativas* (es decir, si se trata o no de interpretaciones complementarias, o bien deben ser consideradas sólo las interpretaciones excluyentes como alternativas), y si no se demuestra que una interpretación Gestáltica está formada por una sola de esas posibles interpretaciones alternativas.

En suma los autores se proponen evaluar las posibles relaciones existentes entre algunas variables de las comúnmente utilizadas en la investigación sobre metáfora. Estas variables son diez: bondad metafórica (descripción de una situación de forma apta y agradable; imaginabilidad (la facilidad o dificultad con la que la frase despierta imágenes mentales); imaginabilidad del sujeto; imaginabilidad del predicado (la facilidad o dificultad de despertar imágenes del sujeto o del predicado; relacionabilidad semántica (la relacionabilidad de sujetos y predicados); grado de metaforicidad (nivel de interpretación figurativa *versus* interpretación literal; familiaridad (familiaridad con las ideas expresadas en las frases);

comprensibilidad; facilidad de interpretación metafórica, y el número de interpretaciones alternativas que puedan ser encontradas.

En un primer experimento se sometieron 319 frases metafóricas, de la forma A es B (260 diferentes) a la puntuación, en una escala de 7 puntos, en cada una de las 10 variables enumeradas.

Los resultados muestran una gran interrelación entre las diferentes medidas. De acuerdo con los enfoques de semejanza y anomalía, la relación semántica entre tópico y vehiculo resulto ser un predictor positivo fiable de la facilidad de interpretación. La asunción, hecha con frecuencia, de que la bondad metafórica está relacionada con la facilidad de interpretación también encuentra soporte en los datos. Sin embargo, y de acuerdo con el enfoque de la anomalía, el grado de metaforicidad aparece inversamente relacionado con la relación existente entre tópico y vehiculo (más metaforicidad cuanta menos relación semántica).

Un resultado que en cambio contradice este enfoque es que la relación entre tópico y vehiculo no está relacionada ni con la comprensibilidad ni con el número de interpretaciones alternativas. Comprensibilidad por tanto no equivale aquí a facilidad de interpretación. En cuanto al número de interpretaciones posibles, debería, según McCabe, estar más bien relacionado con el grado de metaforicidad, que es exactamente lo que sucede.

En cuanto a la predicción de los modelos interaccionistas, la relación curvilínea entre relación semántica y metaforicidad, bondad y facilidad de interpretación, los resultados indican que existe una

débil relación curvilínea entre facilidad de interpretación y relación semántica.

Los autores concluyen que los datos apoyan la relación lineal entre relación semántica y bondad metafórica, lo que es una réplica de los resultados obtenidos por Johnson & Malgady (1.979) y es consistente con su modelo perceptivo de la interpretación metafórica. Sin embargo, los datos aquí apuntan a la existencia de una relación inversa entre número de interpretaciones y bondad. En concreto las mejores metáforas eran aquellas que tenían alrededor de dos interpretaciones posibles.

Los datos también apoyan la suposición de Paivio (1.979) de la imaginabilidad del predicado debe ser más decisiva para la interpretación que la imaginabilidad del sujeto.

Además comentan los autores un dato que puede resultar paradójico: por un lado los términos altamente relacionados están asociados con una alta bondad metafórica. Sin embargo los términos escasamente relacionados están asociados a alta metaforicidad. Puede ser indicador de que, argumentan, los sujetos utilizan el grado de relación semántica para decidir si una frase es literal o no, siendo la baja relación semántica indicativa de metaforicidad, mientras que una vez que la frase ha sido percibida como metafórica la relación semántica cambia de función, y la alta relación implica bondad metafórica.

Esto podría indicar distintos tiempos en la medida de los índices: en el primer caso, en un primer tiempo, la relación baja entre

dos términos que aparecen juntos es un *sine qua non* de la metáfora. Pero después de interpretada -si es cierto que el sujeto crea una relación, encuentra una relación metafórica- cuanto más se hayan relacionado los términos, mayor será la bondad de la metáfora.

Otro argumento a favor de la posición de Johnson y Malgady (1.979) fué hallado en el primer experimento y también en su replicación -esta última, en general, confirmó todos los datos- el número de alternativas posibles de una metáfora estaba relacionado con la figuratividad, especialmente con la figuratividad del vehículo. Esto lleva a los autores a considerar la importancia de los procesos imaginales en la comprensión verbal que implica el procesamiento de una metáfora. No creen sin embargo que los procesos imaginales visuales tengan una igual relevancia en la interpretación de todas las metáforas especialmente en los casos en que las metáforas entrañan la articulación de relaciones altamente abstractas.

B) Correlación entre Relación Semántica y Aptitud Metafórica.

Un texto de Camac y Glucksberg de 1.984 retoma el problema de si la aptitud de una metáfora depende de la existencia previa de relaciones asociativas entre tópicos y vehículos.

Camac y Glucksberg empiezan por utilizar la dimensión de relación semántica como relacionada con la bondad metafórica, tal y como encontraron Johnson y Malgady en 1.979.

La relación semántica fué introducida por Richards (1.936), y consiste en el solapamiento o emparejamiento de rasgos. Según

Richards a mayor solapamiento de rasgos mejor y más interpretable es una metáfora.

Para Camac y Glucksberg el enfoque tradicional fracasa en la descripción de las diferentes funciones del tópicos y el vehículo. Si es cierto que ocurre un emparejamiento de rasgos ¿en qué dirección tiene lugar?

Ellos proponen una alternativa al modelo asociativo que resuelva este problema. Cuando un sujeto interpreta una metáfora nominativa, argumentan, no comparan y emparejan simplemente rasgos del tópicos y el vehículo. En cambio, los sujetos asumen que la frase es informativa, y por tanto buscan una propiedad del vehículo que pudiera ser informativa sobre el tópicos. Esto quiere decir que las metáforas son usadas para crear una relación entre tópicos y vehículo, y no a la inversa. O que no es necesaria la existencia de una relación previa entre tópicos y vehículo para que puedan formar una metáfora.

Una forma de probar si los pares de tópicos-vehículos que forman buenas metáforas estaban semánticamente relacionados antes de haber considerado su relación metafórica sería averiguar si están asociados independientemente de cualquier contexto metafórico. Para ello utilizan el paradigma de decisión léxica. En este test se presentan pares de palabras, de uno en uno, y los sujetos deben decidir si forman parte del vocabulario de la lengua en cuestión. Cuando dos cadenas de letras forman palabras que están relacionadas una con otra (como hielo-nieve, doctor-enfermera, o perro-gato) entonces los tiempos de decisión son más rápidos en

comparación con los pares de palabras que no están asociados (Meyer y Schvanevelt, 1.971; Fischler, 1.977).

Camac y Glucksberg apuntan que si los tópicos y vehiculos de determinadas metáforas están asociativamente relacionados, independientemente del contexto de la frase, entonces esas parejas deberán considerarse como otros pares asociados más.

Utilizaron cuatro grupos distintos: pares metafóricos -tomados de Glucksberg, Gildea y Booklin 1.982- pares de Metáforas mezcladas, pares Asociados Standard, y pares de Asociados Standard Mezclados. La predicción era que los pares de Asociados Standard deberían ser más rápidos que los Asociados Mezclados, y los pares de Metáforas más rápidos que las Metáforas Mezcladas sólo en el caso de que los pares Metafóricos estuvieran relacionados previamente a su presentación en frases que constituyeran un contexto metafórico.

Además los sujetos debían contestar "No" a tres grupos gistintos: pares de No palabras-No palabras; pares de Palabras-No Palabras; y pares de No palabras-Palabras (sirviendo estos dos ultimos para controlar posibles estrategias si los sujetos comprobaban que no existían casos mixtos).

Los resultados mostraron que los pares relacionados fueron constestados más rápidamente que los pares mezclados, y mostraron también que los pares asociados y asociados mezclados eran más rápidos que los pares metafóricos.

La cuestión principal reside sin embargo en saber si la diferencia de tiempos -17 milisegundos menos las metáforas que las

metáforas mezcladas- entre los dos grupos de material metafórico es significativa o no. En efecto la diferencia no es significativa, mostrando que las palabras, que habían sido tomadas de metáforas buenas y comprensibles, no estaban asociativamente relacionadas unas con otras, al menos no tanto como para que produjera *facilitación en las decisiones léxicas*.

Estos resultados son consistentes con los encontrados por Glucksberg (1.982) según los cuales los juicios sobre bondad metafórica pueden ser significativamente afectados por el cuantificador que se use. Así "*Algunos corazones son hielo*" se califica alto en bondad metafórica mientras "*Todos los corazones son hielo*" no.

Si la bondad dependiera de las relaciones previas existentes entre tópico y vehículo, argumentan Camac y Glucksberg, la bondad debería ser parecida y no lo es, porque se trata de un problema cuyo nivel de análisis adecuado es la frase en el contexto del discurso, y ha sido enfocado, en cambio, a nivel de la palabra por la lingüística.

Los autores proponen que la comprensión metafórica no depende sólo de la comparación de las propiedades o rasgos que son comunes a las dos palabras, sino a la selección de rasgos. Esta selección es direccional -en la dirección vehículo-tópico, es decir, buscando información acerca del sujeto o tópico- y está dirigida por la información contextual que proveen la frase y el discurso.

Camac y Glucksberg reflexionan, a nuestro juicio con razón- que la teoría de la comparación que hace depender la bondad

2.3. RELACIONES ENTRE TOPICO Y VEHICULO

Existen tres grandes modelos explicativos de la metáfora. El modelo de la Sustitución considera la frase metafórica como una sustitución de la frase de significado literal, siendo el significado de ambas frases idéntico -el modelo presume que existe siempre una frase literal equivalente a toda metáfora-. La razón de semejante desdoblamiento del significado -el de la metáfora- sería puramente ornamental. La metáfora causaría al lector u oyente el placer de encontrar el significado oculto. En el extremo opuesto de esta posición la metáfora solo contribuiría a oscurecer el texto premeditadamente o no.

Desde esta perspectiva el problema de las relaciones entre los dos terminos de la metáfora, tópico y vehiculo, no sería esencial. Esencial sería la relación entre el termino metafórico y su supuesto referente literal, pues de su localización depende la comprensión de la metáfora. Así, en la metáfora *El hombre es un lobo para el hombre* el significado sería algo así como *El hombre es agresivo y despiadado para con los de su especie*.

El problema al que tendría que enfrentarse el modelo, en cualquier caso, es a la naturaleza de la unión entre determinadas frases -literales- con otras -metafóricas-. Dado que el único punto de partida del que disponemos, en una metáfora simple, es la información relativa al tópico y al vehiculo, en determinado contexto, un enfoque inevitable será considerar la naturaleza del nexo entre vehiculo metafórico y vehiculo literal. En nuestro ejemplo la relación entre el mamífero conocido como lobo y el carácter humano agresivo y despiadado, siempre en relación con el tópico metafórico y literal, respectivamente, de ambos enunciados.

La primera y más lógica aproximación a la relación existente entre tópico y vehiculo es la teoría de la comparación. Según esta teoría la naturaleza de la metáfora es esencialmente una comparación entre dos objetos dispares mediante su yuxtaposición.

En un artículo de 1978 Ortony, Reynolds y Arter, pasan revista a las teorías más significativas sobre la metáfora. La teoría de la comparación data de Aristoteles, y los autores subrayan dos

aspectos de su contribucion que parecen relevantes: el primero de ellos es que la metáfora esta basada en la analogia entre dos o mas objetos: el segundo es que es un artefacto ingenioso -que requiere algo mas que una tecnica-

Para la semantica, posteriormente (Breal 1.897/1.964) la metáfora es sobre todo un instrumento de cambio semántico, una via de cambio del significado de las palabras. Algunas metáforas, debido a su uso, llegan a estabilizarse pasando a formar parte del lenguaje literal, se habla entonces de metáforas *congeladas*. Entre metáforas *congeladas* y metáforas nuevas, según propuesta de los autores, existen todas las gradaciones posibles, en otras palabras se trata de una sola variable, continua, a lo largo de la cual se sitúan dos aspectos del significado (*novedad/tipicidad*).

Para Breal ((1.897, p.44), además, la metáfora es plena de significado:

"si hay algun significado, esta en la metáfora"

Ortony, Reynolds y Arter introducen dos de los temas mas apasionantes en el problema de la metáfora, contemplados desde la perspectiva de la comparación: el primero de ellos es el tema de la Asimetría; citando a Corbett (1.965) establecen mas concretamente los terminos de la comparación: los atributos del topico se comparan con los del vehiculo para generar el significado de la metáfora (se establece una dirección clara del vehiculo hacia el topico). En segundo lugar citan a Campbell (1.975) quien afirmo que toda metáfora es un oximoron implicito. El oximoron es una figura definida por la retorica

como la yuxtaposición de dos conceptos de significados opuestos, es decir, podría definirse como la yuxtaposición de dos -o más- opuestos.

A esta oposición, o *tension* que es el término que prefieren los autores, va asociada, en Campbell, la imposibilidad de encontrar una única solución a la metáfora. Toda parafrase de una metáfora sería reductora entonces, por definición. El poder de la metáfora reside para Campbell precisamente en la multiplicidad de significados que genera, ya sea para un mismo individuo, o para diferentes individuos.

Los autores se proponen afrontar estas cuestiones relativas a la metáfora -asimetría, tensión, productividad-, conscientes de que las teorías clásicas de la comparación, en el mejor de los casos, ni siquiera se las plantean.

Revisan, antes de hacer su propuesta, que soluciones ha planteado la teoría de la interacción. La teoría de la interacción sigue el principio formulado por la escuela de la Gestalt, según el cual el todo -el resultado- no es igual a la suma de las partes -es más-. Para Black (1.962) la metáfora trabaja mediante la selección o supresión de rasgos del sujeto principal -el tópic- utilizando para ello rasgos provenientes del sujeto secundario -el vehículo-. Aparece claramente explicitado, por tanto, el problema de la asimetría.

Otra idea interesante de esta propuesta -por lo demás algo vaga- consiste en la idea de la *organización* del significado, el significado habría que pensarlo como un sistema de organización de datos -en muchos casos altamente estable- dotados de movilidad:

pueden transferirse, reordenarse, suprimirse, ser subrayados, tener sus propias conexiones con otros datos, etc.

Para Black, además, no existe un fundamento simple para las metáforas, aunque no está claro si en su concepción existirían diferentes fundamentos posibles, si dichos fundamentos serían desconocidos o demasiado complejos, o bien si habría que situarlos, finalmente, en otro nivel del lenguaje, a un nivel metalinguístico.

Ortony, Reynolds y Arter citan también, dentro de una definición amplia de teorías interactivas, la distinción introducida por Wheelwright (1962) entre epífora y diafora. La noción de epífora coincide con la noción de metáfora que se ha venido discutiendo: la aplicación del significado de una palabra -usual o conocida- a otra palabra, con el fin de inducir la comparación. La diafora, en cambio, es, etimológicamente, un *movimiento hacia* en el que ciertos aspectos de la experiencia producen un nuevo significado por su mera yuxtaposición. Sería por tanto algo así como el polo mismo de la generación del significado *nuevo* por la metáfora, un significado que solo puede generarse *funcionando* en un contexto. Para los autores significa la introducción del contexto, por primera vez, en el estudio de la metáfora.

Los teóricos de la interacción, según los autores, han subrayado el aspecto de sorpresa, conciencia súbita, insight, etc. y suponen, respecto a las tesis de la comparación, la novedad de considerar la metáfora como uno de los aspectos fundamentales del lenguaje, en la raíz de todo pensamiento creativo.

En opinión de Ortony, Reynolds y Arter la posición de la teoría de la sustitución supone una trivialización del papel de la metáfora que puede ser rechazada por diferentes razones. Rechazan también, en otro extremo, aquellas teorías que consideran que todo el lenguaje es metafórico en el mismo nivel, ya que sin hacer siquiera la distinción no hay manera de abordar el problema.

En su opinión la metáfora es un fenómeno lo suficientemente relevante como para que deba recibir explicación tanto por parte de las teorías lingüísticas como por parte de las teorías psicológicas.

Es en primer lugar, dicen, un instrumento de cambio lingüístico. Todos los idiomas están llenos de metáforas congeladas, o muertas, lo cual atestigua que la novedad en los usos lingüísticos puede tener como destino el enriquecimiento de su arsenal de significados convencionales o establecidos -lugares comunes-.

Además, el otro aspecto de la misma cuestión es que la metáfora expresa cosas que no pueden ser expresadas literalmente, más en concreto la diferencia sería cualitativa: no más cosas, sino cosas diferentes; la metáfora expresaría relaciones nuevas (Campbell, 1.975; Ortony, 1.975, 1.976; Wheelwright, 1.962).

Desde este punto de vista puede deducirse que una experiencia nueva del mundo conduciría al empleo de una metáfora, siendo ésta una propuesta de organización de dicha experiencia que, si es exitosa, acabará engrosando el sistema de experiencias organizadas que es el lenguaje. Nótese que la cuestión así enfocada se sitúa en la

encrucijada entre experiencia, organizacion de la experiencia -es decir, pensamiento- y lenguaje.

Lo que para los autores es claro es que la metáfora puede suponer una posibilidad de comunicacion mas holística y vivida de un fenómeno, de ahí el valor pedagógico que se le ha supuesto. Además, si bien las metáforas no son comparaciones, simplemente, si pueden implicar comparaciones, a veces, y otras veces engendrar ideas verdaderamente nuevas, con lo que las dos grandes teorías - comparacion e interaccion- explicarian aspectos relevantes del problema. En nuestra opinion la posición de los autores participa de la distinción de Wheelwright entre epífora y diafora, correspondiendo la teoría de la comparacion a la explicacion de la primera y la de la interaccion a la de la segunda.

2.3.1. Semejanza y Analogía

Un artículo sin duda influyente en el estudio de la metáfora fue el publicado por Amos Tversky en 1977 titulado "Características de la Semejanza" en el que pone a prueba teórica y empíricamente su modelo de semejanza.

Según Tversky la semejanza juega un papel fundamental en las teorías del conocimiento y de la conducta humanas. Es un principio

Segun Tversky la semejanza juega un papel fundamental en las teorías del conocimiento y de la conducta humanas. Es un principio organizador que sirve en la clasificación, formación de conceptos y generalización.

La mayoría de los modelos teóricos y empíricos de la semejanza, argumenta, asumen que los objetos pueden ser representados por puntos en alguna coordenada espacial y que la falta de semejanza se comporta como una función de la distancia entre los puntos.

Numerosos autores han señalado que las representaciones dimensionales son apropiadas para ciertos estímulos (como colores o tonos) pero no para otros. Parece más apropiado representar caras, países, o personalidades en términos de muchos rasgos cualitativos que en términos de unas pocas dimensiones cuantitativas. Consecuentemente, los juicios de semejanza entre este tipo de estímulos debería ser descrito como una comparación de rasgos más que como la computación de la distancia métrica entre puntos.

Una función de la distancia métrica, continúa Tversky, es una escala que asigna a cada par de puntos una cifra no negativa, llamada su distancia, de acuerdo con tres axiomas: El axioma de la distancia mínima dice que la distancia entre dos puntos cualesquiera a y b no puede ser menor que la distancia de uno de los puntos respecto a sí mismo, es decir, no puede ser menor de cero. El axioma de la simetría dice que la distancia entre dos puntos a y b es la misma que entre b y a . Y por último el axioma de la desigualdad triangular, según el cual de tres puntos a , b y c la distancia entre a y c será siempre igual o

menor a la suma de la distancia entre a y b más la distancia entre b y c o lo que es igual que tres puntos se sitúan siempre en un plano de dos dimensiones, es decir, formando un triángulo.

Para Tversky una aproximación geométrica como esta puede demostrarse ineficaz. El principio de la distancia mínima implica que la distancia entre un objeto y él mismo es la misma para todos los objetos. Esta suposición no se sostiene, sin embargo, para algunas medidas de semejanza. La probabilidad de juzgar como *los mismos* en vez de como *diferentes* dos estímulos idénticos no es constante para todos los estímulos. En algunos experimentos de reconocimiento un objeto puede ser identificado más frecuentemente con otro objeto que consigo mismo. En casos como este se viola la norma de distancia mínima. (Se diría que un objeto puede parecerse más a otro objeto que a sí mismo).

La demostración de la falacia del segundo axioma, por otra parte, será uno de los objetivos de la investigación de Tversky en esta ocasión. Para Tversky la elección de las posiciones relativas de los integrantes de una frase comparativa "*a es como b*" (como sujeto o como predicado) no es caprichosa y está determinada por la relativa relevancia de los objetos. Esto quiere decir que toda comparación de la forma "*a es como b*" es direccional. (Así si decimos que una elipse es como un círculo no podríamos afirmar que en la misma medida un círculo es como una elipse. Siempre que se trate de un prototipo y su variante la variante será más semejante al prototipo que al contrario).

El tercer axioma, el de la transitividad de la semejanza, es también criticado por Tversky, ya que considera solo una posible dimensión en la semejanza mientras que él propone más bien que un objeto está compuesto por numerosos rasgos. Así si se compara Jamaica con Cuba -por su semejante latitud- y después a Cuba con Rusia -por su semejante filiación política- tendremos como resultado que Jamaica y Rusia no están más cerca entre sí que la distancia que las separa a través de la semejanza con Cuba.

Tversky propone una aproximación teórica alternativa a los modelos de similitud dimensional. Propone la caracterización de los estímulos como conjuntos de rasgos, lo cual ha sido ya intentado en diversos procesos cognitivos -percepción del habla, reconocimiento de patrones, aprendizaje perceptual, juicios semánticos, etc.-

La teoría parte de dos requisitos: el primero es que la base de datos total referida a un objeto es formalmente compleja y rica. Ello quiere decir que utilizamos extractos o compilaciones del total de los datos cada vez que nos enfrentamos a una tarea específica. La segunda cuestión se refiere a las representaciones de los rasgos: normalmente se supone que estas representaciones asumen un valor binario (todo o nada) cuando sucede que también pueden representar dimensiones, escalas, etc., es decir posiciones relativas.

La hipótesis de Tversky está basada en cinco asunciones:

- 1.- Emparejamiento: la semejanza de x respecto de y está expresada como una función de tres argumentos: la

unión de A y B -los rasgos comunes- ,la diferencia entre A y B -los rasgos que perteneciendo a A no pertenecen a B. y la diferencia entre B y A -los rasgos que pertenecen a B y no a A.

2.- Monotonicidad: la similaridad se incrementa con la suma de rasgos comunes y /o la supresion de los rasgos distintivos.

3.- Independencia: la clasificación del efecto de union de cualesquiera dos componentes es independiente del valor fijo del tercer factor.

4.- Solubilidad: requiere que el espacio de rasgos en estudio sea lo suficientemente rico como para que se puedan resolver ciertas ecuaciones de similaridad.

5.- Invariancia: asegura que la equivalencia de los intervalos es preservada a traves de distintos factores.

Dado lo anterior por cierto se deriva, siempre siguiendo a Tversky, una escala de similaridad que se expresa como una combinacion lineal, o un contraste, de las medidas de los rasgos comunes y distintivos. Este modelo es denominado modelo de contraste. Este modelo define un conjunto de escalas de similaridad en lugar de una sola. Estas escalas o contrastes son combinaciones lineales de los respectivos rasgos comunes y distintivos.

Tversky se propone poner a prueba su modelo mediante dos opciones: en el caso de poder especificar todos los rasgos asociados a un estímulo particular (caras simples, cartas, símbolos) con medidas directas. Por el contrario, cuando no se pueden especificar todos los rasgos del estímulo, como ocurre con la mayoría de los estímulos naturales, realizando predicciones de carácter cualitativo y general.

Los experimentos a los que haré mención fueron llevados a cabo junto a Itamar Gati.

La primera asunción válida para todos los casos se refiere a la asimetría de la comparación, o el foco: dado que los rasgos del sujeto, dice Tversky, son más pesados que los del referente -debido a que el foco de interés está centrado en el sujeto, y no en el referente- la similitud deberá reducirse más por los rasgos distintivos del sujeto que por los rasgos distintivos del referente.

Además otro punto central del modelo es la escala de prominencia o relevancia de los distintos rasgos. Esta escala mide la contribución de cualquier rasgo particular (común o distintivo) a la semejanza entre los objetos -es decir, algo así como su peso específico-. Los factores que contribuyen a la prominencia del rasgo o del estímulo son, entre otros, intensidad, frecuencia, buena forma y contenido informacional.

La hipótesis del foco predice que la dirección de la asimetría estará determinada por la prominencia relativa de los estímulos, de modo que el estímulo menos relevante será más semejante al

estimulo relevante que viceversa. Más en concreto, la variante es más semejante al prototipo que el prototipo lo es a la variante, porque el prototipo es generalmente más relevante que la variante.

En nuestra opinión lo que propone Tversky es una noción semántica básica que, sin embargo, es ajena a la lógica. Según Tversky el enunciado "*a es semejante a b*", lógicamente sería reversible, pero no ocurre necesariamente lo mismo en el enunciado lingüístico, y ocurriría tanto menos cuanto más diferentes sean lo que Tversky denomina sus prominencias. El sujeto del enunciado, de un enunciado de similaridad, será la variante, es decir, el término menos sobresaliente, mientras que el referente será el más prototípico o sobresaliente. Donde nos parece que podría haber cierta discusión es en el siguiente punto del razonamiento. Según Tversky la tarea de un enunciado cualquiera está centrado en el sujeto. Por consiguiente los rasgos del sujeto serán más sopesados que los del referente. Sin embargo, bien podría ser que siendo el sujeto el objeto de la comprensión, sea el referente el punto de referencia para aquello que se quiere informar o conocer del sujeto, y en ese caso los rasgos del referente pesarían más que los del sujeto, ya que es el referente el prototipo o el modelo con el que se compara al sujeto, en el caso de un juicio de similaridad.

Por otro lado los rasgos diferentes, dice Tversky, son también más relevantes en el sujeto, sencillamente porque la tarea está centrada en el sujeto. Sin embargo, mediante el razonamiento anterior se llega también a la misma conclusión: los rasgos diferentes serían localizados -puesto que toda comparación o medida exige

adoptar una posición, un punto de mira desde el que medir - en el sujeto -variante- puesto que de su distancia con el prototipo se trata. Por tanto, en nuestra opinión, según la lógica de la asimetría, los rasgos responsables de la similitud más sobresalientes serían los del prototipo o referente, mientras que los rasgos en mayor medida responsables de la diferencia, serían los rasgos pertenecientes al sujeto o variante.

En un primer experimento en el que se comparaban pares de países -de modo que uno fuera siempre más prominente que otro- los sujetos escogían preferentemente los pares en los que el sujeto era el país menos prominente y el referente el más prominente. Con los mismos enunciados distintos sujetos puntuaron en una escala de 20 puntos su grado de similitud. Las puntuaciones de las frases variante/prototipo fueron significativamente mayores que las puntuaciones de las frases prototipo/variante. El patrón contrario aparecía cuando se preguntaba por la diferencia entre los estímulos: alcanzaban puntuaciones mayores de diferencia los enunciados prototipo/variante que los enunciados variante/prototipo.

En nuestra opinión estos resultados prueban el primer supuesto: los enunciados de similitud con estímulos de diferente prominencia no son simétricos. El sujeto es preferentemente el estímulo menos prominente y el referente el predicado. Lo que no prueba este experimento es que se sopesen más los rasgos, tanto semejantes como diferentes, del sujeto. Los mismos resultados fueron encontrados utilizando otros estímulos, como cartas o figuras.

Para investigar el impacto relativo de los distintos rasgos sobre los juicios de similaridad se diseñaron los siguientes experimentos.

En el primero de ellos 48 sujetos debían puntuar en similaridad 66 pares de vehículos. Otro grupo de 40 sujetos enumeró los rasgos característicos de cada uno de los vehículos (12 en total). Para ello se les daba 70 segundos por ítem. El número de rasgos varió de 77 para aeroplano a 21 para trineo. Se calcularon los rasgos comunes a cada par enumerando los rasgos que aparecían en ambos recuentos de rasgos, y como rasgos distintivos se consideraron los rasgos que apareciendo en uno de los estímulos no aparecía en el otro.

La correlación entre los juicios de similaridad y esta medida simple obtenida mediante el recuento de rasgos comunes y distintivos, fue de .68 para el número de rasgos comunes y de -.36 para los distintivos. La correlación múltiple entre similaridad y los rasgos comunes y distintivos (el modelo de contraste) fue de .72.

Teniendo en cuenta además la frecuencia de mención de los rasgos la correlación entre semejanza y esta nueva medida de los rasgos comunes fue de .84. La correlación entre semejanza y rasgos distintivos teniendo en cuenta su frecuencia fue de -.64. La correlación múltiple entre semejanza y las medidas de los rasgos comunes y distintivos fue de .87.

Estos resultados prueban tres cosas, en opinión del autor:

1.- es posible obtener, por medio de sujetos, los rasgos de estímulos semánticos, como por ejemplo, de vehículos

2.- los rasgos enumerados pueden utilizarse para predecir la similaridad de acuerdo con el modelo de contraste, con un aceptable nivel de éxito, y

3.- la predicción de la similaridad se incrementa cuando se tiene en cuenta la frecuencia de mención y no solamente el número de rasgos.

Lo que no puede deducirse es información relevante respecto a la cuestión de los pesos ponderados de los rasgos comunes y distintivos en sujeto y referente.

Otro tema atendido por Tversky es la complementariedad de los juicios de semejanza y de diferencia. Se asume generalmente que son relaciones complementarias, de modo que cuando aumenta una disminuye la otra y viceversa. Tversky llama la atención sobre el hecho de que si bien a mayor igualdad menor diferencia, no tiene por qué suceder que a mayor diferencia menor igualdad. La explicación sería que los pesos relativos asignados a los rasgos comunes y distintivos pueden variar cuando la tarea es juzgar la semejanza y cuando la tarea es juzgar la diferencia.

Así, en los juicios de semejanza los sujetos pueden atender más a los rasgos comunes, y en los de diferencia a los distintivos. Por

tanto el peso relativo de los rasgos comunes será mayor en el primer tipo de tarea que en la segunda.

Si lo anterior es cierto, entonces un par de objetos con muchos rasgos comunes y muchos rasgos distintivos podrán ser percibidos como más semejantes que otro par de objetos con menos rasgos en común y también como más diferentes que otro par de objetos que tengan menos rasgos distintivos. Es decir puede ocurrir que sean más parecidos y más diferentes al mismo tiempo.

Para probarlo construyo 20 grupos de 4 países. Cada grupo consistía en dos pares: uno prominente y otro no prominente. Los pares prominentes eran países bien conocidos por los sujetos (EEUU-USSR; China roja-Japón). Los pares no prominentes también contenían países conocidos, pero en menor grado (Tunez-Marruecos, Paraguay-Ecuador). Un grupo de sujetos tenía que escoger los pares más similares. Otro grupo debía escoger los más diferentes. Todos los sujetos manejaban idéntico material.

La predicción desde un modelo de complementariedad sería que la suma de los porcentajes de las elecciones en las que los pares de países eran elegidos como más semejantes o como más diferentes debería ser igual a 100. Por otro lado si la semejanza tuviera un peso mayor que la diferencia, el resultado sería mayor de 100.

Los resultados mostraron que la suma de los porcentajes de semejanza y diferencia eran 113.5, significativamente mayores de 100. Además, en general, los pares prominentes fueron seleccionados con más frecuencia que los pares menos prominentes tanto en la

tarea de semejanza como en la de diferencia. Así, por ejemplo, el par Alemania del Este-Alemania del Oeste eran más similares que Ceilan y Nepal en un 67% de los casos mientras que el mismo grupo era juzgado más diferente que Ceilan y Nepal en un 70% de los casos.

Según el autor estos datos muestran la importancia de la tarea en la determinación del peso relativo de los rasgos. Asimismo apoya la hipótesis de que la gente atiende más a los rasgos comunes en los juicios de semejanza que en los juicios de diferencia.

Otro factor que tiene influencia, además de la tarea, es según Tversky, el contexto. El contexto influye en las medidas que se toman del espacio total de los rasgos: puede hacer que algunos rasgos sean ignorados mientras que otros adquieran una relevancia capital. Para tratar este aspecto se propone describir la prominencia de un rasgo. Para ello divide esta en dos aspectos: intensidad y diagnóstico.

La intensidad se refiere a los factores que aumentan la intensidad de la señal -del estímulo- tales como el brillo de la luz, la intensidad de un tono, la saturación de un color, el tamaño de una letra, la frecuencia de un ítem, la claridad de una película o la vividez de una imagen.

Los factores de diagnóstico, por otra parte, se refieren a la significación clasificatoria de los rasgos, es decir, la preeminencia de las clasificaciones basadas en esos rasgos. Así el rasgo *real* tendría un valor de diagnóstico cero en la clase de los animales actuales, y sin embargo un valor clasificatorio en la clase de animales de todos los tiempos -que podría contener animales fabulosos, extinguidos, etc.-.

Si se asume que las personas cuando se enfrentan a un conjunto de objetos los agrupan a menudo en clusters con objeto de reducir la cantidad de información y procesarlos más fácilmente, dichos clusters tenderán a maximizar la similitud de los objetos que incluyen así como las diferencias con los objetos de otros clusters, por tanto la suma o resta de objetos puede alterar la agrupación de los objetos restantes.

Para examinar esta hipótesis, llamada de la diagnosticidad, los autores utilizaron dos grupos de 4 caras esquemáticas, que diferían en uno solo de sus elementos.

Esta diferencia determinaba que los sujetos formaran agrupaciones basadas en rasgos distintos en uno y otro grupo. En un caso agrupaban caras sonrientes/caras no sonrientes. En el otro agrupaban caras ceñudas/caras no ceñudas.

De acuerdo con la clasificación anterior la sonrisa tiene el más alto valor de diagnóstico en el grupo 1, mientras que el ceño lo tiene en el grupo 2.

Por otro lado desde la hipótesis de la diagnosticidad se predice que la semejanza entre las mismas caras -agrupadas en un grupo y no en otro- variará de un grupo a otro.

Los resultados confirmaron ampliamente la hipótesis. También fue confirmada utilizando material semántico. El contexto, por tanto, es determinante para la selección de los rasgos y la atribución de su preeminencia es relativa al resto de los rasgos que contribuyen al contexto.

Otro importante efecto del contexto examinado por Tversky es el efecto extension. Cuando se amplia el contexto con nuevos objetos, algunos rasgos compartidos antes por todos los objetos pueden no serlo por todos en la nueva situación. Estos rasgos, entonces, adquirirán un valor diagnóstico que incrementará la semejanza de los objetos que los posean. De este modo, la semejanza de un par de objetos en el contexto original normalmente será menor que su semejanza en el contexto ampliado.

En conclusión, Tversky apunta las bases para un cambio en la concepción de la similaridad, que ha sido considerada generalmente como una forma de relación básica y la base para todo tipo de clasificaciones. Tversky propone la hipótesis opuesta: que la semejanza de los objetos varía respecto a la forma en que pueden ser clasificados. Así la semejanza tendría dos caras: serviría como base a la clasificación de los objetos, pero se vería a su vez influenciada por dichas clasificaciones.

En un trabajo publicado en 1982 Baldwin, Luce y Readence se proponen estudiar el fenómeno de la metáfora enfatizando los aspectos de la semejanza, en base a la teoría de Tversky (1977), examinada más arriba, así como las modificaciones de Ortony (1979a).

Según Ortony existen dos tipos de similaridad: similaridad literal y similaridad no literal.

La similaridad literal consiste en que los terminos de la comparacion comparten un gran número de atributos mutuamente prominentes. Estos atributos compartidos son los subesquemas.

La similaridad no literal por su parte esta basada en la comparacion de los terminos bajo condiciones especiales, ya que de no cumplirse, serian enunciados anómalos.

Las condiciones son tres:

- 1.- Los terminos deben contener atributos emparejables de desigual prominencia. Esto es denominado *desequilibrio de la prominencia*
- 2.- Estos atributos deben ser mas prominentes para el vehiculo que para el topico y se le denomina *condicion baja/alta*
- 3.- Una comparacion no literal debe tambien cumplir como condicion que sus rasgos compartidos no sean triviales.

Ademas Ortony considera que la interpretacion de metáforas y símiles no literales implica:

- 1.- El reconocimiento de la anomalía contextual
- 2.- El establecimiento de la tensión metafórica
- 3.- La identificación del adecuado emparejamiento de atributos

4.- La promoción del atributo del tópico.

De acuerdo con la teoría de Ortony, Baldwin, Luce y Readence predicen tres razones fundamentales por las cuales puede fracasar la interpretación de metáforas y símiles:

- 1.- Fracaso en reconocer las metáforas y símiles como no literales
- 2.- Insuficiente desarrollo del subesquema dentro de la estructura de conocimiento individual como para permitir un emparejamiento de atributos comprensible.
- 3.- Falta de habilidad para identificar y promover el atributo en el tópico.

La hipótesis de los autores en esta investigación era que el conocimiento de los atributos emparejados específicos es una precondición para la correcta interpretación de una metáfora o símil. De ser así se derivan dos conclusiones:

- A.- La habilidad de los niños para identificar los atributos apropiados podría predecir su habilidad para comprender metáforas y símiles relacionados.
- B.- Facilitando como pistas a los niños los atributos compartidos apropiados, se les ayudaría a interpretar metáforas y símiles.

Se realizó la investigación con 39 niños de quinto grado. Las tareas fueron dos. La primera consistió en la interpretación por

escrito y de una manera simple, de siete metáforas y siete símiles. En la segunda enumeraron atributos para los vehículos metafóricos. (Los vehículos y los tópicos formaban, para unos sujetos, símiles, y para otros metáforas).

Los resultados arrojaron un total de 57% de metáforas y símiles correctamente interpretados mientras que un 43% recibió interpretaciones consideradas incorrectas.

Para probar la primera hipótesis, es decir que el conocimiento de los atributos es una condición previa a la interpretación de metáforas y símiles, se realizó para cada sujeto la comparación entre las puntuaciones de las interpretaciones correctas cuando había listado el atributo y cuando no, y las interpretaciones incorrectas cuando no se había incluido y en el caso contrario.

Los datos mostraron que las frases fueron correctamente interpretadas significativamente más a menudo cuando el atributo correspondiente se había incluido en la enumeración de atributos que cuando no se había incluido.

Los autores concluyen que la correlación entre el conocimiento, por parte de los sujetos, del atributo crítico de los vehículos y la habilidad de los mismos sujetos para interpretar apropiadamente las correspondientes metáforas apoya la hipótesis de que el conocimiento del atributo compartido es una pre-condición para la interpretación correcta de una metáfora o símil.

Además si se provee a los sujetos del atributo compartido la interpretación de la metáfora parece facilitarse. Los datos indicaron

que los estudiantes que habian fracasado en una interpretacion la realizaban correctamente en un segundo intento en el que se les proporcionaba el atributo adecuado. Si la metáfora era, por ejemplo, *el humo del fuego en el bosque era pure de guisantes* la metáfora no se consideraba correctamente interpretada si no incluía el adjetivo *espeso*. El atributo compartido era considerado precisamente este.

A nuestro juicio el hecho de que la interpretación fuera considerada incorrecta en cualquier otro caso parte de la hipótesis de que la metáfora tiene una sola interpretación correcta, de modo que la interpretación sea una variable discreta con dos valores, todo o nada. En realidad los resultados del experimento parecen estar fuertemente determinados por el diseño experimental, solo se considera correcta la interpretación que incluye un atributo en particular, el mismo que debe aparecer en el listado. En el hipotético caso de que una interpretación pudiera ser correcta sin que incluyera la palabra clave, sería considerada incorrecta de todos modos.

Para controlar los posibles efectos producidos por la interpretación previa de la metáfora al listado de los atributos, los autores diseñaron un segundo experimento en el que equilibraron esta situación: unos sujetos listaban primero y luego interpretaban mientras otros sujetos seguían el orden inverso. Los materiales y el procedimiento fueron exactos.

Los resultados indicaron de nuevo que las frases eran interpretadas correctamente significativamente más a menudo cuando el atributo correspondiente había sido enumerado. Además la

alta correlacion entre los dos grupos mostro que no tenia efectos el orden de la tarea.

Para los autores los resultados son consistentes con la idea de que los subesquemas, que incluyen el conocimiento de los atributos compartidos, son criticos para la solución de metáforas y símiles.

Un dato interesante, a nuestro juicio, que contradice los encontrados en investigaciones anteriores (Reynolds y Ortony, 1980), fue que los sujetos encontraron metáforas y símiles igualmente difíciles -o fáciles- de interpretar.

Quizá este dato pudiera ser atribuido a un efecto combinado del contexto y la tarea. El contexto (metáforas y símiles entremezclados) junto a la identidad de la tarea (escribir lo que los sujetos pensaban que significaba cada frase) pudo resultar en una equiparación del material. Esto no resultaba difícil ya que los símiles fueron contruidos a partir de metáforas, susceptibles todas de recibir interpretaciones figuradas, en opinión de los autores, a las que se había añadido la preposición *como*. No sería de extrañar, entonces, que tanto símiles como metáforas fueran interpretadas figuradamente entrañando la misma dificultad para los sujetos.

En la terminología de Ortony, lo anterior equivaldría a la clasificación del material utilizado como 'comparaciones figuradas' ya sea en forma de metáforas o símiles, ya que esto, y no comparaciones literales, es lo que se requería de los sujetos

Revisaremos por ultimo un trabajo de Pitts, Smith, y Pollio, de 1.982, en el que se ponen a prueba tres teorías acerca de la producción de metáforas, lo cual constituye una novedad en cuanto al momento del proceso que se sitúa bajo el foco de estudio. Dado que la generalidad de las teorías y de los experimentos llevados a cabo para ponerlas a prueba son teorías de la comprensión metafórica, los autores realizan el esfuerzo de adaptarlas al momento de la producción.

Consideran los autores tres grandes teorías que han explicado la comprensión. La primera y más extendida, la teoría del emparejamiento de atributos, iniciada por Katz y Fodor (1.963) y extendida por diferentes autores. Esta visión propone que la comprensión de la metáfora entraña un proceso de emparejamiento de los atributos compartidos por el tópicos y el vehiculo de la metáfora. Más explícitamente, aquellos atributos que tópicos y vehiculo no comparten son ignorados, mientras la atención se focaliza en aquellos atributos que podrían ser compartidos y que podrían ser relevantes a la comprensión de la metáfora. Los atributos compartidos serían después transferidos del vehiculo al tópicos de la metáfora, y el resultado sería la comprensión metafórica.

Este enfoque implica un procesamiento en dos estadios, según los autores. El primero, respecto a la producción, consistiría en la generación de una lista de los atributos del tópicos de la metáfora y en la segunda fase se intentaría encontrar un vehiculo que compartiese algunas de esas características. Los autores parecen introducir una

última fase, evaluativa, por la que se decidiría la aptitud o el nivel de propiedad alcanzado por la metáfora antes de ser enunciada.

En nuestra opinión la adaptación del modelo de comprensión al modelo de producción presenta algunos problemas. En primer lugar la teoría de la comprensión centra su atención en los atributos del vehículo -que van a ser transferidos- compartidos con el tópico. La teoría no tendría necesariamente que ser, en consonancia con los modelos de procesamiento cognitivos, en dos etapas. Podría tratarse de una búsqueda en paralelo en la que el tópico, el vehículo, y posiblemente otros datos relevantes del contexto, sirvieran para guiar la búsqueda, aunque ésta estuviera centrada en los atributos o características del vehículo. Si se entendieran los significados de tópico y vehículo en términos de esquemas, subesquemas, dominios, o campos semánticos, estos podrían compararse mediante "superposiciones" de los mismos, aunque la búsqueda estuviera centrada o se realizara desde uno de ellos.

En segundo lugar el modelo de producción por emparejamiento de rasgos propuesto por Pitts, Smith y Pollio supone que la primera tarea consiste en un repaso de los atributos del tópico. Quizá cuando alguien hace una metáfora no se propone simplemente hacer una metáfora cualquiera de un objeto sino más en concreto, expresar determinada experiencia, sentimiento, o conocimiento. Para hacerlo se utiliza una fórmula metafórica.

Se entiende, por tanto, que el vehículo, inusualmente asociado al tópico, ayuda, en esta ocasión, a expresar una visión particular. Esto no podría resultar nunca de la previa elaboración de las

características conocidas del topico, o en cualquier caso sería una pérdida de tiempo la enumeración exhaustiva o sistemática de las características, prototípicas o no, que serán, en gran medida, irrelevantes a la tarea.

Los autores parecen asumir que la metáfora se encarga siempre de formular una característica prototípica o sobresaliente del topico. La tipicidad del topico y del vehiculo, sin embargo, han mostrado correlacionar negativamente con la bondad de la metáfora (Katz, 1.982)

De lo anterior se deduce que se haga imprescindible concebir un tercer estadio para evaluar el nivel de adecuación de la metáfora. Este trámite sería innecesario de concebirse la búsqueda del vehiculo como parte de la búsqueda del atributo o atributos del topico relevantes en el caso en concreto, o caso unico, en el que se constituye la metáfora.

La segunda teoría de comprensión y producción metafórica contemplada proviene en línea directa de Aristóteles. Se trata de la concepción de la metáfora como una analogía que compara la relación existente entre dos términos con la relación existente entre otros dos.

La teoría de producción que proponen Pitts, Smith y Pollio sugiere que el primer estadio consistirá en la elección de la categoría asociada al vehiculo, con la posterior elección del ejemplar en concreto de esa categoría. La elección del vehiculo estaría determinado, en opinión de los autores, por una sola categoría, ya que

este hecho establecería la única diferencia consistente entre este modelo y el modelo de emparejamiento de atributos.

La tercera teoría tomada en consideración es una teoría perceptual o gestáltica. La metáfora se considera en ella un tipo de percepción fisionómica. Por tanto la comprensión, como la producción de una metáfora, se entiende mejor como un proceso no analítico, holístico, inmediato, que produce un efecto similar al que genera la solución de un problema, es decir un sentimiento de satisfacción.

La base para este tipo de producciones, argumentan los autores siguiendo a Kohler (1.929) serían las relaciones directas entre experiencias pertenecientes a diferentes modalidades sensoriales.

Para evaluar la validez de estos tres modelos en la producción de metáforas, Pitts, Smith y Pollio realizaron dos experimentos. En el primero de ellos diseñaron cuatro modos de inducir la misma tarea, mediante la manipulación de las instrucciones, que consistieran en la producción de metáforas en las formas asumidas como más 'naturales' por cada enfoque. El segundo experimento se proponía controlar ciertos aspectos de procedimiento del primero, en concreto los efectos espúreos producidos por las condiciones de instrucciones.

El procedimiento fue comparar un personaje conocido con un objeto inanimado perteneciente a una de las siguientes cuatro categorías: Animales, Comidas, Instrumentos Musicales o Vehículos. Al sujeto se le daba el personaje y una de las categorías con una serie de elementos enumerados de los que debía elegir uno, vehículo de la metáfora. Cada sujeto produjo ocho metáforas en una primera

condición de control sin instrucciones, y otras ocho bajo una de las tres condiciones de instrucciones experimentales.

En la condición de Emparejamiento de Atributos las instrucciones pedían al sujeto que pensara cuidadosamente en la persona propuesta. A continuación debía hacer una lista de los atributos de esa persona en opinión del sujeto, para por último tratar de emparejar alguna de esas características con uno de los miembros de la categoría con la que tuviera que compararlo. Después de un ejemplo el sujeto completaba la tarea.

La condición de Razonamiento Analógico exigía del sujeto en primer lugar resolver una serie de analogías. A continuación se instruyó a los sujetos a, utilizando el mismo método de resolver el problema, formar analogías entre el personaje y la categoría presentada.

Para la condición Gestáltica se dijo a los sujetos que se les pediría realizar unas cuantas tareas diseñadas para moverles a la utilización, cada vez mayor, de un modo de percepción no analítico. Primero se pidió a los sujetos que emparejaran seis adjetivos referidos al humor con otras tantas líneas. Luego se les pidió que produjeran patrones lineales para sonidos simples que producía el experimentador, como palmadas, rasgado de papel, etc. A continuación debían producir patrones lineales para cinco personas, diferentes del material experimental. Por último, se les requirió producir una representación lineal para cada una de las personas que aparecían como estímulos, y una vez hecho esto, encontrar un equivalente en la categoría específica presentada.

Todas las respuestas fueron grabadas y los sujetos debieron realizar, con posterioridad, una escala de dificultad y otra de satisfacción respecto a la tarea.

La aptitud de las metáforas producidas fue medida por 15 jueces independientes en una escala de 1 a 5.

Los resultados hallados sugieren que, respecto a las evaluaciones de dificultad, ciertas comparaciones eran significativamente más fáciles que otras, siendo la condición de las instrucciones una de las variables más importantes. Tanto las distintas categorías como las distintas instrucciones afectaban a la dificultad de la tarea. La condición Gestáltica fue calificada como más fácil, y la de Analogía como más difícil. No se preguntó sin embargo - o no se informa de ello - acerca de la dificultad de la condición libre de instrucciones, o de Control.

La escala de satisfacción no arrojó diferencias significativas entre las diferentes condiciones de instrucciones. Los juicios de Aptitud tampoco.

Un examen cualitativo de las respuestas reveló que la condición de instrucciones Gestálticas promovía más respuestas originales que el resto de las condiciones de instrucciones. Las condiciones de Control y de Atributos, con las puntuaciones más bajas en originalidad, no presentaban diferencias significativas.

En todas las condiciones las calificaciones de dificultad correlacionaban significativamente con las calificaciones de satisfacción. No correlacionaban, en cambio, satisfacción y aptitud, o

dificultad y aptitud, lo que lleva a los autores a concluir que las medidas de dificultad y satisfaccion representan comentarios a las condiciones experimentales, mas que respuestas. En nuestra opinion la satisfaccion podria derivar del nivel de dificultad o incertidumbre que el problema supusiera para cada sujeto, mientras que las calificaciones de los juicios representarian comparaciones entre las producciones de todos los sujetos. Asi, lo que se comparan son juicios acerca de la dificultad de produccion con la bondad en la comprension. De aqui que pudiera establecerse al menos esta diferencia entre los dos procesos.

El segundo experimento introdujo dos nuevas variedades de instrucciones, a la vez que eliminaba la condicion de Analogia -por haberse revelado en el experimento I como la condicion menos sencilla y satisfactoria-: en una, la condicion Apropia se subrayaba el cuidado con que el sujeto debia escoger la respuesta correcta: en la otra, Permisiva, se animaba al sujeto a dejar vagar su mente, recordandole que no habia respuestas mas correctas que otras.

Los resultados fueron basicamente los mismos que en el primero. De nuevo la condicion Gestaltica resuto mas sencilla que la de Emparejamiento de Atributos y, sobre todo, la que producia mayor numero de respuestas originales.

Los resultados sugieren, segun Pitts, Smith y Pollio, que cualquiera de las condiciones utilizadas puede ser utilizada para resolver problemas metaf6ricos y que los sujetos eran incluso muy capaces de hacerlo sin ninguna instruccion especifica (como en la condicion de control) o bien cuando se les pedia hacerlo en base a un

procedimiento de asociaciones libres. Aunque los sujetos resolvían las metáforas, dicen los autores, los resultados no eran los mismos en las tres modalidades experimentales.

Las respuestas obtenidas bajo las condiciones de Analogía y Emparejamiento de Atributos fueron estadísticamente convencionales, un poco difíciles de producir, y normalmente aptas exceptuando las respuestas únicas. Las respuestas producidas bajo la condición Gestáltica fueron más fáciles de producir, estadísticamente menos frecuentes, e igualmente aptas ya fueran frecuentes o únicas.

Los resultados del experimento II revelaron dos cosas: que las condiciones de instrucciones tenían un efecto claro en las respuestas producidas, y que existía una diferencia también apreciable entre la condición de Emparejamiento de Atributos y Gestáltica. La condición de Apropriadadas produjo el menor número de respuestas únicas de todas (que, en general, fueron juzgadas como las menos aptas) y también fracaso en la producción de respuestas significativamente más aptas.

Los resultados, argumentan los autores, sugieren que el éxito en el desempeño de la tarea puede ser interpretado si se considera cada una de las tareas experimentales como una de las etapas en un proceso en dos estadios, y denominan estas fases de producción la primera y de evaluación de la aptitud, la última. Las condiciones, utilizadas en el experimento II de Apropriadada y Permisiva representarían un cambio en el criterio utilizado en la fase de evaluación.

La condición de Emparejamiento de Atributos implicaría la necesidad de evaluación, incluso sin ninguna instrucción explícita. Las instrucciones Gestálticas, sin embargo, no implicarían tal evaluación, sino que más bien instarían al sujeto a eliminar cualquier criterio analítico o evaluativo que pudiera interferir con la emergencia de la estructura de la comparación metafórica.

Lo que se gana en originalidad, además, no se pierde en bondad ni en la condición Gestáltica ni en la condición Permisiva.

El procedimiento habitual por el que la gente, diariamente, construye metáforas, debe ser, según Pitts, Smith y Pollio, uno semejante al de Emparejamiento de Atributos. Las metáforas más inusuales y proveedoras de insight, en cambio, las promovidas por la psicoterapia, las metáforas creativas utilizadas en solución de problemas industrial, parecen más bien resultado de un proceso parecido al Gestáltico, en el que el sujeto elimina el segundo estadio, el estadio de crítica o evaluación. Esta actitud llevaría a los sujetos a sorprenderse de sus propias producciones y son las únicas, según los autores, en las que los sujetos mostraban respuestas emocionales -placenteras- apreciables.

Dejando a un lado el problema de la división del proceso de producción metafórica en varios estadios, -dos o tres- los autores, a nuestro juicio, han inducido un tipo de estrategia para producir metáforas que tenía algunos efectos en el tipo de respuesta. Lo que no se tiene quizá demasiado en cuenta es la contextualización introducida en las instrucciones Gestálticas, -pidiendo al sujeto que construya una representación lineal previa- más rica o variada que

en el resto de las condiciones. Las instrucciones en la condición de Emparejamiento de Atributos podían ser incluso, nos parece, contraproducentes para cualquier creación original o desconocida para el sujeto ya que debía partir de la enumeración de las características prototípicas del tópico, lo que desvía de las posibles conceptualizaciones nuevas.

Lo que sin duda parece ser un hecho es que existen diversos grados en los que una metáfora puede ser nueva y creativa para el sujeto que la produce y esta diferencia, precisamente, podría ser a *nuestro juicio, aquel sintoma de genio -o de ingenio- que es difícil de enseñar, y que tendría que ver, quizá, con la tolerancia de cada sujeto particular del coeficiente de incertidumbre mínimo necesario para el establecimiento de una ordenación nueva, en términos Gestálticos, o para la suspensión del sentido habitual, en términos de modelo de rasgos.*

2.3.2. Asimetría y Direccionalidad

Aunque Verbrugge y McCarrel (1977) consideran a la metáfora básicamente como una *percepción de semejanzas* conciben esta semejanza, o fundamento no como una combinación de las propiedades preexistentes de los dos términos, tópico y vehículo, sino como una esquematización de orden superior establecida a partir de

los dominios o esquematizaciones de los elementos que constituyen la metáfora.

Revisando la investigación surgida en torno a la metáfora Verbrugge y McCarrel identifican dos tradiciones: el asociacionismo y la lingüística transformacional.

Consideran que para los asociacionistas las palabras están asociadas con una colección de ideas elementales, imágenes, y combinaciones entre ellas, y que a cada uno de estos asociados puede asignarse una probabilidad. El significado de la frase, es entonces una especie de compuesto de las asociaciones de los elementos constituyentes.

Del mismo modo las metáforas serían consideradas asociaciones fortuitas, de baja probabilidad; asociaciones gobernadas por las leyes del aprendizaje y la transferencia. De aquí parten dos opciones. Una de ellas (Asch, 1955; Skinner, 1957) es considerar que el tópic y el vehículo tienen asociaciones comunes: se trata de palabras a las que se les supone una *equivalencia estimular*. Otra opción considera que la metáfora implica la sustitución de una respuesta por otra más típica y adecuada, (Osgood, Suci y Tannenbaum, 1957; Brown, Leiter y Hildum, 1957; Koen, 1965). Corresponderían por tanto, a nuestro juicio, a sendas versiones del modelo de la semejanza, en el primer caso, y del modelo de la sustitución en el segundo.

La segunda aproximación que ha influido en los modelos psicológicos sobre metáfora es, según los autores, una derivación de

la lingüística transformacional. Partiendo de los sistemas semánticos propuestos por Katz y Fodor en 1.963 y por Chomsky en 1.965, los *constituyentes de la frase serían clasificados por categorías gramaticales en un índice o lexicon*. Estas categorías gramaticales incluirían un conjunto de rasgos semánticos distintivos, y un conjunto de restricciones de las selecciones de los contextos en los que el término puede aparecer. Las expresiones que no cumplieran estas restricciones serían consideradas anómalas o desviadas. Una de estas desviaciones es, por supuesto, la metáfora. En opinión de Verbrugge y McCarrrel esta es una visión que no dista mucho de la tradición asociacionista.

Uno de los principales cambios operados a partir de la insatisfacción producida por los enfoques anteriores es, continúan, el relativo a la especificación o *fijeza* del significado. En contra de la creencia anterior de que los criterios de utilización de una palabra estaban excluyentemente definidos, la tendencia sería ahora, a partir de los años 70, considerar estos criterios más bien *barrasas* debido a lo abstracto de las restricciones. De aquí que Verbrugge y McCarrrel no establezcan una diferencia cualitativa esencial entre lenguaje literal y lenguaje metafórico. Se trata, argumentan, del parecido suficiente, entre un término utilizado en un contexto siempre nuevo, y otros contextos anteriores, en vez de la identidad de los términos considerados en sí mismos, tal y como se venía sosteniendo.

Otro de los responsables del escaso éxito obtenido en el desarrollo de una teoría de la metáfora se debe, siguen argumentando, a la caracterización de los fundamentos en términos

de los rasgos comunes y asociaciones comunes. Con una metáfora subyacente: estos atributos son átomos de sustancia. Sin embargo existen metáforas en las que lo fundamental son sistemas de relaciones o transformaciones comunes, en las que la identidad de los participantes es secundaria. Como por ejemplo en la metáfora *los troncos de los árboles son pajas para las ramas y las hojas sedientas*. Trasladar una relación como *succión de fluido a través de un espacio cilíndrico verticalmente orientado, desde una fuente de líquido hasta un destino*, trasladar una relación semejante a una lista de atributos, les parece poco menos que imposible.

Citan los autores un trabajo de Shaw, McIntyre y Mace (1974) en el que se caracterizan estas relaciones para la discusión sobre hechos perceptivos. Caracterizan un suceso en términos de una invariante transformacional (un tipo de transformación ejercida por encima de una estructura, por ej. rotación) y una invariante estructural (lo que la transformación deja invariable, por ej. la figura esférica). Una semejanza -una metáfora- puede ser construida a partir de una de estas invariantes, o de las dos. Por ejemplo, en la frase de los troncos de árbol el ascenso del fluido es un parecido transformacional: la transformación deja la estructura tubular y el volumen de fluido invariante en cada dominio. Y dado que tanto la paja como el tronco de árbol tienen una estructura tubular, esto constituye un parecido estructural que aumenta la fuerza de la metáfora.

Es importante darse cuenta, sin embargo, de que estas invariantes siempre presuponen alguna transformación o sistema de

relaciones y que éstas varían contextualmente. Así en "los troncos de los árboles son pilares para un techo de hojas y ramas", la invariante estructural es una sólida columna más que un tubo hueco. El tronco del árbol no es por tanto la misma estructura en los dos casos. Por este motivo no podrían ser caracterizadas apropiadamente por un conjunto fijo de rasgos o propiedades.

Para poner a prueba la naturaleza del fundamento Verbrugge y McCarrel van a apelar al recuerdo de las metáforas correspondientes; se ha dicho del recuerdo que puede desvelar cuáles son los componentes centrales para el significado de la frase (Blumenthal, 1.967; Blumenthal y Boakes, 1.967; Perfetti y Goldman, 1.974) y que es sensible a la información que sufre implícitamente el sujeto que comprende (Tulving y Thomson, 1.973; Barclay, Brandsford, Franks, McCarrel y Nitsch, 1.974; Anderson y Ortony, 1.975).

En el caso de las frases metafóricas, continúan argumentando, el recuerdo apuntado puede proporcionar medidas sensibles a la presencia de actividad inferencial durante la comprensión, del tipo de los parecidos inferidos, y de la especificidad del contexto de la interpretación del tópico en diferentes metáforas. Concretamente los autores proponen:

A) Si una relación abstracta es central a lo que se comprende de una metáfora, una precisión verbal de dicha relación sería una pista efectiva para el recuerdo de la frase (aun cuando no se incluyera ninguno de los términos originales). Los parecidos abstractos de este tipo

probaron ser pistas efectivas para proverbios (Buhler, 1.908; Honeck, Reichmann y Hoffman, 1.975)

B) Si el tópico es interpretado de manera única en cada una de tres metáforas diferentes, entonces un posible fundamento sólo podría ser un buen apuntador para el recuerdo del tópico cuando aquel especifica el tipo de suceso o de relación relevante a cada metáfora particular. Usando pares de listas de adquisición con tópicos comunes y apuntando el recuerdo con sus posibles fundamentos, se podría probar si se han hecho determinadas interpretaciones o no. Estudios previos en recuerdo apuntado han demostrado este tipo de *especificidad codificadora* para términos en frases literales y listas de palabras (Thomson y Tulving, 1.970; Anderson y Ortony, 1.975)

En el experimento del que informan se estudian metáforas de la forma "A es B" y símiles de la forma "A es como B" y los fundamentos fueron combinaciones de los dos tipos de parecidos descritos: transformacionales y estructurales. El objetivo consistía en identificar la estructura del parecido comprendido y su relación con los términos de una frase metafórica.

Se llevaron a cabo 4 experimentos. En el primero se quería probar si el fundamento de una metáfora podía ser un apuntador efectivo para su recuerdo. El diseño cruzó dos listas de adquisición (confeccionadas con los mismos tópicos) con dos grupos de apuntadores para el recuerdo. Los sujetos recibían como apuntador

fundamentos que eran o bien relevantes o bien irrelevantes a la lista original de frases metafóricas.

Se entendía que si el enunciado verbal de un fundamento tenía éxito como apuntador del recuerdo de los tópicos, independientemente del vehículo, se no podría poner en duda que el fundamento hubiera sido inferido durante el proceso de adquisición guiado por el vehículo. Ya que el fundamento establece una propiedad verdadera para el tópico, resultaría irrelevante como apuntador de cualquier interpretación guiada por el vehículo. Esta última sería la posición mantenida por las teorías de rasgos semánticos que suponen que el tópico -constituyente principal de la frase- activa, independientemente del vehículo, un conjunto de predicados o atributos asociados en el momento en que aparece.

Se utilizaron dos tipos de fundamentos, unos eran relevantes a la interpretación de la metáfora, y otros eran irrelevantes, aunque verdaderos respecto al tópico. Si el vehículo afectara a la interpretación del tópico los fundamentos relevantes deberían resultar más efectivos como apuntadores que los fundamentos irrelevantes. Para asegurarse de que esta diferencia entre "relevantes" e "irrelevantes" no fuera algo artificial, se emplearon como fundamentos de otras metáforas, y por lo tanto como fundamentos "relevantes", para un segundo grupo de sujetos.

Los sujetos escucharon 14 frases metafóricas grabadas teniendo como tarea escuchar e intentar comprender lo que las frases intentaban expresar. A continuación se les decía que se les daría un cuadernillo con frases relacionadas con las frases que acababan de

oir. Se les pedía entonces que escribieran las frases completas, para lo que el experimentador marcaba un tiempo de 40 segundos por fundamento.

Las respuestas fueron puntuadas como correctas si un sujeto recordaba tópico y vehículo. Un tópico o vehículo se consideraba correcto si incluía el nombre principal de la frase original. Se aceptaron parafrases si los sujetos habían sustituido los tópicos y vehículos originales por sinónimos próximos.

Los resultados mostraron que el recuerdo inducido por tópicos y vehículos era casi perfecto. Los resultados para los fundamentos como apuntadores mostraron una fuerte interacción entre listas (A y B) y fundamentos (A y B). La dirección de la interacción era clara: los fundamentos fueron efectivos como apuntadores sólo cuando los sujetos habían escuchado durante la adquisición la frase relevante. Al mismo tiempo todas las frases fueron bien recordadas bajo condiciones óptimas.

Lista de Adquis.			Apuntadores	
	Tópicos	Vehículos	Fund. A.	Fund. B.
A	0.86	1.00	0.70	0.22
B	0.86	0.94	0.26	0.73

TABLA 1. Medias del Recuerdo de las Frases

Un pequeño número de apuntadores produjo un alto recuerdo de la frase irrelevante relacionada. Es interpretado por los autores como señal de que el fundamento en cuestión es una propiedad crucial del tópico, que se mantiene invariante y prominente a través de los posibles contextos de interpretación. Estos casos fueron sin embargo excepcionales.

Los resultados demuestran, según Verbrugge y McCarrel, que un enunciado abstracto del fundamento implícito de la metáfora es suficiente para recordar a una persona la metáfora algún tiempo después. Estos fundamentos relacionados de forma abstracta fueron casi tan efectivos como apuntadores del recuerdo como los tópicos y vehículos originales.

Esto lleva a los autores a afirmar que los datos son consistentes con la hipótesis de que los sujetos infieren un parecido durante su encuentro inicial con la frase metafórica y que el parecido está integrado en lo que es almacenado como memoria de esa experiencia particular. La interacción entre listas y fundamentos además sugiere que el papel semántico del tópico es altamente específico al contexto aportado por el vehículo.

El hecho de que los fundamentos relevantes facilitaran el recuerdo podría interpretarse como una consecuencia de la primacia de los rasgos o propiedades del vehículo durante la adquisición. Desde una posición que postulara un diferente tratamiento de los

rasgos del tópico dependiendo del vehículo, y siendo los rasgos preexistentes del tópico la base para la interpretación y el recuerdo, puede argumentarse que los fundamentos "relevantes" fueron mejores apuntadores porque recordaron rasgos del tópico especialmente sopesados durante la adquisición mientras que los rasgos del tópico de los fundamentos "irrelevantes" fueron escasamente tenidos en cuenta debido a la interacción con el vehículo.

Para estudiar esto con cierto detenimiento diseñaron el segundo experimento comparando las interpretaciones que los sujetos hacían de un tópico con y sin vehículo. Los sujetos recordaron una lista de tópicos aislados que fueron apuntados con los dos grupos de fundamentos, proporcionando una medida de la comprensión cuando los vehículos no habían intervenido en ella.

Para cada grupo de fundamentos se hicieron las siguientes predicciones:

- 1.- Un fundamento sería menos efectivo como apuntador de un tópico aislado que como apuntador de una metáfora entera con el vehículo relevante. Esta predicción sería suscribible desde cualquier modelo que contemplara la interacción entre tópico y vehículo.
- 2.- Un fundamento debería ser más efectivo como apuntador para un tópico aislado que para una metáfora entera con un vehículo irrelevante. Esta predicción se seguiría si los sujetos reconocieran un parecido mayor con

los contextos o propiedades "correctos" en el caso de trabajar con los tópicos aislados, de lo que sucedería enfrentándose con los tópicos en contextos conflictivos. (Es decir que la esquematización de un contexto diferente del propuesto por el fundamento se considera conflictiva con el acceso a una nueva esquematización).

Los resultados mostraron que el nivel de recuerdo para cada grupo es esencialmente el mismo que en el experimento primero. Esto, si se tiene en cuenta que una vez que el sujeto ha accedido al tópico podrá sin dificultad recuperar el vehículo. Los datos muestran una gran interacción entre las variables Listas (A, B y Tópicos Solo) y Apuntadores (Fundamentos A y Fundamentos B).

Fundamentalmente esta interacción proviene de dos fuentes. La primera indica que los emparejamientos relevantes de apuntadores con las listas de frases completas (A y B) produjeron un alto recuerdo mientras que los emparejamientos irrelevantes produjeron un bajo recuerdo. Para cada grupo de apuntadores, la lista de adquisición relevante facilitaba extraordinariamente el recuerdo.

Aparece con claridad una segunda fuente de interacción cuando comparamos el recuerdo de las listas de frases completas y las de solo tópicos. Para cada conjunto de fundamentos, el recuerdo de los tópicos aislados fue intermedio entre los valores alcanzados por el recuerdo de los mismos tópicos en contextos relevantes, y el recuerdo de los tópicos en el contexto de vehículos irrelevantes.

Lista de Adquis.	Apuntadores	
	Fundamentos A	Fundamentos B
A	0.69	0.29
B	0.21	0.64
Tópicos Solos	0.41	0.44

TABLA 2. Proporciones Médias del Recuerdo de los Tópicos: Expe. 2

De un análisis de varianza de los apuntadores individualmente considerados resultó igualmente una gran interacción entre apuntador y lista de adquisición; para cada lista los fundamentos relevantes permitían que un mayor número de sujetos recordaran el tópico relevante.

Se encontró también una fuente de la interacción total en el contraste entre listas de frases completas y de tópicos solos. Sin embargo estos resultados no fueron tan claros como en el análisis por sujetos. Con los Fundamentos A la diferencia entre el recuerdo de Tópicos Solos y el recuerdo de Fundamentos irrelevantes no fué tan

clara como habían previsto los autores en la hipótesis previa. Aún menor lo fue en la lista de Fundamentos B.

Para explicar este resultado, los autores apelan al estudio de los apuntadores individualmente. De este estudio se deduce que algunos apuntadores en teoría irrelevantes para el recuerdo, facilitaban en realidad el recuerdo de la frase, como por ejemplo en el caso del apuntador *son muy altos en comparación con las cosas de alrededor*, que facilitaba el recuerdo de la frase *los rascacielos son colmenas de cristal* para la que se había construido el fundamento *están divididos en cientos de pequeñas unidades*. Aunque este último no facilitaba el recuerdo de la frase de la lista B *los rascacielos son las jirafas de la ciudad*, el fundamento construido para la lista B si conseguía facilitar el recuerdo de la lista A debido a que proponía una esquematización altamente relevante para el término "rascacielos" (su extraordinaria altura).

Existe una razón adicional, a nuestro juicio, que podría afectar a la base del razonamiento inicial: se entiende que una esquematización previa diferente sería una interferencia ya que competiría, de algún modo, con la nueva esquematización, y que por tanto el recuerdo de los tópicos solos debería ser claramente superior. Si se demuestra que la esquematización supuestamente diferente es lo bastante parecida como para haber sido utilizada en la interpretación de la frase original, tendremos una primera explicación. Pero además podría argumentarse que toda esquematización previa del tópico, aún cuando fuera extremadamente diferente, podría haber activado aunque fuera de

modo débil otras esquematizaciones frecuentes. Es decir, no se puede asegurar que determinada esquematización de un dominio tenga que ocurrir exclusivamente, especialmente en casos en los que exista una esquematización habitual muy consistente.

Los resultados muestran, en opinión de los autores, que el vehículo juega un papel crucial en la comprensión y el recuerdo de los tópicos metafóricos, ya que si todas las propiedades del tópico tuvieran que ser activadas durante la adquisición, cualquiera de ellas sería igualmente efectiva como facilitadora del recuerdo del tópico. (Y entonces no habría diferencias entre fundamentos "relevantes" e "irrelevantes").

Además el hecho de que la lista de tópicos aislados no produzca un recuerdo igual al de las metáforas completas apunta en la misma dirección: la única diferencia entre las dos listas consiste en que una contiene frases de tipo: tópico + vehículo y la otra del tipo: tópico - vehículo. Si la esquematización resultante no es la misma (no se puede acceder a ella mediante el mismo suceso) puede deducirse que se debe a la ausencia del vehículo en las listas de sólo tópicos.

Los resultados entonces, permitirían rechazar un modelo simple de reconocimiento de las propiedades del tópico. Formas más sofisticadas de este mismo modelo, sin embargo, serían aquellos para los que el fundamento de la metáfora es la intersección de dos conjuntos de elementos semánticos preexistentes, y la estrategia de comprensión suficiente es la búsqueda de estos elementos comunes.

Para Verbrugge y McCarrel este modelo no permitiría explicar por qué las frases que relacionan elementos altamente similares en contextos familiares (por ejemplo "su grito fue un aullido") no son buenas metáforas. La tarea habitual en una metáfora es el descubrimiento de las propiedades relevantes y no las propiedades comunes, argumentan. En esta búsqueda el vehículo se supone que juega un papel determinante, y esto es lo que se proponen investigar con el Experimento 3.

Ya que para una teoría que propusiera que la comprensión de algunas metáforas depende de las propiedades relevantes del vehículo sólo, sostienen Verbrugge y McCarrel, puede suponerse que será irrelevante el tópico con el que se empareje el vehículo; si se varían aleatoriamente los tópicos de las frases sobre las que se construyeron los fundamentos iniciales ello no incidirá en un cambio respecto a la proporción del recuerdo. Esto es los fundamentos, consistentes en propiedades relevantes del vehículo, bastarán para hacer recordar el vehículo relevante independientemente del tópico con el que haya sido asociado.

Para este tercer experimento se prepararon dos listas de adquisición de metáforas arbitrarias construidas mediante el emparejamiento de pares de vehículos, al azar, con diferentes tópicos.

Los resultados fueron claros: comparando el recuerdo del vehículo formando parte de una metáfora utilizada en los experimentos anteriores con el recuerdo apuntado del mismo vehículo formando parte de una frase arbitraria, el primero fue sustancialmente superior.

Apuntadores	Met. Arbitrarias			
	met. ant.	Vehículo	Tópico	Tópico/Vehículo
Fundamento A	0.70*	0.40	0.11	0.51
Fundamento B	0.73*	0.34	0.16	0.50

* Datos del experimento 1

TABLA 3. Medias de Recuerdo de las Frases: Experimento 3

Estos resultados muestran también que el modelo de reconocimiento de las propiedades del tópico es peor predictor del nivel de recuerdo que el modelo de reconocimiento de las propiedades del vehículo, según los autores, ya que los fundamentos recordaron a los sujetos sus tópicos correspondientes unidos a otros vehículos, en menos ocasiones.

Además Verbrugge y McCarrel examinan el modelo combinado según el cual la probabilidad de recuerdo de una metáfora será la suma de las probabilidades independientes de recuerdo apuntado del tópico solo, del recuerdo del vehículo sólo, y de la probabilidad del recuerdo apuntado de ambos combinados. Comparando las proporciones de recuerdo en el experimento primero, con la suma de las probabilidades de recordar ora el vehículo, ora el tópico en el

experimento 3, concluyen que esta hipótesis no es adecuada ya que no existe correlación entre ellas.

Los datos muestran, además, que el recuerdo de tópicos o vehículos aislados es más frecuente con las metáforas arbitrarias que con las metáforas no arbitrarias, y que en el recuerdo de metáforas arbitrarias los sujetos introducían combinaciones que no habían oído durante la adquisición. Esto es interpretado por los autores como señal de la menor integración de las representaciones de los emparejamientos arbitrarios de tópicos y vehículos.

Como conclusión los autores establecen en primer lugar la escasa *independencia* de las palabras integrantes de una oración o un texto. Para los autores éstas no son totalmente separables funcionalmente. La segunda sería que el proceso de comprensión implica una transformación del tópico más global que la transformación del vehículo, y que esta transformación entraña la creación de nuevas *propiedades* para el tópico. Por último y como consecuencia de lo anterior sugieren que el proceso de la comprensión metafórica podría describirse mejor como una identificación parcial (o fusión) de los dominios de tópico y vehículo.

El último experimento tiene por objeto investigar con qué probabilidad los fundamentos pueden *generar* los tópicos y vehículos originales. Según los modelos de rasgos el recuerdo apuntado consistiría en la generación de posibles términos en respuesta al fundamento, buscando al mismo tiempo alguno que pudiera ser equiparado al recuerdo de las frases originales. Este procedimiento es parecido al propuesto por el modelo de *generación-reconocimiento* de

Tulving y Thomson (1973) para el recuerdo apuntado de listas de palabras.

Dicho simplemente, este modelo trata la metáfora como un asociado de palabras no interpretado que se almacena en una *memoria episódica* para su posterior recuperación.

Para este cuarto experimento se proporcionó a los sujetos unos cuadernillos con los fundamentos utilizados en los experimentos anteriores (lista A y B) diciéndoles que contenían algunas frases incompletas que debían completar con al menos tres posibles sujetos, contestando deprisa, a medida que las respuestas acudían a su mente.

Los resultados mostraron que los sujetos pensaban más en vehículos asociados que en tópicos en una relación 2:1.

Fundamentos	Tópicos	Vehículos	Top. o Vehíc.
A	0.05	0.18	0.22
B	0.12	0.17	0.28

TABLA 4. Medias de los Tópicos y Vehículos producidos en una Tarea de Completamiento de Frases. Experimento 4.

La cuestión, sin embargo, residía en averiguar si esta proporción podía dar cuenta del nivel de recuerdo con fundamentos relevantes de los primeros experimentos. Si el recuerdo "directo" del tópico o el vehículo fuera un requisito previo para el recuerdo de las metáforas originales, podría esperarse que este recuerdo no superase el 25% del total de las frases (14), incluso si se asume que el recuerdo de uno de ellos pudiera no tener como consecuencia el acceso al tópico o vehículo restantes. Esta probabilidad está muy por debajo de la observada en el Experimento 1, en el que los sujetos recordaron el 72% de las frases.

Los autores concluyen por tanto que la probabilidad de que un tópico o vehículo sea producido en respuesta a un fundamento es sustancialmente mayor cuando los sujetos han oído, durante la adquisición, la frase relevante.

Según un modelo más sofisticado de la hipótesis de generación-reconocimiento, durante la adquisición se prima uno de los dos componentes, tópico o vehículo, de modo que es más probable que sean evocados durante el recuerdo como respuestas implícitas al fundamento. De ser así, la tarea de completamiento de frases debería permitir predecir la probabilidad relativa de recuerdo apuntado para cada uno de los fundamentos. Por ejemplo, los fundamentos que evocaban frecuentemente el tópico o el vehículo en la tarea de completamiento de frases deberían también producir altos niveles de recuerdo correcto en la tarea de recuerdo apuntado. O lo que es lo mismo debería existir una fuerte correlación entre la conducta de los fundamentos en las dos tareas.

Dado que la variabilidad sustancial entre los fundamentos aporta una medida de lo anterior, se estimaron las probabilidades asociativas utilizando la proporción de sujetos que habían producido un tópico o un vehículo como respuesta a cada fundamento. Estas probabilidades estimadas mostraron escasa relación sistemática, (coeficiente de correlación .17).

Esta comparación está basada en el hecho de considerar la primacía o probabilidad de asociación como la función lineal de probabilidades asociativas extra-experimentales. Pero aunque se considerara como la función lineal del logaritmo de las medidas de probabilidad, la correlación seguiría siendo no significativa ($r = 0,27$). Por lo tanto, los modelos de memoria del tipo "generación-reconocimiento" no pueden predecir con éxito ni los valores totales ni la configuración específica del recuerdo apuntado relevante.

Los resultados por tanto muestran, en opinión de Verbrugge y McCarrel, que la hipótesis de las asociaciones pre-existentes entre fundamentos y tópicos posee escaso poder explicativo.

Proponen por su parte transformar la *unidad de memoria nominal* por una *unidad de memoria funcional* que gobernaría la accesibilidad de los términos al recuerdo posterior. En el caso de las metáforas, la unidad funcional podría ser un suceso elaborado, o una estructura en la que los referentes de los términos son sólo componentes locales. La relación entre el fundamento y esta estructura elaborada ejerce una influencia mayor en el recuerdo que cualquier relación pre-existente entre el fundamento y los componentes particulares de la frase.

Los autores consideran posible, sin embargo, que las metáforas arbitrarias se ajusten mejor a las previsiones del modelo de generación-reconocimiento que las metáforas con sentido. Existen indicaciones de que los términos en las metáforas arbitrarias a menudo no interactuaban en la especificación del significado, ya que los términos tendían a ser recordados de forma aislada y en unidades intercambiables.

La asunción de la que partieron los autores era que los sujetos que escuchaban las frases metafóricas encontrarían un parecido abstracto entre los dominios del tópic y del vehículo. Facilitando una explicitación de ese fundamento se incrementaría en gran medida el recuerdo de la metáfora original. Dado que esto es lo que sucedió proponen algunas cuestiones relevantes a la teoría.

En primer lugar proponen un desplazamiento del concepto de semejanza entre dos objetos (referentes) o de los términos que los denotan (palabras) como fundamento de la metáfora hacia un fundamento consistente en las relaciones estructurales invariantes y transformacionales abstractas que son el resultado de la relación entre los dominios o esquemas de tópic y vehículo.

Una deducción lógica de este planteamiento nos parece, es la de que los esquemas o dominios de tópic y vehículo son más abstractos y más concretos también, de lo que normalmente es asumido por una teoría de rasgos. Más concretos porque existen distintas esquematizaciones que constituyen los contextos de las posibles relaciones abstractas, y que, por su carácter funcional contienen mucha más información concreta, es decir sensorial, de la

que puede contener un rasgo aislado. Mas abstractos, sin embargo, por contemplar las posibles relaciones con otros elementos, y de los distintos subesquemas entre si.

En este sentido los autores proponen que el significado no resulta de la relajación de las restricciones para el tópic sino que, por el contrario, la caracterización semantica reside en establecer las restricciones necesarias para la interpretación del tópic, cuya ejecución incluye ejemplificaciones particulares de las restricciones abstractas.

Esto supondría todo un cambio de perspectiva para la semántica, para la que la especificación del significado de los terminos se halla de tal forma definida, que lo que se vuelve difícil es explicar la productividad linguistica. Los autores proponen, en cambio, que la tarea sea definir un término para cada ocasión, lo que no se logra sino gracias y por medio de los restantes elementos del contexto.

Otra derivación de su modelo consiste en una aproximación a la explicación de la productividad, la novedad, y en definitiva, los procesos de conocimiento. Cuando un tópic es organizado con éxito por esquemas no convencionales o novedosos se entiende que el conocimiento debe crecer.

Una cuestión que permanezca abierta será la asimetría de tópic y vehiculo debido a su diferente comportamiento: el tópic, según Verbrugge y McCarrel, activaría un sistema comparativamente

no restringido de relaciones potenciales, mientras que el vehículo activaría esquemas específicos más estrechamente limitados.

Lo anterior se traduce en la evidencia, circunstancial, de que los vehículos generalmente son mejores ejemplos de los fundamentos de lo que lo son los tópicos, y a la inversa, los fundamentos son más semejantes a las esquematizaciones relevantes de los vehículos que de los tópicos. No obstante los autores no creen que deba considerarse al tópico como pasivamente esquematizado por el vehículo, sino que existe una verdadera interacción entre ellos para la elaboración del esquema resultante.

Por último los autores destacan las posibles implicaciones que para el estudio de la memoria tiene su modelo. La primera de ellas sería que los términos metafóricos no tienen una identidad específica idéntica en todos los casos, o el mismo conjunto de significados asociados en contextos de interpretación diferentes.

El recuerdo de la metáfora se llevaría a cabo en dos estadios. En la primera, con la presentación del fundamento se llevaría a cabo la identificación de un suceso recientemente experimentado, el suceso relacionado que tuvo lugar durante la exposición a la frase metafórica original; el suceso consistiría en la semejanza transformacional abstracta. El segundo estadio del recuerdo consistiría en la reconstrucción de la metáfora original a partir de la cual tuvo lugar el suceso.

Este modelo invierte el orden de los modelos de generación-reconocimiento. Además sería más consonante con un modelo de

representación no proposicional; la comprensión, afirman, no estaría mediatizada por ninguna representación, sino que sería más bien una correspondencia vicaria con los procesos subyacentes a la percepción y a la acción. (La comprensión estaría estructurada entonces semejantemente a la organización perceptiva).

Sólo dos objeciones, por nuestra parte, queremos hacer al modelo teórico propuesto por Verbrugge y McCarrel: el primero en lo que respecta a la dificultad, cuando menos, para diferenciar lenguaje metafórico de lenguaje literal. Ellos han dicho que el recuerdo de una metáfora, en lo que tiene de "reconstrucción" es en sí mismo metafórico. Nada tenemos que objetar a ello. Renunciar sin embargo a establecer la distinción entre metáforas y cualquier otro tipo de sucesos lingüísticos, en su terminología, no puede ayudarnos mucho a esclarecer su naturaleza. Los resultados de su investigación demuestran, además, que las metáforas que llamaban anteriores se comportaban de modo diferente a las metáforas arbitrarias del experimento tercero, con niveles de recuerdo apuntado muy por debajo que las anteriores; claro que los fundamentos con los que se inducía el recuerdo no habían sido contruidos para ellas, aunque sí para al menos uno de los términos que la integraban.

Si los autores construyeron el primer conjunto de metáforas fué porque les resultó posible realizar determinadas esquematizaciones o interaccionar adecuadamente los dominios del tópic y el vehiculo como para construir los fundamentos. En nuestra opinión la *metaforicidad* o no de determinadas combinaciones reside precisamente en eso, en su combinación e inscripción contextual. Y no

todos los contextos promueven esquematizaciones novedosas. Lo que a nuestro juicio completaría esta aproximación sería la consideración de que en el lenguaje no metafórico la esquematización o esquematizaciones que se derivan como *sucesos* de determinados inputs lingüísticos no contradicen sustancialmente ninguna esquematización significativa de los términos, mientras que la peculiaridad de la metáfora bien podría consistir en la *tensión* en términos de Ortony (1979), u *oscilación* en términos de Mayor (1985), producida por la competitividad o incompatibilidad de al menos dos esquematizaciones relevantes -es decir, altamente organizativas-.

La segunda objeción es respecto a la naturaleza *no mediada* de estos sucesos consistentes en relaciones transformacionales abstractas. La noción de esquema incluye, y esto lo suscriben los autores, tanto relaciones abstractas como ejemplos muy concretos de las mismas, a la que pueden acompañar toda clase de contextualizaciones -o subesquemas- perceptivos. Pero hablar de la comprensión inmediata de una metáfora, y a la vez concebir las palabras como sistemas de relaciones complejas -concretas y abstractas- no tiene, sencillamente, sentido. Si un término es una esquematización, como también lo es toda experiencia perceptiva, y ésta esquematización juega un innegable papel tanto a nivel perceptivo como a niveles cognitivos más complejos: ¿qué sentido tendría caracterizar dichas esquematizaciones como inmediatas y, en definitiva, no inscribibles en el lenguaje?. En otras palabras, toda estructura que organiza tiene, a su vez, una organización. Toda organización será, por tanto, mediatizada por la estructura.

En la publicación de Connor y Kogan de 1980 se aborda también el problema de la asimetría en la relación entre tópico y vehículo. Según estos autores una mejor definición de la naturaleza de la asimetría podría ser una llave importante para entender el pensamiento metafórico.

Los autores argumentan que el tópico de una metáfora es el elemento de mayor interés, a juzgar por la mayoría de los modelos teóricos, y coincidiendo con los resultados obtenidos por Kogan en 1980, en los que el sujeto, en parejas del MTT, tendía a ser siempre el elemento de mayor nivel, a nivel biológico, en la escala jerárquica compuesta por humanos, animales, plantas y objetos o sucesos físicos.

En consonancia con lo anterior el propósito de una metáfora sería expresar algo acerca del tópico, a través del vehículo. Esto sugeriría que otra característica posible del tópico es que puede ser más complejo o más ambiguo que el vehículo con el que se compara. El vehículo en cambio, podría tener una estructura más simple.

Para el presente trabajo Connor y Kogan utilizaron una tarea de producción en la que al sujeto se le presentaban dos términos relacionados metafóricamente y se le pedía escribir una metáfora o símil basado en él. Se emplearon 40 ítems, 20 de ellos procedentes de 29 de los ítems pictóricos del MTT. De los 9 restantes, se trasladaron 7 a sus equivalentes verbales; se formularon frases cortas que describían cada uno de los dibujos.

Se construyeron también 30 ítems verbales adicionales. Aunque no existan datos acerca de la fiabilidad y validez de estos ítems, se utilizaron para una comparación visual-verbal con los ítems del MTT.

Los ítems se presentaban arbitrariamente designados como A o B. Se instó a los sujetos a no dejarse influenciar por el orden de presentación de los estímulos, de izquierda a derecha, advirtiéndoles de que el cambio en la dirección de la comparación que debían construir podría en ocasiones variar su significado, por lo que se les animaba a pensar en las dos direcciones.

Un análisis de los datos reveló que el efecto izquierda-derecha en la presentación de los estímulos era significativamente positivo. No así la variable sexo, ni la interacción entre ambas.

Se consideró también la posibilidad de que la preferencia por uno de los términos no estuviera sólo en relación con el orden de aparición, sino en la relación entre los términos mismos. Se examinaron por tanto los efectos de la predominancia, aunque atenuada debido al efecto izquierda-derecha, del término que habiendo aparecido a la derecha, era escogido como sujeto. Esto último apuntaría a hacer de la asimetría un problema más complejo.

En efecto, ello sucedía en 17 de los 35 ítems. Esto significa que muchos ítems mostraron un considerable acuerdo intersubjetivo en la estructura tópico-vehículo a través de las condiciones BA y AB a pesar del efecto izquierda-derecha. Se observaron además diferencias entre el número de ítems verbales y pictóricos que presentaron

asimetría. La proporción fue mayor en los ítems verbales, 12, frente a 7 ítems pictóricos.

En cuanto a la correlación entre los dos tipos de ítems en relación a permitir reconocer la relación metafórica fue de .53 para los estímulos pictóricos y de .66 para los verbales. Las dos correlaciones eran significativas ($p < .005$)

La misma tendencia apareció en cuanto a la dificultad y el significado atribuido al material por los sujetos.

Los resultados indican, según Connor y Kogan, que algunos emparejamientos, tanto visuales como verbales, generan metáforas asimétricas. Aproximadamente la mitad de ellos. Sin embargo, los análisis de varianza demostraron que el orden de presentación de los estímulos izquierda-derecha contribuyó significativamente en las decisiones acerca de la estructura de la frase. De las 19 metáforas que presentaban asimetría sólo 9 mantuvieron niveles significativos de consenso en la condición de presentación desfavorable. Estos fueron los casos de asimetría más fuertes. Se supone que el efecto en metáforas de asimetría más débil, fue atenuado por el efecto del orden de presentación.

En cuanto al contenido de las metáforas, cuando las comparaciones eran efectuadas entre estímulos humanos y no humanos, todos los ítems pictóricos asimétricos implicaban comparaciones entre humanos, de una parte, y objetos, plantas o hechos físicos, por otra. Había sin embargo metáforas claramente simétricas compuestas de humano-no humano. Además entre las

metáforas verbales algunas de las metáforas asimétricas eran comparaciones objeto-objeto. El efecto no es por tanto tan claro como habían esperado Connor y Kogan.

Connor y Kogan definen la ambigüedad del mismo modo que Johnson y Malgady (1980), en función del conjunto de propiedades potenciales, es decir, de sus posibilidades de significado. Igualan por tanto de alguna forma la ambigüedad a las posibilidades de distinto significado, sin considerar la prominencia de algunos de ellos.

Por otro lado intentan preservar la asimetría de las metáforas simétricas apelando al análisis de Henle (1958) de las metáforas *invertidas* (aquellas en las que su inversión produce metáforas diferentes), apuntando que quizá estas metáforas simétricas poseían esta propiedad *doble*

A nuestro juicio, dado que la suposición consistía en que la metáfora implica la comparación entre un tópico más ambiguo o polifacético, y un vehículo menos ambiguo que guía en la interpretación del tópico, o bien no se sostiene que el elemento humano sea siempre más ambiguo que el elemento no humano (por ejemplo en hombre furioso/tormenta), o bien, y muy probablemente, no toda metáfora es siempre asimilable a la estructura ambiguo/no ambiguo.

En un trabajo de Readence, Martin, Baldwin y O'Brian de 1984 se examina el problema de la asimetría metafórica desde otra

perspectiva. Más en concreto desde la teoría de la *dispar prominencia* de los atributos compartidos enunciada por Ortony (1.980).

Para Ortony (1.979) la metafóricidad de un enunciado no literal está relacionada con la vinculación de atributos relevantes del vehículo y atributos no relevantes del tópic. Esta hipótesis partía del trabajo de Tversky (1.977) sobre la semejanza -en el que ésta era el resultado de los atributos semejantes menos los diferentes-.

En su artículo de 1.980 Ortony establecía las condiciones bajo las cuales las comparaciones no literales pueden ser interpretadas mediante el emparejamiento de atributos semánticos de tópic y vehículo. Estas condiciones eran 3.

1.- El tópic y el vehículo deben poseer atributos equiparables de distinta prominencia, o relevancia. Esto es denominado prominencia dispar; así en el ejemplo *sus manos eran papel de lija* el atributo compartido sería *áspero* que es un atributo más sobresaliente para *papel de lija* que para *manos*.

Si los atributos fueran de igual prominencia para el tópic y el vehículo el resultado sería probablemente literal; por ejemplo *un pájaro es un perro* donde el fundamento estaría basado en el atributo *animal*, igualmente relevante para ambos.

2.- La prominencia dispar debe ser direccional; es decir el atributo equiparado debe ser más prominente en

el vehículo que en el tópico (y no a la inversa). Esta dirección es denominada condición baja/alta.

3.- Los atributos compartidos de un enunciado metafórico no deben ser triviales.

Un sujeto debe, para comprender una metáfora, reconocer el enunciado como no literal, identificar los atributos equiparables adecuados, y promover el atributo o atributos a una prominencia superior en el tópico.

Baldwin, Luce y Readence (1.982) habían verificado un aspecto de esta teoría, la de que el conocimiento del atributo equiparable apropiado es una pre-condición para la comprensión metafórica.

Readence, Baldwin, Martin y O'Brian se proponen en esta ocasión poner a prueba la condición de baja/alta prominencia.

Para ello utilizaron 54 niños en torno a los 12 años, y 22 adultos. En la primera parte del experimento los sujetos recibían los cuatro términos de dos metáforas, separadamente, con instrucciones de hacer una relación de 10 atributos debajo de cada uno (lista A). Una vez hecho esto, se les pedía que reordenaran los atributos que habían escrito *del más importante al menos importante* (lista B).

En nuestra opinión esta directriz introduce un sesgo en el ranking de los atributos, ya que el orden de producción ha seguido una lógica, si no en función de la importancia, si al menos de la accesibilidad, mientras que la nueva ordenación exige al sujeto contextualizar, o escoger un contexto entre otros posibles desde el

que todos los atributos serán calificados según su importancia. La lista A, la de producción original, podría incorporar probablemente más esquematizaciones que la lista B, a causa de la independencia de cada uno de sus elementos. Por ejemplo, ante un término como sol, un sujeto ha podido dar en primer lugar el atributo "es muy grande", mientras que cuando se le pide que los ordene de mayor a menor, es decir, en la lista B, pasa a ocupar el 5º lugar, y en el primero está situado "es muy brillante", que ocupaba en la primera lista el último lugar. El sujeto puede haber optado por primar un lugar común o la esquematización standard como la de mayor importancia. He aquí un ejemplo:

Sol

A	B
1. es muy grande	1. es muy brillante
2. da calor	2. da luz
3. es parte del sistema solar	3. da calor
4. es amarillo	4. es una estrella
5. es redondo	5. es muy grande
6. es el centro del sistema solar	6. es amarillo
7. tiene manchas solares	7. es el centro del sistema solar
8. da luz	8. es parte del sistema solar
9. es una estrella	9. es redondo

10. es muy brillante

10. tiene manchas solares

La segunda parte del experimento consistía en una interpretación de las dos metáforas cuyos tópicos y vehiculos habían aparecido previamente. Se les pedía que escribieran lo que pensaban que significaba, y que si no estaban seguros, arriesgaran una interpretación de todos modos.

Las doce metáforas utilizadas fueron diseñadas como enunciados nuevos, no literales. Las respuestas fueron evaluadas correctas si constituían una paráfrase de la interpretación standard tal como la definieron Baldwin, Luce y Readence (1.982).

A los tópicos y vehiculos se les asignó una cifra, de 1 a 10, correspondiente al lugar que ocupaba, en la lista de la primera tarea, el atributo relevante a la interpretación. Si el atributo había sido colocado en la primera posición recibía un valor 10. Si en la última un 1. Cuando el atributo no estaba en la lista, el tópico o vehiculo adquirió un valor 0. Estos cálculos se realizaron para cada sujeto.

Se predijo que si los sujetos interpretaban correctamente la metáfora, la dispar relevancia debería cumplirse, es decir debía ser baja/alta, por lo que el vehiculo debería tener un valor más alto que el tópico. También se predijo que en el caso de que una metáfora no fuera correctamente interpretada la prominencia debía ser la contraria: alta/baja, es decir con un tópico de puntuación más alta.

Los resultados mostraron que de las 152 metáforas (76 sujetos x 2 estímulos) utilizadas se interpretaron apropiadamente el 64% y se malinterpretaron el 36%. Las proporciones eran diferentes en los dos

grupos de sujetos: los más jóvenes mostraron un nivel de fracaso del 44% y un 56% de éxito, mientras que los adultos fracasaron solo en un 16% y acertaron un 84%

	SEXTO GRADO		ADULTOS	
	B/A	A/B	B/A	A/B
CORRECTA	40(b)	21(a)	31(f)	6(e)
INCORRECTA	9(d)	38(c)	1(h)	6(g)

Tabla 5. Tabla de contingencia mostrando la correspondencia entre la interpretación metafórica y la prominencia dispar Baja/Alta o Alta/Baja en sujetos de sexto grado y adultos.

Para poner a prueba la hipótesis de la prominencia dispar baja/alta se relacionaron las puntuaciones a, b por un lado, y c, y d por otro, de cada sujeto para el grupo de sexto grado, y lo mismo se hizo con las puntuaciones correspondientes - (e, f) y . (g, h)- del grupo de adultos.

Los resultados mostraron que para los sujetos de sexto grado las frases fueron interpretadas correctamente significativamente más a menudo cuando se cumplía la condición baja/alta que cuando la condición era la inversa, alta/baja. Y a la inversa; las frases eran incorrectamente interpretadas significativamente más a menudo cuando se daba la condición alta/baja que cuando se daba la condición baja/alta. Para el grupo de adultos esta probabilidad era aun mayor. Al mismo tiempo se constató una gran desviación típica, especialmente en los valores de los vehículos, en cuanto a las puntuaciones de relevancia del atributo relevante.

Los autores concluyen que la disparidad de la prominencia del atributo compartido baja/alta está correlacionada con la interpretación metafórica. Cuando los sujetos interpretan correctamente una metáfora, la probabilidad de que hubieran puntuado el atributo saliente de forma baja/alta fué de un 72%. Cuando los sujetos la interpretaban de forma incorrecta esta probabilidad era de un 19%.

El experimento 1 no parece despejar las cuestiones esenciales respecto a la hipótesis de la prominencia dispar baja/alta con suficiente claridad. No era posible inclinarse por ninguna de las siguientes opciones: a) es un prerequisite absoluto para la interpretación metafórica; b) es la presentación más común; c) es una condición que incrementa la probabilidad de que una frase sea interpretada metafóricamente. Para recabar más información se realizó el experimento 2.

24 sujetos adultos completaron este experimento. La tarea consistió en la interpretación de 12 metáforas. Se utilizaron 2 formas.

La primera consistía en 6 metáforas del primer experimento y la forma 2 contenía las otras 6. Las restantes 6 metáforas de cada forma se construyeron transponiendo los tópicos y vehículos de las metáforas que no aparecían en ella. Por ejemplo:

1.- *El humo del fuego en el bosque era puré de guisantes*

2.- *El puré de guisantes era humo del fuego en el bosque*

Siguiendo las predicciones de Ortony la interpretación de la frase 2 usando el fundamento basado en el atributo *espeso* no sería posible. De interpretarse metafóricamente la frase, más bien habría que escoger un atributo de alta saliencia en el vehículo -en este caso el humo de un fuego en el bosque- que pudiera ser equiparable a otro atributo que poseyera el puré de guisantes. En definitiva se interpretaría como una metáfora por completo diferente.

Las metáforas se puntuaron correctas si incluían el atributo compartido correcto. En la frase 1, si incluía el atributo *espeso*. Cualquier otra interpretación, incluso las que tenían sentido, fueron consideradas incorrectas.

Cada sujeto recibió dos puntuaciones a) el número de veces que el atributo crítico era seleccionado en las metáforas normales y b) el número de veces que el atributo crítico era seleccionado en las metáforas intercambiadas.

Los resultados muestran que los sujetos seleccionaron el atributo crítico significativamente con más frecuencia en las metáforas normales que en las intercambiadas. Por lo tanto soportan

la hipótesis de la dispar prominencia baja/alta aunque no en un sentido absoluto.

Lo que no puede explicarse desde el modelo es, según Readence, Baldwin, Martin y O'Brian que algunas metáforas intercambiadas recibieran idénticas interpretaciones que las metáforas originales equivalentes.

En nuestra opinión cuando una metáfora consistente en una sola frase ha sido construida mediante la transposición de los términos de una metáfora significativa el resultado no tiene por que ser siempre *otra metáfora* porque el material, suficientemente libre contextualmente, puede reordenarse buscando la integración más significativa. Esto no podría sin embargo llevar a concluir que todas las metáforas de una dispar prominencia alta/baja tienen una probabilidad semejante de ser interpretadas según dicha estrategia. Puede ser un efecto del peso de la organización metafórica (significativa) de la frase anterior, en relación al peso o la potencia de significación metafórica de la nueva frase.

Los autores concluyen que ambos experimentos soportan la hipótesis de la dispar prominencia baja/alta de los atributos como una condición general para la interpretación de metáforas simples. Sin embargo los datos también sugieren, a su juicio, que son posibles las interpretaciones metafóricas en algunas ocasiones en las que no se cumple la condición baja/alta.

Proponen introducir una modificación en el modelo de Ortony de procesamiento de metáforas. El modelo propuesto constaría de varias etapas:

1. Reconocer la no literalidad de la comparación
2. Asumir inicialmente que el tópic precede al vehiculo
3. Buscar los atributos equiparables con baja/alta saliencia
4. Desestimar los atributos equiparables triviales o que conducen a interpretaciones fantásticas o contextualmente inapropiadas.
5. Promover el atributo en el tópic
6. Si fallan los pasos 2, 3 y 4, transponer el tópic y el vehiculo y reintentar los pasos 3 y 4 de nuevo.
7. Si el paso 6 fracasa en resolver la metáfora seleccionar cualquier atributo compartido de los posibles y tratarlo como en una comparación literal.

A nuestro juicio la interpretación de los autores del modelo de Ortony es excesivamente rígida. La configuración del significado como una lista de atributos ordenada jerárquicamente también lo es. Una aproximación del tipo de la realizada por Verbrugge y McCarrel (1.977) en la que el significado de una palabra está fuertemente determinada contextualmente, y la consideración por tanto de que un significante puede adoptar diferentes esquematizaciones nos parece

más apropiada como aproximación a la complejidad del problema del significado.

En esta perspectiva, según este diseño toda interpretación diferente a la considerada standard no es considerada correcta. Por otro lado son difícilmente explicables los casos en los que el sujeto conocía el rasgo adecuado e interpretaba la metáfora sin utilizarlo.

Además el propio diseño sesgaba las respuestas hacia respuestas standard, en el experimento 1 debido a la tarea inicial de enumeración y ordenamiento de los atributos.

En definitiva el modelo se adecúa parcialmente a los datos, aunque la interpretación del modelo de Ortony pudiera ser menos restrictiva.

2.3.3. Interacción

Johnson y Malgady, en 1980, proponen las bases para una teoría perceptual de la comprensión metafórica, inscribible en un modelo interactivo.

Parten de la propuesta de Garner (1970) respecto a la *bondad* perceptiva de determinados patrones. La *bondad* varía en relación al número de patrones generados cuando se rota o se refleja un estímulo dado. Para Garner la bondad está relacionada con la *redundancia*. Cuanto más redundante es un estímulo -es decir, menor variación estimular se produce al rotarlo o reflejarlo- mayor será el juicio de bondad de los sujetos respecto a ese estímulo, y viceversa. Ello implica que los sujetos no perciben un patrón estimular limitado en sí mismo, sino que perciben también el conjunto de todos los posibles patrones asociados.

Además, Garner probó que la variabilidad y latencia de las descripciones verbales de patrones de puntos es menor para los buenos patrones que para los malos, y que los sujetos responden con más frecuencia asociando *buenos* patrones que malos.

Johnson y Malgady proponen conectar la noción de Garner de redundancia con el término más amplio de ambigüedad. Estímulos de todas clases podrían ser descritos en términos de su ambigüedad potencial: cuanto más redundantes menos ambiguos, y viceversa.

Además Neisser (1.976) sugirió que las palabras (al menos las representaciones visuales o acústicas de las palabras) están embebidas en el esquema perceptual asociado con las situaciones experienciales en las que las palabras han sido encontradas.

En opinión de Johnson y Malgady cuando alguien encuentra una palabra, una metáfora, o alguna otra unidad del mensaje, el proceso de interpretación y comprensión de esa unidad implica *experimentar un contexto esencialmente perceptual, apropiado a esa unidad, es decir, en la que tenga sentido. Aun cuando podría pensarse que hay imágenes implicadas en esta contextualización, los autores prefieren limitarse a decir que esta experiencia es del mismo tipo que la percepción.*

Estos contextos, en lugar de ser unitarios, podrían consistir en una familia de experiencias que entran y salen de la conciencia durante la interpretación, por lo tanto serían un conjunto de contextos cambiantes en vez de un contexto único. Los contextos también pueden implicar movimientos o acción.

Si se define la ambigüedad (redundancia u organizaciones alternativas) de una metáfora o palabra en términos de las características del conjunto total (abierto) de los posibles contextos perceptuales que un conjunto de individuos puede experimentar es

comprensible la importancia de este concepto para una teoría de la comprensión metafórica, en opinión de los autores.

Los parámetros distribucionales del conjunto de las propiedades (o posibles significados) pueden ser descritos como:

- 1) el número de las propiedades diferentes de las que puede derivarse una interpretación y
- 2) la saliencia relativa de esas propiedades.

Cuando el resto de los parámetros permanecen constantes, cuanto mayor sea el conjunto de propiedades potenciales, mayores posibilidades interpretativas o de significado tendrá una palabra, y por tanto mayor será su ambigüedad potencial. Y por otro lado, cuanto más dominantes o salientes sean ciertas propiedades, tanto más limitarán las interpretaciones actualizadas, y por tanto menor será la ambigüedad potencial. Dado que la lista de los posibles rasgos no tiene límite conocido, estos dos parámetros pueden variar independientemente.

De todo lo anterior se desprende una conclusión importante: los segmentos lingüísticos no tienen significados por sí mismos, sino que están asociados a una serie de posibilidades de significado que pueden o no ser realizados en un individuo dado.

Cuando un individuo encuentra una metáfora, su interpretación y comprensión implica la experiencia de un contexto esencialmente perceptual. Según esto las propiedades que los sujetos enumeran cuando se les pregunta qué tienen en común tópicos y

vehículo, son esencialmente listas de las características de los contextos disparados por la metáfora.

La relación entre ambigüedad y bondad puede no ser simple. Las metáforas fáciles de interpretar generan contextos que tienen gran número de características (son informacionalmente ricas respecto a posibles propiedades), cuando se combinan los contextos de varios individuos (es decir desde el punto de vista del observador exterior).

Las metáforas de más fácil interpretación, también tienden a sugerir algunas posibilidades interpretativas rápida y fácilmente (tienen algunas propiedades altamente relevantes, de nuevo en la perspectiva de una tercera persona). Por tanto si decimos que una buena metáfora es una metáfora fácil de interpretar ocurre lo que ocurría a nivel perceptivo con los patrones *buenos*: eran los patrones más estables. Sin embargo, parece contraria a esta noción la idea de que las buenas metáforas son las más *ricas*, las que ofrecen una mayor cantidad de contextos interpretativos posibles.

Malgady (1.975) propuso descomponer el concepto de *bondad* en dos: *valor de verdad* y *figuratividad*. Estas dos escalas fueron comparadas con los dos parámetros del conjunto de propiedades: *relevancia de las propiedades comunes*, y *número de las propiedades comunes*. Los resultados de esta comparación muestran que la figuratividad no está relacionada con la relevancia de las propiedades, y si en cambio, moderadamente con el número de propiedades, o el número de posibilidades de interpretación que la metáfora ofrece. El valor de verdad, en cambio, presenta una

correlación moderadamente alta con la relevancia de las propiedades, y escasa con el número de propiedades comunes.

La bondad, por tanto, se definiría para los autores, como una mezcla de dos variables producto de la interacción de tópico y vehículo: el valor de verdad (saliería de los rasgos comunes) y la figuratividad (numero de distintas posibilidades de interpretación).

Tourangeau y Sternberg, en una publicación de 1981 proponen una versión de la teoría de la interacción desde un modelo geométrico de rasgos.

Para ello retoman lo esencial de las teorías clásicas -de la comparación- para las que los dos términos de una metáfora pertenecen a la misma categoría o clase. Las teorías lingüísticas han desarrollado esta idea sugiriendo que el tenor y el vehículo comparten algunos atributos que constituyen el *fundamento* de la metáfora.

Para Tourangeau y Sternberg las dos críticas más serias que han sufrido estos modelos de semejanza de rasgos o atributos son, la primera, que los rasgos que constituyen el fundamento a menudo no son compartidos por tenor y vehículo, y la segunda, que los rasgos compartidos o semejantes a menudo no forman parte del fundamento.

El problema se planteará mejor si se tiene en cuenta, argumentan los autores, la *incongruencia de los campos* establecida por Ortony (1979) según la cual cuando una característica o rasgo es sobreextendida o aplicada fuera de su campo no conserva su

significado inalterado; así los atributos de tópicos y vehículo no pueden ser equiparables con exactitud porque los términos pertenecen a diferentes categorías y sus atributos están limitados a esas categorías.

La idea de que el fundamento está constituido por los rasgos compartidos de tópicos y vehículo ha sido mejor precisada por Ortony al establecer la hipótesis de la *prominencia dispar* según la cual el fundamento está formado por rasgos de *alta* prominencia en el vehículo y de *baja* prominencia en el tópicos.

Para los autores esta asimetría es común a la mayoría de los juicios comparativos y puede ser también el caso más común en cualquier enunciado con sujeto y predicado.

La hipótesis que proponen Tourangeau y Sternberg es que los rasgos que juegan un papel esencial en la interpretación de una metáfora son aquellos rasgos cruciales para la localización de las posiciones relativas del tópicos y del vehículo dentro de sus respectivas categorías.

Los teóricos de la interacción, argumentan, tienden a enfatizar las diferencias entre el tópicos y el vehículo y la ausencia de rasgos literalmente compartidos por ambos. En este modelo las diferencias están representadas por la distancia o la diferencia de las categorías del tópicos y el vehículo.

En definitiva, distinguen entre dos tipos de semejanza: el grado en que dos términos ocupan posiciones similares relativas a los demás miembros de la clase o semejanza intra-categorial y el grado

en el que las clases se asemejan una a la otra semejanza inter-categorial.

En este modelo cada categoría es un espacio en el que los elementos están representados por puntos en relación con determinadas dimensiones (como prestigio, poder-agresión, etc.). La asimetría en la metáfora, tal y como ha sido definida por Ortony, podría ser representada mediante la prominencia relativa de la dimensión o dimensiones en las que tópico y vehículo son comparados. Sin embargo el modelo propuesto no incluye un sistema para realizar este cálculo.

Los autores sugieren que las metáforas son mejores cuando el tópico y el vehículo ocupan posiciones, respecto a alguna(s) dimensión(es), más claramente análogas en sus respectivas categorías. Además una metáfora resultará tanto más novedosa cuanto más diferentes resulten las categorías respectivas de tópico y vehículo. Estas dos condiciones pueden ser combinadas:

$$\text{Aptitud} = f \langle d(\text{intra}), d(\text{inter}) \rangle$$

donde f es la función uniformemente creciente de la distancia inter-categorial y uniformemente decreciente de la distancia intra-categorial.

Los dos experimentos de los que se informa a continuación se proponían poner a prueba esta relación entre aptitud y semejanza. Mediante una prueba previa se derivaron las medidas de las distancias total, intra-categorial e inter-categorial. En el Experimento 1 se obtuvieron calificaciones de la comprensibilidad de algunas

metáforas por parte de un grupo de sujetos, y calificaciones de la aptitud de las mismas metáforas por parte de otros sujetos. En el experimento 2, los sujetos calificaban una serie de vehículos según su aptitud para completar una metáfora.

Para un grupo todos los vehículos posibles provenían de la misma categoría. Para otro grupo los vehículos provenían de diferentes categorías.

Los resultados en lo que respecta a la Aptitud muestran que las cuatro escalas de aptitud utilizadas -Interés, Aptitud, Parecido, y Bondad- estaban fuertemente interrelacionadas. Se obtuvo por tanto una escala simple denominada Calidad que era la suma de las anteriores.

	Intra-categorial	Inter-categorial	Total
Calidad	-0.39	0.27	-0.01
Bondad	-0.40	0.24	-0.03
Interés	-0.30	0.35	0.10
Aptitud	-0.37	0.20	-0.07
Parecido	-0.39	0.25	-0.01

Tabla 1. Correlaciones de Distancias y Calidad

La correlación entre la calidad de una metáfora y la distancia entre las categorías de tópico y vehículo fue de .27; la correlación entre la calidad y la distancia intra-categorial fue de -.39. Por tanto, y de acuerdo con la hipótesis de la interacción categorial las metáforas eran peores cuando la distancia intra-categorial entre tópico y vehículo aumentaba, y mejoraban en cambio a medida que crecía la distancia entre categorías.

La distancia total no resultó relacionada significativamente con la Calidad. Suponen los autores que el efecto de las dimensiones en las que la distancia correlacionó positivamente con la distancia canceló los efectos de las que correlacionaron negativamente.

Estos resultados, según los autores, contradicen la hipótesis que predice que la relación entre Aptitud y Semejanza es una función en forma de U invertida. Según esta hipótesis la metáfora será mejor cuando la distancia entre tópico y vehículo sea intermedia: ni demasiado semejantes ni demasiado diferentes.

Tourangeau y Sternberg no encontraron este patrón de interacción correlacionando la distancia total con las distancias inter-categorial (una vez normalizadas estas puntuaciones, de modo que su media fuera 0).

No es de extrañar sin embargo, a nuestro juicio, que dos medidas diferentes de una variable supuestamente idéntica (la semejanza concebida como la distancia inter-categorial y la semejanza como medida total de una serie de positivas semejanzas - estructural, funcional, perceptiva, contextual-) no correlacionen en absoluto.

Para todas las escalas, por otro lado, la distancia intra-categorial obtuvo correlaciones mayores en relación con la Aptitud que la distancia inter-categorial. Esta última fue una correlación débil, especialmente en las 8 metáforas en las que a la distancia se le atribuyó un valor 0 debido a que pertenecían a la misma categoría.

Estos casos fueron denominados *anómalos* porque constituían ejemplos muy pobres de metáforas.

Los resultados correspondientes a Comprensibilidad, por su parte, mostraron correlación positiva entre Comprensibilidad y Calidad, pero no entre Distancia y Calidad.

Desde los modelos de semejanza se predice que el aumento de la distancia dificulta la comprensión. Dado que las variables de Rapidez y Facilidad correlacionaban en .82, se sumaron para calcular una medida única de Comprensibilidad; ninguna de las escalas de distancia correlacionó con esta medida.

Un análisis posterior de los datos mostró que la Comprensibilidad sí correlacionaba positivamente con la extremidad de los valores intra-categoriales del vehículo (valores extremos tanto positivos como negativos), pero no del tópico. Para los autores este dato concuerda con la hipótesis de que el vehículo funciona como modelo y por tanto cuanto más sencillo sea captar las características centrales más fácil será la interpretación de la metáfora.

	Facilidad	Velocidad	Comprensib.
Calidad	-0.66	0.52	0.63
Bondad	0.67	0.52	0.64
Interés	0.56	0.43	0.53
Aptitud	0.68	0.51	0.64
Parecido	0.62	0.52	0.61

Tabla 2. Correlaciones entre Comprensibilidad y Calidad

El papel del tópico, en cambio, es para Tourangeau y Sternberg, ser reconcebido; será más fácil entonces una nueva concepción del tópico cuanto más desacuerdo o ambigüedad haya en torno a él. Para probarlo realizaron una medida, burda, como la anterior, de la variabilidad del tópico mediante la media de las desviaciones típicas en las distintas escalas, que reflejaban la variabilidad inter-sujeto. La variabilidad del tópico correlacionaba, efectivamente, con la comprensión ($r = .31$), y la del vehículo, en cambio, no ($r = .12$).

Ambas correlaciones no diferían sin embargo, una de otra, significativamente.

El hecho de que la Comprensibilidad aparezca como una variable independiente de la distancia, y que siendo independientes, Distancia y Comprensibilidad fueran las responsables de un .76 por ciento de la variabilidad en la Calidad de una metáfora fue sorprendente.

A nuestro juicio esta independencia señala algo que falta en el modelo: la semejanza entre términos categorialmente alejados continúa siendo una medida que no tiene en cuenta la asimetría, la diferente función de uno y otro elemento. Las distancias (en mayor medida la distancia intra-categorial) parecen predecir una porción, aunque escasa, de la calidad de una metáfora. Las distancias intra e inter-categorial no podrían, en cualquier caso, explicar qué es lo que cambia en una metáfora cuando el tópico y el vehículo cambian de posición: la distancia entre sus categorías permanecería siendo la misma, así como su semejanza en cuanto a la posición relativa a sus categorías respectivas.

Así mismo podría hacerse extensivo al diseño del experimento la crítica habitual a la técnica del diferencial semántico para medir el significado de una palabra. Las dimensiones poder/agresión y prestigio aunque pueden ser frecuentes como dimensiones determinantes globales pueden no ser suficientemente discriminativas como para pretender representar a la totalidad de las dimensiones potencialmente implicadas; por ejemplo para la descripción de un caballo, un cangrejo o una ballena. Además los

autores asumen que la semejanza es mayor cuanto mayor sea el parecido en todas las dimensiones, lo cual no parece ser el caso en un gran número de comparaciones no literales o metáforas.

Por otro lado la correlación entre Comprensibilidad y *extremidad* del vehículo (y no del tópico) y variabilidad del tópico (y no del vehículo) sitúa la asimetría en relación con esta variable -comprensibilidad- explicando la asimetría, por tanto, en mayor medida la variabilidad respecto a la Calidad, que las medidas de la semejanza a las que se ha denominado distancia inter e intracategorial.

En un segundo experimento los autores intentaron extender estos resultados a un modo diferente de respuesta, en que los sujetos seleccionaran el vehículo entre cuatro posibles opciones.

Tourangeau y Sternberg quieren con él confirmar los datos del primer experimento y poner a prueba también la teoría del razonamiento analógico de Rumelhart y Abrahamson (1.973).

Estos últimos asumen que la respuesta seleccionada para completar una analogía lo es a causa de su parecido con una respuesta *ideal*. Dado que esta respuesta ideal puede no existir, la probabilidad de escoger una respuesta entre las posibles depende tanto de su distancia con este punto ideal como de la distancia del resto de las respuestas con el mismo punto.

Además las malas respuestas son menos claramente discriminables que las buenas respuestas, es decir, menos probables.

Tourangeau y Sternberg presentaron a los sujetos una frase del tipo "Un cangrejo es un _____ entre las criaturas marinas" (1) tigre; (2) mangosta; (3) rata; (4) caballo. Adaptaron el modelo de Rumelhart y Abrahamson suponiendo que el uso de la distancia intra-categorial del vehiculo más parecida a la del topico era la fuente de la validez de cada opción. Se puso a prueba en el experimento 2A en el que los posibles tópicos pertenecian a la misma categoría.

Sin embargo esta predicción deja fuera la distancia inter-categorial. Para introducirla propusieron que el valor de una alternativa es una función de su aptitud (lo que incluye ambas distancias). Se utilizó esta predicción en el experimento 2B en el que los tópicos provenian de diferentes categorías.

Los resultados cualitativos mostraron que los sujetos escogian con más frecuencia un vehiculo cercano en distancia intra-categorial (o en distancia total) que uno lejano. Y más sujetos escogian un vehiculo lejano a la categoría del tópicó, es decir de mayor distancia inter-categorial, que uno cercano.

Los resultados cuantitativos mostraron en el experimento 2A que la correlación simple entre las probabilidades predichas y las obtenidas fué mayor para el modelo que utilizaba la Aptitud como predictor. En el experimento 2B ninguna de las correlaciones entre las proporciones predichas por los modelos cuantitativos y las proporciones obtenidas fué significativa, aunque era *mejor* predictor el modelo exponencial que incluía la Aptitud como predictor.

Como conclusión los autores consideran que los datos no están de acuerdo con las distintas hipótesis que correlacionan la Aptitud con la semejanza total. En el experimento 1 la semejanza total no correlacionó ni con la comprensibilidad ni con la aptitud. En el experimento 2A, la semejanza total estaba relacionada con la aptitud, pero ésta se confundía con la distancia intra-categorial. En el experimento 2B, por último, la distancia total no estaba relacionada con las oportunidades de un vehículo para ser elegido como el mejor modo de completar la metáfora.

Este fracaso, en su opinión, tiene más que ver con la calidad de la medida de semejanza que con la teoría de la semejanza misma.

Un trabajo de Maria Luisa Alonso y Manuel de Vega, de 1.983 utiliza el modelo de Tourangeau y Sternberg (1.981, 1.982) para poner a prueba algunas cuestiones sobre bondad y similitud.

Los autores se basan para su estudio de la metáfora en un modelo categorial de la semejanza. Adoptan la distinción propuesta por Rosch (1.973) entre diferentes dimensiones de las categorías: en la dimensión vertical, relativa al grado de abstracción, habría un nivel básico, correspondiente a los objetos de la percepción (silla, pantalón), un nivel supraordinado de mayor abstracción ("mueble", "prenda de vestir") y otro nivel subordinado más concreto y menos inclusivo (silla de cocina, pantalón bombacho).

La dimensión horizontal correspondería a la estructura interna de una categoría en un nivel determinado de inclusión.

Asumen, además, la propuesta de Rosch de que las categorías poseen una estructura difusa. La pertenencia a una categoría está determinada por la semejanza con un patrón o caso ideal, de forma que los miembros de una categoría tienen diferentes grados de tipicidad o parecido con el patrón. Otra forma de decirlo sería que el *pool* -el conjunto- de atributos de una categoría se distribuye probabilísticamente entre sus miembros.

Alonso y Vega se proponen también poner a prueba el modelo de semejanza propuesto por Tversky (1.977), que coincide también en considerar la semejanza como uno de los principios básicos de la formación de conceptos y la categorización. En él se establecían los principios de la asimetría y de la no transitividad de la similitud y se concretaba en una escala de similitud que era el resultado de una combinación lineal o de contraste de los rasgos comunes y distintivos de los elementos de la comparación.

Ortony, en 1.979 recoge el problema de la asimetría y elabora un modelo cognitivamente más complejo de similitud metafórica basado en dos presupuestos teóricos: (a) el conocimiento está representado en unidades de alto nivel (o esquemas) y (b) la prominencia de las representaciones se ve afectada por el contexto. Para Ortony la comprensión se lleva a cabo integrando la información en paquetes informacionales o esquemas, que a su vez contienen otros subesquemas. Esto significa que determinados contextos

incrementan la prominencia de algunos subesquemas mientras otros resultan irrelevantes para la comprensión.

Ortony propone la definición operativa de las prominencias a partir de escalas subjetivas sobre la saliencia relativa de los atributos. Su modelo mantiene las predicciones de Tversky en aquellos casos en que la prominencia de los atributos equiparables en A y B sea comparable (alta o baja prominencia, en A y B). Este caso es denominado estado de similitud literal. La similitud no-literaI correspondería a los casos en los que la prominencia es baja en A y alta en B. Es la principal fuente de metafóricidad, de lo que se deduce que todas las metáforas, por definición, serán entonces asimétricas, porque no puede ser idéntico el significado de un enunciado con baja-alta prominencia que el de uno de alta-baja, aunque los términos sean *los mismos*.

Para Ortony la metafóricidad depende también de la incongruencia de dominios de tópicos y vehículo en una metáfora. La bondad será mayor cuanto más conceptualmente dispares sean los dominios.

Para emprender el estudio empírico de la bondad metafórica adoptan el criterio de bondad, propuesto por Ortony (1978), del grado de significado subjetivo (más significación metafórica, mayor bondad). Para la confección de metáforas y la medida de la semejanza entre sus tópicos y vehículos adoptaron Alonso y Vega (1983) el modelo de Tourangeau y Sternberg, (1981) con lo que también éste es puesto a prueba.

Los autores realizaron las siguientes hipótesis:

1.- A mayor distancia intercategorial de topico y vehiculo, mayor grado de bondad tendra la metáfora cuando la distancia intracategorial sea minima (de acuerdo con Ortony, 1.978 y Tourangeau y Sternberg 1.981)

2.- Existen asimetrías significativas y sistemáticas en las relaciones de similitud entre los dos términos de una expresión metafórica (Tversky, 1.977; Ortony, 1.979)

Para verificarlas realizaron una serie de tres estudios normativos. En el primero se obtuvieron las medidas de las distancias semánticas (pidiendo a los sujetos que puntuaran de 0 a 10 el grado de semejanza de cada par) existentes entre las ocho categorías en estudio (tomadas de Tourangeau y Sternberg, 1.981). Esta medida fue considerada la distancia intercategorial.

A nuestro juicio esta medida tiene el inconveniente de identificar la semejanza total -puesto que a los sujetos se les pide una *medida de grado de semejanza- con una de las dos dimensiones en las que descomponen la semejanza* Tourangeau y Sternberg.

Alonso y Vega se proponían al mismo tiempo comprobar la hipótesis de Tversky (1.977) de que las comparaciones formuladas de forma no direccional serían simétricas, mediante la comparación de

las puntuaciones de semejanza entre los términos metafóricos obtenidas para una lista A y para otra lista B que contenía los mismos pares de elementos que la lista A pero en orden inverso. Las 8 categorías utilizadas fueron: Líderes mundiales, Personajes históricos, Mamíferos terrestres, Aves, Criaturas marinas, Vehículos terrestres, Vehículos marítimos, y Vehículos aéreos.

Los resultados mostraron que no existían diferencias significativas entre los dos grupos, por lo que los autores concluyen que queda demostrada la presencia de simetría en las comparaciones formuladas de forma no-direccional. Sin embargo, se observó que en 5 de las 28 parejas de términos aparecían asimetrías que provocaban diferencias significativas en las pruebas de t efectuadas. En cada uno de estos 5 casos aparecía como primer término de la comparación un término perteneciente o bien a una categoría humana o a una animal.

A nuestro modo de ver esto también podría ser interpretado, desde la perspectiva teórica de Ortony, como la prueba de que las únicas buenas metáforas de los 28 emparejamientos eran los cinco casos de asimetría. Nos parece además que el rango de la distancia entre las 8 categorías que se estudian es muy limitado.

Todas ellas pueden ser definidas por su pertenencia a 3 categorías supraordinadas: Humanos (líderes y personajes) Animales (tierra, aire y agua) y Vehículos (tierra, aire y agua). La distancia entre las categorías de Vehículos y Humanos es, además, necesariamente, no muy grande, ya que incluso podría considerarse a Vehículos como una subcategoría dentro de la subcategoría Artefactos humanos.

La distancia, por otra parte, entre Humanos y Animales es, desde la publicación de los trabajos de Darwin, también relativa, siendo Humanos una subcategoría de Animales, desde cierto punto de vista -biológico-, aunque desde otro punto de vista- el punto de vista del animal que categoriza- sería al contrario. Sólo señalar por último la semejanza introducida en la clasificación de Animales y Vehículos en las tres mismas subcategorías: Tierra Aire y Agua.

En el segundo estudio normativo se midieron las distancias intracategoriales de 20 elementos pertenecientes a cada una de las 8 categorías, respecto a dos dimensiones: Fuerza y Prestigio; 150 sujetos recibieron para ello 8 listas de 20 elementos cada una con instrucciones de puntuar de 0 a 10 cada elemento (160 en total) en Fuerza y en Prestigio.

Con estos datos se escogieron los 10 elementos de cada categoría de mayor y menor puntuación tanto para Fuerza como para Prestigio por separado. Se construyeron así las parejas de elementos con idénticos puestos en la clasificación para obtener metáforas de mínima distancia intracategorial.

En el tercer estudio normativo se perseguían los siguientes objetivos:

- 1.- Medir la bondad de las metáforas elaboradas según los criterios de Tourangeau y Sternberg utilizando los datos obtenidos en los estudios normativos 1 y 2.

2.- Poner a prueba la hipótesis de la asimetría defendida por Tversky (1.977) y Ortony (1.979), según la cual las metáforas son necesariamente asimétricas.

3.- La comprobación de la hipótesis de Tourangeau y Sternberg (1.981) según la cual, a mayor distancia intercategorial, mayor bondad metafórica.

Para este tercer estudio se construyeron un total de 280 metáforas tomando elementos de mínima distancia intracategorial, es decir que ocupasen la misma posición en sus respectivas categorías en Fuerza o en Prestigio. Las distancias intercategoriales tenían en cambio distintos valores.

Las metáforas tenían la forma: *X es el Y de las X*. Las listas A y B contenían las metáforas originales y las C y D las mismas metáforas invertidas. Todos los sujetos recibieron las 4 listas. Se les pedía que puntuaran de 0 a 10 su grado de significado (medida de la bondad como significado subjetivo propuesta por Ortony, 1.979).

Los resultados respecto a la bondad de las metáforas construidas según los criterios de bondad de Tourangeau y Sternberg (1.981) -mínima distancia intracategorial, máxima distancia intercategorial- revelaron que no existían diferencias significativas entre las categorías muy distantes semánticamente frente a las más cercanas. Esto lleva a los autores a rechazar la hipótesis de Tourangeau y Sternberg (1.981), así como la de Ortony (1.979).

El segundo objetivo era la comprobación o el rechazo de la hipótesis de Tversky (1.977) y Ortony (1.979) acerca de la asimetría

existente entre las metáforas originales y las formas invertidas. Sólo en un 24.28% se observaron diferencias significativas, y de estas sólo el 41.79% con un nivel de confianza del 1% con lo que los autores rechazan de forma casi total la hipótesis de asimetría de Tversky y Ortony.

Además los autores encontraron diferencias entre las metáforas elaboradas en base a las puntuaciones obtenidas en torno a la dimensión de Prestigio y las obtenidas en torno a la dimensión de Fuerza. Las metáforas mejores eran las elaboradas en base al Prestigio. Además correspondía una mayor bondad a las metáforas con puntuaciones globales, es decir de tópico y vehículo, más altas.

Se observó asimismo que las metáforas construidas con elementos que habían obtenido altas puntuaciones en Fuerza o Prestigio eran mejores que aquellas construidas con elementos de baja puntuación.

Por último, se hallaron diferencias significativas entre las metáforas que poseían un tópico perteneciente a categorías humanas y aquellas cuyo tópico pertenecía a categorías animales: las mejores metáforas tenían un tópico humano. Este último dato es atribuido a un sesgo general de los contenidos del conocimiento, ya que en un muestreo de metáforas llevado a cabo por Alonso (1.983) se constató que la mayoría describían fenómenos psíquicos y sociales específicamente humanos.

Como conclusiones Alonso y Vega enumeran las siguientes:

1) Se confirma la hipótesis de Tversky (1.977) sobre las relaciones de similitud expresadas de forma no-direccional.

2.- Se rechazan de forma casi absoluta las hipótesis de Tversky (1.977) y Ortony (1.979) sobre la existencia de asimetría en las expresiones direccionales: no existe asimetría en la totalidad de las metáforas analizadas.

3.- Se rechaza la hipótesis de Tourangeau y Sternberg (1.981) sobre la relación existente entre bondad metafórica y distancia intercategorial: no hay relación entre bondad y distancia semántica entre categorías.

4.- Se reafirma la idea de Ortony (1.979) acerca de la importancia, que en cuanto a la prominencia de los atributos, tienen los objetos a los que se atribuyen dichos atributos: así una metáfora será mejor si está elaborada en función del prestigio en comparación con la fuerza, y según tenga un tópico humano o animal.

5.- No existe una metacognición de la metáfora, estando los juicios intercategoriales basados únicamente en la similitud semántica.

6.- Coinciden con Aristóteles en que las metáforas son algo más que comparaciones y juicios de similitud.

7.- Las mejores metáforas de las construidas son aquellas que: a) comparan elementos escogidos por su puntuación en prestigio; b) poseen un tópicos y un vehículo que ocupan altas posiciones en sus respectivas categorías, y c) tienen un tópicos humano o animal.

En nuestra opinión estas conclusiones admitirían algún comentario. La elección de la fórmula de una comparación no es independiente de la relativa relevancia de los términos. Podrá optarse por una fórmula no direccional en el caso de términos no muy dispares en cuanto a saliencia (vg. si pregunto en qué se parecen *una choza* y *un palacio real* ambas direcciones son fuertemente significativas y podrán conservar, probablemente, la simetría; pero si pregunto, en cambio en qué se parecen "un coche" y "un caballo" existirá una dirección de la comparación más significativa, la que compare el coche con el caballo, ya que la esquematización correspondiente a coche incluye dicha comparación, y no al contrario).

Los datos de su primer estudio, por otra parte, revelan que existen algunos emparejamientos direccionales, aún cuando la presentación sea no-direccional.

Podría, ser completadas, por tanto, las primeras conclusiones con la idea añadida de que, en la medida en que una determinada dirección en la comparación sea fuertemente significativa, en contraste con la otra, y teniendo en cuenta, como apuntan Tourangeau y Sternberg, que el sujeto considera posiblemente ambas direcciones, resultará una comparación asimétrica.

Este trabajo, a nuestro juicio, permite resaltar sobre todo la dificultad de adoptar unas medidas de distancia categorial basadas en la semejanza semántica -una similitud global de significado- en ausencia, además, de una esquematización adecuada, es decir de un contexto o marco desde el que valorar los elementos. Tiene además la virtud de haber probado que en toda comparación metafórica los términos deben resultar, para su comprensión, relevantes en determinada esquematización -ya sea esta su posición relativa en cuanto a una dimensión particular- o, es nuestra propuesta, por su función relevante en la estructuración u organización de la información cuyo resultado es la comprensión misma.

Esta *relevancia* ha sido señalada por Ortony (1.979) como uno de los requisitos para que el enunciado metafórico *funcione* es decir, pueda ser comprendido, y no sea un enunciado simplemente *plano* o redundante.

Además, una evidencia adicional, podría consistir en la constatación de que la función relevante en determinada esquematización se considera preferentemente en positivo (vg. si un elemento es poco usual se considerará probablemente su alto valor como "inusual") lo que concuerda con los resultados obtenidos en formación de conceptos y solución de problemas en cuanto a la utilización de información negativa (Wason y Johnson-Laird 1.972).

Una publicación de Sternberg y Nigro, de 1.983, propone una teoría del procesamiento de la información en la comprensión metafórica.

Parten de la evidencia empírica encontrada en 1.981 por Tourangeau y Sternberg respecto a la idea de que a los enunciados metafóricos subyace una relación analógica. En concreto las asunciones teóricas son dos: a) que al menos algunas metáforas se procesan de forma muy parecida a la forma en que se procesan las analogías; y b) que en la metáfora tiene lugar una interacción entre tópico y vehículo.

Más en concreto, estas dos posturas se articulan mediante la exclusión de alguno de los términos de la analogía, siendo el carácter implícito de este término lo que promueve la interacción entre el tópico y el vehículo.

El modelo de procesamiento de la información propuesto para la comprensión de analogías, cuyo parecido con la comprensión de metáforas es sustentado, considera los siguientes pasos en la solución de una analogía del tipo: "león : bestias :: rey : ?"

1.- codificación de los términos del problema, lo que incluye su identificación y la recuperación, desde la memoria a largo plazo, de los atributos que puedan ser relevantes a la solución de la analogía. Ello implica inferir la relación entre los dos primeros términos.

2.- proyección de la relación de nivel superior que una los dos primeros términos con los segundos.

3.- generación de un término ideal que, emparejado con el tercer término, mantenga la relación anteriormente dibujada.

4.- comparación de las posibles opciones con el caso ideal

5.- justificación de una de las opciones como la más cercana al caso ideal.

6.- por último el sujeto puede dar una respuesta.

Sternberg y Nigro (1.983) suponen que una analogía presentada de la forma: *Un león entre las bestias es un rey entre (a) soberanos, (b) humanos* es una metáfora cuya comprensión sigue el mismo proceso que el propuesto para la solución de una analogía incompleta, es decir:

1.- codificar los términos e inferir la relación de los dos primeros

2.- proyectar la relación que una los primeros con los segundos

- 3.- generar un cuarto término ideal que mantenga con el tercer término una relación idéntica a la que mantienen los primeros
- 4.- comparar cada una de las opciones con el caso ideal
- 5.- justificar la selección de una opción
- 6.- responder

En cuanto a la diferencia entre las distintas formas que resultan de la exclusión de uno o dos de los términos de la analogía se predice que cuanto más amplio sea el contexto, mayor será la aptitud de la metáfora, es decir, su facilidad de comprensión, ya que la analogía subyacente será detectada con mayor facilidad. Los autores no sostienen, sin embargo, que la bondad sea equiparable a la comprensión, considerando esta última como un requisito, entre otros, para la aptitud.

La segunda variable interviniente, la interacción de tópico y vehículo, es considerada como responsable también del incremento de la comprensibilidad y la aptitud de la metáfora.

En un primer experimento se puso a prueba la siguiente hipótesis:

(1) Los componentes de procesamiento informacional utilizados en la comprensión de las metáforas y especialmente de las metáforas con pocos términos implícitos -teniendo en cuenta que en una

metáfora hay implicados 4 términos- deberán solaparse en gran medida con los componentes utilizados en la comprensión de analogías.

Para ello se presentaron enunciados en forma o bien metafórica o bien analógica, con una opción final de 2 soluciones. En nuestra opinión las formas denominadas analógicas deberían denominarse también metafóricas, ya que cumplen la definición de metáfora propuesta por los autores: son analogías con un término al menos, implícito. La forma de presentación marcaría en cambio la diferencia entre *metáforas verbales* y *metáforas lógicas*.

Las metáforas se construyeron procurando variar su comprensibilidad y su aptitud. Ello incluía la variación de las distancias relacionales entre:

- (1) el primero y el segundo término de la analogía (distancia utilizada para estimar la dificultad de inferencia)
- (2) el primero y el tercer término (utilizada para estimar la dificultad de proyección)
- (3) el tercero y el término ideal (usada para estimar la dificultad de aplicación)
- (4) el término ideal y la opción no relevante (utilizada para estimar la dificultad de comparación)

(5) la relación entre los dos primeros términos y la existente entre el tercero y la opción relevante (utilizada para estimar la dificultad de justificación)

Se asume que esta última distancia sería cero si la analogía fuera perfecta, y aumentaría a medida que dejara de serlo.

Las dos variables independientes fueron, por una parte el formato de los ítems -metafórico o analógico- y por otra la condición de pre-apunte (que podía ser sin apunte o con apunte previo). Ambas variables fueron cruzadas. En la condición sin apunte los sujetos no recibían ningún avance de la información que facilitara la solución del problema. En la condición de pre-apunte los sujetos recibían los dos primeros elementos inmediatamente antes a la administración de la información completa con instrucciones de pedir más información cuando hubieran procesado esta primera. La variable dependiente fueron los tiempos de respuesta.

Se realizaron predicciones, utilizando las variables independientes según un modelo matemático de regresión lineal múltiple con el que comparar los tiempos de latencia obtenidos.

El método de pre-apunte fue utilizado para separar los componentes de codificación de los de respuesta, ya que el último se mantenía fijo debido a que siempre había una respuesta. El modelo predecía que los tiempos serían iguales a la suma de las cantidades de tiempo consumidas por cada uno de los componentes.

Los resultados mostraron que no había diferencias significativas entre las latencias obtenidas por metáforas y analogías.

Los autores por tanto se reafirman en la posición de que el procesamiento fué similar en ambas tareas. Sternberg y Nigro consideran que este procesamiento, sin embargo, no fué idéntico, mostrando diferente fiabilidad interna los datos de latencia, mayor en las analogías que en las metáforas. Esto es debido, según los autores, a la diferencia en cuanto al contexto presentado en las metáforas, y ausente en las analogías, que puede haber fomentado la interacción topico-vehículo en estas últimas.

En cuanto al ajuste con el modelo matemático del que se consideraron cuatro componentes del procesamiento: codificación, aplicación, comparación y justificación, se obtuvo una correlación con los tiempos de respuesta de 0.86 para el formato metafórico, y 0.73 para el analógico.

Estos datos son interpretados por los autores en el sentido de que las variables propuestas por el modelo son buenos predictores de la aptitud de metáforas y analogías, aunque superiores respecto a las metáforas. Esto es explicado en razón del contexto, más amplio en las metáforas, que restringiría las opciones ayudando así en la búsqueda de la opción apropiada.

Las regresiones estimadas en el formato metafórico fueron de 0.46 para la codificación, 0.25 para la aplicación, 0.22 para la comparación y 0.68 para la justificación. En el formato analógico las estimaciones fueron de 0.46 para la codificación, 0.58 para la aplicación, 0.13 para la comparación y 0.24 para la justificación. La diferencia principal se sitúa entonces entre los 0.25 para la aplicación

en la metáfora y los 0.58 en la analogía, y los 0.68 para la justificación, frente a los 0.24 en la analogía.

En nuestra opinión el modelo de procesamiento propuesto por Sternberg y Nigro parte de la suposición no enteramente probable de que un sujeto tardará lo mismo en codificar los dos primeros elementos de analogías o metáforas cuando se presentan aisladamente -en la condición de pre-apunte- que cuando van acompañadas del segundo par de elementos. Es de suponer que la secuencia del proceso se alterará, al aumentar la información, con la codificación y las comparaciones con el segundo par. Este procedimiento aumentaría la eficacia, si no la rapidez, del procesador.

Las latencias totales no mostraron diferencias significativas -siendo incluso menor la de las metáforas- cuando se predijo que cuanto más información mayor tiempo de procesamiento -aunque menor incertidumbre en la interpretación-.

El menor tiempo empleado en la aplicación del patrón de relación del primer al segundo par fué menor en las metáforas, lo que indicaría que el mayor tiempo fué empleado en la justificación de la respuesta; ello apuntaría a una estrategia de procesamiento que dejaría abiertas las posibilidades de elección (comparando el primer par con un segundo par formado por cada una de las opciones) durante todo el proceso.

La presentación de la analogía con una notación lógica promovería en cambio una estrategia distinta, con un tiempo mayor para la aplicación y menor para la comparación y la justificación. Esto

coincidiría con una estrategia de solución más lógica o matemática - poniendo mayor énfasis en la equivalencia de las relaciones- y actuando de forma más secuencial en las analogías, en comparación con el procesamiento, más en paralelo, de las metáforas. En este último la estrategia *top-down* es más plausible de modo que, por ejemplo, la relación entre *león y rey* -en la analogía *león:animales :: rey: ?*- podría ayudar a inferir la relación existente entre el primer par de elementos, es decir, entre el león y los animales -que dicho sea de paso no resulta, para un humano, enteramente penetrable-.

En todo caso, es sólo nuestra opinión, coincidimos en la idea de los autores de que estas analogías presentadas en forma de metáforas no constituyen una muestra representativa del grupo de las metáforas. Si así fuera, una metáfora profusamente utilizada como, por ejemplo, *tarde muerta*, debería ser una analogía con dos elementos implícitos; estos elementos podrían ser: *una tarde en el tiempo que es un muerto entre los vivos*. En este caso no es la relación existente entre un muerto y los vivos la que es transferida a la relación entre la tarde y el tiempo total, ya que esto no deja ningún lugar a la interacción de los dos dominios -la experiencia del tiempo, la experiencia de la vida-.

En un segundo experimento Sternberg y Nigro (1.983) se proponen examinar con mayor detenimiento este segundo aspecto de la metáfora, la interacción entre tópico y vehículo. Utilizan para ello 10 metáforas (analógicas) en cinco presentaciones diferentes -un total de 50-:

- (1) "las Abejas en una colmena son una multitud Romana en el Coliseo"
- (2) "las Abejas en una colmena son una multitud Romana"
- (3) "las Abejas son una multitud Romana en el Coliseo"
- (4) "las Abejas son una multitud Romana"
- (5) "las Abejas son una multitud Romana en una colmena"

En la forma (1) se presentan los 4 términos de la analogía; en la forma (2) y (3) está implícito el cuarto y el segundo respectivamente; en la (4) hay dos términos implícitos, el segundo y el cuarto, (el primero y el tercero son imprescindibles para la comparación), mientras que en la forma (5) está implícito el término segundo, y además el segundo término pasa a ocupar el lugar del cuarto.

Las dos variables independientes principales fueron la forma metafórica (de 1 a 5), que era una variable intra-sujetos -todos los sujetos recibieron las 50 metáforas-, y el tipo de escala que se les aplicaba (Aptitud y Comprensibilidad), que era una variable inter-sujetos.

Las variables dependientes fueron las escalas -de 1 a 9- realizadas por los sujetos y los tiempos de latencia de la respuesta. La tabla siguiente muestra los valores de ambas para cada una de las formas en las que se presentaron las metáforas.

Forma	Aptitud		Comprensibilidad	
	Calif.	Latencia	Calif.	Latencia
1	5.12	4.88	5.53	5.11
2	4.67	4.48	5.30	4.63
3	4.66	4.66	5.01	4.86
4	4.32	3.93	5.17	4.13
5	5.27	4.54	5.70	4.66

Tabla 3. Medias de Calificaciones y latencia de las Respuestas.

Para la aptitud, el efecto de la forma metafórica fué altamente significativo tanto para las calificaciones como para las latencias. La forma 5 fue calificada como la más apta aunque su tiempo de latencia fué intermedio. En el resto de los casos en los que se respetó el orden de presentación, las menores latencias y la calificación más alta de aptitud corresponde al caso (1) en el que los 4 términos de la analogía están presentes. Los casos (2) y (3) muestran ambos valores intermedios, y los más bajos niveles de calificación y de latencia aparecen para el caso (4) en el que dos términos estaban implícitos.

Los autores interpretan la mayor aptitud del caso (5) como una excepción a la regla general de que a mayor número de términos explícitos mayor calificación, y también mayor latencia, ya que tanto la cantidad de información como el número y posición de los términos implícitos es la misma que en el caso (3). La razón de este comportamiento sería que la forma (5) favorece la interacción entre los dos términos, al presentar en el mismo dominio a miembros de categorías diferentes (Romanos en una colmena).

Lo sorprendente de este resultado, a nuestro juicio, es el hecho de que la única forma no verdaderamente analógica es calificada de más apta como metáfora. Lo cual nos conduciría de nuevo a la idea de que las analogías no son verdaderas metáforas.

Un segundo tema de interés es la relación entre ambas escalas, la de Comprensibilidad y la de Aptitud. Esta correlación fue en el experimento de 0.61, indicando que ambas están de hecho relacionadas, aunque un examen del patrón de correlaciones es más revelador: la correlación era mayor entre las metáforas que alcanzaron una alta puntuación en aptitud, es decir, en las buenas metáforas la correlación entre aptitud y comprensibilidad es mayor que en las metáforas más débiles. Este resultado no nos parece de extrañar si tenemos en cuenta que la correlación entre Aptitud y Comprensibilidad se ha establecido para el caso de las metáforas, no para el caso de otras formas lógicas o retóricas.

En definitiva los autores concluyen que existen diferencias en el procesamiento de analogías y metáforas, sugiriendo que las analogías pueden subyacer a diferentes tipos de metáforas. El aspecto

interactivo, propiamente metafórico, les parece estar relacionado con el uso de la imaginación para realizar un compuesto perceptible entre los dominios principales, y de factores como el ritmo, y posiblemente otros, que habría que investigar.

III. INVESTIGACION EXPERIMENTAL

3.1. PLANTEAMIENTO GENERAL

La primera cuestión que analizamos, en la revisión de la literatura experimental, fué la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico. Según lo allí argumentado los modelos de procesamiento en tres etapas, aquellos que parten de la idea de que intervienen diferentes procesos cognitivos en la interpretación de los enunciados literales y metafóricos, se ha mostrado empíricamente inconsistente.

El experimento de Clark y Lucy (1.975) no muestra claramente que los sujetos empleen más tiempo en interpretar enunciados indirectos.

Ortony y col. (1978) encuentran que el tiempo de procesamiento está en función del contexto, siendo más dependientes del contexto los enunciados metafóricos que los enunciados literales.

El trabajo de Gibbs (1984) aporta datos que apoyan la igualdad de los tiempos de procesamiento de modismos y peticiones indirectas, en comparación con usos literales, e incluso su mayor celeridad. También pone en evidencia que los sujetos no codifican primero el significado literal del enunciado, como supone el modelo de procesamiento en tres estadios.

La conclusión es clara para Gibbs: los mecanismos de procesamiento son idénticos: una solución sería la abolición de la diferencia entre lenguaje literal y lenguaje metafórico, pero a ella se opone la observación simple de que los sujetos diferencian a menudo con mucha precisión uno de otro. Concluye por tanto que la cuestión clave puede ser pragmática.

Un experimento de Dolinsky y Zabruky (1983) parte de la hipótesis de que para que un enunciado resulte metafórico es necesaria la intención del hablante oyente de que así sea. Los resultados de sus experimentos demostraron sin embargo que no existían diferencias en el recuerdo de metáforas sin sentido respecto a no metáforas con sentido. Por tanto concluyen que la hipótesis de la intención queda desautorizada.

Reynolds y Schwartz (1983), por su parte, encontraron que los sujetos recordaban mejor el final de una historia, así como la historia misma, si la conclusión era enunciada en forma de metáfora. Esto era

interpretado en consonancia con el modelo de procesamiento de textos de Kintsch y Van Dijk (1978) como indicativo de que la interpretación de la metáfora implica la activación de elementos macroestructurales, es decir, el manejo de información más abstracta.

Boaz Keysar (1989) aporta evidencia en favor de la equivalencia funcional de las interpretaciones literal y metafórica en los discursos. En una tarea de verificación de frases los sujetos actuaron más rápidamente cuando el significado literal y metafórico de la frase era coincidente, dando muestras, según el autor, de que las dos interpretaciones se llevan a cabo independiente y automáticamente, contribuyendo al significado del mismo modo, es decir, sin que el recurso al significado metafórico sea posterior y, desde luego, sin que requiera ser transformado.

Pollio, Fabrizi, Sills y Smith (1984) en una tarea de categorización, encontraron que la categoría "metafórica" era utilizada como una categoría bisagra entre el sentido y el sinsentido, lo cual también ha sido defendido por Mayor (1985).

Respecto al segundo apartado dedicado a las dimensiones en torno a las cuales se ha concentrado el estudio de la metáfora veamos que podían ser divididas en tres grandes apartados: dimensiones cualitativas, estructurales y funcionales.

Boswell (1977) estudia la dimensión cualitativa que define como poético-sintética/literal-analítica. Una interpretación se define como sintética si proporcionan un fundamento que incluya tópico y vehículo; será analítica, en cambio, si el fundamento establece

relaciones muy literales, o que se circunscriben a uno sólo de los elementos de la metáfora. Los dos grupos de edad en los que estaban divididos los sujetos mostraron diferentes puntuaciones en cuanto a las calificaciones de sus interpretaciones a lo largo de esta dimensión: Las interpretaciones de los sujetos más jóvenes fueron puntuadas como más analíticas, mientras que las de los sujetos más maduros se puntuaron como más sintéticas. Ello apuntaría a una capacidad lingüístico-cognitiva que iría afianzándose a lo largo del desarrollo humano, o a distintos estilos cognitivos característicos en las distintas etapas del mismo

Los trabajos que se han centrado en las dimensiones estructurales (Matic y Wales, 1982; Katz, 1982), conducen al planteamiento de distintos niveles estructurales en la metáfora, y a la diferencia funcional de sus componentes. Tanto el modelo de Ortony (1979) de la dispar prominencia baja/alta, como los modelos de la semejanza que parten de Tversky (1977) y su papel otorgado al sujeto del enunciado desembocan en el problema de la asimetría.

Un aspecto relacionado con la asimetría, ineludible también en cualquier planteamiento interaccionista, es el de la *tensión* metafórica (Ortony, 1979) llamada también, en ocasiones, *contraste* -entre las semejanzas y las diferencias- (Tversky, 1977), y relacionada, como veremos, con el concepto de *oscilación* (Mayor, 1985)

Las negaciones metafóricas han sido utilizadas como argumento irrefutable en contra de la idea clásica de que las metáforas son enunciados que no satisfacen las leyes de verdad del enunciado. En efecto una frase como "*no solo de pan vive el hombre*";

sin violar las condiciones de verdad del enunciado, -puede decirse que es verdadera-, no es por ello menos metafórica.

No son frecuentes los estudios que combinen la negación y la metáfora, sin embargo existen numerosos estudios sobre la negación que merecerían ser comentados

En su revisión del tema de la negación, Mayor y Gonzalez (1.991) establecen la distinción entre los siguientes tres modelos de procesamiento de la negación:

1.- sintáctico-transformacional: la dificultad de la negación provendrá de la complejidad de las transformaciones sintácticas necesarias para generarlas o comprenderlas. (Chomsky 1.957, 1.965, Klima 1.964, Jackendorff 1.969)

2.- Semántico-proposicional: considera la negación como parte de una proposición, es decir un enunciado con valor de verdad. El procesamiento de la información se lleva a cabo típicamente en dos etapas: 1) la codificación de la proposición junto a lo que servirá de referente y 2) la comparación entre la representación de las codificaciones de ambos (el significado y el referente). La negación funcionaría como un operador lógico que cambia el valor de verdad de la proposición.

El modelo de Carpenter y Just (1.975), por ejemplo, predice, tal y como ha podido ser comprobado, que el orden de dificultad de los cuatro tipos básicos de

enunciados es el siguiente: AV < AF < NF < NV; la dificultad de los enunciados emana, por tanto, de la dificultad que entrañan los sucesivos cambios del valor de verdad.

3.- pragmático-contextual: define la negación desde el punto de vista del uso que de ella hacen los hablantes: en general para negar preconcepciones, y además incluye el conocimiento del mundo como información contextual necesaria para distinguir entre aquello que es posible y aquello que no lo es. (Wason, 1.965 y 1.972 Wason y Johnson-Laird,1.972).

En este mismo sentido Judith Greene (1.970 a,b) ha formulado la hipótesis de que la *"función natural"* de las negaciones es *"señalar un cambio de significado"* y que ejerce su función *"no natural"* cuando preserva el significado. En su experimento probó que los sujetos comprendían con mayor rapidez negaciones naturales, es decir negaciones que significaban lo mismo que los enunciados afirmativos previos.

Wason y Johnson-Laird (1.972), coincidiendo con lo anterior, afirman lo siguiente: *"puede decirse que una negación funciona generalmente en el lenguaje para corregir la preconcepción que se niega"* y lo prueban demostrando que los sujetos, cuando trabajan con negaciones, se centran en la frase afirmativa. Enunciándolo de otro modo, el criterio psicológico para evaluar una negación no es su verdad o falsedad con respecto a una situación, sino su relación con la preconcepción que niega. Esto también explicaría por qué aparece la tendencia de transformar las negaciones en afirmaciones, tan

característica en los experimentos libres de contexto. De ser esto cierto, podría inferirse que ante una metáfora negativa los sujetos interpretarán naturalmente la afirmación metafórica, ya que para comprender la negación es preciso conocer la precondition que se niega.

Mayor y Gonzalez (Mayor 1977, 1979b, 1980, 1981 y Gonzalez 1979) han criticado estos modelos en general por no dar cuenta de toda la magnitud del problema de la negación, mostrando también que la introducción de cuantificadores (como *todos/no todos*) altera el modelo de Clark y Chase y el de Carpenter y Just.

Según Mayor y Gonzalez (1991) cualquier modelo de la negación debería dar cuenta de sus dos características esenciales, a su juicio: (1) su complejidad estructural y funcional y (2) su apertura a la indeterminación.

La mayor dificultad de la negación en relación con la afirmación se ha puesto de relieve en multitud de tareas: verificación de frases (Trabasso, 1971, Clark y Chase, 1972), formación de conceptos y solución de problemas (Huttenlocher 1962, Bruner, Goodnow y Austin 1956, Radford y Burton 1974), y memoria (Miller 1962, Smith, Rips y Shoben 1974, Meyer 1973).

Según Miller y McNeill (1969) la conversión de negativas en afirmativas es un acto sumamente experimentado e irreflexivo, mientras que la transformación de positivas en negativas es una operación lenta, consciente y poco practicada.

Estudios evolutivos por otro lado, han puesto en evidencia que la negación cumple tres funciones diferentes durante su adquisición:

- 1.- comentar la no existencia (mejor sería decir desaparición) de un objeto
- 2.- rechazar alguna acción u objeto y
- 3.- negar la verdad de lo que alguien dice.

Las tres funciones serían consonantes con la posición de los modelos pragmáticos.

Desde Ferdinand de Saussure la lingüística moderna viene reconociendo al sistema lingüístico como una estructura de diferencias y oposiciones. Por otra parte Mayor (1.991) ha establecido que la negación tiene que ver con toda oposición constituyendo, precisamente, un mecanismo de apertura a la indeterminación.

Para Russel lo que suscita la negación es una palabra, y no un referente, y por tanto, se sitúa plenamente en el eje simbólico. Es decir que para Russel la negación es un fenómeno puramente lingüístico; en efecto, la negación sólo existe en el lenguaje. Del mismo modo, sólo existen en el lenguaje la falsedad (en un lenguaje lógico) o la mentira. Umberto Eco (1.977) en una definición célebre afirma que signo es todo aquello que sirve para mentir.

Por otro lado, en la "etapa del no" identificada por la psicología clínica en torno a los dos años, el niño, que se introduce en la complejidad del lenguaje, construye su identidad psico-social por

medio de su diferenciación, a la que contribuye fundamentalmente la negación en el lenguaje.

De hecho la negatividad constituye una dimensión esencial del lenguaje. Así, para la lingüística estructural el valor de un elemento - de un signo- en una cadena sintagmática debe ser concebido, en primer lugar, a partir de la exclusión (forma ejemplar de la negación) del conjunto de las posibilidades contenidas en el paradigma. Por otra parte, en semántica se ha consensuado a partir de las aportaciones de Greimas (1976) la tesis según la cual toda unidad semántica se constituye por oposición (negación) a otra correlativa en un eje semántico.

Sustentar -y tal es nuestra hipótesis nuclear- que la metáfora es un dispositivo generador de nuevas significaciones, exigirá poder reconocer en ella ese momento de negación que hemos reconocido consustancial a la existencia misma del significado en tanto hecho *lingüístico*.

Ahora bien, ¿en qué momento de la metáfora se sitúa la negación?. Nos parece que en el punto en el que chocan dos significados en el espacio sintagmático de uno solo. La negación actúa en tanto los dos significantes no se funden nunca totalmente, sino que persiste la diferencia entre ellos, pues algo en sus significados se resiste a la disolución. De esa *tensión* (Ortony, 1979), *contradicción* (Mayor 1983) o *negación*, provendrá por tanto la capacidad generadora de sentido que poseen las buenas metáforas.

Un trabajo de Glucksberg y Keysar (1.990) ve la clave de la comprensión del mecanismo cognitivo subyacente a las metáforas en considerar estas como enunciados de inclusión de clases, donde el topico es asignado a una categoría supraordinada -de ahí la asimetría metafórica- que no posee una designación convencional, y que por tanto debe ser deducida a partir de uno de sus miembros prototípicos, en cada caso del vehículo correspondiente.

Las metáforas, desde este punto de vista, promueven categorizaciones, generan discriminaciones nuevas, y esto no puede explicarse por un simple mecanismo de predicación de similitud o analogía. Nelson Goodman (1.972), según citan Glucksberg y Keysar, afirma que la similitud es un concepto engañoso que no consigue explicar las cuestiones de fondo: en efecto dos elementos cualesquiera, tomados al azar, pueden ser semejantes en algunos aspectos.

Uno de los aspectos más sobresalientes en función de los cuales la similitud puede variar es, según Tversky, el agrupamiento. La similitud estaría causando el agrupamiento, pero a su vez estaría causada por él. En los experimentos diseñados por Tversky y Gati (1.978) para probarlo muestran cómo, si se pide a los sujetos que juzguen la semejanza entre un elemento y otro elemento que deben escoger entre un conjunto de tres, los sujetos variarán en su elección en función del cambio de uno solo de los miembros del grupo. Así, escogiendo el miembro que más se parece a Austria, entre Suiza, Polonia y Hungría, los sujetos escogían (en un contexto político de

guerra fría que ha pasado a la historia) mayoritariamente Suiza. La razón aducida es que el agrupamiento determina la similaridad.

Una forma de explicación del fenómeno que permitiría escapar a la circularidad de los argumentos anteriores sería considerar que si el sujeto se encuentra con cuatro elementos, de los cuales debe emparejar uno, que viene forzado, con otro que escogerá entre tres, el mejor establecimiento de la analogía se efectuará en positivo, es decir emparejándolo con uno de ellos, pero también por exclusión, desechando los otros dos. Si estos últimos se constituyen a su vez en pareja de análogos la operación será más sencilla y mejor completada. En concreto la analogía entre Austria y Suecia se establecerá contextualmente por oposición a la analogía encontrada entre Polonia y Hungría, con lo que los dos pares se vuelven diferentes por oposición (países de libre mercado/países comunistas); la analogía de Austria y Suiza se sostiene, por tanto, contextualmente, por oposición a los otros dos miembros del grupo. Si se cambia Polonia por Hungría, los agrupamientos serán diferentes, escogiéndose Hungría como más parecido a Austria, mientras que Suiza y Noruega serán desechados.

En conclusión, lo que falta en la comprensión de la semejanza es precisamente la inclusión de aquello por cuya oposición se constituye en diferente. O dicho de otro modo, para que dos elementos se configuren como semejantes, es decir configuren un campo significativo, debe definirse un anti-campo, constituido por el conjunto de aquello otro de lo que el nuevo conjunto de análogos se diferencia.

En este experimento tratamos de probar si la variable que hemos definido como *Incertidumbre Informacional* tiene algún efecto sobre el recuerdo de metáforas construidas del tipo "A es B".

Tratamos de averiguar, además, si la formulación positiva o negativa de las metáforas, lo que llamamos *cualidad*, tiene algún efecto en el recuerdo.

Igualmente se utiliza el juicio del sujeto -denominado *Opinión*-, averiguando si el juicio del sujeto respecto a la verdad o falsedad de un enunciado metafórico afecta a su recuerdo.

Mediante la manipulación de los coeficientes de incertidumbre informacional de tópico y vehículo -en sus condiciones de *Alta* y *Baja*- se verifica la hipótesis de la asimetría metafórica, es decir, aquella que define diferentes funciones para tópico y vehículo.

Existe abundante evidencia experimental que prueba que el material verbal es más fácilmente recordado cuando tiene sentido (Marks & Miller, 1.964; Verbrugge & McCarrell, 1.977).

La mayoría de las teorías acerca de la metáfora contemplan la asimetría como un fenómeno indiscutible. Para los modelos de rasgos semánticos, en el establecimiento de las semejanzas entre tópico y vehículo, jugaría un papel privilegiado la relevancia de los rasgos semánticos del tópico y el vehículo.

Según el modelo de Tversky (1.977) será mayor el recuerdo libre de las metáforas de tópico de baja relevancia (variantes) con vehículo de alta relevancia (prototipos). Además su modelo predice

que el sujeto tenderá a prestar más atención al sujeto de la comparación (tópico o tenor) que al vehículo, y por lo tanto a sopesar más sus rasgos que los del referente o predicado. Sin embargo existe evidencia de que sucede lo contrario: en el procesamiento de la dimensión figurativa, al menos, los individuos prestan mayor atención a los rasgos distintivos del vehículo (Malgady & Johnson, 1980).

Verbrugge (1980) ha estudiado el efecto de invertir la estructura tópico-vehículo. Los resultados mostraron que el término que aparecía primero en la frase era tomado más frecuentemente como el sujeto de pensamientos e imágenes. También aporta datos en favor de que los roles funcionalmente distintos de tópico y vehículo en la metáfora, dependen en parte de las características intrínsecas de los conceptos en juego en la metáfora.

Nosotros nos preguntamos si en una prueba de recuerdo libre, de acuerdo con la teoría de Tversky, se recordaría mejor el tópico que el vehículo.

En este sentido Connor y Kogan (1980) han especulado sobre la naturaleza de las asimetrías que se dan en los ítems del MTT (Metaphorical Triad Task): Cuando los miembros de un par de la comparación pertenecen a diferentes estratos en la jerarquía de nivel evolutivo, desde un punto de vista biológico, (humanos, animales, plantas y objetos inanimados), el miembro de la jerarquía superior tenderá a funcionar como el sujeto o tópico de la comparación, y el miembro de más bajo nivel como el referente o vehículo. Por el

contrario, la comparación entre términos del mismo nivel en la jerarquía resultaría simétrica.

En este contexto nos ha parecido interesante, también, investigar el efecto que en la simetría o asimetría de la metáfora tendría una dimensión que afectara globalmente al significado de los términos comprometidos .

Aunque se ha puesto en evidencia la problemática definición de los rasgos semánticos, con objeto de determinar la incertidumbre informacional de un término dado adoptaremos la técnica empleada para calcular la relevancia o prominencia de los rasgos semánticos que emplearon Tversky (1977), Garner (1962), Johnson (1970), Johnson y col. (1974), Malgady y Johnson (1976), y Malgady y Johnson (1980) , consistente en la recopilación de listas de propiedades o atributos de determinados estímulos realizadas por grupos normativos de sujetos.

Una vez realizado el listado de las propiedades, lo cual puede ser entendido como una lista de propiedades discontinuas tanto como el trazado de un mapa semántico rudimentario, se procederá al cálculo de la Incertidumbre Informacional de cada término utilizando la fórmula de incertidumbre perceptiva de Garner (1962), adaptada por Malgady y Johnson (en Honeck y Hoffman, 1980).

Dicha fórmula define la incertidumbre informacional en el conjunto A de los rasgos semánticos, por ejemplo, como una función de los n rasgos semánticos que definen a "a" desde un punto de vista

normativo. De acuerdo con esto, el número de "bits" de incertidumbre informacional (U) en $A = (a_1, a_2, \dots, a_n)$ lo define Garner como:

$$U(A) = -\sum p(a_i) \log_2 p(a_i)$$

donde $p(a_i)$ denota la probabilidad en la población normativa del *i*-avo rasgo de A, o la frecuencia relativa de una propiedad enumerada por un grupo de individuos.

Estos índices de incertidumbre pueden dar cuenta de la incertidumbre informacional de un término. Dicha incertidumbre informacional sería directamente proporcional, por tanto, al número de propiedades o rasgos a él asociados e inversamente proporcional a la predominancia o frecuencia de los mismos.

En nuestro experimento nos propusimos investigar también si la mayor dificultad de las negaciones interferiría de algún modo en la comprensión de metáforas formuladas negativamente, las cuales supondrían una dificultad añadida a la ya compleja comprensión metafórica.

El razonamiento de partida es muy simple: debido a que la interpretación de enunciados literales negativos es de por sí más complicada que la interpretación de enunciados positivos, nos preguntamos si al aplicarse a enunciados metafóricos, resultarían enunciados más difíciles que las negaciones literales, igualmente difíciles, o bien, y esta es nuestra impresión de partida, la dificultad será menor debido a que la interpretación de la metáfora, presumiblemente, incluye la negación de precondiciones, (en cuyo caso habría que replantearse los modelos de interpretación seriales).

Además, podría convertirse en una sencilla manera de demostrar como la comprensión de una aseveración afirmativa metafórica se distingue de la lógica formal bipolar, por cuanto en una interpretación metafórica coexisten dos posibilidades opuestas a la vez, sin que una excluya a la otra, donde A es A y además es no A (les B).

En cuanto a la utilización de una tarea de verificación posterior nos servirá para poner a prueba el valor de verdad metafórica de los enunciados, sirviendo asimismo estas puntuaciones como indicadores de que los enunciados metafóricos negativos son comprendidos, ya que no se predice que se producirá una distribución del 50% de acuerdos y el 50% de desacuerdos, como sería de esperar para enunciados literales desde un modelo lógico-formal, según el cual cuando un enunciado ha sido evaluado como verdadero, su negación debería resultar falsa y vice-versa.

Si, como esperamos, las proporciones de acuerdo superan ese 50% tendremos que admitir que en la comprensión de metáforas el establecimiento de un supuesto no anula su contrario, es decir, que podrían ser estimadas como ciertas, al mismo tiempo, una proposición y su contraria.

3.2. HIPOTESIS

Para guiar la investigación se formularon las siguientes hipótesis:

1.- La incertidumbre informacional del tópico afecta la comprensión metafórica, y por tanto el recuerdo de las metáforas, en mayor medida que la incertidumbre informacional del vehículo. En concreto a mayor incertidumbre informacional del tópico peor recuerdo, y viceversa.

2.- El recuerdo del tópico es superior al recuerdo del vehículo

3.- Las metáforas de cualidad afirmativa se recuerdan mejor que las negativas.

4.- Los sujetos calificarán más metáforas como verdaderas que como falsas, contrariamente a lo que cabría esperarse de la verificación de enunciados literales.

5.- De las metáforas evaluadas como conformes por los sujetos, -es decir, aquellas de las que deducimos que se ha establecido una interpretación metafórica aceptable- el recuerdo de las metáforas afirmativas y negativas no difiere.

3.3. SUJETOS

Los Sujetos fueron 134 estudiantes universitarios de tercero de psicología de la Universidad Complutense de Madrid, cuya colaboración fué solicitada voluntariamente. Recibieron por ello créditos para las prácticas en una asignatura. De ellos, 30 sujetos fueron utilizados en el estudio preliminar para obtener los coeficientes de incertidumbre informacional de los términos. Los restantes fueron asignados al azar a cada uno de los 8 grupos en número de 13.

3.4. MATERIAL Y PROCEDIMIENTO

Se realizó una prueba previa con objeto de preparar el material del experimento. Para ello se dispuso en primer lugar una lista de 120 sustantivos, seleccionados de acuerdo con su frecuencia de uso. Utilizando el Diccionario de Juilland y Chang-Rodriguez (1.964), se seleccionaron los sustantivos cuyo Coeficiente de Uso General era más alto (es decir, las palabras de uso más frecuente). La

variabilidad de dichos coeficientes se sitúa entre 418.22 la máxima, y 5.03 la mínima. La lista original se recoge en el apéndice 1.

Esta lista fué sometida al juicio de un grupo de 30 Sujetos, estudiantes de la facultad de psicología. Los terminos se presentaron ordenados al azar en un cuadernillo para que los sujetos escribieran en él tantos adjetivos como fuera posible dentro de un tiempo máximo por término de 30 segundos que el experimentador fué marcando. Las Instrucciones estaban impresas en la primera pagina del cuadernillo, que se recoge en el apéndice 2.

El tiempo de duración de la prueba fué de 60 minutos; una vez transcurrido se pidió a los Sujetos que dieran la vuelta al cuadernillo, para asegurar el fin de la prueba.

Con las listas de adjetivos obtenidas en el experimento previo se obtuvieron los índices de Incertidumbre Informacional de cada sustantivo, y una vez obtenidos se seleccionaron los 40 valores máximos y los 40 valores mínimos, descartando todos los demás. Con estos 80 sustantivos se fabricaron 64 metáforas en las que se combinó la variable de incertidumbre informacional con dos valores: Alta (A) y Baja (B)) y la variable Componentes de la Estructura, también con dos valores : Tópico (T) y Vehículo (V).

A cada una de las cuatro condiciones resultantes correspondían 16 metáforas. Los sustantivos que en un grupo actuaban como sujetos o tópicos de la metáfora, se empleaban como vehiculos en otro, y los que habian actuado como vehiculos (Altos, por ejemplo), se empleaban como topicos (también Altos) en otro.

A cada grupo de Sujetos se le presentaron 16 metáforas en un cuadernillo. Las instrucciones y los cuatro grupos de metáforas se recogen en el apéndice 3.

El experimentador marcó el tiempo cada treinta segundos. Se pidió a los Sujetos que pasaran la página cada vez que escucharan una señal de tiempo.

La prueba de recuerdo libre se realizó a continuación, una vez transcurridos 2 minutos. Para ello se solicitó a los sujetos que intentaran recordar las metáforas que acababa de leer, y que las escribieran en una hoja en el orden que quisieran, en un tiempo máximo de 2 minutos por metáfora.

Se repartieron por último los cuadernillos de verificación, que incluían el total de las 64 metáforas, 32 formuladas positivamente y 32 formuladas negativamente para los dos grupos en los que se dividió a los 104 sujetos. Las metáforas cuya cualidad era positiva para un grupo eran negativas para el otro, y viceversa. Los cuadernillos se incluyen en el apéndice 4.

Para las calificaciones del recuerdo se utilizaron 4 criterios: Emparejamiento (si aparecían tópicos y vehículos en cualquier orden), Tópico (si aparecía el tópico en posición de sujeto), Vehículo (si aparecía el vehículo en posición de predicado), Cualidad (si la formulación negativa o positiva era correcta).

Cada uno de estos criterios fueron puntuados con un 1 si se cumplía el criterio, y con un 0 si no se cumplía. La suma de las

cuatro puntuaciones constituía la puntuación general del recuerdo para cada metáfora.

La verificación se puntuó con un 1 cuando la respuesta era Verdadero, y con un 0 cuando la respuesta era Falso.

3.5. RESULTADOS

Los resultados mostraron que, para las distintas medidas de recuerdo fué superior el recuerdo de las metáforas con tópicos de *baja incertidumbre informativa*, en relación a las metáforas con tópicos de *alta incertidumbre informativa*.

La puntuación media de recuerdo global en función de la incertidumbre del tópico fué de .530 cuando el tópico era de *alta incertidumbre informativa*, y de .620 cuando el tópico era de *baja incertidumbre informativa*.

Esta pauta, mayor recuerdo cuando el tópico es de *baja incertidumbre informativa*, y menor recuerdo cuando el tópico es de *alta incertidumbre informativa*, permanece constante en las puntuaciones de recuerdo de las distintas variables. El recuerdo del emparejamiento muestra unas medias de .513 para el tópico de *alta incertidumbre informativa*, y de .612 para el tópico de *baja*. En el

recuerdo del tópico las medias son de .536 cuando el tópico es de alta incertidumbre informacional, y .631 cuando es de baja.

En el recuerdo del vehículo la diferencia entre las medias de los grupos de tópico de alta incertidumbre informacional, y tópico de baja incertidumbre informacional, es la menor, con una diferencia de .023 entre las diferencias de las medias de alta o baja incertidumbre informacional del tópico en las puntuaciones

de recuerdo global, respecto a las medias de recuerdo del vehículo; y la diferencia es aun mayor con el resto de las variables. La media de recuerdo del vehículo con tópico de alta incertidumbre informacional es de .526, y de .593 con tópico de baja incertidumbre informacional.

El recuerdo de la Polaridad, por último, con la diferencia entre medias mayor, tiene una media de recuerdo con tópico de alta incertidumbre informacional de .544, y una media de recuerdo con tópico de baja incertidumbre informacional de .644. Estos datos se ofrecen en la Tabla 1.

La incertidumbre informacional del vehículo, en cambio, no muestra grandes diferencias entre las medias de las condiciones alta y baja. Aparece incluso la tendencia contraria -mejor recuerdo para los grupos con vehículo de alta incertidumbre informacional- en las medias de recuerdo global, de emparejamiento y del tópico. Para el recuerdo global, las medias obtenidas son de .579 para el grupo de alta incertidumbre informacional y .571 para el grupo de baja.

		Tópico	
		Alta	Baja
Global	Media	0.530	0.620
	D.T.	0.478	0.426
Emparejamiento	Media	0.513	0.612
	D.T.	0.500	0.488
Rec. Tópico	Media	0.536	0.631
	D.T.	0.499	0.483
Rec. Vehículo	Media	0.526	0.593
	D.T.	0.500	0.491
Rec. Polaridad	Media	0.544	0.644
	D.T.	0.498	0.479

Tabla 1. Medias y desviaciones típicas de las puntuaciones de recuerdo de las distintas variables, en función de la Incertidumbre del Tópico.

En el emparejamiento la media de recuerdo con vehículo de alta incertidumbre informativa es .574, y de .552 con vehículo de baja incertidumbre informativa. La diferencia entre estas medias -.022- es muy inferior a la diferencia entre las medias de recuerdo del emparejamiento en función del tópico de alta incertidumbre

informativa y de baja -99-, pero constituye la mayor diferencia entre medias de recuerdo de todas las variables, en función de la incertidumbre informativa del vehículo.

El recuerdo del tópico muestra también la tendencia anterior, con una diferencia de .018 entre la media de recuerdo superior para el grupo de vehículo de alta incertidumbre informativa - .593-, y la media del grupo de vehículo de baja incertidumbre informativa - .575-.

El recuerdo del vehículo y de la polaridad, en cambio muestran la diferencia más pequeña entre sus medias - .001 y .005 entre los grupos de alta y baja incertidumbre del vehículo, respectivamente-, y la diferencia es a favor de los grupos de baja incertidumbre informativa. Las medias de recuerdo son de .559 para el recuerdo del vehículo con vehículo de alta incertidumbre informativa, y de .560 para el recuerdo del vehículo con vehículo de baja incertidumbre informativa. En el recuerdo de la polaridad las medias fueron de .592 en el grupo de alta incertidumbre informativa, y de .597 en el grupo de baja incertidumbre informativa. Los datos se ofrecen en la Tabla 2.

En el recuerdo de las distintas variables en función de la cualidad, aparece consistentemente un mejor recuerdo de afirmativas que de negativas. Así, para el recuerdo global la media de recuerdo para el grupo de afirmativas es de .594, y para el grupo de negativas de .557. La diferencia entre ellas es de .037. En el recuerdo del emparejamiento, el grupo de afirmativas tiene una media de .584, y el grupo de negativas de .541. Esta, que es la

diferencia mayor entre medias, es idéntica, aunque con puntuaciones ligeramente menores, a la diferencia entre las medias de recuerdo del vehículo, con ,581 para el grupo de afirmativas, y ,538 para el grupo de negativas.

		Vehículo	
		Alta	Baja
Global	Media	0.579	0.571
	D.T.	0.472	0.473
Emparejamiento	Media	0.574	0.552
	D.T.	0.495	0.498
Rec. Tópico	Media	0.593	0.575
	D.T.	0.492	0.495
Rec. Vehículo	Media	0.559	0.560
	D.T.	0.497	0.497
Rec. Polaridad	Media	0.592	0.597
	D.T.	0.492	0.491

Tabla 2. Medias y desviaciones típicas de las puntuaciones de recuerdo de las distintas variables, en función de la Incertidumbre del Vehículo.

		Cualidad	
		Afirmat.	Negat.
Global	Media	0.594	0.557
	D.T.	0.470	0.474
Emparejamiento	Media	0.584	0.541
	D.T.	0.493	0.499
Rec. Tópico	Media	0.598	0.570
	D.T.	0.491	0.495
Rec. Vehículo	Media	0.581	0.538
	D.T.	0.494	0.499
Rec. Polaridad	Media	0.611	0.577
	D.T.	0.488	0.494

Tabla 3. Medias y desviaciones típicas de las puntuaciones de recuerdo de las distintas variables, en función de la Cualidad.

En el recuerdo del tópico, en cambio, la diferencia entre las medias de recuerdo de las metáforas afirmativas y negativas, es la menor -018- con un valor de .598 para el grupo de afirmativas, y .570 para el grupo de negativas.

Las medias de recuerdo de la polaridad -afirmativa o negativa-, en función de la cualidad afirmativa o negativa de las metáforas, siendo superiores a las de recuerdo global, muestran una diferencia

algo menor. Para el grupo de afirmativas la media es de .611, y para el de negativas de .577. Los datos se ofrecen en la tabla 3.

De las diferentes medidas de recuerdo en función de la opinión, -conforme, disconforme- la media de recuerdo global es de .582 el grupo de las conformes, y de .560 el grupo de las disconformes.

Las diferencias entre las medias de los grupos conforme y disconforme fue máxima para el recuerdo del emparejamiento -el recuerdo del tópicó y del vehículo en cualquier posición- aunque sus valores son inferiores a las medias de recuerdo global. Para el grupo conforme la media de recuerdo del emparejamiento es de .572, y para el disconforme de .541. La diferencia entre las medias también fue superior en el recuerdo de la polaridad, en relación a las medias de recuerdo global. Para el grupo conforme, la media de recuerdo de la polaridad fue de .603, y para el grupo disconforme de .575.

Las diferencias entre las medias de recuerdo de los grupos conforme y disconforme son menores a las correspondientes medias del recuerdo global, en el recuerdo del tópicó y el recuerdo del vehículo. En el recuerdo del tópicó en el grupo conforme es de .588, y de .575 en el grupo disconforme. En la memoria del vehículo la media de recuerdo es de .563 para el grupo conforme, y de .551 para el grupo disconforme. Los datos se ofrecen en la Tabla 4.

Con los datos a partir de los cuales se obtuvieron las medias y desviaciones típicas que se recogen en las tablas 1, 2, 3 y 4, se realizó un análisis de varianza con medidas repetidas BMDP2V,

comprobandose que existe un efecto significativo de los distintos tipos de recuerdo ($F(3, 4.890) = 11.20$, $MCE = .028$, $p = .0000$).

A través de las correspondientes pruebas de Scheffé se comprobó que la media de recuerdo mayor fue la correspondiente a la Polaridad. Una prueba de Scheffé mostró que era significativamente diferente a las medias de recuerdo del Vehículo y del Emparejamiento.

La media de recuerdo del tópico, .5838, que según la prueba de Scheffé no es diferente del recuerdo de la Polaridad, con una media de .5942, si lo es de la media de recuerdo del Vehículo, .5595, y del Emparejamiento, .5625.

El recuerdo del Emparejamiento, por último, no resultó diferente del recuerdo del Vehículo.

Ordenadas de mayor a menor, aparecen dos grupos significativamente diferentes: polaridad y tópico con un recuerdo mayor, y emparejamiento y vehículo con un recuerdo menor.

Recuerdo de la Polaridad	
Recuerdo del Tópico	
<hr/>	
Recuerdo del Emparejamiento	Significativamente diferentes
Recuerdo del Vehículo	

		Opinión	
		Conforme	Disconforme
Global	Media	0.582	0.560
	D.T.	0.472	0.472
Emparejamiento	Media	0.572	0.541
	D.T.	0.495	0.499
Rec. Tópico	Media	0.588	0.575
	D.T.	0.492	0.495
Rec. Vehículo	Media	0.563	0.551
	D.T.	0.496	0.498
Rec Polaridad	Media	0.603	0.575
	D.T.	0.489	0.495

Tabla 4. Medias y desviaciones típicas de las puntuaciones de recuerdo de las distintas variables, en función de la Opinión

Si tomamos en cuenta las variables utilizadas vemos que el tópico afecta al recuerdo en su conjunto: $F(1, 1.630) = 5.75$, $MCE = .88$, $p = .0166$, es decir, que la baja incertidumbre informacional del tópico coincide con un mejor recuerdo general. Un análisis pormenorizado de los datos muestra que el mismo efecto aparece en

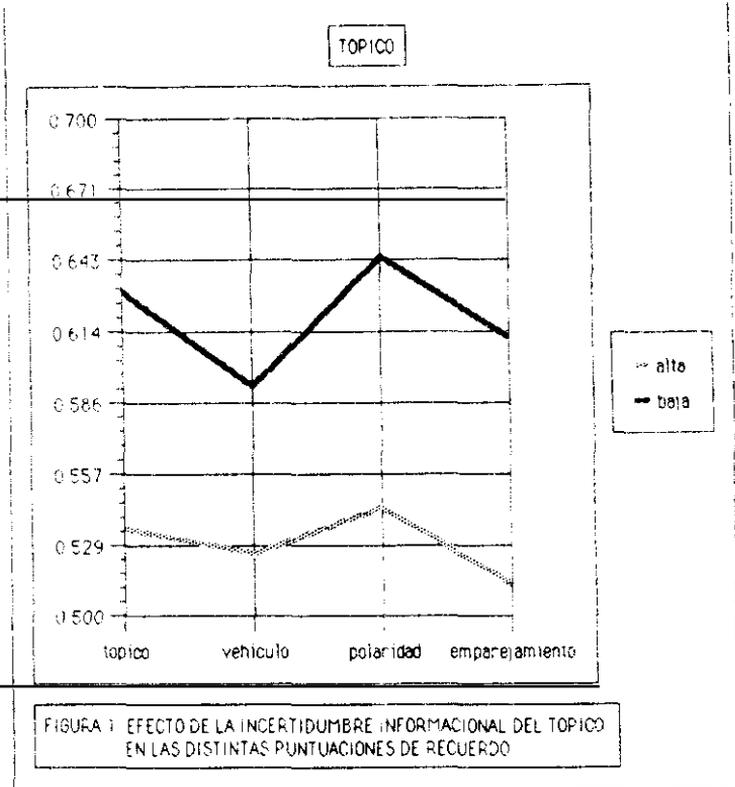
el recuerdo del tópico: $\langle F(1, 1.630) = 6.36, MCE = .24, p = .0118 \rangle$, en el recuerdo de la Calidad: $\langle F(1, 1.630) = 7.70, MCE = .24, p = .0056 \rangle$, y en el recuerdo del Emparejamiento: $\langle F(1, 1.630) = 5.76, MCE = .24, p = .0165 \rangle$. El recuerdo del Vehículo fue la única variable dependiente en la que la incertidumbre del tópico no afectó significativamente: $\langle F(1, 1.630) = 2.17, MCE = .24, p = .1411 \rangle$.

Resultó igualmente significativa la interacción de las respuestas con la incertidumbre del tópico: $\langle F(3, 4.890) = 2.64, MCE = .028, p = .0476 \rangle$, con la incertidumbre del vehículo: $\langle F(3, 4.890) = 2.64, MCE = .028, p = .0136 \rangle$ y con la interacción del vehículo y la opinión: $\langle F(3, 4.890) = 2.67, MCE = 4.890, p = .0461 \rangle$.

En la Figura 1 aparece el efecto de la incertidumbre informativa del tópico sobre cada una de las puntuaciones de recuerdo. En ella se aprecia como el recuerdo de las metáforas de tópico de baja incertidumbre informativa es, en todos los casos, superior al recuerdo de metáforas con tópico de alta incertidumbre informativa. Además vemos que, tanto en las metáforas de alta incertidumbre informativa como en las de baja, el recuerdo del tópico y de la polaridad fueron superiores, significativamente, al recuerdo del vehículo y del emparejamiento.

No obstante, puede apreciarse que en las metáforas de tópico de alta incertidumbre informativa la diferencia entre los recuerdos del tópico y el vehículo es mucho menor que en las metáforas de tópico de baja incertidumbre informativa. Más en concreto, es el recuerdo del vehículo, en los casos de metáforas con tópico de alta incertidumbre informativa, el que mejora, en relación al recuerdo

del topico, superando incluso las medias de recuerdo del emparejamiento.



En la Figura 2 se aprecia el efecto de la incertidumbre informacional del vehiculo sobre cada una de las puntuaciones de

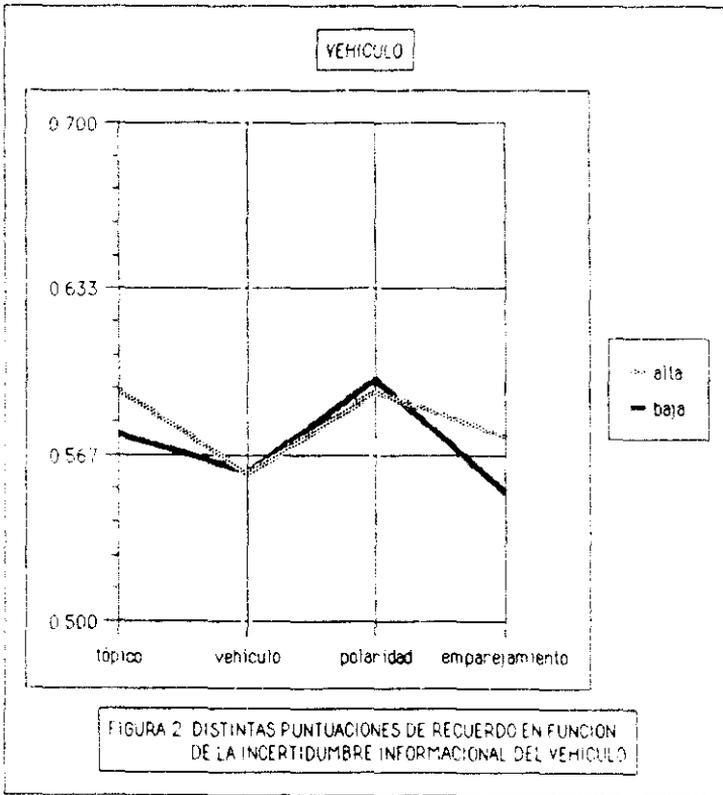
recuerdo. En las metáforas de vehículo de baja incertidumbre informacional aparece la tendencia a un recuerdo más bajo del tópico y del emparejamiento, en relación a las metáforas con vehículo de alta incertidumbre informacional. Es decir, la tendencia contraria al efecto de la incertidumbre informacional del tópico, que sitúa el recuerdo de todas las variables como significativamente mayores para las metáforas con tópico de baja incertidumbre informacional.

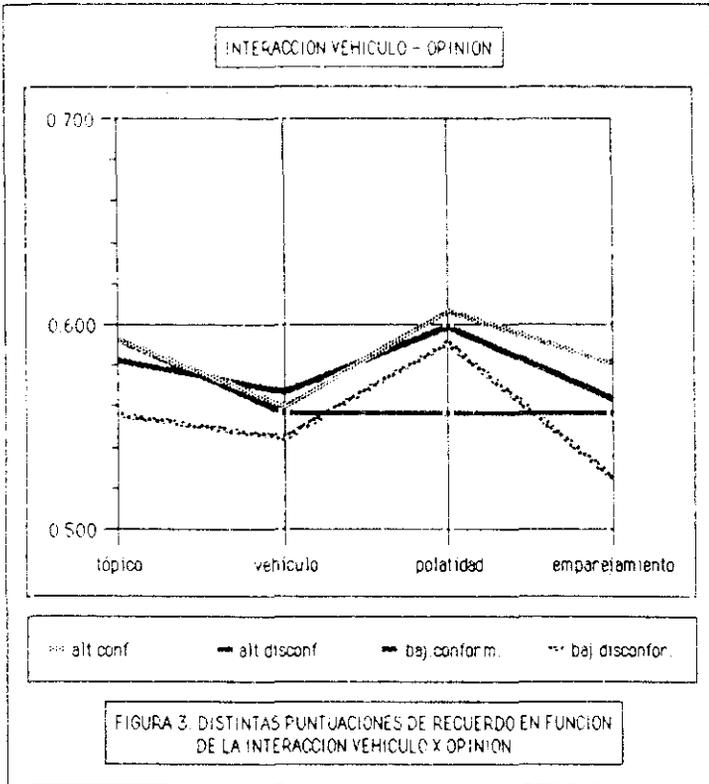
La baja incertidumbre informacional del vehículo, por tanto, no repercute en un mejor recuerdo, sino, en todo caso, aparecería la tendencia contraria, es decir, un mejor recuerdo acompaña a los vehículos de alta incertidumbre informacional, al menos en lo que respecta al tópico y al emparejamiento, mientras el recuerdo del vehículo y de la polaridad no se ven prácticamente afectados.

La incertidumbre informacional del vehículo, en efecto, no ha mostrado ningún efecto significativo en el recuerdo global: $(F(1, 1.630) = .05, MSe = .88, p = .8246)$. En los anovas subsiguientes se observa también que no hay ninguna diferencia significativa atribuible a la incertidumbre informacional del vehículo.

Por lo que respecta a la interacción de la respuesta con el vehículo y la opinión, se muestra una representación de la misma en la Figura 3. En ella se observa cómo el vehículo de alta incertidumbre, acompañado de opinión disconforme, presenta un comportamiento opuesto al resto de las condiciones en lo que respecta a la variable de la polaridad, con los resultados de recuerdo más pobres. La alta incertidumbre informacional del vehículo, por tanto, junto a una opinión disconforme, acompañan al mejor recuerdo del tópico, y al

peor recuerdo de la polaridad. Esto podría interpretarse en el sentido de que si la opinión es un indicador de la dificultad de aceptación de una metáfora, es, ya que no existe ninguna correlación entre opinión y recuerdo, probablemente, un indicador de la preferencia por la polaridad opuesta, que es lo que en realidad significa un peor recuerdo de la polaridad correcta.





El hecho de que esto sólo suceda en los casos de metáforas con vehículos de alta incertidumbre, podría apuntar algo acerca del papel específico del vehículo.

Los vehículos de alta incertidumbre informacional unidos a puntuaciones conformes produjeron, en cambio, los valores más altos de recuerdo de la polaridad correcta. Coincidiendo con los valores de baja conformidad, las puntuaciones de recuerdo del vehículo de baja incertidumbre informacional son las más bajas.

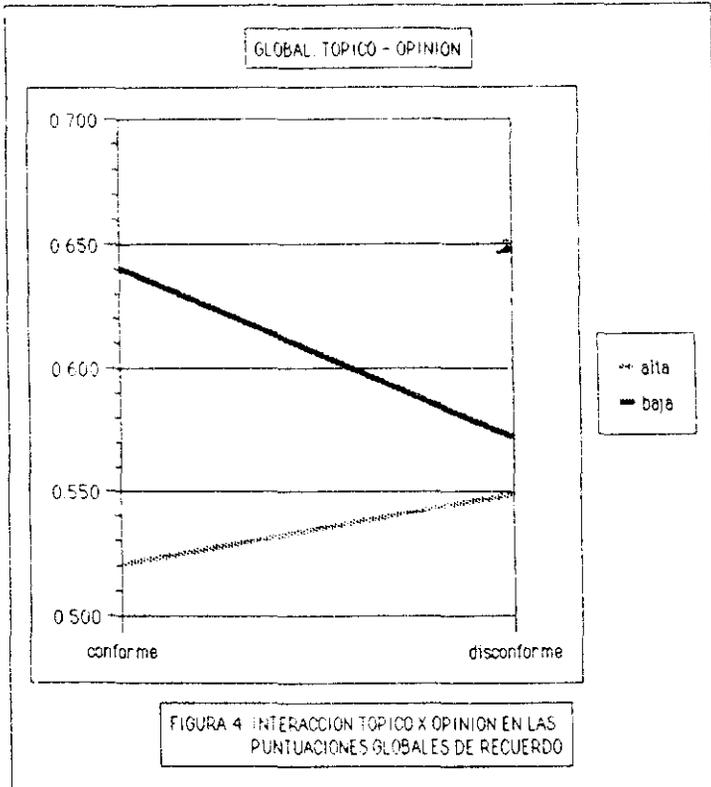
Esto puede leerse en dos sentidos: en uno de ellos los vehículos de baja incertidumbre informacional tienden a producir respuestas de baja conformidad, o bien y también, la baja conformidad con la metáfora, unida a un vehículo de baja incertidumbre informacional, es decir, un estímulo no ambiguo, tiende a producir un escaso recuerdo, y presumiblemente entonces, los vehículos de baja incertidumbre informacional producen metáforas poco flexibles, con escasas posibilidades de interpretación.

Por otro lado la cualidad mostró efectos significativos en el conjunto del recuerdo, es decir, se recordaron mejor las metáforas positivas que las negativas $\langle F(1, 1.630) = 4.67, MCE = .88, p = .0308 \rangle$. En un análisis pormenorizado vemos que la cualidad afectó significativamente al recuerdo del vehículo: $\langle F(1, 1.630) = 6.20, p = 0.0129 \rangle$, y al recuerdo del emparejamiento también: $\langle F(1, 1.630) = 5.52, p = .0189 \rangle$ exclusivamente.

Por último la Opinión no resultó significativa ni respecto al recuerdo en su conjunto, ni respecto a ninguna de las puntuaciones de recuerdo separadamente.

En relación a las interacciones, respecto a las puntuaciones globales de recuerdo, sólo aparecieron la de tópico y opinión: $\langle F(1,$

1.630) = 5.00, M_{Ce} = .88; $p < .0255$ por un lado, y la de calidad y opinión (F (1, 1.630) = 4.27, M_{Ce} = .88, $p = .0388$) por otro



Si consideramos la primera de ellas, cuando hay acuerdo, se recuerdan mejor las metáforas con topico de baja incertidumbre

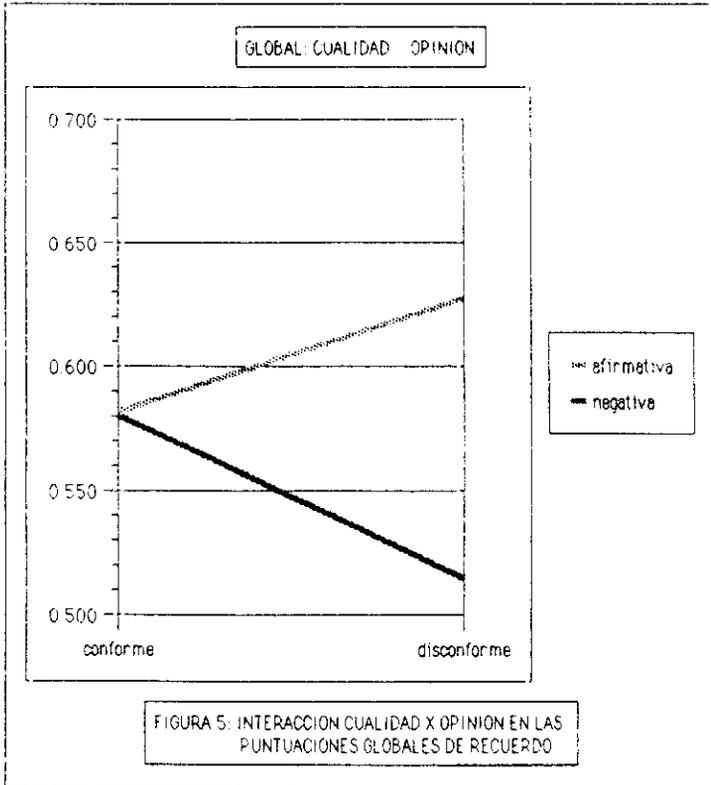
informacional. Cuando hay desacuerdo, en cambio, se recuerdan mejor las metáforas con tópico de alta incertidumbre informacional. La figura 4 nos muestra esta interacción. En ella se aprecia cómo se aproximan las puntuaciones de recuerdo del tópico cuando la puntuación es disconforme, importando menos la alta o baja incertidumbre informacional del tópico.

Cuando la opinión, en cambio, es conforme, las diferencias entre los recuerdos de las metáforas con tópico de alta y de baja incertidumbre informacional se separan ostensiblemente. Diríase, por tanto, que la conformidad con la metáfora, unido a la baja incertidumbre del tópico -lo que podría suponer unas exigencias de procesamiento menor a este nivel- van acompañados de una puntuación de recuerdo global mejor que las puntuaciones del resto de las metáforas

Por lo que respecta a la interacción Calidad x Opinión, la opinión de acuerdo en las metáforas -de lo que inferimos que la comprensión metafórica tanto en afirmativas como en negativas, se ha producido- coincide con ausencia de diferencia en las medias de recuerdo de afirmativas y negativas. Cuando el sujeto manifiesta desacuerdo, en cambio, se recuerdan mejor las metáforas afirmativas. En la Figura 5 se ofrece la tendencia que muestra esta interacción.

Una posible explicación del hecho de que cuando existe desacuerdo las metáforas que se recuerdan mejor sean las afirmativas, sería que cuando la comprensión metafórica no es fácil funciona el principio generalmente establecido de la mayor facilidad

de procesamiento de los enunciados afirmativos, o al menos de su preferencia por parte de los sujetos.



Otra posible explicación del mismo hecho, que no es excluyente de la anterior, sería considerar que algunas de las puntuaciones de desacuerdo en las metáforas negativas pueden estar motivadas por la preferencia, de parte del sujeto, por la polaridad metafórica contraria.

Considerando, entonces, que el desacuerdo podría indicar una mayor dificultad de comprensión, llegamos a plantear la propuesta de que, una vez superada la mayor dificultad de comprensión de los enunciados negativos, su recuerdo no diferiría de los enunciados positivos, y que fué recogida en la quinta de nuestras hipótesis.

Cabría quizá preguntarse por qué estas dos interacciones - tópico x opinión y cualidad x opinión- son las únicas que han resultado significativas. En la interacción del tópico x opinión se combinan una de las dos variables independientes que resultaron significativas para el recuerdo, la incertidumbre informacional del tópico, con el grado de acuerdo, es decir con la opinión. Podríamos pensar que la opinión ha funcionado como un indicador de la dificultad relativa a la interpretación del tópico: cuando la opinión es disconforme, mejora el recuerdo de las metáforas de tópico de alta incertidumbre, ya que esa incertidumbre facilitaría la configuración de nuevas esquematizaciones.

La interacción cualidad x opinión apuntaría en una dirección parecida en cuanto al significado de las puntuaciones de acuerdo. La opinión disconforme acompaña el mejor recuerdo de las metáforas positivas en relación con aquellas de las disconformes cuya cualidad es negativa. Este resultado óptimo de los enunciados positivos acompañados de opinión disconforme, si interpretamos la

disconformidad como indicador de que no se ha producido interpretación o comprensión metafórica, supone el mejor recuerdo de los enunciados sin sentido, una vez que hemos admitido que han sido interpretados literalmente enunciados positivos de la forma A es B, donde A y B no tienen relación literal alguna.

Por debajo de esta puntuación encontramos la alcanzada por los enunciados cuya opinión es conforme, es decir, aquellos enunciados de los que deducimos que se ha construido una interpretación metafórica. Cuando esto sucede, por lo tanto, podemos apreciar una idéntica proporción de recuerdo para los enunciados positivos y negativos. Inferimos, por tanto, que cuando la interpretación metafórica se construye, el sujeto recuerda con igual facilidad los enunciados positivos y negativos. Además las puntuaciones de recuerdo de estos enunciados conformes son, por un lado más bajas que las de los enunciados literales sin sentido, como vimos anteriormente, y a su vez más altas que las puntuaciones de recuerdo de los enunciados negativos disconformes, es decir, los enunciados cuya ausencia de interpretación metafórica convierte en enunciados literales verdaderos -A no es B-, debido a la ausencia de relación semántica entre sus elementos.

Lo que aparece, en definitiva, por tanto, es un efecto de la polaridad que se cruza con el tipo de interpretación: los enunciados más sencillos de recordar, y por tanto, deducimos, más difíciles de procesar, habrán sido los enunciados sin sentido afirmativos, y los más fáciles los enunciados literales negativos, con una posición intermedia, en cuanto a dificultad, de los enunciados metafóricos, ya

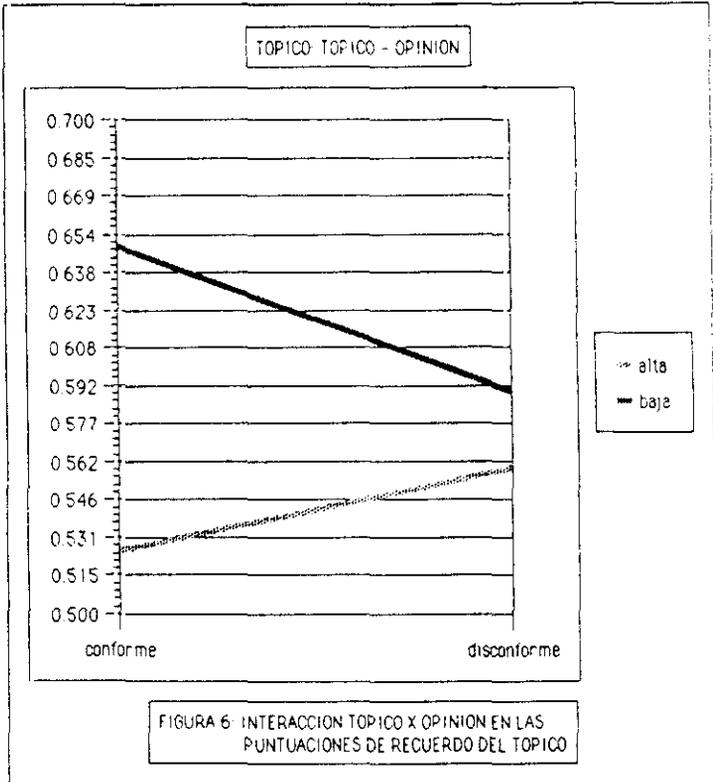
sean afirmativos o negativos. La dificultad estaría así inversamente relacionada con la facilidad de procesamiento, y podría sostenerse, por tanto, que el procesamiento metafórico es un procesamiento más complejo que el procesamiento de literales, aun cuando estas fueran negativas.

Cuando pormenorizamos el análisis de las distintas puntuaciones de recuerdo, vemos que la interacción Tópico x Opinión aparece significativa en el recuerdo del tópico : $\langle F(1, 1.630) = 4.11, M\text{Ce} = .24, p = .0428 \rangle$, en el recuerdo de la Polaridad: $\langle F(1, 1.630) = 3.85, M\text{Ce} = .24, p = .0499 \rangle$, y en el recuerdo del emparejamiento: Tópico x Opinión $\langle F(1, 1.630) = 6.38, M\text{Ce} = .24, p = .0117 \rangle$. Es decir que, donde únicamente no aparece, es en el recuerdo del vehículo.

La interacción tópico x opinión en las puntuaciones de recuerdo del tópico aparece en la Figura 6. En ella se observa, como ocurría con las puntuaciones globales, la misma característica diferencia entre las puntuaciones de recuerdo del tópico de baja y de alta incertidumbre informacional cuando la opinión es conforme, y el mismo acercamiento de las puntuaciones de recuerdo del tópico de alta y baja incertidumbre informacional con opinión disconforme.

La interacción tópico x opinión, en las puntuaciones de recuerdo de la polaridad, aparece en la Figura 7. En ella se observa la misma tendencia comentada respecto a las puntuaciones de recuerdo del tópico y globales. Esta tendencia es aún más acusada en la interacción tópico x opinión en las puntuaciones de recuerdo del emparejamiento, debido, probablemente, a que las puntuaciones de

recuerdo del emparejamiento son las más bajas. El efecto se muestra en la Figura 8.



La interacción calidad x opinión aparece en el análisis pormenorizado en el recuerdo del vehículo: $F(1, 1.630) = 6.10, MGe$

$\alpha = .24$, $p = .0136$, y en el recuerdo del emparejamiento: $F(1, 1.630) = 4.56$, $MCE = .24$, $p = .0328$.

La interacción calidad x opinión en las puntuaciones de recuerdo del emparejamiento, que se muestra en la Figura 9, presenta un recuerdo convergente de las metáforas positivas y negativas cuando la opinión es conforme, y un recuerdo divergente, *en cambio, con un mayor recuerdo de afirmativas que de negativas, cuando la opinión es disconforme.*

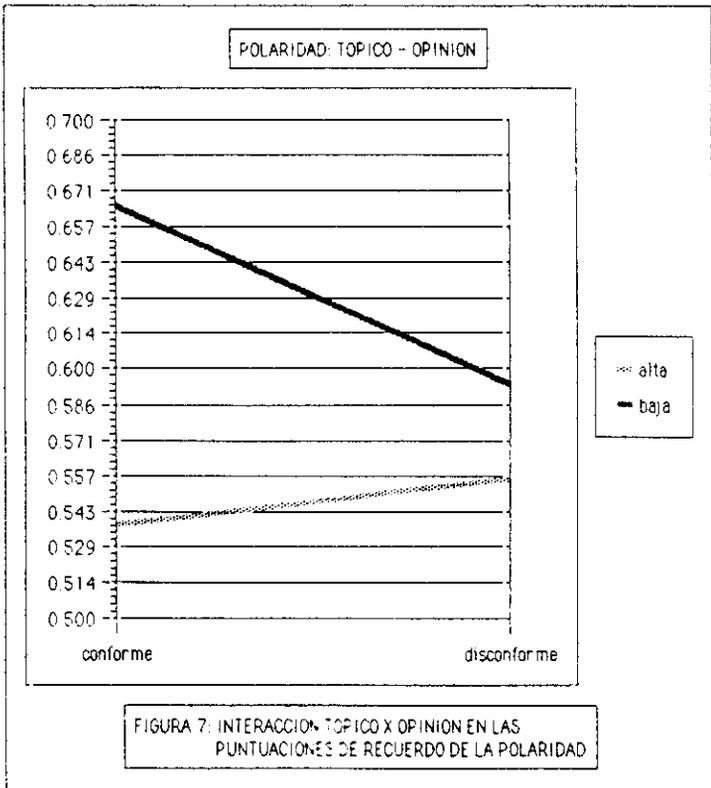
En el recuerdo del vehículo las puntuaciones de recuerdo de afirmativas y negativas cuando la opinión es conforme es aún más próximo -diríamos que es idéntico-, mientras que cuando la opinión es disconforme los comportamientos de positivas y negativas son opuestos. Esta última interacción aparece en la Figura 10.

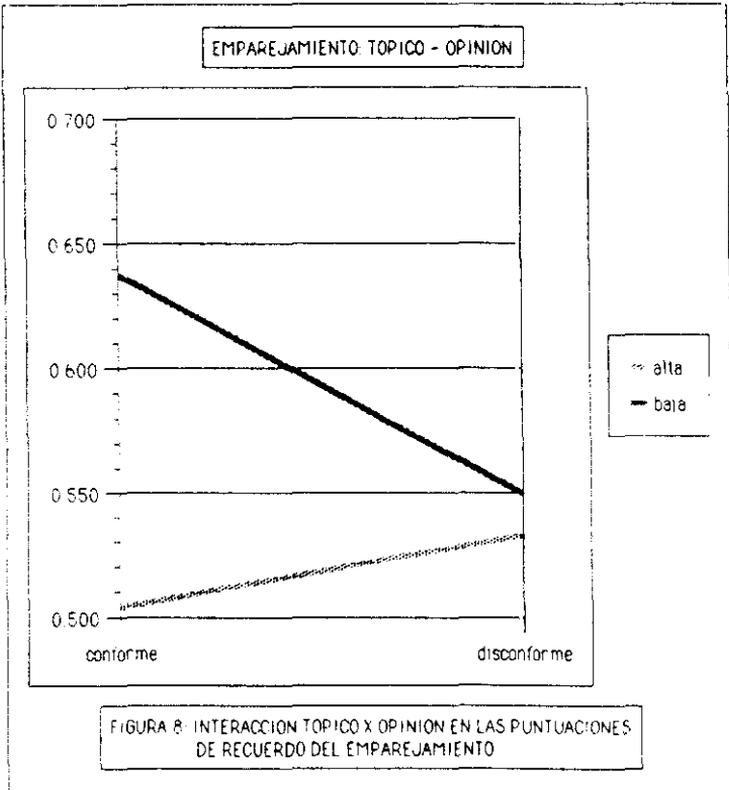
Las metáforas evaluadas como verdaderas, fueron en total 1.136, mientras que las valoradas como falsas fueron 510, de un total de 1.646, lo cual supone un 69% de opiniones de conformidad, y un 31% de opiniones de disconformidad. Estos valores son significativamente diferentes del 50%, lo que permitiría rechazar la hipótesis nula, según una prueba de χ^2 , con una $\chi^2 = 238$ $p \leq .01$.

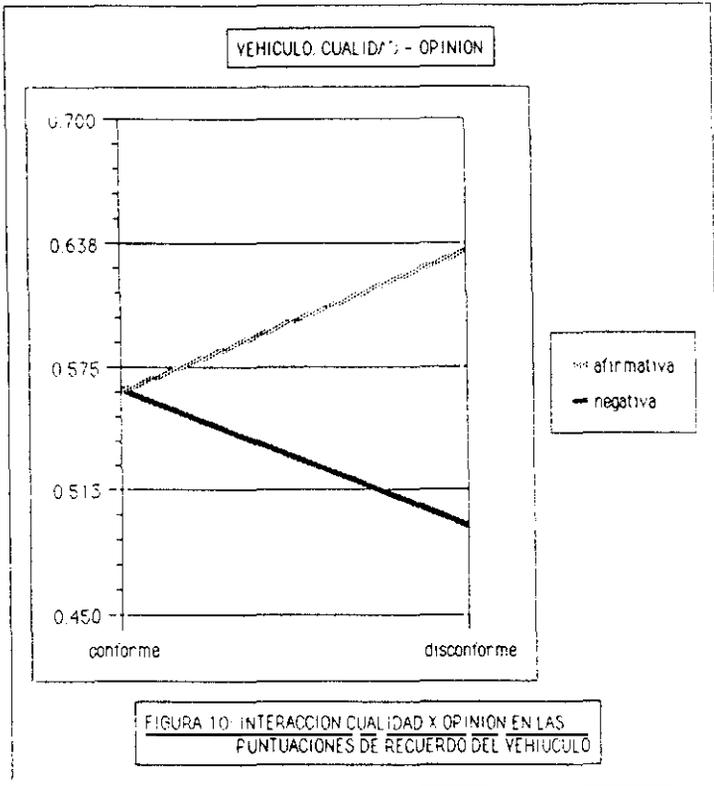
La tabla 5 muestra como la incertidumbre informacional del tópico no afecta a la distribución de la opinión.

El valor de la chi cuadrada de Pearson fue de .452, lo que supone una probabilidad de .5012.

Tampoco resulta significativo el efecto de la incertidumbre informacional del vehículo sobre la distribución de la opinión, con un chi cuadrado de Pearson de .045, con una probabilidad de .8312. En la tabla 6 se muestran los valores correspondientes a la tabla de frecuencias de la incertidumbre del vehículo por la opinión.







Tópico	Opinión		
	Conforme	Disconforme	Total
Alta	561	261	822
Baja	575	249	824
Total	1.136	510	1.646

Tabla 5: Tabla de frecuencias de la incertidumbre informativa del tópico por la opinión.

Vehículo	Opinión		
	Conforme	Disconforme	Total
Aita	570	253	823
Baja	566	257	823
Total	1.136	510	1.646

Tabla 6: Frecuencias de la incertidumbre informacional del vehículo por la opinión

La cualidad en cambio, si afecta a la distribución de la opinión: $\chi^2 = 28.411$, $p = .0000$. En la tabla 7 aparecen los datos de la tabla de frecuencias de la cualidad por la opinión

Las metáforas negativas, por tanto, están acompañadas por una mayor cantidad de opiniones disconformes, quizá atribuible a la tendencia, repetidamente reconocida, a convertir en positivos los enunciados negativos. La tendencia en las metáforas positivas, es la contraria: mayor frecuencia de conformes con las metáforas positivas.

A la vista de los resultados anteriores pueden considerarse confirmadas las cinco hipótesis planteadas anteriormente:

1.- La incertidumbre informacional del tópico de la metáfora afecta al recuerdo. La incertidumbre informacional del vehículo, en cambio, no afecta el recuerdo. A mayor incertidumbre informacional del tópico corresponde un peor recuerdo.

2.- El recuerdo del tópico es significativamente superior al recuerdo del vehículo.

3.- Las metáforas afirmativas se recuerdan mejor que las negativas

4.- Los sujetos clasificaron más metáforas como verdaderas que como falsas, contrariamente a lo que cabría esperarse de la verificación de enunciados literales.

5.- En las metáforas evaluadas como conformes por los sujetos, el recuerdo de las metáforas positivas y negativas no difiere.

Cualidad	Opinión		
	Conforme	Disconforme	Total
Afirmativo	618	205	823
Negativo	518	305	823
Total	1.136	510	1.646

Tabla 7: Tabla de frecuencias de la cualidad por la opinión

3.6. DISCUSION

La primera de nuestras hipótesis predijo que la incertidumbre informacional de los términos de una metáfora afectaría a su recuerdo. Más en concreto predijo que sería la incertidumbre del tópico la que afectaría al recuerdo, pretendiendo así despejar una cuestión crucial para los modelos interactivos y en general para todos aquellos que no asumen un modelo de comparación simétrica.

Los datos han venido a ofrecer alguna información sobre este tema. La incertidumbre informacional del vehículo, en efecto, no solo no afecta al recuerdo de la metáfora, sino que ni siquiera afecta a su propio recuerdo.

De comportarse las metáforas como el resto del material verbal, e incluso estimular, debería cumplirse la ley general de que a una mayor ambigüedad de los términos, una más difícil interpretación. Si la metáfora no es una simple comparación debería comportarse de otra manera.

Ahora bien, debido a que la metáfora pone en juego dos términos, todas las teorías interactivas predicen distintos comportamientos de uno y otro en cuanto a su contribución al significado metafórico.

Para Amos Tversky (1977) el tópic, por ejercer una función preponderante en la estructura de frase, es decir, por desempeñar el papel de sujeto de la oración, será determinante en la interpretación del vehículo. En sus propios términos, la comprensión supondrá sopesar en mayor medida los rasgos del tópic. Este modelo sería compatible con parte de nuestros datos: aquellos que señalan la incertidumbre informacional del tópic como determinante para el recuerdo. No puede explicar sin embargo, por qué la incertidumbre del tópic puede ayudar a la comprensión cuando el sujeto manifiesta su desacuerdo con la metáfora.

Según un modelo rígido de rasgos, la incertidumbre del tópic perjudicará siempre a la interpretación, ya que esta pasa por la definición no ambigua de sus rasgos. Del mismo modo, sería difícil explicar por qué la incertidumbre informacional del vehículo no afecta significativamente al recuerdo, por qué muestra incluso la tendencia contraria, de manera que su alta incertidumbre informacional arroja resultados mejores, aunque no

significativamente mejores, de recuerdo, en las puntuaciones de recuerdo del tópico, del vehículo y del emparejamiento.

Para Tversky las metáforas son comparaciones no simétricas, en las que se sopesan más los rasgos diferentes en el sujeto o tópico, mientras que en el predicado, que tiende a ser el prototipo, pesarian más los rasgos semejantes. Tversky predice que los diferentes pesos que se atribuyen a los rasgos semejantes o diferentes dependerá de la tarea, sopesándose más los rasgos iguales -más importantes en el vehículo- en tareas que impliquen juzgar la semejanza (A es B) y sopesándose más los rasgos diferentes -más importantes en el tópico- cuando se trata de juzgar la diferencia (A no es B).

Esta predicción no es consonante con nuestros datos, ya que de ser así debería haber resultado positiva la interacción entre cualidad y vehículo. Si cuando la cualidad es positiva, los rasgos más importantes son los del vehículo, el vehículo de baja incertidumbre informacional debería haber obtenido puntuaciones de recuerdo más altas que el grupo de vehículo de alta incertidumbre informacional en las metáforas positivas.

Si se cumple, en cambio, aunque solamente en parte, la predicción de que para juzgar las comparaciones negativas son más relevantes los rasgos del tópico. Cuando la metáfora es negativa los rasgos relevantes a la comparación serán los del tópico, siendo la incertidumbre informacional del vehículo irrelevante. El recuerdo de los grupos de alta y baja incertidumbre del vehículo, por tanto, debería mostrar puntuaciones idénticas cosa que realmente ocurre. En conclusión las metáforas tanto positivas como negativas se

comportaron según el modelo de Tversky de juzgar diferencias, sopesándose más los rasgos del tópico, y por tanto, siendo éste afectado por la incertidumbre informativa.

Podemos afirmar entonces, respecto del modelo de Tversky, que no se cumple, al menos con metáforas construidas del tipo de las empleadas, la predicción de que los rasgos del vehículo serán más relevantes cuando se trata de juzgar la semejanza. Si se cumple, en cambio, la predicción de que en las metáforas de cualidad negativa - pero también en las de cualidad positiva- los rasgos del tópico son más relevantes, y por tanto el recuerdo de las metáforas de tópico de baja incertidumbre informativa es significativamente superior en las puntuaciones de recuerdo globales, y, pormenorizadamente, significativa en todas las puntuaciones de recuerdo, excepto para el vehículo. Este último dato podría apuntar a considerar las relaciones entre tópico y vehículo como más independientes entre sí de lo que se viene concibiendo.

Un desarrollo posterior del enfoque comparativo de este modelo se debe a Ortony (1979c), quien describe las buenas metáforas como comparaciones asimétricas, en las que los rasgos pertinentes a la equiparación metafórica son de baja relevancia en el tópico y de alta relevancia en el vehículo.

Un tercer modelo de la asimetría metafórica es el modelo transformacional de Verbrugge y McCarrel (1977) según el cual durante la comprensión de la metáfora se experimenta una transformación de la esquematización del tópico promovida por el vehículo y en la que ambos intervienen de forma diferente.

Mientras el tópic o proveería los aspectos invariantes o estructurales que harían posible la continuidad referencial, el vehículo proporcionaría las claves funcionales o dinámicas en esa transformación.

Nuestros datos son consonante con esta hipótesis, ya que el carácter de alta o baja incertidumbre del tópic o muestra un efecto en el recuerdo, hallándose la baja incertidumbre del tópic o asociada con un mejor recuerdo. En cambio, la incertidumbre del vehículo no muestra ningún efecto significativo en el recuerdo.

De ser el vehículo el que proporciona el aspecto dinámico de la transformación del tópic o, y ya que, de acuerdo con nuestros datos, la incertidumbre del vehículo no constituye un obstáculo para dicho aporte, puede deducirse que, en su contribución al significado, el vehículo no está sujeto a las mismas restricciones que el tópic o.

El establecimiento de la estructura invariante a partir del tópic o se vería afectada negativamente por su alta incertidumbre. La redundancia del contenido informacional del tópic o, es decir su baja incertidumbre, ayudaría en cambio a mantener una estructura constante en su transformación metafórica, favoreciendo así su comprensión y recuerdo.

Lo que vamos a proponer es que el tópic o y el vehículo aportan significaciones funcionalmente distintas. El tópic o podría aportar la esquematización sobre la que opera la metáfora, esquematización que, inicialmente, se ve comprometida en toda su extensión, de ahí la importancia de su baja incertidumbre informacional. El vehículo, en

cambio, aportaría a la operación de comprensión del tópicosujeto del que se quiere saber- una esquematización fundamentalmente experiencial, contextualizada, relacional, a la que la incertidumbre informacional no afecta.

Si el vehículo introduce relaciones, como afirman Verbrugge y McCarrel, en su ejemplo *un tronco de árbol es una paja para las ramas y las hojas sedientas*, el vehículo "paja" introduce la relación existente entre los líquidos y las cañas huecas e introduce, además, la configuración de ramas y hojas como "sedientas" lo que constituye una subjetivización, una comprensión de la necesidad de la savia para el árbol desde la experiencia humana.

Volviendo a la capacidad metafórica de multiplicar sus significaciones, lo que ha sido también denominado *apertura metafórica* (Mayor 1985), podría quizá también atribuirse al papel del vehículo metafórico. Un mismo vehículo, debido a su utilización específica, puede obtener configuraciones distintas, e incluso interfirientes entre sí, que intervengan en la reesquemmatización del campo semántico del tópicos.

Que el papel del vehículo sea el de aportar a la comprensión del tópicos un contexto experiencial, además de venir indirectamente apoyada por el hecho de que el recuerdo de la metáfora no se vea afectado por la ambigüedad informacional del vehículo, y si en cambio por la del tópicos, puede verse apoyada también por el hallazgo de Paivio (1979) de que la imaginabilidad del vehículo (o predicado) es más decisiva para la interpretación de la metáfora que la imaginabilidad del sujeto (o tópicos). Johnson y Malgady (1979),

por otra parte, probaron que el número de alternativas de interpretación de una metáfora, está relacionado con la figuratividad del vehículo. Podemos, inducir, por tanto, que es la utilización específica del vehículo como una contextualización experiencial del tópic, lo que produce vehículos más imaginables.

Los datos obtenidos permiten apoyar, por tanto, un modelo asimétrico de la metáfora, según el cual el tópic juega un papel diferente del vehículo. Se defina este papel como se quiera, su baja incertidumbre favorece el recuerdo, y por tanto su procesamiento previo.

Garner (1970), en su trabajo sobre la percepción, definió la buena forma como la capacidad de una estructura estimular para conservar algunas propiedades invariantes que mantienen su identidad a través de las transformaciones en las que puede verse comprometida.

Verbrugge y McCarrel (1977), desde una perspectiva que pretende trasladar a la comprensión algunas de las leyes conocidas de la percepción, proponen concebir las metáforas como un método para conseguir cambios de significado o cambios en las esquematizaciones más usuales.

De acuerdo con esta perspectiva, creemos coherente poder afirmar que una buena metáfora habrá de ser una estructura lingüística, una matriz significativa que, posibilitando la reesquematización, es decir, el cambio de uno de sus términos -en concreto del tópic-, lo hará sin embargo conservando su buena

forma, es decir, manteniendo una estructura invariante a lo largo de la transformación. Esta transformación resultaría placentera debido al reconocimiento o mantenimiento de la buena forma por parte de la *esquemmatización del tópico*, cuando está efectuando una *expansion* de su significado.

En el primer caso, dicho de una manera muy sencilla, se trataría de un mecanismo básico de re-conocimiento, según el cual la permanencia de los objetos en el espacio/tiempo es un requisito indispensable para el mantenimiento de la constancia tanto objetiva como subjetiva. Al fin y al cabo un sujeto que observa fenómenos comprensibles observa fenómenos repetibles.

Ello estaría en consonancia con el modelo de la *Oscilación indefinida* (Mayor 1.985), según el cual el significado metafórico oscila a lo largo de un vector definido por lo dado y lo nuevo, entre el sentido y el sinsentido. El sentido estaría constituido aquí por las formas invariantes reconocibles -conocidas y reconocidas-. También Gallego (1.988) concluye que sus propios datos parecen apoyar la existencia de un continuo de lo literal al sinsentido a través de la metáfora.

Por otra parte, además de ser compatibles con el modelo de la *transformación*, los resultados de nuestra investigación no resultan del todo incompatibles con los modelos de Tversky y de Ortony, más arriba citados. El sujeto de la comparación metafórica, en efecto, juega un papel predominante en la estructura, como quiere Tversky, lo que no tiene necesariamente que consistir en la preponderancia de sus rasgos, en relación con la preponderancia de los rasgos del vehículo.

La preponderancia del vehículo, preponderancia que Ortony le atribuye, sería otra que la mayor prominencia de sus rasgos. Podría consistir más bien en proporcionar aspectos experienciales o relacionales que serán transferidos a la esquematización del tópico, apareciendo por tanto los rasgos del vehículo como más prominentes o activos durante el proceso de reestructuración del tópico. También Verbrugge y McCarrel (1977) encontraron que los sujetos recordaban más vehículos, a partir del fundamento metafórico, en una proporción de 2/1 respecto al tópico. De lo que nosotros inferimos que el fundamento puede no equivaler al significado final de la metáfora, sino a la esquematización misma del vehículo.

De acuerdo con nuestros datos, el hecho de que no sea tan necesaria la "restricción" de la información que provee el vehículo, puede deberse a que su aportación al significado podría llevarse a cabo a través de un uso restringido a algunas de las propiedades del vehículo.

En el mismo sentido, no es de extrañar, entonces, que el tópico, en lo que respecta al conjunto de los datos, haya sido significativamente mejor recordado que el vehículo. El tópico, transformado, sería el producto final de la metáfora, junto con el recuerdo de la polaridad de la frase; es decir, que el vehículo, después de todo, se recuerda mal. Lo que no debe llevarnos a pensar directamente que el vehículo es menos importante o tiene un papel menos relevante en la estructura de la metáfora, antes bien, como ha sido ya repetidamente señalado, juega un papel esencial durante la

comprensión, aunque el resultado final de la misma parece estar ligado consistentemente a uno solo de sus elementos.

De otra parte, los resultados de la interacción de Tópico x Opinión podrían ser interpretados en el sentido de que cuando existe una esquematización previa del tópico suficiente para la comprensión de la metáfora -cuyo indicador sería la opinión de acuerdo-, la baja incertidumbre del tópico, debido a la redundancia o sobredeterminación de sus significados, favorece la comprensión.

En cambio, cuando esa esquematización que hace posible construir una interpretación metafórica no existe en el sujeto, éste dará, presumiblemente, una opinión de desacuerdo. No asumimos, sin embargo, que el desacuerdo se corresponda con la no comprensión. Lo que proponemos es que cuando hay acuerdo debe inferirse que el sujeto comprende. Cuando no hay acuerdo, en cambio, el sujeto o bien no comprende, o bien comprende pero manifiesta de todos modos su desacuerdo.

Proponemos que en los casos en los que la opinión es de desacuerdo y va acompañada de dificultades en la comprensión, la alta incertidumbre informacional del tópico favorece la búsqueda de nuevos aspectos significativos del mismo que permitan al sujeto acceder a la comprensión. Esto a su vez comportaría un mejor desempeño en el recuerdo.

Lo mismo puede aducirse respecto a la quinta hipótesis que manejamos. Según se deduce de la interacción entre Opinión y Calidad, si tomamos el acuerdo como un indicador de la comprensión

metafórica, en los casos en los que ésta se produce, el trabajo de comprensión no está afectado por la cualidad afirmativa o negativa del enunciado. Esto sugiere que la interpretación metafórica o bien es de una complejidad lo suficientemente mayor como para enmascarar el efecto de la cualidad, o bien, lo cual constituirá nuestra propuesta, la comprensión metafórica incluye algún aspecto de la negación misma.

Consideremos, como venimos proponiendo, la posibilidad de que la metáfora sea un mecanismo lingüístico por el que se produce el choque de dos significados que se encuentran en un único lugar de la cadena sintagmática -en la metáfora *in absentia*. Ese choque genera un significado que no es exactamente el correspondiente al del tópic o al del vehículo en sus contextos naturales o habituales. Los dos significados no se unen. Ni siquiera parecen formar un nuevo compuesto o amalgama - lo que se ha denominado fundamento-entre ambos. El recuerdo, por el contrario, se concentra prioritariamente en el tópic o. El choque, por tanto, no arroja como saldo la fusión de tópic o y vehículo, sino una momentánea suspensión del significado del tópic o, - suspensión que podría considerarse una forma más o menos débil de negación-, que permitirá una nueva reordenación del campo semántico del tópic o.

No incluir el papel de la novedad en el fenómeno metafórico sería olvidar el determinante papel que la retórica reserva siempre a la metáfora, y supondría renunciar al establecimiento de la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico, lo que, en suma, equivaldría a negar la existencia misma de la metáfora.

La inclusión de las metáforas negativas estaba dirigida, por tanto, a tratar de probar que los sujetos, en lugar de interpretarlas literalmente como enunciados negativos verdaderos (A no es B), las interpretarían metafóricamente, como si se tratara de enunciados afirmativos (A es B). Una prueba indirecta de que esto ocurrió es el hecho de que los sujetos juzgaron como verdaderas un 63% de las metáforas negativas, mientras que un 37% fueron calificadas de falsas. Las metáforas afirmativas fueron calificadas como verdaderas, en cambio, en un 75% y como falsas solo en un 25%. En las metáforas negativas, por tanto, la conformidad es más baja que en las positivas, señalando quizá una mayor dificultad de comprensión.

Puede decirse, en relación con la tercera y quinta hipótesis, que aunque en general el recuerdo de las metáforas afirmativas fue significativamente mejor que el de las negativas, el análisis pormenorizado mostró que sólo era significativa la cualidad para el recuerdo del vehículo y del emparejamiento. No afectó en cambio al recuerdo del tópico ni de la cualidad, los recuerdos más importantes.

Podemos afirmar, por tanto, que las metáforas negativas (A no es B) conducen a un peor recuerdo del vehículo, lo que puede ser debido a que los sujetos, pudiendo aplicar la negación a uno u otro de los elementos de la negación, de acuerdo con los resultados encontrados por Mayor y Gonzalez respecto a la ambigüedad de la negación (1.991), prefieren aplicarla al vehículo.

Por otro lado, vemos en la interacción cualidad x opinión que las metáforas calificadas como verdaderas no obtienen diferentes recuerdos de afirmativas y negativas, como proponía la cuarta

hipótesis. Lo que puede ser entonces interpretado en el sentido de que, la enunciación negativa de las metáforas puede dificultar, en un primer momento, la comprensión.

También puede ser debido al efecto de la interpretación metafórica del enunciado negativo A no es B, lo que conduce a su formulación positiva. Esto produciría un mayor desacuerdo con la formulación negativa, en relación a lo que sucede en las metáforas afirmativas, que obtuvieron más opiniones conformes. Lo que también constituiría un argumento en favor de que el resultado de la comprensión metafórica es una significación positiva, aún cuando se haya efectuado una operación negativa durante su procesamiento.

Ahora bien, independientemente de cual pueda ser la razón de la mayor disconformidad con las negativas, una vez interpretadas, las metáforas negativas son recordadas del mismo modo, y por tanto, deducimos, su procesamiento habrá sido equivalente.

Por otra parte, la afirmación de que la comprensión metafórica incluye procesos de negación, podría verse apoyada por el hecho de que las proporciones de opinión no se distribuían como sería de esperar en enunciados literales, (en los que las respuestas tenderán a repartirse en un 50% de acuerdo -las verdaderas, sea cual sea su cualidad- y un 50% de desacuerdo -las falsas-, puesto que a cada uno de los enunciados correspondía otro enunciado de formulación contraria. En cambio aparece un 69% de opiniones de acuerdo. Ello indicaría que en un 38% de las metáforas los sujetos han estado de acuerdo con formulaciones tanto positivas como negativas de las mismas. Lo que apuntaría a la posibilidad de, que al menos en algún

momento del proceso de la interpretación metafórica, coexisten posibilidades opuestas.

Además, según vimos en la interacción Cualidad x Opinión, cuando los sujetos manifiestan su conformidad con las metáforas el recuerdo de positivas y negativas no difiere, de lo que deducimos que el procesamiento y la comprensión metafórica no está dificultado por la cualidad negativa del enunciado.

Proponemos que la metáfora misma constituye la operación básica de lo que ha sido denominado como función simbólica (Píñillos 1.974), la función esencial de la que depende la diferencia entre el lenguaje natural humano y otros lenguajes. También ha sido señalada, frecuentemente, como *reflexividad* (Hockett y Altmann 1.968, Osgood 1.980) es decir, la capacidad del lenguaje para hablar de sí mismo, para convertirse en meta-lenguaje, lo que retoma, sin duda, la concepción pavloviana del lenguaje como segundo sistema de señales.

Nosotros propusimos utilizar la definición de Michel Le Guern (1.967) del símbolo, entendido como una figura retórica aislada, para caracterizar una de las dimensiones básicas del lenguaje, la función simbólica, definida como la capacidad de todo significado para convertirse a su vez en un significante, es decir, para servir de soporte a un nuevo significado.

En la discusión teórica previa planteamos la distinción entre función simbólica del lenguaje, y metáfora, concluyendo que la función simbólica del lenguaje debía considerarse una dimensión

supraordinada, que comprendía a la metáfora y de la que participaba todo el lenguaje humano. Queremos ahora ir un poco más allá proponiendo que la metáfora, y no solo la figura retórica que conocemos como metáfora, sino también los completos sistemas de metáforas que han sido identificados como estructuras subyacentes a los significados comunes (Lakoff y Johnson 1980), constituye una de las operaciones básicas de la función simbólica.

La función simbólica del lenguaje, entonces, podría considerarse una dimensión intrínseca de toda actividad humana en la que esté implicada la utilización de signos, debido a la posibilidad del establecimiento de correspondencias entre distintos códigos semióticos. Ese área, además, podría cubrir la práctica totalidad de la actividad humana consciente.

La metáfora, cuya presencia en todas las áreas de actividad humana no es menos característica, se ajusta con total precisión a la *definición de función simbólica*, constituyendo, incluso, su operación ejemplar: la posibilidad de que un significado, el significado metafórico, pueda desprenderse de un significante para reaparecer en otro. Si consideramos, como propongo, a la metáfora como la operación simbólica básica ejemplar, convendremos en que es la metáfora, y la función simbólica misma, la que garantiza la operación de generación de significado que caracteriza el lenguaje, imposible si no se postula una continua asimilación de la experiencia.

El razonamiento analógico, que ha sido reconocido como básico en el procesamiento simbólico, reposaría por tanto sobre la correspondencia entre estructuras de significado, dependiendo del

isomorfismo estructural de sus esquematisaciones, más que de la analogía entre las estructuras físicas -reales- de los referentes mismos

Esta función simbólica, directamente representada en la metáfora, es diferente, aunque complementaria, de la otra función fundamental en el lenguaje, la función comunicativa

La productividad del lenguaje, por tanto, y su capacidad de renovación, son posibles como efecto de la comprensión metafórica

IV CONCLUSIONES

4. CONCLUSIONES

Las cinco hipótesis de las que partimos, en nuestra investigación, se han visto confirmadas. En primer lugar la incertidumbre informacional del tópico mostró afectar el recuerdo de las metáforas, y deducimos que su comprensión, contrariamente a lo que ocurre con la incertidumbre informacional del vehículo. En concreto la mayor incertidumbre informacional del tópico resulta en un peor recuerdo, y viceversa. En segundo lugar, el recuerdo del tópico es superior al recuerdo del vehículo.

En tercer lugar las metáforas de cualidad afirmativa se recuerdan mejor que las de cualidad negativa. En el análisis pormenorizado, vemos, sin embargo, que el recuerdo del tópico no

está afectado por la polaridad, es decir, que el recuerdo del tópico no es peor en las metáforas negativas. Una vez que las metáforas han sido evaluadas como conformes por los sujetos, además, -es decir, aquellas de las que deducimos que se ha establecido una interpretación metafórica aceptable- el recuerdo de las metáforas afirmativas y negativas no difiere.

Los sujetos, por último, calificaron más metáforas como verdaderas que como falsas, contrariamente a lo que cabría esperarse de la verificación de enunciados literales.

La revisión de los trabajos experimentales nos llevó a enunciar las siguientes tres conclusiones generales, respecto a la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico, que convendría retomar ahora:

1.- Los diferentes tiempos encontrados en la interpretación de enunciados dependen en mayor medida de su *suficiente contextualización* que de su carácter literal o metafórico.

2.- Las interpretaciones metafóricas no se pueden evitar, y

3.- Los sujetos pueden distinguir entre lenguaje literal y lenguaje metafórico

Respecto a la primera y la tercera diremos que la distinción entre lenguaje literal y lenguaje metafórico, que nos parece imprescindible desde un punto de vista psicolingüístico, no ha podido

ser establecida, sin embargo, contundentemente, tomando como indicador de los distintos procesamientos los tiempos de reacción. La disparidad de los procesos subyacentes quedaba, pues, indemostrada. Janus y Bever (1985), sin embargo, han obtenido tiempos de lectura mayores para textos metafóricos que para textos literales.

Nuestros datos contribuyen a establecer la diferencia entre ambos procesamientos, demostrando que la comprensión metafórica se separa de las condiciones de procesamiento del lenguaje literal al menos por el hecho de que no se ve afectada por la negación, en los casos de acuerdo, del mismo modo que la comprensión literal, muchos de los casos de desacuerdo. La irregular distribución de las Opiniones de acuerdo y desacuerdo, con una proporción inusualmente alta de las opiniones de acuerdo apuntan en el mismo sentido.

En concreto hemos propuesto que la metáfora no es un enunciado de comparación literal, ya que se comporta como un enunciado cuyo valor puede enunciarse tanto en positivo como en negativo.

Respecto a la segunda conclusión, que viene a contradecir los modelos de procesamiento en tres estadios, e incluso los modelos pragmáticos basados en la intencionalidad del emisor (o del receptor) nuestros datos permiten también apoyarla. De constituir la interpretación metafórica un recurso puesto en marcha a partir del fracaso de la interpretación literal, las metáforas negativas podían haber sido aceptadas, de forma supuestamente más sencilla, como enunciados literales verdaderos, sin acceder por tanto a la interpretación metafórica.

A partir del segundo apartado de la revisión experimental, titulado Dimensiones, pudieron extraerse también algunas conclusiones. En concreto respecto a la Semejanza:

1. La relación semántica y la bondad metafórica presentan una relación lineal

2.- La relación semántica y la facilidad de interpretación de la metáfora presentan una relación curvilínea

3.- El número óptimo de posibles interpretaciones diferentes para una buena metáfora se sitúa en dos

4.- La interpretación de metáforas es más sencilla que la interpretación de analogías construidas con el mismo material. Además las metáforas son consideradas como más aptas, lo que constituye una dificultad para el modelo Aristotélico.

Las investigaciones llevadas a cabo para demostrar que la semejanza o la relación semántica eran el modelo cognitivo pertinente para comprender el procesamiento metafórico mostraron que metafóricidad y semejanza no eran variables lineales. En nuestra investigación intentamos probar, consiguiendo alguna evidencia de ello, que la negación -la diferencia, introducida por Tversky como uno de los aspectos de la semejanza en su artículo de 1977- juega un papel crucial en el procesamiento de la metáfora. El aspecto negativo de la metáfora afecta a la relación semántica de dos términos cuando estos forman parte de una metáfora. Esto se manifiesta tanto en un

mejor recuerdo del tópico, como proponía la segunda de nuestras hipótesis, como en una mayor conformidad con los enunciados de la esperada, si nos atenemos a lo encontrado en la verificación de enunciados literales.

Respecto a la segunda y tercera conclusiones, según Marschark, Katz y Paivio (1.983), la metaforicidad está relacionada con el número de interpretaciones posibles. Si, tal y como proponemos, el vehículo aporta a la renovación del significado del tópico aspectos específicos de su campo semántico que contextualizan el tópico dándole unas coordenadas experienciales, el vehículo no tiene por que tener una gran relación semántica con el tópico, ya sea en términos de proximidad o de equivalencia de rasgos sino, que, en todo caso, debe establecer determinados patrones de relaciones aplicables al tópico.

En un estudio posterior de Katz, Paivio y Marschark (1.985) resultó significativa una relación inversa entre bondad metafórica (la cual correlacionaba positivamente con la relación semántica entre tópico y vehículo) y número de alternativas de interpretación metafórica posibles. Además la metaforicidad estaba relacionada con la combinación, en el enunciado, de un vehículo de la alta imaginabilidad y de un tópico o sujeto de baja.

Respecto a la última de las conclusiones, la que se refiere a la mayor facilidad de interpretación de metáforas que de analogías confeccionadas con material equivalente, y de acuerdo con la argumentación anterior, la diferencia entre unas y otras sería que la metáfora establece una relación de tres términos (dos significados cuyo choque produce un tercero), que transcurre con un momentáneo

desorden, y oscilaciones del significado reordenándose según toda serie de combinaciones, mientras la analogía establece una relación de cuatro términos, dos a dos, cuya perfecta correspondencia contribuye, en todo caso, a afirmar las relaciones entre cada par.

La noción clásica aristotélica de que en una metáfora es la relación entre el vehículo y un cuarto término -ausente- lo que se transfiere al tópico respecto de un segundo término -también ausente-, es consonante con nuestra hipótesis de que el vehículo aporta la esquematización de ciertas relaciones posibles para el tópico.

Respecto a la Asimetría extrajimos, por último, seis conclusiones:

1.- Se puede rechazar el modelo de comprensión metafórica de *reconocimiento de las propiedades del tópico*

2.- El reconocimiento de las propiedades del tópico es peor predictor del nivel de recuerdo de la metáfora que el reconocimiento de las propiedades del vehículo

3.- Según Verbrugge y McCarrel (1977) la comprensión metafórica implica una transformación más global del tópico que del vehículo, creándose nuevas propiedades para el tópico

4.- El vehículo parece más implicado que el tópicó en la creación del "fundamento" o entidad asociativa entre ambos.

5.- El tópicó, como sujeto es aquello de lo que se quiere saber.

6.- La condición denominada por Ortony como "baja/alta" no se cumple en todos los casos.

La relación entre tópicó y vehículo fué uno de los objetivos centrales que dirigió nuestra investigación. Diferentes autores, partidarios de enfoques interactivos, han demostrado que tópicó y vehículo obtienen papeles diferentes en el procesamiento de metáforas. Nuestra investigación se preguntó si la incertidumbre informacional, asumiendo que es fundamental para dicho procesamiento, afectaría al recuerdo de las metáforas diferencialmente en el tópicó y en el vehículo.

Los datos así lo confirmaron: la incertidumbre informacional del tópicó influye en el recuerdo de las metáforas; no así la del vehículo. Se contradicen por tanto, aparentemente, las formulaciones de Ortony (1979) y Verbrugge y McCarrel (1977) según las cuales el vehículo juega un papel predominante en el procesamiento, porque aporta las claves para la interpretación del tópicó. Nos parece sin embargo, que la contradicción desaparece si consideramos que en el proceso de interpretación de las metáforas hay dos tiempos diferentes: un primer tiempo en el que prevalece la significación del vehículo mientras que la del tópicó está suspendida, o negada, y un

segundo tiempo en el que el significado del topico, renovado con las esquematizaciones experienciales y relacionales del vehiculo, prevalece.

En efecto, respecto a las conclusiones primera y segunda, que rechazan el modelo de "*reconocimiento de las propiedades del topico*", el que el topico sea mejor recordado no implica que sean las propiedades "*conocidas*" del topico, unicamente lo fundamental en la comprension metaf6rica. Ya argumentamos en su momento que del reconocimiento de las propiedades semánticas de un término no puede resultar precisamente el cambio del significado de ese término.

El modelo de "*reconocimiento de las propiedades del vehiculo*", sin embargo, se mostró más eficaz para predecir el recuerdo. Esto es congruente también con nuestra propuesta del papel específico del vehiculo, en su aportacion al topico de aspectos relacionales y experienciales de los que la esquematización del t6pico carece. En el recuerdo de la metáfora aparece un recuerdo del topico significativamente mayor que el recuerdo del vehiculo, lo que está de acuerdo con la conclusion de Verbrugge y McCarrel de que la reestructuración del significado del topico, o sujeto, es más completa.

La última de las conclusiones consistia en la constatación de que el modelo de Ortony de la baja/alta prominencia de las propiedades no se cumplía, al menos en todos los casos. Su modelo predice que es el vehiculo el responsable de la determinación del significado del topico, y que por tanto sus rasgos más sobresalientes son los rasgos implicados en la comprensión metaf6rica.

Aunque este razonamiento es, en parte, coincidente con nuestra propuesta, las predicciones deben alterarse si consideramos en el procesamiento metafórico dos niveles distintos. En el nivel del tópico, sujeto de la transformación, las relaciones estructurales, pertenecientes al vehículo, no pueden ser, necesariamente, tan prominentes. El tópico, sin embargo, no deja de ejercer cierta resistencia, si se quiere en términos de la imposición de restricciones a los significados del vehículo, que no justifica la atribución de una menor prominencia de sus rasgos, y ni siquiera de una aportación menos determinante del tópico a los rasgos implicados en la comprensión. Nuestros datos confirman lo contrario, el recuerdo del tópico prevalece como resultado fundamental de la comprensión metafórica.

En definitiva, el enfoque de Tversky, olvidando el papel del vehículo, establece la dominancia del sujeto, es decir, de lo que hemos llamado tópico. El modelo de Ortony, en cambio, reconociendo el papel del vehículo en el establecimiento de nuevas significaciones para el tópico, descuida el papel del tópico, relegándolo a una segunda posición -debajo de-. La metáfora primitiva de la interacción en el modelo de Black, según la cual un término es visto a través de otro, ha conducido por tanto a atribuir, bien al sujeto, bien al predicado, ese papel estructurante del otro término, cuya actividad -y por tanto su importancia- resultaba menor.

Este último argumento nos llevaría a alejarnos en cierto modo de las teorías interactivas, según las cuales, los dos términos puestos en juego en la metáfora son transformados en la misma medida como

producto de su comprensión. En lugar de ello nuestros datos nos llevarían a formular la relación entre tópico y vehículo como un proceso interactivo desigual, o específico para cada término, que tiene como resultado una amplificación del significado del tópico, en la medida en que la inclusión de aspectos relacionales "importados" lo es, y del vehículo, por otra parte, también, en la medida en que algunas de las esquematizaciones relacionales del vehículo se verán inscritas o asimiladas a la estructuración del tópico.

Además de este modelo asimétrico de la metáfora, nuestra propuesta consiste en una relación entre tópico y vehículo que no está basada en la semejanza, al menos no en la semejanza entendida como relación semántica, ya sea en términos de proximidad según un modelo de red, o de equiparación de rasgos en un modelo proposicional. Hemos propuesto que la relación metafórica incluye la búsqueda de las diferencias, lo que redundaría en un mejor recuerdo del tópico, y también que la interpretación metafórica de negaciones, aun a pesar de su mayor dificultad de comprensión, no muestra efectos en el recuerdo del tópico. Por otro lado las puntuaciones de recuerdo, una vez comprendidas, no difieren de las positivas. Un último argumento en favor de que alguna modalidad de la negación toma parte en una primera fase del procesamiento metafórico proviene de la constatación de que las puntuaciones de acuerdo, tanto en afirmativas como en negativas, es significativamente superior a lo esperado. De todo ello podemos obtener apoyo suficiente para mantener la propuesta de que la interpretación metafórica incluye alguna forma de negación, aunque la afirmación de un nuevo significado para el tópico sea su resultado final.

Nuestra propuesta consiste en que la relación que une a tópico y vehículo es una relación estructural, y por tanto relacional, impuesta por la fuerza - metafórica- sobre la esquematización del tópico, y que se opera no sin cierta resistencia de su esquematización habitual. A esta resistencia del tópico se debe la oscilación del significado, y en nuestros datos, el hecho de que un 38% de las metáforas hayan sido aceptadas como verdaderas en versiones tanto positivas como negativas.

El tópico y el vehículo aportan significaciones, además, funcionalmente distintas. El tópico aportaría el marco o la esquematización sobre la que opera la metáfora, esquematización que comparece en toda su extensión, de ahí la importancia de su baja incertidumbre informacional. El vehículo, en cambio, aportaría a la operación de comprensión del tópico -sujeto del que se quiere saber- una esquematización fundamentalmente experiencial, contextualizada, relacional, a la que la incertidumbre informacional no afecta

Nuestra propuesta propende, finalmente, a incluir el procesamiento metafórico como parte integrante de la función simbólica del lenguaje, y como el requisito quizá fundamental para comprender, además de su fascinante eficacia comunicativa, su extraordinaria productividad.

V. REFERENCIAS

- Alonso y Vega** 1.983 "La similitud no literal: Un análisis empírico de la metáfora" *Revista de Investigación Psicológica* Vol. 1, 111-135
- Américo Vallejo**, 1.985 *Vocabulario Incaniano* . Argentina: Helguero
- Anderson, R.C. & Ortony, A.** 1.975 "On putting apples into bottles -A problem of polysemy-" *Cognitive Psychology*; 7, 167-180
- Arlin, P. K.** 1.975 "Cognitive development in adulthood". *Developmental Psychology*; 11, 602-606.
- Asch, S.** 1.955 "On the use of metaphor in the description of persons". En Werner (ED.) *On expressive language Worcester*. Clark University Press.
- Asch, S.** 1.958 "The metaphor: A psychological inquiry", En R. Taguri y L. Petrullo (Eds.) *Person Perception and interpersonal behavior*. California: Stanford University Press
- Asch, S. y Nerlove, H.** 1.960 "The development of double function terms in children", en Kaplan y Wapner, *Perspectives in psychological theory* . New York: International Universities Press.
- Austin J. L.** 1.962. *How to do things with words* Oxford: Oxford University Press

- Baldwin, Luce y Readence** 1.982 "The impact of subschemata on metaphorical processing" *Reading Research Quarterly* No 2, 528-543
- Barclay, Brandsford, Franks, McCarrell & Nitsch** 1.974 "Comprehension and semantic flexibility" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 13 471-481
- Bates**, 1.976 "Pragmatics and sociolinguistics in child language". En Morehead y Morehead eds.: *Normal and Deficient Child Language*. Baltimore: University Park Press.
- Benveniste** 1.974 *Problèmes de linguistique générale II*. Traducción Siglo XXI 1.977 *Problemas de lingüística general*, Madrid: Siglo XXI
- Berlin y Kay** 1.969 *Basic Color Terms: Their universality and evolution* University of California Press
- Billow, R.** 1.975 "A cognitive-developmental study of metaphor comprehension" *Developmental Psychology* 11: 415-423.
- Black, Max** 1.962 *Models and metaphors: Studies in language and philosophy*, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press
- Black, M.** 1.977 "Keynote address". *Interdisciplinary Conference on Metaphor and Thought* Illinois, Champaign-Urbana
- Blumenthal, A.L.** 1.967 Prompted recall of sentences. *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 6 203-206

- Blumenthal A.L. y Boakes, R.** 1967 "Prompted recall of sentences". *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 6 674-676
- Boswell D.A.** 1979 "Metaphoric Processing in the Mature Years". *Human Development* 22 373-384
- Bréal, M.** 1897 *Studies in the science of meaning* New York: Henry Cust
- Brown, Leiter y Hildum** 1957 "Metaphors from music criticism". *Journal of Abnormal and Social Psychology* 54, 347-352
- Bruner, J.S. Goodnow, J.J. y Austin, G.A.** 1956 *A Study of Thinking*, Nueva York: Willey (Traducción al castellano, Narcea, 1978)
- Bühler, K.** 1908 "Tatsachen und Probleme zu einer Psychologie der Denkvorgänge. III: Über Gedankenerinnerungen". *Archiv für die gesamte psychologie*, 12 24-92
- Camac y Glucksberg** 1984 "Metaphors Do Not Use Associations Between Concepts, They Are Used to Create Them". *Journal of Psycholinguistic Research* Vol. 13, No 6. 443-453
- Campbell** 1975 "Metaphor and linguistic theory". *Quarterly Journal of Speech* 84, 81-92

- Carpenter y Just** 1975 "Sentence Comprehension: A Psycholinguistic Processing Model of Verification" *Psychological Review* 82, 1, 45-73
- Clark y Lucy** 1975 "Understanding what is meant from what is said: A study in conversationally conveyed requests". *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 14, 56-72
- Clark H.H. y Chase N.G.** 1972 "On the process of comparing sentences against pictures" *Cognitive Psychology* Vol. 3, 472-517
- Clark y Haviland** 1977 "Comprehension and the given-new contract". En Freedle (Ed.) *Discourse production and comprehension* Norwood: Ablex Publishing Corporation
- Clevenger T. y Edwards, R.** 1988 "Semantic Distance as a Predictor of Metaphor Selection" *Journal of Psycholinguistic Research* 17, No 3, 211-226
- Cohen, T** 1979 "Reply to Sadock" en Ortony (Ed.) *Metaphor and thought* Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Connor y Kogan** 1980 "Topic-vehicle relations in metaphor: the issue of asymmetry" En Honeck y Hoffman (Eds.): *Cognition and Figurative Language*, Hillsdale: Lea.
- Corbett, E. P.** 1965 *Classical rhetoric for the modern student* New York: Oxford University Press

- Craik F. & Tulving E. 1975 "Depth of processing and the retention of words in episodic memory" *Journal of Experimental Psychology General* 104, 268-294
- Chafe W. 1968 "Idiomacity as an anomaly in the Chomskyan paradigm". *Foundations of Language* 4, 109-127
- Chomsky N. 1957 *Syntactic Structures* La Haya: Mouton. (Traducción al castellano en Siglo XXI, 1974)
- Chomsky, N. 1965 *Aspects of the theory of syntax* Cambridge: M.I.T. Press (Traducción al castellano en Aguilar, 1970)
- De Vega, M. 1984 *Introducción a la psicología cognitiva* Madrid: Alianza
- Dolinsky y Zabrucky 1983 "Learning Virtually meaningless metaphors under different instructional conditions". *The Bulletin of the psychonomic society*, 21, No. 3 190-192
- Eco, U. 1977 *Tratado de Semiótica* Barcelona: Lumen
- Feyerabend, P.K. 1970. *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge* . Minnesota: University of Minnesota. Trad. Ariel 1974 *Contra el Método*. Barcelona: Ariel
- Fillenbaum & Rapoport 1971 *Structures in the subjective lexicon* New York: Academic Press
- Fischler I. 1977 "Semantic facilitation without association in a lexical decision task" *Memory and Cognition* , 5, 335-339

- Flavell, J. H.** 1970 "Developmental studies of mediated memory", en Reese y Lipsitt (eds) *Advances in Child Development and Behavior*, vol. 5. Nueva York: Academic Press
- Flavell y Walleman** 1987 "Metamemoria" en Garner (ed.) *Metacognición y Comprensión de la lectura* Norwood, New Jersey: Able.
- Flavell, J. H.** 1981 "Cognitive monitoring", en Dickson (ed) *Children's Oral Communication . Skills*, Nueva York, Academic Press
- Frazer, J. G.** 1890 *The golden bough* Trad. Fondo de Cultura Económica 1944. *La rama dorada*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Frege, G.** 1966 "On sense and reference" en Greach y Black (Eds.) *Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege* Oxford: Oxford University Press
- Gallego, L.** 1988 *Comprensión del lenguaje metafórico* Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid
- Gardner, H.** 1974. "Metaphors and modalities: how children project polar adjectives onto diverse domains". *Child Development* 45 84-91.
- Gardner, H., Kircher, M., Winner, E., y Perkins, D.** 1975 "Children's metaphoric productions and preferences". *J. Child Languages* 2: 125-141.

- Garner W.R. 1962 *Uncertainty and structure as psychological concepts*, New York: Wiley
- Garner W.R. 1970 "Good patterns have few alternatives" *American Scientist*, 58, 34-52
- Garner W.R. 1974 *The processing of information and structure*, Maryland: Lawrence Erlbaum Associates
- Gibbs JR, Raymond W. 1984 "Literal Meaning and Psychological Theory" *Cognitive Science* 8, 275-304
- Gibbs, Raymond W. 1990 "Comprehending Figurative Referential Descriptions" *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory, and Cognition* 16, No 1, 56-66
- Gibson J. J. 1966. *The senses considered as perceptual systems* Boston: Houghton Mifflin
- Gibson J. J. 1967 "New reasons for realism". *Synthese* 17, 162-172
- Gibson J. J. 1979 *The ecological approach to visual perception* Boston: Houghton Mifflin
- Glucksberg, Hartman y Stack 1977 *Metaphor comprehension is an automatic and parallel process* Presentado en los encuentros de la Psychonomic Society, Whashington D.C.
- Glucksberg, Gildea y Bookin 1982 "On Understanding Nonliteral Speech: Can People Ignore Metaphors?" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 21, 85-98

- Glucksberg, S. y Keysar, B.** 1.990 "Understanding Metaphorical Comparisons: Beyond Similarity" *Psychological Review* 97, No1, 3-18
- Goldman-Eisler, F.** 1.968 *Psycholinguistics: Experiments in Spontaneous Speech* London: Academic Press
- Gonzalez, J.** 1.979 *Algunos aspectos del "efecto atmósfera"* . Memoria de Licenciatura no publicada Madrid: Universidad Complutense.
- Goodman, N.** 1.968. *Languages of art* Indianapolis: Bobs-Merril
- Greene J.M.** 1.970a "The semantic function of negatives and passives" *British Journal of Psychology* 61.17-22
- Greene J.M.** 1.970b "Syntactic form and semantic function" *Quarterly Journal of Experimental Psychology* 22, 14-27
- Greimas, A.J. Courtés, J.** 1.979 *Sémiotique. Dictionnaire Raisonné de la Théorie du Langage* Hachette. Trad. Gredos 1.982 *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje* Madrid: Gredos
- Greimás, A.J.** 1.966 *Sémantique Structurale. Recherche de Méthode* Paris: Larousse. Trad. Gredos 1.976 *Semántica Estructural* Madrid: Gredos
- Grice** 1.975 "Logic and conversation" en Cole y Morgan: *Syntax and Semantics* vol 3 Nueva York: Academic Press

- Harwood & Verbrugge** 1.977 *Metaphor and the asymetry of similarity*, Ponencia presentada en el encuentro de la American Psychological Association, San Francisco, California
- Harris** 1.976 "Comprehension of Metaphors: A test of the two-stage processing model". *Bulletin of the Psychonomic Society*, 5, 191-202
- Henle P.** 1.958 "Metaphor" En P. Henle (Ed.), *Language, thought and culture*, Ann Arbor: University of Michigan Press
- Hockett y Altmann** 1.968 "A note on design features" En T.S. Sebeok (E) *Animal Communication*, Bloomington: Indiana University Press
- Honeck, Reichmann y Hoffman** 1.975 "Semantic memory for metaphor: The conceptual base hypothesis" *Memory & Cognition* Vol 3(4), 409-415
- Honeck y Hoffman** 1.980 *Cognition and Figurative Language*, Hillsday, New Jersey: LEA
- Huttenlocher, J.** 1.974 *El desarrollo de la inteligencia en el niño pequeño y en el preescolar* Buenos Aires: Paidós
- Jackendorf** 1.969 "An interpretative theory of negation" *Foundation of Language* Vol. 5, 218-241

- Jakobson, R. y Hall Morris** 1.971 *Fundamentals of Language* The Hague: Mouton Trad. Ayuso 1.974 *Fundamentos del Lenguaje* Madrid: Ayuso
- Jakobson, R.** 1.974 Cambridge. Trad. Seix Barral. 1.975 *Ensayos de Lingüística General*, Barcelona: Seix Barral
- Janus R.A. y Bever T.G.** 1.985 "Processing of Metaphoric Language: An Investigation of the Three-Stage Model of Metaphor Comprehension" *Journal of Psycholinguistic Research*, Vol. 14, No 5 473-487
- Johnson, M.G.** 1.970 "A cognitive-feature model of compound free associations" *Psychological Review*, 77, 282-293
- Johnson, Malgady y Anderson** 1.974 *Some cognitive aspects of metaphor interpretation* . Ponencia presentada en el encuentro de la Psychonomic Society, Boston
- Johnson y Malgady** 1.979 "Some cognitive aspects of figurative language: Association and metaphor". *Journal of Psycholinguistic Research* 8 249-265
- Johnson y Malgady** 1.980 "Toward a perceptual theory of metaphoric comprehension" en Honeck y Hoffman (Eds.) *Cognition and Figurative Language*. Hillsdale: Lea.
- Juilland A. y Chang-Rodríguez** 1.964 *Frequency dictionary of spanish words* London: Mouton

- Just M.A. y Carpenter P.A.** 1971 "Comprehension of negation and quantification" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 10, 244-253
- Katz J.J.** 1972 *Semantic Theory*, Nueva York: Harper and Row
- Katz A.** 1982 "Metaphoric Relationships: The Role of Feature Saliency" *Journal of Psycholinguistic Research* Vol. 11, No 4, 283-296
- Katz y Fodor** 1963 "The structure of a semantic theory". *Language* 39, 170-210
- Katz A. Paivio A. Marschark M.** 1985 "Poetic Comparisons: Psychological Dimensions of Metaphoric Processing" *Journal of Psycholinguistic Research* Vol. 14, No 4, 365-383
- Kemper** 1981 "Comprehension and interpretation of proverbs". *Journal of Psycholinguistic Research* 10, 179-198
- Keysar, B.** 1989 "On the functional equivalence of literal and metaphorical interpretations in discourse" *Journal of Memory and Language* 28, 375-385
- Kintch & Van Dijk** 1978 "Toward a model of text comprehension and production". *Psychological Review*, 85, 363-395
- Klima E.S.** 1964 "Negation in English" En Fodor y Katz (Eds.) *The edge of language: Readings in the philosophy of language*. Englewood Cliffs: Prentice Hall

- Koen** 1.965 "An intraverval explication of the nature of metaphor".
Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior, 4, 129-133
- Köhler W.** 1.929 *Gestalt Psychology*, New York: Liveright
- Kosslyn S.M. & Pomeranz, J. R.** 1.977 "Imagery, propositions, and the form of internal representations". *Cognitive Psychology*, 9, 52-76
- Kosslyn y Schwartz** 1.978 "Visual images as Spatial representations in Active Memory". En Riseman y Hanson (Eds.) *Machine vision* New York: Academic Press.
- Kozlowsky** 1.975 "Similarity of affective meaning and the evaluation of metaphor". *Perceptual and Motor Skills* 41, 787-790
- Kristeva, L. y otros** 1.984 *Travail de la Métaphore* Paris: Denoel. Traducción Gedisa, 1.985 (El) Trabajo de la Metáfora. Barcelona: Gedisa
- Lacan, J.** 1.981. Trad. Paidós 1.984 *El seminario III. Las Psicosis* Barcelona: Paidós.
- Lakoff G. y Johnson M.** 1.980 *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press. Trad. Cátedra 1.986 *Metáforas de la Vida Cotidiana*, Madrid: Cátedra
- Lalande, A.** 1.967 *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía* Buenos Aires: El Ateneo

- Laplanche y Pontalis** 1968 *Vocabulaire de la Psychanalyse*
Trad. Labor 1971 *Diccionario de Psicoanálisis* Barcelona:
Labor
- Le Gern, Michel**, 1973. *Sémantique de la métaphore et de la
métonymie* Larousse. Trad. Cátedra 1976 *La metáfora y
la Metonimia* Madrid: Cátedra
- Levin**, 1979 "Standard approaches to metaphor and a proposal for
literary metaphor" en Ortony (Ed.): *Metaphor and
Thought* Cambridge: Cambridge University Press.
- Levin**, 1977 *The semantics of metaphor* Baltimore: John Hopkins
University Press
- Lévy-Strauss** 1958 *Anthropologie Structurale* Paris: Librairie
Plon. Trad. Editorial Universitaria de Buenos Aires 1968
"La eficacia simbólica" *Antropología Estructural* Buenos
Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires
- Lyons** 1977 *Semantics* Vols 1 y 2. Cambridge: Cambridge
University Press
- Malgady, R.G.** 1975 *A feature synthesis model of metaphor
processing* Tesis doctoral no publicada. University of
Tennessee
- Malgady y Johnson** 1976 "Modifiers in metaphors: Effects of
constituent phrase similarity on the interpretation of
figurative sentences". *Journal of Psycholinguistic Research*
5, 43-52

- Malgady y Johnson** 1.980 "Measurement of figurative language: Semantic feature models of comprehension and appreciation". En Honeck y Hoffman (Eds.) *Cognition and Figurative Language* Hillsdale: Lea
- Mannoni, O.** 1.984 "Un Mallarmé para los analistas", en *Travail de la Métaphore* Paris: Denoel. Trad. Gedisa 1.985 *El Trabajo de la Metáfora* Barcelona: Gedisa
- Marks L.E. & Miller G.A.** 1.964 "The role of semantic and syntactic constraints in the memorization of English sentences" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 3, 1-5
- Marschark, Katz y Paivio** 1.983 "Dimensions of Metaphor" *Journal of Psycholinguistic Research*, Vol. 12, No1, 17-39.
- Matic y Wales** 1.982 "Creating Interpretations for Novel Metaphors" *Language & Communication* Vol.2 No 3, 245-267
- Mayer** 1.980 "Elaboration techniques that increase the meaningfulness of technical text: An experimental test of the learning strategy hypothesis". *Journal of Educational Psychology*, 72, 770-784
- Mayer y Bromage** 1.980 "Different recall protocols for technical text due to advance organizers" *Journal of Educational Psychology*, 72, 209-225

- Mayor, J.** 1977 "El procesamiento de la negación" *Monografías del departamento de Psicología General* No 2
- Mayor, J.** 1979 "La ambigüedad ¿Un nuevo paradigma?" *Informes del Departamento de Psicología General* 2, 5, 121-126
- Mayor, J.** 1979 "Comprensión de enunciados con cuantificadores: Modelos teóricos y resultados experimentales" *Revista de Psicología General y Aplicada* Vol. XXXIV No 160-61 821-827
- Mayor, J.** 1980 "Orientaciones y problemas de la psicología cognitiva" *Análisis y modificación de conducta* Vol. 6 No 11-12 213-278
- Mayor, J.** 1981 "Variables sintácticas (negación), de congruencia y de tarea en verificación de enunciados" *Revista de Psicología General y Aplicada* Vol. 36 No 168 1-32
- Mayor, J.** 1984-1985 *Psicología del Pensamiento y del Lenguaje* Vols. I y II. Madrid: UNED
- Mayor, J.** 1985 "Metáfora y conocimiento". En J. Mayor Ed: *Actividad Humana y Procesos Cognitivos* Madrid: Alhambra
- Mayor, J. y Gonzalez, J.** 1991 "La negación, una variable perturbadora del pensamiento y del lenguaje" (En prensa)
- McCabe, A.** 1983 "Conceptual Similarity and the Quality of Metaphor in Isolated Sentences Versus Extended

- Contexts" *Journal of Psycholinguistic Research* Vol. 12, No
1
- McCloskey & Glucksberg** 1979 "Decision processes in verifying
category membership statements: Implications for models
of semantic memory" *Cognitive Psychology* 11, 1-37
- McCormac E. R.** 1985 *A Cognitive Theory of Metaphor*, Cambridge:
Mit Press
- McIntosh, A.** 1961 "Patterns and ranges" *Language* 37, 325-337
- Meyer D.E. & Schvaneveldt, R.** 1971 "Facilitation in recognizing
pairs of words: Evidence of a dependence between
retrieval operations". *Journal of Experimental Psychology*,
90, 227-234
- Meyer D.E.** 1973 "Verifying affirmative and negative propositions
effects of negation on memory retrieval" S. Kornblum (E)
Attention and performance, Vol. IV New York: Academic
Press
- Miller, G.A.** 1962 "Some psychological studies of grammar"
American Psychologist 17, 748-762
- Miller y McNeil** 1969 "Psycholinguistics" En Lindzey, G. y
Aronson, E. (Eds.) *The handbook of social psychology*, Vol
3, Reading, Mass: Addison-Wesley
- Miller y Johnson-Laird** 1976 *Language and perception*
Cambridge: Harvard University Press.

- Morgan**, 1979 "Observations on the pragmatics of metaphor". En Ortony (Ed.): *Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press
- Neisser U.** 1976. *Cognition and reality*. San Francisco: Freeman
- Ortony, A.** 1979 "Beyond Literal Similarity" *Psychological Review*, Vol. 86, No 3, 161-180
- Ortony, Reynolds y Arter** 1978. "Metaphor: Theoretical and Empirical Research" *Psychological Bulletin*, Vol 85, No 5, 919-943
- Ortony, Schallert, Reynolds y Antos.** 1978 "Interpreting Metaphors and Idioms: Some Effects of Context on Comprehension" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 17, 465-477
- Ortony, A.** 1980 "Metaphor" En R. Spiro, B. Bruce, & W. Brewer (Eds.) *Theoretical issues in reading comprehension*. Lawrence Erlbaum Associates
- Osgood, C.E.** 1979 *Lectures on Language performance*. New York: Springer-Verlag
- Osgood C.E., Suci G.& Tannenbaum P.** 1957 *The measurement of meaning*. Urbana: University of Illinois Press
- Paivio, A.** 1971 "Imagery and language" en S. J. Segal (Ed.), *Imagery: Current cognitive approaches*. New York: Academic Press

- Paivio, A.** 1974 *Images, propositions and knowledge*. Presentada en la conferencia Images, Perception and Knowledge, University of Western Ontario, Londres, Ontario.
- Paivio, A.** 1979 "Psychological processes in the comprehension of metaphor". En A. Ortony (Ed.), *Metaphor and thought* Cambridge: Cambridge University Press.
- Pearson, Raphael, TePaste & Hyser.** 1981 "The function of metaphor in children's recall of expository passages" *Journal of Reading Behavior* 13,(3), 249-261
- Perfetti, C.A. & Goldman, S.R.** 1974 "Thematization and sentence retrieval" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior* 13 70-79
- Piaget e Inhelder** 1958 *The growth of logical thinking from childhood to adolescence* New York: Basic Books
- Pinillos, J.L.** 1974 "Comunicación, lenguaje y pensamiento" en *Doce ensayos sobre el lenguaje* (Castro Cubelles, Lázaro Carreter y otros) Madrid: Fundación Juan March
- Pinillos, J.L.** 1975 *Principios de Psicología* Madrid: Alianza
- Pitts, Smith y Pollio** 1982, "An Evaluation of Three Different Theories of Metaphor Production Through the Use of an Intencional Category Mistake Procedure" *Journal of Psycholinguistic Research*, Vol II, No 4

- Pollio y Burns** 1977 "The anomaly of anomaly" *Journal of Psycholinguistic Research* 6, 247-260
- Pollio y Smith** 1979 "Sense and nonsense in thinking about anomaly and metaphor". *Bulletin of the Psychonomic Society* 13, 323-326
- Pollio y Smith** 1980 "Metaphoric competence and complex human problem solving". En Honeck y Hoffman (Eds.) *Cognition and Figurative Language*. Hillsdale: Lea
- Pollio, Fabrizi y Weddle** 1982 "A note on pauses in spontaneous speech as a test of the derived process theory of metaphor" *Linguistics* 20 431-433
- Pollio, Fabrizi, Sills y Smith** 1984 "Need metaphoric Comprehension Take Longer than a Literal Comprehension?" *Journal of Psycholinguistic Research* . Vol. 13 No 3, 195-214
- Pylyshyn Z.** 1973 "What the mind's eye tells the mind's brain: A critique of mental imagery" *Psychological Bulletin* 80, 1-24
- Pylyshyn, Z.** 1979 "Metaphorical imprecision and the "top-down" research strategy". En A. Ortony (Ed.) *Metaphor and thought*. Cambridge: Cambridge University Press
- Radford J. y Burton A.** 1974 Trad. Alhambra 1984 *Perspectivas sobre el Pensamiento* Madrid: Alhambra

- Readence, Martin, Baldwin y O'Brian** 1984 "Metaphorical interpretation: An investigation of the salience imbalance hypothesis". *Journal of Educational Psychology*, 76, 659-667
- Reynolds y Paivio** 1960 "Cognitive and emotional determinants of speech" *Canadian Journal of Psychology* 22, 164-175
- Reynolds & Ortony** 1980 "Some issues in the measurement of children's comprehension of metaphorical language" *Child Development* 51, 1110-1119
- Reynolds y Schwartz** 1983 "Relation of Metaphoric Processing to Comprehension and Memory" *Journal of Educational Psychology*, Vol.75, 3, 450-59
- Richards.** 1936 *The Philosophy of Rhetoric* London: Oxford University Press
- Ricoeur P.** 1975 *La métaphore vive* Editions du Seuil. Trad. La Aurora 1977 *La Metáfora viva*. Buenos Aires: La Aurora
- Rosch, E. H.** 1973 "Natural Categories". *Cognitive Psychology*, 4, 328-350
- Rosch E. y Mervis, C. B.** 1975 "Family Resemblances: studies in the internal structure of categories". *Cognitive Psychology*, 7, 575-605
- Rumelhart y Abrahamson** 1973 "A model for analogical reasoning" *Cognitive Psychology*, 5, 1-28

- Saussure, F.** 1922 *Cours de linguistique générale* Ginebra. Trad. Akal 1980 *Curso de Linguística General*, Madrid: Akal
- Searle, J.R.** 1969 *Speech acts* Cambridge: Cambridge University Press.
- Searle J. R.** 1979 "Metaphor" en A. Ortony (Ed.), *Metaphor and thought* Cambridge: Cambridge University Press
- Shaw, McIntyre, & Mace** 1974 "The role of symmetry in event perception". En McLeod & Pick (Eds.) *Perception: Essays in honor of James J. Gibson* Ithaca: Cornell University Press
- Skinner, B.F.** 1957 *Verbal behavior* New York: Appleton-Century-Crofts
- Smith E.E. Shoben, E. J. & Rips, L. J.** 1974 "Structure and process in semantic memory: A feature comparison model for semantic decisions" *Psychological Review*, 81, 214-241
- Spiro R. J.** 1980 "Constructive processes in prose comprehension and recall" En R.J. Spiro, Bruce y Brewer (Eds): *Theoretical Issues in Reading Comprehension* Hillsdale: Lea
- Steinberg D.** 1970b "Negation, analyticity, amphigory and the semantic interpretation of sentences". *Journal of Experimental Psychology*, 84, 417-423
- Steinberg D.** 1970a "Analyticity, amphigory, and the semantic interpretation of sentences". *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 9, 37-51

- Steinberg D.** 1975 "Semantic universals in sentence processing and interpretation: A study of Chinese, Finnish, Japanese and Slovenian speakers" *Journal of Psycholinguistic Research* 4, 169-193
- Sternberg & Nigro** 1983 "Interaction and analogy in the comprehension and appreciation of metaphors" *The Quarterly Journal of Experimental Psychology* 35, n. 1 17-38
- Stroop, J. R.** 1935 "Studies of interference in serial verbal reactions" *Journal of Experimental Psychology* 643-662
- Tannhausser** 1978 *Levels of interpretation: A study of metaphor-literal differences*. Ponencia presentada en la Midwestern Psychological Association, Chicago.
- Thomson D.M. & Tulving E.** 1970 "Associative encoding and retrieval: Weak and strong cues". *Journal of Experimental Psychology* 86, 255-262
- Tourangeau & Sternberg** 1981 "Aptness in Metaphor" *Cognitive Psychology* 13, 27-55
- Tourangeau & Sternberg** 1982 "Understanding and appreciating metaphors" *Cognition* 11, 203-244
- Trabasso, T. Rollins, H. y Saughnessy E.** 1971 "Storage and verification stages in processing concepts" *Cognitive Psychology* 2, 239-289

- Tulving E. & Thomson** 1973 "Encoding specificity and retrieval processes in episodic memory" *Psychological Review* 80 352-373
- Tversky, A.** 1977 "Features of Similarity" *Psychological Review* Vol 84, No 4, 327-352
- Ullmann** 1962 *Semantics* Oxford: Basil Blackwell. (Trad Aguilar 1.965)
- Verbrugge, R.R.** 1975a *The comprehension of analogy*. Ponencia presentada en el encuentro de la Midwestern Psychological Association, Chicago.
- Verbrugge R.R.** 1977a "On metaphoric and metonymic modes of growth" en Gardner (Chair) *Thinking with the left hand: Children's understanding of analogy and metaphor*. Presentado en el encuentro de la Society for Research in Child Developmental. Nueva Orleans.
- Verbrugge, R.R.** 1975b "Perceiving invariants at the invitation of metaphor". Ponencia presentada en el encuentro de la American Psychological Association, Chicago.
- Verbrugge, R.R.** 1977b "Resemblances in language and perception" En Shaw y Brandsford (Eds.) *Perceiving, acting and knowing: Toward an ecological psychology*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

- Verbrugge** 1.980 "Transformation in knowing: A realist view of metaphor". En Honeck y Hoffman (Eds.), *Cognition and Figurative*, Language Hillsdale: Lea
- Verbrugge y McCarrel** 1.977 "Metaphoric Comprehension: Studies in Reminding and Resembling" *Cognitive Psychology*, 9, 494-533
- Vygotsky**, 1.934 Trad. La Pleyade 1.973 *Pensamiento y Lenguaje* Buenos Aires. La Pleyade
- Waldron** 1.967 *Sense and Sense Development*, New York: Andre Deutsch
- Wason, P.C.** 1.965 "The contexts of plausible denial" *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 4, 7-11
- Wason P.C.** 1.972 "In real life negatives are false" *Logique et Analyse*
- Wason P.C. y Johnson-Laird P.N.** 1.972; *Psychology of Reasoning* Londres: Batsford Ltd. Trad. Debate 1.980 *Psicología del Razonamiento*, Madrid: Debate.
- Weinreich, U.** 1.962 *Explorations in Semantic Theory*, The Hague: Mouton.
- Wheelwright, P** 1.962 *Metaphor and reality*, Bloomington IN: Indiana University Press.

- Whorf, B. L.** 1956 *Language, thought and reality* Massachusetts Institute of Technology Trad. Barral 1970 *Lenguaje, Pensamiento y Realidad* Barcelona: Barral
- Winner, E.** 1975 *Can preadolescents produce metaphoric figures?*, Ponencia presentada en la Society for Research in Child Development, Denver.
- Winner E. y Gardner** 1975 H. *What does it take to understand a metaphor?* Ponencia presentada en la Society for Research in Child Development, Nueva Orleans.
- Winnicott, D. W.**: 1971 *Playing and Reality*, Nueva York: Basic Books
- Zadeh** 1965 "Fuzzy sets". *Information and Control*. 8, 338-353

APENDICES

Apéndice 1

1	amigo	174.37
2	punto	172.11
3	razón	171.33
4	hijo	166.90
5	calle	164.11
6	espíritu	158.06
7	persona	156.43
8	camino	153.90
9	noche	149.29
10	realidad	142.76
11	fuerza	140.11
12	guerra	137.75
13	agua	136.35
14	carácter	132.44
15	arte	130.25
16	campo	129.33

17 mañana	128.25
18 cuerpo	127.52
19 forma	127.02
20 alma	125.70
21 color	124.46
22 orden	120.84
23 Tarde	119.46
24 dios	117.66
25 gracia	116.38
26 madre	113.58
27 puerta	117.38
28 familia	110.88
29 maestro	109.45
30 fondo	109.31
31 paso	108.80
32 niño	108.19
33 corazón	107.25
34 número	106.99

35	sentido	106.74
36	duda	106.58
37	cabeza	102.36
38	valor	9.27
39	poeta	98.74
40	ley	97.55
41	mar	95.50
42	pensamiento	94.50
43	linea	94.05
44	muerte	92.86
45	cambio	92.48
46	señora	90.81
47	edad	87.97
48	aire	87.49
49	pie	86.59
50	papel	85.68
51	viaje	85.60
52	carta	84.72

53	frente	82.61
54	rio	82.09
55	voz	81.43
56	principio	80.45
57	accion	80.19
58	cara	79.36
59	sol	79.29
60	joven	76.40
61	flor	76.01
62	movimiento	75.89
63	sentimiento	73.55
64	cielo	72.31
65	oro	71.77
66	imagen	71.66
67	escuela	71.54
68	universidad	70.96
69	piedra	69.92
70	figura	69.65

71	brazo	66.81
72	suelo	66.24
73	gusto	64.96
74	término	64.30
75	hija	63.93
76	hermano	62.81
77	valle	62.62
79	centro	62.03
80	deseo	60.98
78	dinero	62.26
81	teatro	60.67
82	memoria	59.92
83	prueba	59.82
84	honor	57.61
85	necesidad	56.71
86	periódico	56.71
87	situación	56.66
88	minuto	56.65

89	emoción	56.65
90	recuerdo	56.33
91	estacion	56.23
92	voluntad	55.95
92	voluntad	55.95
93	destino	55.52
94	naturaleza	55.14
95	poder	55
96	suerte	54.29
97	sangre	54.16
98	ambiente	53.83
99	existencia	53.78
100	esfuerzo	53.04
101	juego	53.02
102	dolor	52.68
103	instante	52.66
104	justicia	52.66
105	atencion	52.63

106	sombra	52.56
107	pasión	52.46
108	acto	52.42
109	iglesia	51.80
110	artista	51.71
111	juventud	51.62
112	gloria	51.53
113	secreto	51.49
114	espectáculo	50.97
115	experiencia	50.38
116	conocimiento	49.35
117	boca	48.78
118	hotel	48.77
119	cuarto	48.60
120	hermana	48.44

Apéndice 2

INSTRUCCIONES

A continuación encontrará usted una lista de sustantivos, separados unos de otros por un espacio en blanco. Lea atentamente cada uno de ellos y escriba a continuación tantos ADJETIVOS como le sean sugeridos por cada palabra dentro del espacio en blanco que hay a continuación de cada uno, y empleando para cada término el tiempo máximo que le será marcado por el experimentador. Si no ha terminado con un término, pase al siguiente. Podrá retroceder más adelante si dispone de tiempo. A continuación le mostramos un ejemplo. Recuerde que se trata de enumerar solo ADJETIVOS y no sustantivos, verbos o adverbios. Dé la vuelta a esta página cuando escuche la señal de comienzo.

EJEMPLO

Libro -

SI

legible, sabio, sagrado, decorativo, pesado, novelesco, científico, perecedero, combustible, conservador, ordenado, transferible, estomacal, bovino...

NO

compañero, escrito, novela, creación, invención, rimado, impreso,
impresionante, texto, ...

Apéndice 3.

NOMBRE: APELLIDOS: GRUPO:

INSTRUCCIONES

Lea atentamente las 16 metáforas que encontrará escritas a continuación. Usted debe intentar comprenderlas del mejor modo posible, pensando en lo que estas frases intentan expresar.

Dispondrá de un tiempo máximo de 30" para cada metáfora, por lo que deberá ir pasando a la siguiente metáfora a medida que el experimentador vaya marcando el tiempo.

Dé la vuelta a la hoja cuando escuche la señal de comienzo.

METAFORAS

TOPICO ALTA/ VEHICULO ALTA

1. El dolor es gracia
2. La realidad es señora
3. La atención es joven
4. Dios es acto
5. La univesidad es cuerpo
6. El poder es iglesia
7. La persona es situación
8. El corazón es artista
9. El deseo es espectáculo
10. El hijo es forma
11. El teatro es pensamiento
12. El periódico es figura
13. La ley es espíritu
14. El movimiento es estación

15. La juventud es sentimiento

16. El carácter es número

TOPICO ALTA/VEHICULO BAJA

1. La gracia es flor
2. El cuerpo es color
3. El acto es puerta
4. El artista es boca
5. La imagen es recuerdo
6. El término es secreto
7. El espectáculo es viaje
8. El espíritu es oro
9. La estación es voz
10. El sentimiento es pie
11. El pensamiento es arte
12. La forma es naturaleza
13. El suelo es familia
14. La iglesia es cabeza
15. La señora es línea
16. El conocimiento es camino

TOPICO BAJA/VEHICULO ALTA

1. La duda es realidad
2. La calle es ley
3. La sangre es movimiento
4. El fondo es caracter
5. El brazo es orden
6. El principio es dolor
7. La guerra es teatro
8. El sol es corazón
9. La frente es deseo
10. La sombra es pasión
11. El cielo es dios
12. El juego es universidad
13. La voluntad es persona
14. El minuto es periódico
15. El agua es existencia
16. El ambiente es hijo

TOPICO BAJA/VEHICULO BAJA

1. La boca es madre
2. El camino es duda
3. El pie es suerte
4. La voz es sangre
5. El punto es minuto
6. La línea es cielo
7. La cabeza es voluntad
8. La fuerza es guerra
9. El secreto es juego
10. El arte es sol
11. La flor es principio
12. El oro es fondo
13. El papel es paso
14. La piedra es calle
15. La naturaleza es brazo
16. El recuerdo es gusto

Apéndice 4.

Verificación

NOMBRE: APELLIDOS: GRUPO

INSTRUCCIONES

A continuación encontrará usted 64 metáforas seguidas de las letras V y F.

Rodee con un círculo la letra V si considera verdadero el enunciado y F si lo considera falso.

No existe límite de tiempo para esta tarea.

Dé la vuelta a la página cuando escuche la señal de comienzo.

1

El punto es minuto	V F
Dios es acto	V F
El dolor no es gracia	V F
La flor no es principio	V F
El teatro es pensamiento	V F
La estacion es voz	V F
El brazo es orden	V F
El juego no es universidad	V F
El suelo no es familia	V F
El acto es puerta	V F
El ambiente es hijo	V F
El poder no es iglesia	V F
El camino es duda	V F
La calle no es ley	V F
El término no es secreto	V F
La naturaleza no es brazo	V F

2

El punto no es minuto	V F
Dios no es acto	V F
El dolor es gracia	V F
La flor es principio	V F
El teatro no es pensamiento	V F
La estación no es voz	V F
El brazo no es orden	V F
El juego es universidad	V F
El suelo es familia	V F
El acto no es puerta	V F
El ambiente no es hijo	V F
El poder es iglesia	V F
El camino no es duda	V F
La calle es ley	V F
El término es secreto	V F
La naturaleza es brazo	V F

3

El periódico es figura	V	F
La señora no es línea	V	F
El cielo no es Dios	V	F
La boca es madre	V	F
La persona no es situación	V	F
El espectáculo es viaje	V	F
El principio es dolor	V	F
El papel no es paso	V	F
El movimiento es estación	V	F
El conocimiento no es camino	V	F
La sangre no es movimiento	V	F
La fuerza es guerra	V	F
La realidad no es señora	V	F
La gracia es flor	V	F
La duda es realidad	V	F
La piedra no es calle	V	F

4

El periódico no es figura	V F
La señora es línea	V F
El cielo es Dios	V F
La boca no es madre	V F
La persona es situación	V F
El espectáculo no es viaje	V F
El principio no es dolor	V F
El papel es paso	V F
El movimiento no es estación	V F
El conocimiento es camino	V F
La sangre es movimiento	V F
La fuerza no es guerra	V F
La realidad es señora	V F
La gracia no es flor	V F
La duda no es realidad	V F
La piedra es calle	V F

5

La atención es joven	V	F
La iglesia no es cabeza	V	F
La guerra no es teatro	V	F
El pie es suerte	V	F
La ley es espíritu	V	F
El cuerpo no es color	V	F
El agua es existencia	V	F
La cabeza no es voluntad	V	F
El carácter no es número	V	F
El espíritu no es oro	V	F
La frente es deseo	V	F
El recuerdo es gusto	V	F
El corazón no es artista	V	F
La imagen no es recuerdo	V	F
La voluntad es persona	V	F
La línea es cielo	V	F

6

La atención no es joven	V	F
La iglesia es cabeza	V	F
La guerra es teatro	V	F
El pie no es suerte	V	F
La ley no es espíritu	V	F
El cuerpo es color	V	F
El agua no es existencia	V	F
La cabeza es voluntad	V	F
El carácter es número	V	F
El espíritu es oro	V	F
La frente no es deseo	V	F
El recuerdo no es gusto	V	F
El corazón es artista	V	F
La imagen es recuerdo	V	F
La voluntad no es persona	V	F
La línea no es cielo	V	F

7

La universidad no es cuerpo	V	F
El sentimiento es pie	V	F
El fondo es carácter	V	F
La voz no es sangre	V	F
El hijo es forma	V	F
El pensamiento es arte	V	F
El sol no es corazón	V	F
El secreto no es juego	V	F
El deseo es espectáculo	V	F
El artista no es boca	V	F
La sombra es pasión	V	F
El arte no es sol	V	F
La juventud no es sentimiento	V	F
La forma no es naturaleza	V	F
El minuto es periódico	V	F
El oro es fondo	V	F

8

La universidad es cuerpo	V F
El sentimiento no es pie	V F
El fondo no es carácter	V F
La voz es sangre	V F
El hijo no es forma	V F
El pensamiento no es arte	V F
El sol es corazón	V F
El secreto es juego	V F
El deseo no es espectáculo	V F
El artista es boca	V F
La sombra no es pasión	V F
El arte es sol	V F
La juventud es sentimiento	V F
La forma es naturaleza	V F
El minuto no es periódico	V F
El oro no es fondo	V F